

**ESTUDIOS SOBRE EL LIBRO DE
LEVITICO**

ESTUDIOS SOBRE EL LIBRO DE LEVITICO

Por C.H.M.

"Toda Escritura es inspirada divinamente" 2Tim 3:16

CAPITULO 1

Antes de fijarnos en los detalles del asunto que nos va a ocupar, tenemos que tomar en consideración, primeramente, la posición que ocupa Jehová en el libro de Levítico, y, a continuación, el orden en que se suceden en él los sacrificios que constituyen el asunto de la primera parte del libro.

"Y llamó Jehová a Moisés, y habló con él desde el tabernáculo del testimonio". Había hablado desde lo alto del Sinaí, y la posición que así había tomado sobre el santo monte imprimía a sus comunicaciones un carácter particular. En la montaña de fuego Dios dio "una ley de fuego". (Deut. 33:2). Pero en el Levítico Jehová habla desde el tabernáculo que hemos visto erigir, al final del libro anterior. "Finalmente erigió el atrio en derredor del tabernáculo y del altar, y puso la cortina de la puerta del atrio. Y así acabó Moisés la obra. Entonces una nube cubrió el tabernáculo del testimonio, y la gloria de Jehová hinchó el tabernáculo... porque la nube de Jehová estaba de día sobre el tabernáculo, y el fuego estaba de noche en él, a vista de toda la casa de Israel, en todas sus jornadas" (Exodo 40:33-38).

El tabernáculo era la habitación del Dios de la gracia; Jehová podía establecer allí su morada, porque estaba rodeado de lo que representaba gráficamente el fundamento de sus relaciones con su pueblo. Si se hubiera manifestado en medio de Israel con la gloria terrible con que se reveló sobre el monte Sinaí, no habría podido ser más que para consumirlos en un momento como "pueblo duro de cerviz". Pero Jehová se retiró detrás del velo, tipo de la carne de Cristo (Heb. 10:20), y se situó en el propiciatorio, donde la sangre de la expiación, y no "la rebelión y la dura cerviz" de Israel (Deut. 31:27), se presentaba a su vista y respondía a las exigencias de su naturaleza. Esa sangre llevada dentro del santuario, por el sumo sacerdote, era el tipo de la sangre preciosa que purifica de todo pecado; y aunque Israel, según la carne, no discernía nada de todo eso, esa sangre, no obstante, justificaba el hecho de que Dios pudiese morar en medio de su pueblo; "santificaba para la purificación de la carne" (Heb. 9:13).

Tal es, pues, la posición que Jehová ocupa en el libro de Levítico, posición que no se debe olvidar, si se quiere tener exacto conocimiento de las revelaciones que este libro encierra. Esas revelaciones llevan todas el sello de una inflexible santidad, unida a la gracia más pura. Dios es santo, sea cual fuere el lugar desde donde habla. Es santo sobre el monte Sinaí, y es santo en el propiciatorio; pero en el primer caso su santidad está ligada a "un fuego consumidor", mientras que en el segundo, va unida a la gracia paciente. La unión de la perfecta santidad y de la perfecta gracia es lo que caracteriza la redención que es en Cristo Jesús, redención que se encuentra prefigurada de diversas maneras en el libro de Levítico.

Es preciso que Dios sea santo, aun condenando eternamente a los pecadores impenitentes; pero la plena revelación de su santidad en la salud de los pecadores hace resonar en el cielo un concierto de alabanza: "Gloria en las alturas a Dios, y en la tierra paz, buena voluntad para con los hombres" (Lucas 2:14). Esta doxología, o este himno de alabanza, no pudo resonar cuando fue promulgada "la ley de fuego", porque, si, como no podemos dudar, a la ley del Sinaí se unía la "gloria a Dios en las alturas", esta ley no aportaba ninguna "paz a la tierra", ni "buena voluntad para con los hombres", siendo ella la declaración de lo que los hombres deben ser, antes de que Dios

pueda complacerse en ellos. Mas cuando "el Hijo" vino a ocupar puesto como hombre en la tierra, las inteligencias celestes pudieron expresar la plena satisfacción del cielo en El, como en Aquel cuya persona y obra podían reunir, de la manera más perfecta, la gloria divina y la bendición del hombre.

Ahora debemos decir una palabra acerca del orden en que se suceden los sacrificios en los primeros capítulos de nuestro libro. Dios pone en primer lugar el holocausto, y termina por la expiación por la culpa; termina por donde nosotros empezamos. Este orden es notable y muy instructivo. Cuando, por primera vez, la espada de la convicción penetra en el alma, la conciencia examina los pecados pasados que pesan sobre ella, la memoria dirige sus miradas hacia atrás sobre las páginas de la vida pasada y las ve ennegrecidas por innumerables transgresiones contra Dios y contra los hombres. En este período de su historia el alma se ocupa menos de la fuente de donde proceden sus transgresiones, que del hecho abrumador y palpable de que tal y tal acto ha sido cometido por ella; por esto tiene necesidad de saber que Dios, en su gracia, ha provisto un sacrificio en cuya virtud "toda ofensa" puede ser gratuitamente "perdonada"; y este sacrificio, Dios nos lo presenta en la "*expiación por la culpa*".

Mas a medida que el alma progresa en la vida divina, viene a ser consciente de que estos *pecados* que ha cometido, no son más que los retoños de una raíz, las distintas aberturas de una misma fuente y, además, que el pecado en la carne es la raíz o la fuente. Este descubrimiento conduce a un ejercicio interior mucho más profundo aun, y que nada puede apaciguar si no es un conocimiento más profundo también de la obra de la cruz, en la cual Dios mismo ha "*condenado al pecado en la carne*" (Rom. 8:3). El lector notará que no se trata, en este pasaje de la Epístola a los Romanos, de "*los pecados en la vida*" sino de la raíz de donde provienen, es a saber, "*el pecado en la carne*". Es esta una verdad que tiene inmensa importancia. Cristo no solamente fue "muerto por nuestros pecados, conforme a las Escrituras" (1a. Cor. 15:3), sino que fue "hecho *pecado* por nosotros". (2a. Cor. 5:21). Tal es la doctrina de la "*expiación*".

Cuando por el conocimiento de la obra de Cristo la paz ha entrado en el corazón y en la conciencia, nos podemos alimentar de Cristo, que es el fundamento de nuestra paz y de nuestro gozo en la presencia de Dios. Hasta llegar a esto, hasta que veamos todas nuestras transgresiones perdonadas, y nuestro pecado juzgado, no podemos disfrutar de paz ni de gozo. Es preciso que conozcamos la expiación por la culpa, y la expiación por el pecado, antes de que podamos apreciar el sacrificio de las paces, o de regocijo o de acción de gracias. Por esto, el orden en que "*el sacrificio de las paces*" está colocado responde al orden según el cual nos apropiamos a Cristo espiritualmente.

El mismo orden perfecto se vuelve a encontrar en cuanto al lugar asignado a "*la ofrenda del presente*". Cuando un alma ha sido conducida a gustar la dulzura de la comunión espiritual con Cristo, cuando sabe alimentarse de El, en paz y con reconocimiento en la presencia de Dios, esta alma se siente presa de un ardiente deseo de conocer más los gloriosos misterios de su persona; y Dios, en su gracia, responde a este deseo por la "ofrenda del presente", tipo de la perfecta humanidad de Cristo.

Después de todos los otros sacrificios viene finalmente "*el holocausto*", el coronamiento de todo, la figura de la obra de la cruz cumplida bajo la mirada de Dios, y expresando la invariable devoción del corazón de Cristo. Más adelante estudiaremos todos estos sacrificios detalladamente; aquí no hacemos más que considerar el orden relativo en que están colocados, orden verdaderamente admirable desde cualquier lado que lo miremos, y que empieza y acaba por la cruz. Si siguiendo el orden exterior, empezamos por el holocausto, vemos en esta ofrenda a Cristo sobre la cruz cumpliendo la voluntad de Dios, realizando la expiación y dándose a Sí mismo enteramente por la gloria de Dios. Si por el contrario, siguiendo el orden interior, nos remontamos de nosotros

mismos a Dios, y empezamos por la expiación por la culpa, vemos en esta ofrenda a Cristo sobre la cruz llevando nuestros pecados, aboliéndolos según la perfección de su sacrificio expiatorio; en todo, en el conjunto, lo mismo que en los detalles, brillan la excelencia, la belleza y la perfección de la divina y adorable persona del Salvador. Todo está hecho para despertar en nuestros corazones un profundo interés por el estudio de estos tipos preciosos, que son la sombra cuyo cuerpo es Cristo.

Que Dios, que nos dio el libro de Levítico, quiera ahora suministrarnos la explicación por el Espíritu en potencia viva, de suerte que cuando lo hayamos recorrido, bendigamos su nombre por tantas y tan admirables imágenes que nos habrá mostrado de la Persona y de la obra de nuestro bendito Señor y Salvador Jesucristo, a quien sea la gloria desde ahora y para siempre jamás. Amén.

El holocausto nos presenta un tipo de Cristo "ofreciéndose a Sí mismo sin mancha a Dios" (Heb. 9:14); por esto el Espíritu Santo le asigna el primer lugar entre los sacrificios. Si el Señor Jesús se ofreció para cumplir la obra gloriosa de la expiación, fue porque el objeto supremo que perseguía ardientemente en esta obra era la gloria de Dios: "He aquí vengo para hacer, oh Dios, tu voluntad" (Sal. 40:6-8). Estas palabras fueron la sublime divisa de Jesús, en cada uno de los actos, en cada una de las circunstancias de su vida, y nunca encontraron más completa y evidente expresión que en la obra de la cruz. Cualquiera que fuera la voluntad de Dios, Cristo vino para hacer esta voluntad. ¡Gracias sean dadas a Dios! Nosotros sabemos cuál es nuestra parte en el cumplimiento de "esta voluntad"; porque por ella, "somos santificados por la ofrenda del cuerpo de Jesucristo, hecha una sola vez" (Heb. 10:10). La obra de Cristo se dirigía siempre y ante todo, a Dios. Cristo encontraba su dicha en cumplir sobre la tierra la voluntad de Dios, y esto era lo que ninguno antes que El había hecho. Por la gracia, algunos habían hecho "lo recto a los ojos de Jehová" (Io. Reyes 15:5, 11; 14:8). Pero nadie había hecho la voluntad de Dios siempre, perfecta e invariablemente, sin titubear. Jesucristo fue el hombre obediente; fue "obediente hasta la muerte, y muerte de cruz" (Fil. 2:8). "El afirmó su rostro para ir a Jerusalem" (Luc. 9:51). Y más tarde, al ir del huerto de Gethsemaní a la cruz del Calvario, expresó la sumisión absoluta de su corazón con estas palabras: "El vaso que el Padre me ha dado, ¿no lo tengo de beber?" (Juan 18:11).

Ciertamente había un perfume de olor suave en esta sumisión *absoluta* de Jesús a Dios. La existencia de un hombre perfecto, sobre la tierra, cumpliendo la voluntad de Dios, aun en la muerte, era para el cielo un asunto digno del más alto interés. ¿Quién podía sondear las profundidades de ese corazón sumiso que se manifiesta ante Dios al mirar a la cruz? ¡Nadie sino solo Dios! Pues en esto, como en todo lo que toca a su gloriosa persona, es cierto que "nadie conoció al Hijo sino el Padre" (Mat. 11:27), y nadie puede conocer al Hijo hasta que el Padre se lo revele. El espíritu del hombre puede aprender, en mayor o menor grado, cualquiera de las verdades de la ciencia que existe "bajo el sol". La ciencia humana es del dominio de la inteligencia del hombre; pero nadie conoce al Hijo hasta que el Padre lo revele, por la potencia del Espíritu Santo, por medio de la Palabra escrita. El Espíritu Santo se complace en revelar al Hijo, en tomar de las cosas de Jesucristo y hacérselas saber, y estas cosas las poseemos en toda su belleza y su plenitud en la Escritura. No puede haber ninguna nueva revelación, porque el Espíritu Santo recordó "*todas las cosas*" a los apóstoles, y les condujo a "toda verdad" (Juan 14:26; 16:13). No puede haber más que "toda la verdad", así que toda pretensión de nuevas revelaciones, de un descubrimiento de una nueva verdad, es decir, no contenida en el canon de los libros divinamente inspirados, no es más que un vano esfuerzo del hombre, que quiere añadir alguna cosa a lo que Dios llama "toda la verdad". El Espíritu Santo puede, sin duda, descubrir y aplicar con nueva y extraordinaria potencia la verdad contenida en la Escritura; pero esto es absolutamente distinto de la impía presunción que abandona el campo de la revelación divina, para encontrar en otra parte principios, ideas o dogmas que tengan autoridad sobre la conciencia.

En los Evangelios se nos presenta a Cristo bajo los diversos aspectos de su carácter, de su persona y de su obra; y los hijos de Dios, en todas las edades, se han complacido en valerse y abrevarse en las revelaciones de Aquél que es el objeto de su amor y de su confianza, y a quien son deudores de todo, durante el tiempo y la eternidad. Pero, relativamente, es bien corto el número de los que han sido inducidos a considerar las ceremonias y los ritos de la economía levítica, como llenos de las más detalladas enseñanzas sobre tan glorioso asunto. Las ofrendas del Levítico, en particular, han sido consideradas, muy a menudo, como antiguos documentos acerca de las costumbres judaicas, no teniendo ningún otro valor para nosotros, ni comunicando ninguna luz espiritual a nuestros entendimientos. No obstante, es preciso reconocer que las páginas del Levítico, en apariencia tan poco atractivas y tan cargadas de detalles ceremoniales, tienen, como las sublimes profecías de Isaías, su lugar entre "las cosas que antes fueron escritas" y que han sido escritas "para nuestra enseñanza" (Rom. 15:4). Es preciso, pues, que estudiemos el contenido de este libro como también toda la Escritura, con un espíritu humilde, despojado del Yo, con respetuosa dependencia de la enseñanza de Aquél que habla; prestando una atención constante al gran objeto, al alcance y a la analogía general del contenido de la Revelación, dominando nuestra imaginación para que no se extravíe con algún entusiasmo profano; y si, por la gracia de Dios, entramos así en el estudio de los tipos o figuras del Levítico, encontraremos en ellos una mina profunda y de las más ricas.

Pasemos ahora al examen del holocausto, que, como hemos indicado, representa a Cristo ofreciéndose a sí mismo, sin mancha, a Dios. "Si su ofrenda fuese holocausto de vacas, macho sin tacha lo ofrecerá". La gloria esencial de la persona de Cristo forma la base del cristianismo. Cristo comunica esta dignidad y esta gloria que le pertenecen a todo lo que hace y a cada una de las funciones que desempeña. Ninguna función podía añadir nada a la gloria de Aquél que es "Dios sobre todas las cosas, bendito por los siglos" (Rom. 9:5), "Dios manifestado en carne" (1a. Tim. 3:16), el glorioso "Emmanuel, con nosotros Dios" (Mat. 1:23; Isaías 7:14), "El Verbo" eterno, "el Creador" y "el Conservador" del universo. Todas las funciones de Cristo, como sabemos, se reúnen en su humanidad; y tomando esa humanidad descendió de aquella gloria que tenía al lado del Padre, desde antes de la fundación del mundo. Descendió, de este modo, presentándose en una escena en que todo le era contrario, a fin de glorificar perfectamente a Dios. Vino para ser "consumido" por un santo e inextinguible celo por la gloria de Dios (Sal. 69:9), y para efectuar el cumplimiento de sus consejos eternos.

El "macho", "sin defecto", "de un año", es un tipo de nuestro Señor Jesucristo, ofreciéndose a sí mismo, para el perfecto cumplimiento de la voluntad de Dios. En esta ofrenda no debía haber nada que denotase debilidad o imperfección. Para el holocausto era menester "un macho, de un año" (Comp. Exo. 12:5). Cuando examinemos las otras ofrendas veremos que estaba permitido en algunos casos ofrecer una hembra; no que Dios pudiera tolerar nunca un defecto en la ofrenda, porque ésta, ante todo y en todos los casos, debía ser "sin defecto"; sino que Dios dejó en ciertos casos una latitud que no hacía más que expresar la imperfección inherente a la inteligencia del adorador. El holocausto era un sacrificio del orden más elevado, porque representaba a Cristo ofreciéndose a sí mismo a Dios; ofreciéndose entera y exclusivamente para la mirada y para el corazón de Dios. He aquí un punto que es preciso comprender bien. Sólo Dios podía estimar, en su justo valor, la persona y la obra de Cristo. Sólo El podía apreciar plenamente la cruz y el sacrificio perfecto de Cristo del cual es la expresión. La cruz, tipificada por el holocausto, encerraba algo que sólo el pensamiento divino podía comprender; tenía profundidades que ni mortal, ni ángel podía sondear, y hablaba con una voz que no era más que para el oído del Padre y que se dirigía directa y exclusivamente a El. Había entre la cruz del Calvario y el trono de Dios comunicaciones que exceden en mucho a las más altas capacidades de las inteligencias creadas.

"De su voluntad lo ofrecerá a la puerta del tabernáculo del testimonio delante de Jehová... y él lo aceptará para expiarlo" (Comp. Lev. 22:18, 19). El carácter del holocausto que la Escritura hace resaltar aquí, nos hace contemplar la cruz bajo un aspecto que no es suficientemente

entendido. Estamos inclinados a mirar la cruz simplemente como el lugar donde la gran cuestión del pecado fue tratada y terminada entre la justicia eterna y la víctima sin mancha, como el lugar donde nuestro crimen fue expiado y donde Satán fue gloriosamente vencido. La cruz es en efecto todo eso, pero es más todavía; es el lugar donde el amor de Cristo por el Padre se manifestó y se expresó en lenguaje tal, que sólo el Padre lo podía comprender, y es bajo este último aspecto que la cruz está prefigurada en la ofrenda del holocausto, que es una ofrenda esencialmente voluntaria. Si no hubiera sido cuestión más que de la imputación del pecado y de sufrir la ira de Dios a causa del mismo, la ofrenda, moralmente, no podía abandonarse a la voluntad de aquél que la ofrece, sino que tendría que ser necesaria y absolutamente obligatoria. Nuestro Señor Jesucristo no podía *desear* ser "hecho pecado" (2a. Cor. 5:21), no podía *desear* sufrir la ira de Dios y quedar privado de la claridad de su faz, y este hecho, por sí solo, nos muestra, de la manera más evidente, que *la ofrenda del holocausto no representaba a Cristo sobre la cruz, llevando el pecado, sino a Cristo sobre la cruz, cumpliendo la voluntad de Dios.*

Las mismas palabras de Cristo nos enseñan que contemplaba la cruz bajo esos dos diferentes aspectos. Cuando consideraba la cruz como el lugar de la expiación del pecado, cuando anticipaba los sufrimientos que, según este punto de vista, encerraba, dijo: "Padre, si quieres, pasa este vaso de mi" (Luc. 22:42), se estremecía al contemplar lo que para El entrañaba su obra; su alma santa y pura retrocedía ante el pensamiento de ser hecho pecado, y su corazón amante retrocedía a la sola idea de perder, por un momento, la luz del rostro de Dios. Pero la cruz tenía otro aspecto para Cristo. Se le presentaba como un lugar donde podía revelar los profundos secretos de su amor hacia el Padre, como un lugar donde "de buen grado" y "voluntariamente" podía tomar la copa que el Padre le había dado a beber, y vaciarla hasta las heces. Sin duda la vida entera de Cristo exhalaba un perfume de olor agradable que subía sin cesar hasta el trono del Padre. El hacía siempre las cosas que agradan al Padre; hacía siempre la voluntad de Dios, mas el holocausto no representa a Cristo en su vida, por precioso que haya sido cada uno de sus actos durante ella, sino a Cristo en su muerte, y en su muerte, no como Aquél que "es hecho maldición por nosotros", sino como Aquél que presenta al corazón del Padre un perfume infinitamente agradable. Esta verdad reviste a la cruz de un atractivo particular para el hombre espiritual, y comunica a los sufrimientos de nuestro amado Salvador un poderoso interés. El pecador encuentra en la cruz una respuesta divina a las necesidades más profundas y a los deseos más ardientes de su corazón y su conciencia. El verdadero creyente encuentra en la cruz lo que cautiva todos los afectos de su corazón, lo que se apodera de todo su ser moral. Los ángeles encuentran en la cruz un objeto de continua admiración y desean mirar de más cerca estas cosas (Comp. la. Ped. 1:11, 12). Todo esto es verdad; mas hay algo en la cruz que sobrepuja en mucho las más altas concepciones de los santos o de los ángeles, a saber, la profunda devoción del corazón del Hijo, ofrecida al corazón del Padre y apreciada sólo por El; y tal es el aspecto de la cruz que está prefigurado, por modo sorprendente, en la ofrenda del holocausto.

Quisiera hacer observar que si admitimos, como algunos, que Cristo llevó durante toda su vida el pecado del hombre, la hermosura propia de la ofrenda del holocausto desaparece por completo. Desaparece el carácter "voluntario" de la ofrenda; pues ¿cómo puede considerarse acto voluntario la entrega de su vida, si fuese hecha por uno que por la necesidad misma de su posición estuviera obligado a dejar esa misma vida? Si Cristo hubiera llevado el pecado durante toda su vida, seguramente su muerte hubiera sido un acto *necesario*, y no hubiera podido ser lo que es, acto voluntario. Todavía más; se puede afirmar que no hay una ofrenda entre todas que no perdiera su integridad y su hermosura, admitiendo la falsa y funesta doctrina de un Cristo llevando el pecado en su vida. El holocausto, lo repetimos, y nunca podemos darle demasiada importancia, no nos presenta a Cristo llevando el pecado, o sufriendo la ira de Dios, sino a Cristo en su sacrificio voluntario manifestado en su muerte en la cruz. El Hijo de Dios cumplió, por el Espíritu Santo, la voluntad del Padre; lo hizo "de grado", según lo que dice El mismo: "Por esto me ama el Padre, porque yo pongo mi vida, para volverla a tomar. Nadie me la quita, mas yo la pongo de mí mismo.

Tengo poder para ponerla, y tengo poder para volverla a tomar" (Juan 10:17-18). Pero Isaías, contemplando a Cristo como ofrenda por el pecado, dice: "Porque es *quitada* de la tierra su vida" (Hech. 8:33, versión de los Setenta de Isa. 53:8). Luego ¿hablaba Cristo de llevar el pecado, hablaba de la expiación, cuando decía de su vida, "Nadie me la quita, mas yo la pongo de mí mismo"? "Nadie" la quita, ni hombre, ni ángel, ni demonio, ni cualquier otro. Dejar su vida era, de su parte, un acto voluntario; la dejaba a fin de volverla a tomar. "El hacer tu voluntad, Dios mío, hame agradado" (Sal. 40:8). Tal era el lenguaje de Aquél que, prefigurado en el holocausto, encontraba su gozo en ofrecerse a si mismo, sin mancha, por el Espíritu Eterno, a Dios.

Así, pues, es de la más alta importancia comprender bien cuál es el objeto principal que Cristo perseguía en la obra de la redención; la paz del creyente no puede menos que afirmarse con ello. Cumplir la voluntad de Dios, establecer los consejos de Dios, manifestar la gloria de Dios, tal era el primer y profundo pensamiento del corazón consagrado del Salvador, que miraba y estimaba todas las cosas en relación con Dios. Cristo no se detuvo jamás a considerar de qué modo le afectaría a si mismo un acto o una circunstancia cualquiera. "El se anonadó a si mismo; se humilló a si mismo" (Fil. 2:7-8), renunció a todo; por esto, al término de su carrera pudo elevar los ojos al cielo y decir: "Yo te he glorificado en la tierra; he acabado la obra que me diste que hiciese" (Juan 17:4). Es imposible contemplar este aspecto de la obra de Cristo de que hablamos aquí, sin que el corazón se sienta atraído hacia El y lleno de los afectos más dulces hacia su persona. El comprender que Cristo tuvo a Dios por primer objeto en la obra de la cruz, no menoscaba en nada el sentir que tenemos de su amor por nosotros, sino muy al contrario. Este amor y nuestra salvación en El no podían fundarse más que sobre la gloria de Dios que El establecía con su muerte. La gloria de Dios debe constituir el sólido fundamento de todo. "Ciertamente vivo yo, y mi gloria hinche toda la tierra" (Núm. 14:21). Sabemos que esta gloria eterna de Dios y la felicidad eterna de la criatura están inseparablemente unidas en el consejo divino, de suerte que si la primera está asegurada, la felicidad de la criatura debe estarlo también.

"Y pondrá su mano sobre la cabeza del holocausto, y él lo aceptará para expiarle". El acto de la imposición de las manos significa una completa identificación. Por este acto significativo, la ofrenda y aquél que la presentaba se hacían uno, y en el holocausto esta unidad hacía agradable a los ojos de Dios a aquel que lo ofrecía, en la medida del valor y la aceptación de la ofrenda que presentaba. La aplicación de esto a Cristo y al creyente pone de manifiesto una verdad de las más preciosas, extensamente desarrollada en el Nuevo Testamento, es a saber: la identificación eterna del creyente con Cristo y su aceptación en El. "Como El es, así somos nosotros en este mundo" (la. Juan 4:17; 5:20). Se requiere no menos que esto. Aquél que no está *en Cristo* está *en sus pecados*. No hay término medio, o bien estáis en Cristo, o bien estáis fuera de El, en vuestros pecados. No se puede estar *parcialmente* en Cristo, aunque no hubiera más que el espesor de un cabello entre vosotros y Cristo, os encontraríais en un estado positivo de ira y condenación. Pero, si estáis en El, por el contrario, sois "como El es" delante de Dios, y considerados como El en presencia de la santidad infinita. "Y en él estáis cumplidos" (Col. 2:10). "Nos hizo aceptos en el Amado" (Efes. 1:6), "miembros de su cuerpo, de su carne y de sus huesos" (Efes. 5:30). "El que se junta con el Señor, un espíritu es". Tal es la enseñanza sencilla y clara de la Palabra de Dios. Así, pues, no es posible que la "Cabeza" y los miembros sean aceptables en medidas diferentes. La Cabeza y los miembros son uno. Dios los tiene por uno; por consiguiente, son uno. Esta verdad es a la vez el fundamento de la confianza más alta y de la humildad más profunda; da la más completa certidumbre para que tengamos confianza en el día del juicio" (la. Juan 4:7), siendo así que es imposible que se traiga acusación contra Aquél con quien somos identificados y produce en nosotros un profundo sentimiento de nuestra nulidad, por cuanto que nuestra unión con Cristo está fundada sobre la muerte del "viejo hombre" y sobre la abolición completa de todos sus derechos y de todas sus pretensiones.

Ya, pues, que la Cabeza y los miembros son aceptados en conjunto, y como ocupando la misma posición en el favor de Dios, es evidente que todos los miembros tienen parte en una misma salud, en una misma vida, en una misma justicia, en un mismo favor. No hay grados en la justificación. El niño en Cristo tiene parte en la misma justificación que el santo de avanzada experiencia. El primero está *en* Cristo, e igualmente el segundo, y como en esto reside el único fundamento sobre el que descansa la vida, es esto también el solo fundamento sobre el que descansa la justificación. No existen dos especies de vida, ni dos especies de justificación; lo que hay, sin duda, son diversos grados de goce de esta justificación, diversos grados en el conocimiento de su plenitud y de su extensión, y más o menos inteligencia y capacidad para manifestar su potencia sobre el corazón y sobre la vida. Se confunde frecuentemente estas cosas con la justificación misma, que, puesto que es divina, es necesariamente eterna, absoluta, invariable, al abrigo de las fluctuaciones, de los sentimientos humanos y de las experiencias humanas.

Todavía más: lo que se denomina progreso en la justificación es cosa que, en realidad, no existe. El creyente no es más justificado hoy que lo era ayer, y no lo será más mañana que lo es hoy. Aquél que está "en Cristo Jesús" está tan completamente justificado aquí abajo como si estuviera ante el trono de Dios. Está "*cumplido* en Cristo"; es "*como*" Cristo; según el testimonio de Cristo mismo está "*todo limpio*" (Juan 13:10). ¿Qué podrá tener más antes de entrar en la gloria? Podrá hacer, y si anda según el Espíritu, hará progresos en el conocimiento y en el gozo de esta gloriosa realidad; pero en cuanto a la cosa misma de que se trata, del momento en que, por la potencia del Espíritu Santo, aquél que ha creído el Evangelio pasa de un positivo estado de injusticia y condenación a un positivo estado de justicia y aceptación, fundado sobre la divina y perfecta obra de Cristo; tal como en el holocausto, la aceptación del adorador estaba fundada en el valor de su ofrenda. No era cuestión de lo que él era, sino de lo que era el sacrificio. "Y el lo aceptará para *expiarle*".

"Entonces degollará el becerro en la presencia de Jehová; y los sacerdotes, hijos de Aarón, ofrecerán la sangre y la rociarán alrededor, sobre el altar, el cual está a la puerta del tabernáculo del testimonio" (Vers. 5). Estudiando la doctrina del holocausto es preciso no olvidar nunca que la gran verdad que se revela en esta ofrenda no es la expiación que Cristo ha hecho para responder a la necesidad del pecador, sino la presentación a Dios de lo que le era infinitamente agradable, la ofrenda voluntaria que Cristo ha hecho de sí mismo a Dios. La muerte de Cristo, tal como se halla prefigurada en el holocausto, no manifiesta la naturaleza odiosa del pecado, sino que aparece expresando la devoción inalterable e inquebrantable de Cristo por el Padre. Cristo no está representado como llevando el pecado bajo el peso de la ira de Dios, sino como el objeto de la satisfacción completa del Padre, en la ofrenda voluntaria y de agradable olor que le hacía de sí mismo. "La propiciación", en el holocausto, no es solamente proporcionada a las exigencias de la conciencia del hombre, sino al ardiente deseo del corazón de Cristo, que, al precio del sacrificio de su vida, ha querido cumplir la voluntad de Dios y asegurar la ejecución de sus eternos designios.

Ninguna fuerza, ni de hombre, ni de demonio, pudo hacer vacilar a Cristo en la persecución de este deseo. Cuando Pedro, en su ignorancia y con palabras de falsa ternura, procuraba disuadirle de afrontar la vergüenza y el oprobio de la cruz, le dijo, "quítate de delante de mí, Satanás, me eres escándalo, porque no entiendes lo que es de Dios, sino lo que es de los hombres" (Mat. 16:22, 23). De igual modo dijo en otra ocasión a sus discípulos: "Ya no hablaré mucho con vosotros; porque viene el príncipe de este mundo; mas no tiene nada en mí. Empero para que conozca el mundo que *amo al Padre*, y como el Padre me dio el mandamiento, *así hago*" (Juan 14:30-31).

El lugar y las funciones asignadas a los hijos de Aarón en el holocausto, están en perfecta armonía con lo que acabamos de decir respecto a la significación especial de esta ofrenda: "ofrecerán la sangre y la rociarán sobre el altar", "pondrán fuego sobre el altar", "compondrán la leña sobre el fuego", "acomodarán las piezas, la cabeza y el redaño, sobre la leña que está sobre el

fuego, que habrá encima del altar". Son estos actos muy notables, sobre todo, cuando lo comparamos con la ofrenda por el pecado, en la cual no se mencionan los hijos de Aarón. "Los hijos de Aarón" representan la Iglesia, no como un cuerpo, sino como casa espiritual, o familia de sacerdotes. Esto es fácil de comprender, porque si Aarón es un tipo de Cristo, la casa de Aarón es también un tipo de la de Cristo. Así leemos en el Cap. 3 de la Epístola a los Hebreos, vers. 6: "Mas Cristo como hijo sobre su casa, la cual casa somos nosotros". Y más, "He aquí, yo y los hijos que me dio Dios" (Heb. 2:13). Es el privilegio de la Iglesia, en tanto que el Espíritu la conduce y enseña, a contemplar este aspecto de Cristo que se nos presenta en el primero de los tipos del Levítico, y a complacerse en El. "Nuestra comunión verdaderamente es con el Padre" (1a. Juan 1:3); que en su bondad nos llama a compartir sus pensamientos con respecto a Cristo. Es verdad que nunca podemos elevarnos a la altura de esos pensamientos, pero podemos tener parte en ellos por el Espíritu Santo que mora en nosotros.

"Y los sacerdotes, hijos de Aarón, ofrecerán la sangre, y la rociarán alrededor sobre el altar, el cual está a la puerta del tabernáculo del testimonio". Aun aquí encontramos un tipo de la Iglesia, considerada siempre como compañía de sacerdotes, trayendo el memorial de un sacrificio cumplido, y presentándolo allí donde cada adorador tenía entrada. Pero no debemos olvidar que la sangre que los sacerdotes ofrecen aquí es la sangre del holocausto, y no la de la ofrenda por el pecado. Es la Iglesia entrando, por la potencia del Espíritu Santo, en el pensamiento de la profunda y perfecta devoción que Cristo ha manifestado hacia Dios; no es un pecador convencido acogiendo al valor de la sangre de Aquél que ha llevado el pecado. No es necesario decir que la Iglesia se compone de pecadores, y de pecadores convictos de pecado; pero "los hijos de Aarón" no representan los pecadores convictos de pecado; representan a los santos rindiendo culto; es como *sacerdotes* que tienen que intervenir en el holocausto. Algunos se equivocan en este punto. Piensan que, ya que un hombre que, por la gracia de Dios y por el Espíritu Santo, está puesto en estado de tomar parte en la adoración, por este hecho se niega a reconocer que es un pobre e indigno pecador. Esto es un gran error. En sí mismo el creyente no es nada, pero en Cristo es un adorador purificado. Ha entrado en el santuario, no como un culpable pecador, sino como sacerdote, rindiendo culto con "vestiduras de gloria y belleza". Ocuparme de mi culpabilidad en la presencia de Dios, no es de mi parte, como cristiano, humildad acerca de mí mismo, sino incredulidad acerca del sacrificio.

Quienquiera que sea, el lector se ha podido convencer de que la idea de la imputación del pecado no entra en la ordenanza del holocausto, y que Cristo no aparece en esta ofrenda como llevando el pecado y como bajo el peso de la ira de Dios. Es cierto que está escrito: "Y él lo aceptará para expiarle", pero "la expiación" se mide aquí, y no será demasiado repetirlo, no por lo profundo y enorme de la culpabilidad del pecador, sino por la perfecta ofrenda que Cristo ha hecho de sí mismo a Dios, y por la infinita satisfacción que Dios encuentra en Aquél que así se ha ofrecido. Esto nos da la idea más elevada de la expiación. Si contemplo a Cristo como ofrenda por el pecado, veo la expiación hecha según las exigencias de la justicia divina acerca del pecado; pero si miro el holocausto, la obra propiciatoria se me presenta revestida de toda la perfección de la buena voluntad y aptitud de Cristo en cumplir la voluntad de Dios, y de la perfección de la complacencia de Dios en Cristo y en su obra. ¡Qué perfecta debe ser una expiación que es el fruto de la consagración de Cristo a Dios! ¿Habrá algo que pueda superar a este sacrificio del Hijo, y a esta satisfacción del Padre? Seguramente que no; y es este un asunto digno de ocupar para siempre a la gran familia sacerdotal, cuando ésta se reúna en el atrio del Eterno.

"Y desollará el holocausto, y lo dividirá en sus piezas". El acto ceremonial de "desollar" es particularmente expresivo; consistía en quitar la parte exterior de la víctima a fin de que lo *interior* se pusiera de manifiesto. No era suficiente que la ofrenda fuese "sin defecto" exteriormente; era necesario también que el interior, con todas sus ligaduras y coyunturas, fuese puesto al descubierto. Solamente es para el holocausto que, de un modo especial, se ordena este acto, el cual está perfectamente de acuerdo con el conjunto del tipo, en lo que tiende a hacer resaltar particularmente

la perfecta sumisión de Cristo hacia el Padre. Su obra procedía de lo más profundo de su ser; y cuanto más se sondeaban esas profundidades, más se revelaban los secretos de su vida interior, y se manifestaba más claramente que una sumisión completa a la voluntad de su Padre, y un sincero deseo de buscar su gloria eran los móviles que hacían obrar al gran Antitipo de la ofrenda del holocausto. Cristo fue, ciertamente, un verdadero holocausto.

"Y lo dividirá en sus piezas". Este acto presenta una verdad algo semejante a la que se enseña en "*el perfume aromático molido*" (Ex. 30: 34-38; Lev. 16:12).

El Espíritu Santo se complace en detenerse mucho en lo que constituye el perfume y el suave olor del sacrificio de Cristo, no solamente considerándolo como un todo, sino también teniendo en cuenta los más pequeños detalles; en sus diversas partes y en el todo el holocausto era sin falta, y así también era Cristo.

"Y los hijos de Aarón, sacerdote, pondrán fuego sobre el altar y compondrán la leña sobre el fuego. Luego los sacerdotes, hijos de Aarón, acomodarán las piezas, la cabeza y el redaña, sobre la leña que está sobre el fuego, que habrá encima del altar". Esto era un gran privilegio para la familia sacerdotal. El holocausto se ofrecía a Dios; se quemaba ¹ completamente sobre el altar, de modo que el hombre no tenía en él ninguna parte; pero los hijos de Aarón, el sacerdote, siendo asimismo sacerdotes, aparecen aquí colocados alrededor del altar de Dios, para contemplar la llama de un sacrificio agradable a Dios, elevándose a El en olor suave. Era esta una gloriosa posición, una gloriosa comunión, un glorioso servicio, en el acto del sacrificio, un tipo evidente de lo que Dios ha dado a la Iglesia que tiene comunión con El, en la que mira el cumplimiento perfecto de su voluntad, en la muerte de Cristo. Cuando contemplamos la cruz de Nuestro Señor Jesucristo como pecadores convencidos del pecado, vemos en esta cruz lo que responde a todas nuestras necesidades; bajo este punto de vista la cruz da a la conciencia perfecta paz. Pero como sacerdotes, como adoradores purificados, podemos también considerar la cruz bajo otro aspecto, es a saber, como el cumplimiento de la resolución santa que Cristo había tomado de cumplir la voluntad del Padre, hasta la muerte. Como pecadores convencidos del pecado, estamos ante el altar de bronce, y encontramos la paz, por la sangre de la propiciación que ha sido derramada sobre el mismo; pero como sacerdotes; estamos allí para contemplar y admirar la perfección de este holocausto, el perfecto abandono y la perfecta ofrenda que Cristo, el hombre perfecto, ha hecho de sí mismo a Dios.

¹ Puede ser útil informar aquí al lector de que la palabra hebrea traducida por "*quemar*" en la ley del holocausto, es completamente diferente de la que se emplea por "*quemar*" en la ley del sacrificio por el pecado. Siendo este asunto de particular interés, citaré algunos pasajes en los que se encuentra esta palabra. La palabra hebrea empleada cuando se trata del holocausto significa "incienso" o "quemar incienso", y se encuentra en los siguientes pasajes con una u otra inflexión: Lev. 6:15: "y todo el *incienso*... y hará *arder* sobre el altar". Deut. 33:10: "pondrán el *perfume* delante de ti, y el holocausto sobre tu altar". Ex. 30:1 "Harás asimismo un altar de *sahumerio* de perfume". Sal. 66:15 "Holocaustos de cebados te ofreceré, con perfume de carneros". 1cr. 44:21 "*el sahumerio* que *ofrecisteis* en las ciudades de Judá". Cant. 3:6 "sahumada de mirra y de incienso". Se podrían multiplicar las citas pero las que acabamos de indicar serán suficientes para hacer comprender cual es el empleo de la palabra de que hablamos en la ley del holocausto.

La palabra hebrea traducida por "*quemar*" en relación con la ofrenda por el pecado, significa quemar, en general, y se encuentra en los siguientes pasajes: Gén. 11:3 "Hagamos ladrillo y cozámoslo con fuego". Lev. 10:16 "Y Moisés demandó el macho cabrío de la expiación y hallóse que era quemado". 2o. Cron. 16:14 "e hicieronle una *quema* muy grande". De este verbo deriva el nombre "Serafín", que traducido literalmente es "los *abrasadores*" (Isa. 6). La misma palabra designa también "las serpientes ardientes" (Núm. 21).

Así la ofrenda por el pecado no sólo era quemada en un lugar distinto del holocausto, sino que el Espíritu Santo emplea distinta palabra para expresar el acto por el que era consumida. Esta distinción no es indiferente, y creemos que la sabiduría del Espíritu Santo se manifiesta tanto en el empleo que hace de las dos palabras de que hablamos como en cualquiera otro punto en que hace resaltar la diferencia que existe entre las dos ofrendas. El lector espiritual dará también a esta distinción el valor que le corresponde.

No tendremos más que una idea muy incompleta del misterio de la cruz, si no vemos en ella más que lo que responde a las necesidades del hombre como pecador. Hay en la muerte de Cristo profundidades que se hallan fuera del alcance del hombre, y que sólo Dios ha podido sondear. Es, pues, importante observar, que cuando el Espíritu Santo nos ofrece figuras de la cruz, nos da primeramente, el tipo que nos la hace ver bajo aquella de sus fases que tiene a Dios por objeto. El hombre puede llegarse a esta fuente única de delicias, puede abrevarse siempre; puede encontrar en ella la satisfacción de los deseos más elevados de su alma, de las facultades de su nueva naturaleza; pero a pesar de todo, hay en la cruz profundidades que sólo Dios puede conocer y apreciar. He aquí por que la ofrenda del holocausto ocupa el primer lugar en el orden de los sacrificios. Además el hecho mismo de que Dios haya instituido una figura de la muerte de Cristo; que es la expresión de lo que esta muerte es para El mismo, contiene múltiples enseñanzas para el hombre espiritual.

Ningún hombre, ni ningún ángel, puede sondear hasta el fondo el misterio de la muerte de Cristo; pero podemos discernir, a lo menos, algunos caracteres que por sí solos exponen lo que esta muerte preciosa significa para el corazón de Dios. Es en la cruz donde Dios recoge su más rica cosecha de gloria. De ninguna otra manera hubiera podido ser glorificado como lo ha sido en la muerte de Cristo. Es en la entrega voluntaria que Cristo hizo de sí mismo a Dios que la gloria divina brilla en todo su fulgor; y es en esta ofrenda que Cristo ha hecho de sí mismo, que fue puesto el sólido fundamento de todos los consejos divinos; la creación era insuficiente para esto. La cruz ofrece también al amor divino un conducto por el que puede deslizarse con justicia; y por ella, Satanás es para siempre confundido, y "despojando los principados y las potestades, sacólos a la vergüenza en público, triunfando de ellos en sí mismo, en la cruz" (Col. 2:15). Estos son los gloriosos frutos de la cruz; y cuando estamos ocupados en estos asuntos, vemos que era conveniente que hubiera una figura de la cruz que la representase en lo que era exclusivamente para Dios; y que es conveniente también que este tipo ocupe el primer lugar entre todos los demás.

"Y lavará con agua sus intestinos y sus piernas; y el sacerdote lo hará arder todo sobre el altar, holocausto es, ofrenda encendida de olor suave a Jehová". Este lavatorio que se ordena aquí hace el sacrificio, en figura, tal como Cristo era esencialmente; hacía el sacrificio puro, interior y exteriormente. Siempre estuvieron perfectamente de acuerdo los motivos interiores de Cristo y su conducta exterior; esta fue siempre la expresión de sus motivos interiores. Todo en El tendía a un solo fin, a la gloria de Dios. Los miembros de su cuerpo obedecían a su corazón consagrado y cumplían perfectamente los deseos de aquel corazón, que no latía más que para Dios y para su gloria en la salud de los hombres. Con razón El sacerdote podía "hacerlo arder todo sobre el altar"; todo estaba, en figura, puro, no estando destinado más que a ser ofrecido a Dios sobre su altar. Había sacrificios de los cuales el sacerdote percibía su parte; y otros en los que el que los ofrecía percibía también su parte; pero el holocausto se consumía "todo" sobre el altar. Era para Dios sólo. Los sacerdotes podían componer la leña y el fuego, y ver subir la llama, siendo esto un gran privilegio para ellos, pero no comían del sacrificio. Sólo Dios era el objeto de Cristo, en el aspecto de su muerte representado por el holocausto, y no podemos comprender este hecho con bastante sencillez. Desde el momento en que el macho sin defecto era presentado voluntariamente a la puerta del tabernáculo, hasta que, por la acción del fuego, quedaba reducido a ceniza sobre el altar, podemos ver a Cristo ofreciéndose a sí mismo sin mancha a Dios. Dios tiene, en esta obra que Cristo ha cumplido, un gozo propio, gozo en el que ninguna inteligencia creada podría entrar. Esto está confirmado en "la ley del holocausto", de la que nos resta hablar.

"Habló aun Jehová a Moisés, diciendo: Manda a Aarón y a sus hijos diciendo: Esta es la ley del holocausto; (es holocausto, porque se quema sobre el altar toda la noche hasta la mañana; y el fuego del altar arderá en él), el sacerdote se pondrá su vestimenta de lino y se vestirá pañetes de lino sobre su carne; y cuando el fuego hubiere consumido el holocausto, apartará él las cenizas de sobre el altar, y pondrálas junto al altar; después se desnudará de sus vestimentas y se pondrá otras vestiduras, y sacará las cenizas fuera del real al lugar limpio; y el fuego encendido sobre el altar no

ha de apagarse, sino que el sacerdote pondrá en él leña cada mañana, y acomodará sobre él el holocausto, y quemará sobre él los sebos de las paces. El fuego ha de arder continuamente en el altar; no se apagará" (Véase Lev. 6:8-13). El fuego que sobre el altar consumía el holocausto y los sebos de las paces era la justa expresión de la santidad divina que encontraba en Cristo y en su sacrificio un alimento conveniente. El fuego que no debía apagarse jamás (lo cual representaba la acción de la santidad divina ejerciendo juicio) debía mantenerse continuamente. El fuego ardía sobre el altar de Dios, en medio de las sombras y silencio de la noche.

"El sacerdote se pondrá su vestimenta de lino y se pondrá..." etc. Aquí el sacerdote toma, en figura, el lugar de Cristo, estando representada la justicia personal por la blanca túnica de lino. Cristo habiéndose entregado El mismo a la muerte de cruz, a fin de cumplir la voluntad de Dios, subió a los cielos, en virtud de su propia justicia eterna, llevando consigo el memorial de la obra que había cumplido. Las cenizas atestiguaban que el sacrificio estaba consumado y que había sido aceptado por Dios; se echaban al lado del altar, para dar testimonio de que el fuego había consumido el sacrificio, y que no sólo estaba consumido sino también aceptado. Las cenizas del holocausto declaraban la aceptación del sacrificio; las cenizas de la ofrenda por el pecado declaraban el juicio sobre el pecado.

Muchos puntos sobre los que ahora no nos hemos parado reaparecerán ante nuestra vista en el transcurso de nuestro estudio, y así tendrán para nosotros más claridad, más valor y potencia. Poniendo en contraste unas ofrendas con otras se da a cada una más relieve. Consideradas en conjunto nos suministran una visión completa de Cristo. Son como espejos, dispuestos de tal manera que reflejan, bajo diferentes aspectos, la imagen del verdadero y sólo perfecto sacrificio. Ninguna figura por sí sola puede representarle en su plenitud. Es preciso que le podamos contemplar en su vida y en su muerte, como hombre y como víctima, en relación con Dios, y en relación con nosotros; y es así como le representan, en figura, las ofrendas del Levítico.

Haga Dios, que de este modo ha satisfecho misericordiosamente las necesidades de nuestras almas, que también sea iluminada nuestra inteligencia, para comprender y gozar lo que nos ha preparado.

CAPITULO 2

Tócanos ahora examinar "la ofrenda de presente" que representa, de una manera muy precisa, a "Jesucristo hombre". El holocausto representa a Cristo en su *muerte*; la ofrenda de que nos ocupamos le representa en su *vida*. Ni en una ni en otra es cuestión del acto de llevar el pecado. En el holocausto, vemos la propiciación, pero no vemos en él nada de llevar el pecado, ni de imputación del mismo, ni de manifestación de la ira divina. Esto nos lo demuestra el hecho que se consumía todo sobre el altar, porque si hubiera que expiar el pecado, la víctima tendría que ser quemada fuera del real (Com. Lev. 4:11-12 con Heb. 13:11).

Pero en la ofrenda de presente no hay ni siquiera derramamiento de sangre, sino que en ella vemos simplemente un bello tipo de Cristo, viviendo, andando y sirviendo aquí en la tierra. Este hecho, por si solo, es suficiente para inducir a todo cristiano espiritual a considerar esta ofrenda seria y atentamente, y con espíritu de oración. La pura y perfecta humanidad de nuestro Señor es un tema que se impone al examen concienzudo de todo verdadero cristiano. Es de temer que muchos cristianos no tienen una idea bastante clara o determinada respecto a este santo misterio. Las expresiones que se oyen, o que se leen algunas veces, bastan para probar que la doctrina fundamental de la encarnación no es comprendida o tenida en cuenta tal como la Palabra la presenta. Tales expresiones proceden probablemente de una inexacta apreciación de la naturaleza real de las relaciones de Cristo y del verdadero carácter de sus padecimientos; pero cualquiera que

sea su origen, deben juzgarse a la luz de las Santas Escrituras, y por consiguiente desecharse. Sin duda muchos de los que las emplean retrocederían indignados y horrorizados ante la doctrina que suponen o apoyan tales términos, si se les expusiera tal como es en realidad; así, pues, guardémonos de acusar de infidelidad, en una verdad fundamental, a tal o cual cristiano, en quien no hay más, tal vez, que inexactitud de lenguaje. Hay, sin embargo, una consideración que debe pesar sobre las apreciaciones morales de todo cristiano, a saber el carácter vital de la doctrina de la humanidad de Cristo; doctrina que pone el fundamento mismo del cristianismo y, por esto, Satán, desde el principio, ha puesto tanto empeño en inducir a las almas al error en este punto. Casi todas las herejías capitales descubren la intención satánica de minar la verdad en cuanto a la persona de Cristo. Sucede también, con frecuencia, que hombres piadosos, queriendo combatir estos errores, caen en errores opuestos. Esto nos enseña la necesidad que tenemos de atenernos a los mismos términos de que ha usado el Espíritu Santo, para descubrirnos un misterio a la vez tan sagrado y tan profundo. En efecto, creemos que en todos los casos, la sumisión a la autoridad de las Santas Escrituras y la energía de la vida divina en el alma son la mejor salvaguardia contra toda especie de error. Para que el alma pueda preservarse de error respecto a la doctrina de Cristo, no tiene necesidad de profundos conocimientos teológicos; basta que la palabra de Cristo habite abundantemente en ella y que el Espíritu de Cristo desarrolle en ella su eficacia, para que Satanás no encuentre ningún lugar donde pueda introducir sus sombrías y horribles sugerencias. Si el corazón se complace en el Cristo que revelan las Escrituras, rechazará seguramente todos los falsos Cristos que Satanás le presente. Si nos alimentamos de las realidades de Dios, desecharemos sin vacilación las falsificaciones de Satán. Este es el mejor medio de escapar de los lazos del error bajo cualquier forma que se presente. "Las ovejas oyen su voz... y le siguen; porque *conocen su voz*; mas al extraño no seguirán, antes huirán de él, *porque no conocen la voz de los extraños*". (Juan 10:4, 5, 27). No es necesario conocer la voz de los extraños para desviarse de ellos; basta, para esto, conocer la voz "del buen Pastor"; esto es lo que nos preservará de la influencia seductora de toda voz extraña. Así, pues, sintiéndonos llamados a prevenir a nuestros lectores contra toda voz extraña con relación al divino misterio de la humanidad de Cristo, no parece necesario discutir sus aseveraciones peligrosas o falsas; preferimos, con la gracia de Dios, procurar a nuestros hermanos armas contra ellas, desarrollando la doctrina de la Escritura sobre este asunto.

Uno de los puntos más débiles de nuestro cristianismo es la falta de una más intensa y completa comunión con la perfecta humanidad de nuestro Señor Jesucristo. De aquí que experimentamos tanta esterilidad, tanta inquietud y extravío en nuestra marcha. ¡Ah! si nosotros estuviéramos penetrados, merced a una fe más sencilla, de esta verdad, de que es un Hombre real que está sentado a la diestra de la Majestad en los cielos: un Hombre en quien la simpatía es perfecta, cuyo amor es incomprensible, en quien la potencia es sin límites, en quien la sabiduría es infinita, cuyos recursos son inagotables, cuyas riquezas son insondables, cuyo oído está siempre abierto a todas nuestras peticiones, cuyo corazón está lleno para nosotros de una ternura infalible, seríamos a la vez más felices y nos elevaríamos más sobre las cosas visibles; seríamos más independientes de todo lo que procede de la criatura, fuese cual fuese el conducto que nos lo comunicase. Todo lo que el corazón puede desear, lo poseemos en Jesús. ¿Suspira en busca de verdadera simpatía? ¿Dónde podrá encontrarla sino en Aquél que mezclaba sus lágrimas a las lágrimas de las desoladas hermanas de Bethania? ¿Aspira al gozo de un verdadero afecto? No puede encontrarlo sino en el corazón que expresa su amor en las gotas de sangre que calan de su rostro en Gethsemaní. ¿Busca la protección de un poder eficaz? No tiene más que mirar a Aquél que crió los mundos. ¿Siente la necesidad de una sabiduría infalible para que le guíe? Acérquese al que es la sabiduría personificada y "el cual nos ha sido hecho por Dios sabiduría". En una palabra, lo tenemos todo en Cristo. El pensamiento divino y los afectos divinos han encontrado un objeto perfecto en "Jesucristo hombre" (1a. Tim. 2: 5), y seguramente, si hay en la persona de Cristo lo que puede satisfacer plenamente a Dios, tiene que haber también lo que nos satisfaga a nosotros, y lo que nos satisface a medida que, por la gracia del Espíritu Santo, andamos en comunión con Dios.

Nuestro Señor Jesucristo ha sido el único hombre perfecto que ha pisado esta tierra; era perfecto en todo, perfecto en pensamientos, en palabras y en obras. En Él todas las cualidades morales se encontraban y armonizaban en divina y, por consiguiente, perfecta proporción. Ningún rasgo de su carácter predominaba a expensas de los demás; se unían en Él, de modo admirable, una majestad que inspiraba temor respetuoso, y una dulzura tal que su sola presencia llenaba el alma de dicha. Los escribas y los fariseos tuvieron que oír sus abrumadores reproches, mientras que la pobre samaritana, y "la mujer pecadora" se sentían, sin darse cuenta, irresistiblemente atraídas hacia Él. Sí, todo se encontraba en Él en bella armonía; y esto se puede notar en todas las escenas de su vida sobre la tierra. Podía, por ejemplo, decir a sus discípulos en presencia de los cinco mil hombres hambrientos: "Dadles vosotros de comer", y después que estuvieron saciados: "Recoged los pedazos que han quedado, porque no se pierda nada" (Juan 6:12). La generosidad y la economía son aquí perfectas, sin que una dañe a la otra; cada una brilla en su propia esfera. No podía despedir en ayunas a las multitudes hambrientas que le seguían, y por otro lado, no podía consentir que ni una pequeña parte de "lo criado por Dios" (Ia. Tim. 4:4) se malgastase. La misma mano que está siempre abierta con largueza, para subvenir a todas las necesidades del hombre, está estrictamente cerrada a toda prodigalidad. Esta es una lección para nosotros, en quienes, con frecuencia, la generosidad degenera en inexcusable prodigalidad; y por otra parte, ¡cuán a menudo nuestra economía descubre un espíritu de avaricia! A veces también nuestros corazones rehusan abrirse generosamente ante las necesidades que se ofrecen a nuestra vista, mientras que en otras ocasiones disipamos por vanidad y extravagancia lo que hubiera podido satisfacer a muchos de nuestros semejantes en su necesidad. Querido lector, estudiemos cuidadosamente el divino modelo que nos ofrece la vida de "Jesucristo Hombre"; es saludable y edificante para el "hombre interior", el ocuparse de Aquél que fue perfecto en todos sus caminos, y que "en todas las cosas debe ocupar el primer lugar".

Vedle en el huerto de Gethsemaní postrado en profunda humildad, de la que Él sólo podía dar ejemplo; pero en presencia de la compañía guiada por el traidor, muestra una calma y una majestad que lo hace retroceder y caer por tierra. Delante de Dios su actitud es la postración; delante de sus jueces y acusadores, una dignidad inquebrantable; aun allí, todo es perfecto, todo divino. La misma perfección se nota también en el modo admirable con que se concilian en Él sus relaciones con Dios y sus relaciones humanas. Podía decir: "¿por qué me buscabais? ¿no sabíais que en los negocios de mi Padre me conviene estar?" y, al mismo tiempo, podía descender con ellos a Nazaret, donde fue un perfecto modelo de sumisión a la autoridad paterna. (Véase Luc. 2:49-51). Podía decir a su madre: ¿que tengo yo contigo, mujer?" y, sin embargo, sobre la cruz, en medio de su indecible agonía, mostraba el tierno afecto que sentía por ella, confiándola a los cuidados de su discípulo amado. En el primer caso, Cristo, con el espíritu de un perfecto nazareo, se separaba de todo para cumplir la voluntad de su Padre; mientras que en el segundo, deja desbordar los afectuosos sentimientos de un corazón humano perfecto. La devoción del nazareo, lo mismo que los afectos del hombre, eran perfectos; no podían perjudicarse uno a otro; los dos brillaban con esplendente claridad, cada uno en su propia esfera.

Así, pues, la sombra, el tipo de este hombre perfecto, se nos ofrece bajo la figura de la "flor de harina" que formaba la base principal de la ofrenda de presente. No habla en ella nada áspero, nada desigual, nada tosco al tacto; cualquiera que fuese la presión exterior, la superficie estaba siempre unida. Así Cristo no estaba nunca turbado por las circunstancias; no estaba nunca inquieto, nunca vacilante o agitado, nunca perdía la serenidad. Cualesquiera que fuesen los acontecimientos que sobrevinieran, los afrontaba con esa perfecta igualdad tan notable, figurada por "la flor de la harina". En todas estas cosas que vamos diciendo, presenta Cristo señalado contraste con sus siervos, aun los más fieles y sumisos. Moisés, por ejemplo, era muy manso, más que todos los hombres que había sobre la tierra" (Núm. 12:3), sin embargo, en un momento de cólera, "hicieron se rebelase su espíritu, como lo expresó con sus labios." (Sal. 56:33). En Pedro vemos un celo y una energía que a veces rebasaban la medida; pero también vemos en otras ocasiones una cobardía que

le hacía perder la ocasión de rendir testimonio, por temor al desprecio; estaba pronto a hacer protestas de una devoción que cuando llegaba el momento de la prueba, había desaparecido. Juan, que más que ningún otro respiraba la atmósfera de la presencia inmediata de Cristo, manifiesta más de una vez un espíritu sectario, intolerante y ambicioso (Luc. 9:49, 52-55; Mar. 10 35-37). En Pablo, el más abnegado de sus siervos, descubrimos también grandes desigualdades; dirigió al sumo sacerdote palabras injuriosas que en seguida tuvo que rectificar (Hech. 23). Escribe una carta a los corintios, y desde luego se arrepiente de haberlo hecho, pero después cambió de opinión y se ratificó en lo primero (2a. Cor. 7: 8). En todos vemos algún defecto, excepto en Aquél que es "el porta-estandarte entre diez mil".

Estudiando la ofrenda de presente, para dar más claridad y sencillez a nuestros pensamientos, convendrá que consideremos, en primer lugar, las materias de que se componía; en segundo término, las diversas formas en que se ofrecía, y por último, las personas que en ella tenían parte.

1. En cuanto a las materias, "la flor de la harina" puede considerarse como la base de la ofrenda, y en ella, como hemos visto, tenemos un tipo de la humanidad de Cristo, en quien se encuentran todas las perfecciones. El Espíritu Santo se complace en descubrir las glorias de la Persona de Cristo, en presentarlo en su excelencia incomparable, en ponerlo ante nosotros en contraste con todo lo restante. Le pone en contraste con Adán mismo en su estado de inocencia y de honor, pues está escrito, "el primer hombre es (formado) de la tierra, terreno; el segundo hombre es (venido) del cielo" (1a. Cor. 15:47). El primer Adán, aun antes de la caída, era "de la tierra", pero el segundo Hombre era "venido del cielo".

En la ofrenda de presente, el aceite es un tipo del Espíritu Santo. Pero el aceite, empleado de dos modos, nos presenta al Espíritu Santo bajo un doble aspecto, en relación con la *encarnación* del Hijo. La flor de harina estaba *amasada* con el aceite; y se *vertía* aceite sobre ella. Tal era el tipo; y en el Antitipo, vemos al Señor Jesucristo, "*concebido*" por el Espíritu Santo, y después "*ungido*" por el Espíritu Santo (Com. Mat. 1:18-23, con 3:16). La exactitud, aquí tan palpable, es verdaderamente maravillosa. Es un solo y mismo Espíritu que prescribe los ingredientes del tipo y que dirige los acontecimientos en el Antitipo. Aquél que nos dio con asombrosa precisión las sombras y los tipos del libro del Levítico, nos ha descrito también el glorioso objeto de esos tipos en los relatos del Evangelio. Es el mismo Espíritu el que sopla a través de las páginas del Antiguo y del Nuevo Testamento, y quien nos capacita para ver con qué exactitud se corresponden.

La concepción del cuerpo de Cristo, por el Espíritu Santo, en el seno de la Virgen, es uno de los más profundos misterios que pueden presentarse a la atención del entendimiento renovado. Este misterio está plenamente revelado en el Evangelio de Lucas, y es muy característico, porque del principio al fin de este Evangelio el objeto especial del Espíritu Santo parece ser mostrarnos en todos sus aspectos, y de modo divinamente tierno, "al Hombre Cristo Jesús". Mateo nos presenta "el Hijo de Abraham", "el Hijo de David". En Marcos hallamos el divino Servidor; el celeste Obrero. En Juan tenemos "el Hijo de Dios", la Palabra eterna, la Vida, la Luz, Aquél por quien fueron hechas todas las cosas. Pero el gran tema del Espíritu Santo en el Evangelio de Lucas es el "Hijo del hombre".

Cuando el ángel Gabriel hubo anunciado a María el favor que le había sido conferido relativo a la gran obra de la encarnación, María, con un espíritu de sencilla ignorancia, a la vez que de duda, preguntó: "¿Cómo será esto, porque no conozco varón?" Evidentemente pensaba que el nacimiento del glorioso Personaje que estaba a punto de aparecer debía efectuarse según el curso ordinario de la naturaleza; y este pensamiento fue lo que, en la gran bondad de Dios, dio ocasión al mensajero celeste para añadir algunas palabras que derraman una luz de las más preciosas sobre la verdad fundamental de la encarnación. También la respuesta del ángel a la pregunta de la Virgen es

del más grande interés, y merece meditarse cuidadosamente. "Y respondiendo el ángel le dijo: El Espíritu Santo vendrá sobre ti, y la virtud del Altísimo te hará sombra; *por lo cual también lo santo que nacerá será llamado Hijo de Dios*" (Luc. 1:35).

Este bello pasaje nos enseña que el cuerpo humano del que se revistió el Hijo eterno de Dios fue formado por "la virtud del Altísimo". "Tú me apropiaste cuerpo" (Heb. 10:5). Era un verdadero cuerpo humano, realmente "carne y sangre". No hay aquí nada absolutamente que pueda prestar un fundamento cualquiera a las vanas y fastidiosas teorías del gnosticismo, o del misticismo; no, nada que autorice las frías abstracciones de la primera, ni las fábulas de la segunda; todo es aquí profundamente, sólidamente, divinamente real. Aquello que nuestros corazones necesitaban es lo que Dios ha dado. La promesa más antigua había declarado que la simiente de la mujer quebrantaría la cabeza de la serpiente, y esta predicción no podía cumplirse más que por un hombre real, un ser en quien la naturaleza humana fuese tan real, como pura e incorruptible. El ángel Gabriel dijo: "concebirás en tu seno y parirás un hijo" ². Por otra parte, para no dejar ningún lugar a error en cuanto al modo de esta concepción, añade algunas palabras que prueban indisputablemente que la "carne y la sangre" de las que el Hijo eterno "ha participado", siendo absolutamente reales, eran absolutamente incapaces de adquirir o comunicar la menor mancha. La humanidad de nuestro Señor Jesucristo era en toda la extensión de la palabra "*cosa santa*" o "*ser santo*" y como era enteramente sin falta, no había en él, por consiguiente, ningún principio de mortalidad. No podemos concebir la mortalidad sino en relación con el pecado; y la humanidad de Cristo no tenía nada de común con el pecado, ni personal ni relativamente. El pecado le fue imputado sobre la cruz, donde "fue hecho pecado por nosotros". Pero la ofrenda de presente no es el tipo de Cristo llevando el pecado. Le prefigura en su vida perfecta sobre la tierra; vida en la que, sin duda, sufrió, pero nunca llevando el pecado, no como sustituto, ni de parte de Dios. Importa mucho esclarecer bien este punto. Ni el holocausto ni la ofrenda de presente representa a Cristo cargado con nuestros pecados. En ésta le vemos *viviendo*; en aquél le vemos *muriendo*; pero ni en una ni en otra se ocupa de la imputación del pecado, ni de incurrir en la ira de Dios a causa del mismo. En una palabra, presentar a Cristo como el sustituto de los pecadores en otro lugar que sobre la cruz, es despojar su vida de toda su belleza y excelencia divinas; es quitar a la cruz su carácter y su lugar. Además esto arrojaría una confusión inextricable sobre los tipos del Levítico.

Por esta razón quisiéramos poder persuadir a todos nuestros lectores para que supieran tener un santo celo respecto a la verdad vital de la Persona y de las relaciones del Señor Jesucristo. Si se está en el error respecto a esto, todo el resto del cristianismo está en peligro; Dios no puede dar la sanción de su presencia a lo que no tiene esta verdad por base. La Persona de Cristo es el centro viviente, el centro divino, a cuyo alrededor el Espíritu Santo cumple todas sus operaciones. Si abandonáis la verdad en cuanto a Cristo, estáis como un buque sin anclas, llevado sin timón y sin brújula, sobre el inmenso y tempestuoso océano, y en inminente peligro de estrellarse contra los escollos del arrianismo, de la infidelidad, o del ateísmo. Poned en duda la eternidad de Cristo como Hijo de Dios, su deidad, o su humanidad inmaculada, y abriréis la esclusa a las olas destructoras y a los errores mortales. Nadie se figure que se trata de un punto propio solamente para servir de tema de discusión a los teólogos y eruditos; que se trata de una cuestión curiosa, de un misterio abstruso, o de un dogma sobre el cual nos es permitido tener diversos puntos de vista. No, es una verdad fundamental, que es preciso retener con la potencia del Espíritu Santo; que es necesario defender a toda costa; que es preciso confesar en todo tiempo y en todos los casos, cualesquiera que pudieran ser las consecuencias.

² Mas venido el cumplimiento del tiempo, Dios envió su Hijo, hecho de mujer, hecho súbdito a la ley" (Gál. 4:4). Es este un pasaje de mucha importancia atendiendo a que presenta a nuestro Señor, como Hijo de Dios y como Hijo del Hombre: "Dios envió su *Hijo hecho de mujer*". ¡Precioso testimonio!

Debemos, pues, recibir sencillamente en nuestros corazones, por la gracia del Espíritu Santo, la revelación que el Padre nos hace del Hijo; entonces nuestras almas serán eficazmente preservadas de los lazos del enemigo, bajo cualquier forma que se presenten. El puede tapar las añagazas del arrianismo o del socinianismo con las yerbas y las hojas de un sistema de interpretación a la vez especioso, plausible y seductor; pero el corazón verdaderamente piadoso descubre muy pronto que este sistema tiende a deshonorar al Salvador a quien todo lo debe, y sin vacilación lo rechaza y lo devuelve a la fuente impura de donde manifiestamente procede. Nosotros podemos apartarnos de las teorías humanas; pero no podemos, de ningún modo, apartarnos de Cristo, del Cristo de Dios, del Cristo de las afecciones de Dios, del Cristo de los consejos de Dios, del Cristo de la Palabra de Dios.

Nuestro Señor Jesucristo, Hijo eterno de Dios, Dios manifestado en carne, Dios sobre todas las cosas bendito eternamente, tomó un cuerpo que era esencial y divinamente puro, incapaz de adquirir ninguna mancha, enteramente exento de todo principio de pecado y de mortalidad la humanidad de Cristo era tal que si le hubiera sido posible (lo que no lo era, según diremos) no consultar más que su interés personal, hubiera podido volver al cielo de donde había venido, y al que pertenecía. Diciendo esto, hacemos abstracción de los decretos eternos del amor redentor, o del amor invariable del corazón de Jesús; de su amor por Dios, de su amor por los elegidos de Dios, o de la obra que era necesaria para ratificar la alianza eterna de Dios con la simiente de Abraham, y con la creación entera. Cristo mismo nos enseña que "fue necesario que el Cristo padeciese y resucitase de los muertos al tercer día" (Luc. 24:46). Era necesario que sufriese para la manifestación y el perfecto cumplimiento del gran misterio de la redención. El misericordioso Redentor quería "conducir muchos hijos a la gloria". No quería "morar solo", y, por esto, como "el grano de trigo", debía "caer en la tierra y morir". Cuanto mejor comprendamos la verdad en lo concerniente a la persona de Cristo, tanto mejor apreciamos y comprendemos su obra de gracia.

Cuando el Apóstol habla de Cristo, como habiendo sido "consumado por los sufrimientos", le considera como "Autor de nuestra salud", no como el Hijo eterno, que, en lo que se refiere a su personalidad y su naturaleza, era divinamente perfecto, sin que fuese posible añadir nada a lo que era. Lo mismo vemos cuando Jesús dice: "He aquí, echo fuera demonios y acabo sanidades hoy y mañana, y al tercer día soy consumado" (Luc. 13:32). Aludía entonces al hecho de su resurrección en potencia, por la cual sería manifestado como el consumidor de la obra completa de la redención. En cuanto a lo que le concernía personalmente, podía decir, aun saliendo del jardín de Gethsemaní, "¿Acaso piensas que no puedo ahora orar a mi Padre, y él me daría más de doce legiones de ángeles? ¿cómo pues se cumplirían las Escrituras (que dicen) que así conviene que sea hecho?" (Mat. 26:53-54). Conviene que el alma entienda claramente este asunto; es bueno reconocer la armonía que existe entre los pasajes que nos representan a Cristo con la dignidad esencial de Su Persona y en la divina pureza de su naturaleza, y aquellos que nos lo presentan en sus relaciones con su pueblo y cumpliendo la gran obra de la redención. A veces encontramos esos dos aspectos diferentes combinados en el mismo pasaje; por ejemplo, en Heb. 5:8-9 "Y aunque *era Hijo*, por lo que padeció aprendió la obediencia; y consumado, vino a ser causa de eterna salud a todos los que le obedecen". No perdamos, por tanto, de vista que ninguna de estas relaciones en las que Cristo entró voluntariamente, ya sea para manifestar el amor de Dios a un mundo perdido, ya como servidor de los consejos divinos, ninguna puede, en cualquier grado que fuese, alterar en nada la pureza esencial, la excelencia y la gloria de su ser. "El Espíritu Santo vino" sobre la Virgen, y "la virtud del Altísimo le hizo sombra; por lo cual también lo santo que nació fue llamado Hijo de Dios". Magnífica revelación del profundo misterio de la pura y perfecta humanidad de Cristo, el gran Antitipo de "*la flor de la harina amasada con aceite*"

Observemos aquí la imposibilidad de toda unión entre la humanidad, tal como aparece en nuestro Señor Jesucristo, y la humanidad, tal como está en nosotros. Lo que es puro no puede unirse jamás a lo que es impuro. Hay incompatibilidad absoluta entre lo que es incorruptible y lo que es

corruptible; lo espiritual y lo carnal, lo celeste y lo terrestre, no podrán combinarse jamás armoniosamente. Resulta, pues, que la encarnación no era, como algunos han osado pretender, Cristo tomando nuestra naturaleza caída en unión consigo mismo. Si hubiera hecho esto, la muerte en la cruz no hubiera sido necesaria. En este caso no se ve porque el Salvador se sentía "en estrecho" hasta que el bautismo sangriento se cumplió; no se ve porque "el grano de trigo" debía caer en la tierra y morir. Es de gran importancia que todo cristiano espiritual comprenda esto bien. Era enteramente imposible que Cristo se uniese a nuestra naturaleza pecadora. Escuchad lo que el ángel dice a José, en el primer capítulo del Evangelio según Mateo: "José, hijo de David, no temas de recibir a María, tu mujer, porque *lo que en ella es engendrado, del Espíritu Santo es*". Así la susceptibilidad natural de José, lo mismo que la piadosa ignorancia de María, da lugar a un más amplio desarrollo del santo ministerio de la humanidad de Cristo, y sirve al mismo tiempo para proteger esta humanidad contra todos los ataques blasfemos del enemigo.

¿Cómo se realiza pues, la unión de los creyentes con Cristo? ¿Es con Cristo en su encarnación, o en su resurrección? En su resurrección, sin ninguna duda, como lo prueba este pasaje. "Si el grano de trigo no cae en la tierra y muere, *el solo queda*" (Juan 12:24). Antes de la muerte de Cristo, no había unión posible entre El y Su pueblo. Es con la potencia de una nueva vida que los creyentes se unen al Señor. Estaban muertos *en el pecado* y El, en su perfecta gracia, descendió del cielo, y aunque siendo puro y sin pecado, fue "hecho pecado", murió *al pecado*, lo abolió, resucitó triunfante sobre el pecado y de todas sus consecuencias, y en la resurrección viene a ser el jefe de una nueva raza. Adán era el jefe de la antigua creación, que cayó con él. Cristo, muriendo, se colocó bajo la carga que pesaba sobre los suyos, y respondiendo cumplidamente a todo lo que estaba contra ellos, triunfante sobre todo, resucitó, y los ha introducido con El en la nueva creación, de la cual es el centro y el glorioso Jefe. Por esto leemos: "El que se junta con el Señor, un espíritu es" (Com. la. Cor. 6:17). "Empero Dios, que es rico en misericordia, por Su mucho amor con que nos amó, aun estando nosotros *muertos en pecados*, nos dio vida *juntamente con Cristo*; por gracia sois salvos. Y juntamente nos resucitó; y asimismo nos hizo sentar en los cielos en Cristo Jesús" (Ef. 2:4-6). "Porque somos miembros de su cuerpo, de su carne y de sus huesos" (Ef. 5:30). "Y a vosotros, estando *muertos en pecados*, y en la incircuncisión de vuestra carne, *os vivificó juntamente con él*, perdonándoos todos los pecados" (Col. 2:13).

Podríamos multiplicar las citas, pero las que preceden bastan para demostrar ampliamente que no era en la encarnación, sino en la muerte, que Cristo se colocó de modo que los creyentes puedan "ser vivificados con El". ¿Podrá negarse la importancia de esta cuestión? Debemos examinarla bien a la luz de las Escrituras y considerarla en todo su alcance sobre la Persona de Cristo, sobre su vida, sobre su muerte, sobre nuestro estado natural en la vieja creación, y sobre nuestro lugar, por gracia, en la nueva. Es de gran interés pesar bien todas estas fases del asunto, y esperamos que se le dará la debida importancia. Por lo menos, podemos asegurar que el que ha escrito estas páginas no hubiera trazado una sola línea en apoyo de esta doctrina, si no la considerase como una de las de mayor trascendencia. La revelación divina es un todo, unido de tal manera, tan bien ajustado por la mano del Espíritu Santo para formar un conjunto tan armónico en todas sus partes, que si se cambia una sola verdad se altera todo el resto. Esta consideración debiera bastar para precaver al cristiano contra todo atentado que pudiera deteriorar este magnífico edificio, en el que cada piedra debe estar colocada en el lugar que Dios le ha señalado; luego, incontestablemente, la verdad relativa a la Persona de Cristo es en él la clave de la bóveda.

Habiendo así intentado desarrollar la verdad representada en figura por la flor de la harina "amasada con aceite", llegamos a otro punto de gran interés que se encuentra en estas palabras: "sobre la cual *echará* aceite". Aquí tenemos una figura de la unción de nuestro Señor Jesucristo por el Espíritu Santo. No sólo fue formado el cuerpo del Señor Jesús misteriosamente por el Espíritu Santo, sino que aun este vaso puro e inmaculado fue ungido para el servicio, por la misma potencia. "Y aconteció que como todo el pueblo se bautizaba, también Jesús fue bautizado; y orando, el cielo

se abrió, y descendió el Espíritu Santo sobre él en forma corporal, como paloma, y fue hecha una voz del cielo que decía: Tú eres mi hijo amado, en ti me he complacido" (Luc. 3:21-22).

La unción de nuestro Señor Jesucristo, por el Espíritu Santo, antes que entrase en su ministerio público, es de una gran importancia práctica para todos aquellos que sinceramente desean ser bendecidos y fieles siervos de Dios. Aunque en cuanto a su humanidad fue concebido por el Espíritu Santo, aunque fue en su propia personalidad, "Dios manifestado en carne", aunque la plenitud de la divinidad habitaba en El corporalmente, sin embargo, se debe observar, que cuando se presenta como hombre para hacer sobre la tierra la voluntad de Dios, cualquiera que fuese, como anunciar la buena nueva, enseñar en las sinagogas, curar los enfermos, limpiar los leprosos, echar fuera demonios, alimentar a los hambrientos o resucitar los muertos, lo hacía todo por el Espíritu Santo. El vaso santo y celeste en que al Hijo de Dios le plugo aparecer sobre la tierra, estaba formado, llenado, ungido y conducido por el Espíritu Santo.

Para nosotros es esta una lección a la vez santa y profunda, indispensable y saludable. Nosotros somos propensos a correr sin ser enviados, a obrar por la sola energía de la carne. A menudo, un ministerio aparente no es más que la actividad inquieta y no santificada de una naturaleza que jamás ha sido juzgada en la presencia de Dios. Ciertamente, tenemos gran necesidad de estudiar con mucha atención nuestra divina "ofrenda de presente", a fin de comprender con más exactitud el significado de "la flor de la harina untada con aceite". Tenemos necesidad de meditar más en Cristo, quien aunque poseía en sí mismo la potencia divina, hizo, no obstante, todas sus obras, operó todos sus milagros por el Espíritu eterno y, finalmente, "se ofreció a sí mismo sin mancha a Dios por el Espíritu eterno" (Heb. 9:14). El podía decir: "Yo echo fuera los demonios, por Espíritu de Dios" (Mat. 12:28).

Nada tiene un valor real, si no es lo cumplido por la potencia del Espíritu Santo. Un hombre puede escribir, pero si su pluma no es guiada por el Espíritu Santo, sus obras no tendrán ningún resultado duradero. Un hombre puede hablar con elocuencia, pero si sus labios no han recibido la unción del Espíritu Santo, su palabra no echará raíces en los corazones. Es este un pensamiento muy serio, que, debidamente considerado, nos conduciría a velar en adelante sobre nosotros mismos y a vivir en una más continua dependencia del Espíritu Santo. Lo que necesitamos es despojarnos de nosotros mismos, a fin de dar lugar al Espíritu Santo para obrar sobre nosotros y por nosotros. Es imposible que un hombre lleno de sí mismo pueda ser vaso del Espíritu Santo. Cuando contemplamos el ministerio de nuestro Señor Jesucristo, vemos que en todas las circunstancias obraba por la potencia inmediata del Espíritu Santo. Viviendo como hombre sobre la tierra, demostró que el hombre debía no sólo vivir de la Palabra, sino también obrar por el Espíritu de Dios. Aunque, como hombre, su voluntad era perfecta, aunque sus pensamientos, sus palabras, sus obras, todo era perfecto en El, no obstante, siempre obraba por la autoridad de la Palabra y por la potencia del Espíritu Santo. Ojalá podamos en esto, como en todo lo restante, seguir más fielmente sus huellas. Entonces seguramente nuestro ministerio será más eficaz, nuestro testimonio más fecundo en buenos frutos, nuestra conducta más completamente para la gloria de Dios.

Otro ingrediente de la ofrenda de presente llama ahora nuestra atención, y es "el incienso". Hemos visto que la "flor de la harina" era la base de la ofrenda; el aceite y el incienso eran los principales accesorios; la relación que existe entre estas dos últimas cosas es muy instructiva. "El aceite" figura la *potencia* del ministerio de Cristo; "el incienso" representa el *objeto*. La primera nos enseña que lo hacía todo por el Espíritu de Dios; la segunda, que lo hacía todo para la gloria de Dios. El incienso representa lo que en la vida de Cristo era exclusivamente para Dios. Esto es lo que indica claramente el segundo versículo: "Y la traerá, (la ofrenda de presente) a los sacerdotes, hijos de Aarón; y de ello tomará el sacerdote su puño lleno de su flor de harina y de su aceite, con *todo su incienso*, y lo hará arder sobre el altar, ofrenda encendida para recuerdo de olor suave a Jehová". Así fue en la verdadera ofrenda de presente, Jesucristo, Hombre. En su vida santa tuvo siempre lo

que era exclusivamente para Dios. Todos sus pensamientos, todas sus palabras, todas sus miradas, todos sus actos, exhalaban un perfume que se elevaba directamente a Dios. Y así, como en el tipo, era "el fuego del altar" el que hacia salir el suave olor del incienso, así, en el Antitipo, cuanto más "probado" estaba en las circunstancias de su vida, tanto más también se manifestaba que en su humanidad no había nada que no pudiera subir, en perfume de agradable olor, hasta el trono de Dios. Si en el holocausto contemplamos a Cristo ofreciéndose a sí mismo sin mancha a Dios, en la ofrenda de presente le vemos presentando a Dios toda la excelencia esencial de su naturaleza humana y de sus actos. Un hombre perfecto y obediente sobre la tierra, haciendo la voluntad de Dios, obrando por la autoridad de la Palabra y por la potencia del Espíritu, he aquí lo que era como un suave olor, que necesariamente debía ser agradable a Dios. El hecho de que "todo el incienso" era consumido sobre el altar determina bien todo su alcance y sentido.

Sólo nos resta considerar el último accesorio inseparable de la ofrenda de presente, a saber: "la sal". "Y sazonarás toda ofrenda de tu presente con sal; y no harás que falte jamás de tu presente la sal de la alianza de tu Dios; en toda ofrenda tuya ofrecerás sal". La expresión "sal de la alianza", representa su carácter permanente. Dios mismo la ha ordenado de tal modo que nada puede alterarla jamás; que ninguna influencia puede corromperla nunca. Desde el punto de vista espiritual y práctico, no se sabría apreciar demasiado un ingrediente semejante: "Sea vuestra palabra siempre con gracia, sazonada con *sal*" (Col. 4:6). Todas las palabras del Hombre perfecto manifestaban la potencia de este principio; eran no sólo palabras de gracia, sino también palabras de una eficacia penetrante, palabras divinamente propias para preservar de toda mancha y de toda influencia corruptora. No pronunció nunca una palabra que no estuviese penetrada del olor del "incienso", y al mismo tiempo "sazonada con sal". El primero era de los más agradables a Dios, el segundo de los más útiles al hombre.

A menudo el corazón corrompido y el gusto viciado del hombre no podían soportar la acritud de la ofrenda de presente divinamente sazonada. Pruébalo la escena que pasó en la sinagoga de Nazaret (Luc. 4:16-29). Allí todos podían darle testimonio y maravillarse de las palabras de "gracia que salían de su boca", pero cuando pasó a sazonar sus palabras con sal, tan necesaria para Preservar a su auditorio de la influencia deletérea de su orgullo nacional, se llenaron de ira, y quisieron despeñarlo de la montaña sobre la que estaba edificada la ciudad.

Lo mismo vemos en Luc. 14. Sus palabras "de gracia" habían atraído "grandes multitudes" cerca de El; entonces mezcla "la sal", exponiendo, con santa fidelidad, lo que esperaba en esta vida a los que le seguían. "Venid, que ya está todo aparejado"; he aquí la "gracia". Pero en seguida: "Cualquiera de vosotros que no renuncia a todas las cosas que posee no puede ser mi discípulo"; he aquí lo que era "la sal". La gracia es atractiva, pero "la sal es buena". Los discursos presentando la gracia pueden ser populares; los discursos sazonados con sal nunca lo serán. En ciertas épocas y en ciertas circunstancias el puro Evangelio de la gracia de Dios puede ser, durante un tiempo, buscado por la multitud; pero cuando "la sal" de una aplicación, hecha con celo y fidelidad, aparece, no quedan más que los que han sido tocados por la potencia de la Palabra.

Después de haber examinado así los ingredientes que constituían la ofrenda de presente, diremos algunas palabras sobre los que de ella estaban excluidos.

El primero era "la levadura". "Ningún presente que ofreciereis a Jehová será con levadura". De un extremo a otro del libro divinamente inspirado, sin ninguna excepción, la "levadura" representa el *mal*. En el capítulo 7, versículo 13, de este libro, como veremos muy pronto, formaba parte de la ofrenda que acompañaba al sacrificio de las paces; después, en el capítulo 23, encontramos aun la levadura en los dos panes ofrecidos el día de Pentecostés; pero en cuanto a la ofrenda de presente, la levadura estaba cuidadosamente excluida. No debía haber nada ácido, nada que hiciera levantar la masa, nada que expresara el mal, en lo que representaba a "Jesucristo,

hombre". En El, no había nada agrio, ni engreimiento moral; todo era puro, sólido, sincero. A veces su palabra podía cortar hasta lo vivo, pero en sí misma, no era nunca agria ni orgullosa. Su modo de proceder atestiguaba siempre que en realidad andaba en la presencia de Dios.

Entre los que por la fe pertenecen a Cristo, sabemos muy bien, cuan a menudo la levadura se muestra con todas sus propiedades y sus efectos. No ha habido nunca sobre la tierra más que un solo Ser que haya realizado la ofrenda de presente perfectamente sin levadura; y, gracias a Dios, esta ofrenda realizada es para nosotros, para nutrirnos en el santuario de la presencia divina, en comunión con Dios. Ningún ejercicio puede ser realmente más edificante y dar mayor refrigerio al entendimiento renovado que el meditar en la perfección sin levadura de la humanidad de Cristo, que contemplar la vida y el ministerio de Aquél que fue absoluta y esencialmente sin levadura, en sus pensamientos, en sus afectos y en sus deseos. El fue constantemente el Hombre perfecto, sin pecado, sin tacha, y cuanto más, por la potencia del Espíritu, podamos comprender estas cosas, tanto más profunda y bendita también será la experiencia que haremos de la gracia que condujo a este Ser perfecto a ponerse El mismo bajo todas las consecuencias de los pecados de su pueblo, como lo hizo en la cruz. Pero esta última consideración se refiere al punto de vista bajo el cual nos presenta a nuestro Señor el sacrificio de la expiación. En la ofrenda de presente, no es cuestión del pecado. No es la figura de una víctima expiatoria, sino de un Hombre real, perfecto, sin tacha, engendrado y ungido por el Espíritu Santo, poseyendo una naturaleza sin levadura, viviendo una vida sin levadura, haciendo subir siempre hacia Dios el perfume de su propia y personal excelencia, y observando entre los hombres una conducta caracterizada por "la gracia sazónada con sal".

Había aun otra substancia, tan positivamente excluida de la ofrenda de presente como la levadura; era "la miel". "Porque de ninguna cosa leuda, ni de *ninguna miel*, se ha de quemar ofrenda a Jehová" (Vers. 11). Así como la levadura es la expresión de lo que es positivamente *malo* en la naturaleza, podemos considerar "la miel" como el símbolo significativo de lo que en apariencia es *dulce* y atractivo. Ni una ni otra es aceptada por Dios; las dos cosas estaban excluidas de la ofrenda de presente; las dos también eran incompatibles con el altar. Los hombres pueden, a ejemplo de Saúl, hacer distinción entre lo que a sus ojos es "vil y flaco" (1o. Sam. 15:9), y lo que es precioso; pero el juicio de Dios pone al vivaracho y gracioso Agag en el mismo rango que el último de los hijos de Amalec. Sin duda, hay a menudo en el hombre buenas cualidades morales y se deben tomar en cuenta según lo que valen. "¿Hallaste la miel? come lo que te basta" (Prov. 25:16). Pero acuérdate que no había lugar para ella ni en la ofrenda de presente ni en su Antitipo. Aquí había la plenitud del Espíritu Santo, el buen olor del incienso; había la acción preservadora de la "sal de la alianza". Todas estas cosas acompañaban a la "flor de la harina" en la Persona de la verdadera "ofrenda de presente" pero no "la miel".

¡Qué lección para nuestros corazones, qué volumen de sana instrucción tenemos aquí! Nuestro Señor Jesucristo sabía dar a la naturaleza y a las relaciones naturales el lugar que les convenía. El sabía cuál era la cantidad de "miel que bastaba". Podía decir a su madre: "¿No sabíais que en los negocios de mi Padre me conviene estar?" y sin embargo, podía decir al discípulo amado: "He aquí tu madre". En otras palabras, los derechos de la naturaleza no debían nunca usurpar la consagración a Dios de todas las energías de la humanidad perfecta de Cristo. María, y otras con ella, hubieran podido figurarse que sus relaciones humanas con el Salvador le daban algún derecho, o alguna influencia, fundados en motivos puramente naturales. "Vienen después sus hermanos (según la carne) y su madre, y estando *fuera*, enviaron a él, llamándole; y la gente estaba sentada alrededor de él, y le dijeron: He aquí tu madre y tus hermanos te buscan fuera." ¿Cuál fue la respuesta de Aquél que realizaba en perfección la ofrenda de presente? ¿Sacrificó su obra a los llamamientos de la naturaleza? De ningún modo. Si lo hubiera hecho, hubiera sido mezclar "miel" a la ofrenda, lo cual no podía ser. Obrando fielmente, rechazó la miel en esta ocasión y en todas las demás en que los derechos de Dios debían respetarse en el primer lugar y, en cambio, la potencia del Espíritu, buen olor del "incienso" y las virtudes enérgicas de la "sal", resaltaron de un modo

bendito: "Y él les respondió, diciendo: ¿Quién es mi madre o mis hermanos? y, mirando a los que estaban sentados alrededor de él, dijo: He aquí mi madre y hermanos; porque cualquiera que hiciera la voluntad de Dios, este es mi hermano y hermana y mi madre" ³ (Mar. 3:31-35).

Pocas cosas hay que el siervo de Dios encuentra más difíciles en la práctica que la exactitud espiritual tan necesaria para regular los derechos naturales de tal suerte que no usurpen los del Maestro. En nuestro Salvador, como sabemos, esto se conciliaba de modo divino. En cuanto a nosotros, sucede a menudo que los deberes verdaderamente según Dios son abiertamente descuidados para hacer lo que nosotros nos imaginamos ser el servicio de Cristo. Aun en medio de una aparente obra evangélica, se descuida a menudo la doctrina de Dios. No debe perderse nunca de vista que el punto de partida de la verdadera devoción está siempre colocado de modo que proteja completamente todos los derechos de la piedad.

Si ocupo un lugar que exige mis servicios desde las diez de la mañana hasta las cuatro de la tarde, no tengo derecho, durante esas horas, a salir, ni aun para hacer una visita cristiana o para predicar el Evangelio. Si estoy en el comercio, debo emplearme fiel y piadosamente. "Yo me siento", dirá alguno, "llamado a predicar el Evangelio, y encuentro que mi empleo o mi comercio es un peso y un obstáculo". Pues bien: *si sois llamados y calificados por Dios*, para la obra evangélica y no podéis conciliar las dos cosas, entonces, renunciad a vuestro empleo, reducid o dejad vuestro comercio de una manera verdaderamente piadosa, e id en el nombre del Señor a predicar. He aquí la abnegación, he aquí la devoción según Dios. Fuera de esto, aun con buenas intenciones, no hay más que confusión, en realidad. Gracias a Dios, tenemos un ejemplo perfecto delante de nosotros, en la vida de nuestro Señor Jesucristo, tal como tenemos amplia dirección para el nuevo hombre en la Palabra de Dios, de suerte que podemos marchar, sin extravíos, en las diversas posiciones que la Providencia divina nos pueda llamar a ocupar y en las diversas obligaciones que el gobierno moral de Dios ha unido a estas relaciones.

2. El segundo punto que tenemos que considerar es el modo de disponer o preparar la ofrenda de presente. Esta preparación, como leemos, se verificaba por la acción del fuego. La ofrenda de presente podía ser "cocida al horno", "cocida en sartén" o "cocida en cazuela". El acto de cocer sugiere la idea de padecimiento. Pero atendiendo a que la ofrenda de presente se llama "de olor agradable", término que jamás se emplea en la expiación o en el sacrificio por el delito, es evidente, que no se encuentra aquí la idea de padecer por el pecado, de sufrir la ira de Dios a causa del pecado, de padecer de parte de la Justicia infinita, como sustituto de los pecadores. Estas dos ideas de "olor suave" y de sufrimiento por el pecado, son absolutamente incompatibles, según la

³ Importa comprender que en este bello pasaje, el hacer la voluntad de Dios pone al alma en una relación con Cristo: esto era lo que sus hermanos, según la carne, no conocían, a lo menos entonces; no venían a El más que por motivos puramente naturales. Era verdad con relación a sus hermanos, así como con relación a cualquier otro, que "el que no es nacido de nuevo, no puede ver el reino de Dios". El mero hecho de ser madre de Jesús no la hubiera salvado. Le era necesaria una fe personal en Cristo, igual que a cualquier otro miembro de la caída raza de Adán. Debía, naciendo de nuevo, pasar de la vieja creación a la nueva. Conservando las palabras de Cristo en su corazón, es como fue salvada esta mujer bienaventurada. Sin duda, fue honrada con un gran "favor de Dios", siendo elegida como vaso para tan gloriosa misión, pero en seguida debía "alegrarse en Dios su Salvador", lo mismo que cualquiera otra alma. Ella está en el mismo terreno, lavada en la misma sangre, revestida de la misma justicia, y cantará el mismo canto de redención que todos los demás redimidos por el Señor.

Este simple hecho dará más fuerza y claridad a una consideración que ya hemos apuntado, es a saber: que la encarnación no consistía para Cristo en tomar nuestra naturaleza en unión consigo mismo. Esta verdad merece considerarse seria y atentamente. Resalta plenamente en 2a. Cor. 5:14-17. "Porque el amor de Cristo nos constriñe, pensando esto: que si uno murió por todos, luego todos son muertos; y por todos murió Cristo, para que los que viven, ya no vivan para sí, mas para aquél que murió y resucitó por ellos. De manera que nosotros de aquí en adelante a nadie conocemos según la carne: *y aun si a Cristo conocimos según la Carne, empero a Cristo ya no le conocemos*. De modo que si alguno está en Cristo, nueva criatura es; las cosas viejas pasaron, he aquí, todas son hechas nuevas".

economía levítica. El introducir la idea de sufrimiento por el pecado sería destruir completamente el tipo de la ofrenda de presente.

Meditando sobre la *vida* de nuestro Señor Jesucristo, que, como ya hemos dicho, es el objeto especial prefigurado en la ofrenda de presente, podemos señalar en ella tres distintos géneros de padecimientos, a saber: padecimiento por la justicia, padecimiento en virtud de la simpatía, y padecimiento por anticipación.

Como Servidor Justo de Dios, sufrió en medio de una escena donde todo era contrario; pero esto es diametralmente opuesto a sufrir por el pecado. Importa en extremo distinguir bien estas dos clases de padecimientos; porque de su confusión resultan graves errores. Sufrir como Justo viviendo en medio de los hombres, por el amor de Dios, es una cosa; y padecer en lugar de los hombres, de parte de Dios, es otra bien distinta. Nuestro Señor Jesucristo sufrió por la justicia durante su *vida*; sufrió por el pecado en su *muerte*. Durante su vida los hombres y Satán dirigieron todos sus esfuerzos contra El, y todavía en la cruz desplegaron todas sus fuerzas; pero cuando hubieron hecho todo lo que estaba en su poder, cuando en su mortal enemistad hubieron alcanzado el último límite de la oposición humana y diabólica, aun había, a más de todo esto, una región de impenetrable obscuridad y horror, que el Portador del pecado debía atravesar para el cumplimiento de su obra. Durante su vida anduvo siempre en la luz, sin sombras, de la faz de Dios; mas sobre el madero maldito, las sombrías tinieblas del pecado sobrevinieron ocultándole esta luz, e hicieron salir de su boca ese grito misterioso: "Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has desamparado?" Fue aquél un momento absolutamente excepcional en los anales de la eternidad. De vez en cuando, durante la vida de Cristo en la tierra, el cielo se abrió para dar paso a la expresión de la complacencia de Dios en El, mas sobre la cruz, Dios le abandonó, porque El había puesto su alma en oblación por el pecado. Si Cristo hubiera llevado el pecado durante toda su vida, entonces no habría ninguna diferencia entre la cruz y su existencia anterior sobre la tierra. ¿Por qué no estuvo abandonado por Dios antes de la cruz? ¿Qué diferencia había entre Cristo sobre la cruz y Cristo sobre el santo monte de la transfiguración? ¿Estaba abandonado por Dios en el monte? ¿Llevaba El entonces el pecado? Son estas cuestiones muy sencillas a las que debían contestar los que sostienen que Cristo estuvo cargado con nuestros pecados durante toda su vida.

El hecho es, sencillamente, que nada, absolutamente nada, ya sea en la humanidad de Cristo, ya sea en sus relaciones diversas, podía ponerle en unión con el pecado, o con la ira de Dios o con la muerte. El fue "hecho pecado" sobre la cruz, donde sufrió la ira de Dios, dejando su vida, como una expiación plenamente suficiente del pecado; pero no es esta la cuestión en el tipo de la ofrenda de presente. Tenemos en ella, es verdad, la acción de cocer, la acción del fuego; pero no es aquí la ira de Dios. La ofrenda de presente no era una oblación por el pecado sino una ofrenda de "olor suave". Así la significación está bien determinada, y, además, una sana y correcta interpretación de esta figura contribuirá a hacernos retener constantemente, con santo celo, la preciosa verdad de la humanidad sin mancha de Cristo y el verdadero carácter de sus asociaciones. Suponerle llevando siempre el pecado durante su vida, y siempre bajo la maldición de la ley y bajo la ira de Dios, es ponerse en contradicción con toda la verdad divina relativa a la encarnación; verdad anunciada por el ángel y repetida frecuentemente por el Apóstol inspirado. Además, esto es destruir el objeto y el carácter de la vida de Cristo, es despojar la cruz de su gloria distintiva; es rebajar la noción del pecado y de la expiación. En una palabra, es quitar la clave de la bóveda a la arcada de la Revelación, y dejar todo lo que nos rodea en una ruina y una confusión irremediables.

Pero nuestro Señor Jesucristo sufría también por simpatía, y este género de sufrimiento nos hace penetrar en la intimidad de su corazón lleno de ternura. Los dolores y las miserias humanas hacían vibrar siempre una cuerda sensible en las profundidades de su amor. Era imposible que un corazón humano, perfecto, no compadeciese, según su divina capacidad, las miserias que el pecado había legado a la posteridad de Adán. Aunque personalmente exento de la causa y del efecto,

aunque pertenecía al cielo y vivía una vida celeste sobre la tierra, no dejaba por eso de descender, por la potencia de una viva simpatía, a los profundos abismos de los sufrimientos humanos; sí, El sentía el dolor mucho mas vivamente que los que lo sufrían, y era precisamente porque su humanidad era perfecta. Además, era capaz de considerar la pena y su causa exactamente según su naturaleza y su grado en la presencia de Dios. Sentía como ningún otro ha sentido. Sus sentimientos, sus afectos, sus simpatías, todo su Ser moral y mental, eran perfectos, así ningún hombre puede decir, ni aun concebir, lo que un Ser tal debe haber padecido atravesando un mundo como el nuestro. Veía la familia humana luchando baja el peso abrumador de la culpabilidad y la miseria; veía toda la creación gimiendo bajo el yugo; el grito de los cautivos llegaba a sus oídos, las lágrimas de las viudas se ofrecían a sus miradas, la desnudez y la pobreza tocaban su corazón sensible; la enfermedad y la muerte le hacían "conmoverse en su espíritu", sus padecimientos por simpatía sobrepujaban toda inteligencia humana.

He aquí un pasaje que nos parece propio para hacer resaltar el carácter de los padecimientos de que hablamos. "Y como fue ya tarde, trajeron a El muchos endemoniados; y echó a los demonios con la palabra y sanó a todos los enfermos; para que se cumpliese lo que fue dicho por el profeta Isaías, que dijo: *El mismo tomó nuestras enfermedades, y llevó nuestras dolencias*". (Mat. 8:16,17). Esto era pura simpatía; era la capacidad de compartir, que en El era perfecta. No tenía El mismo enfermedades, mas por simpatía, perfecta simpatía, "El mismo *tomó* nuestras enfermedades y *llevó* nuestras dolencias". Esto es lo que ningún otro más que un hombre perfecto hubiera podido hacer. Nosotros podemos simpatizar unos con otros; pero sólo Jesucristo podía apropiarse como suyas las enfermedades y dolencias humanas.

Luego si El hubiera llevado estos dolores en virtud de su nacimiento o de sus relaciones con Israel y con los hombres en general, perderíamos toda la belleza y el valor de sus simpatías voluntarias. No habría lugar a una acción voluntaria, si estuviera colocado bajo una necesidad absoluta. Pero, por otra parte, cuando le vemos completamente exento, sea personal, sea relativamente, de toda miseria humana y de lo que es la causa de ella, podemos comprender, en alguna medida a lo menos, esta gracia y esta compasión perfectas que le condujeron a tomar nuestras enfermedades, a llevar nuestras dolencias por una verdadera y potente simpatía. Hay pues evidente diferencia entre Cristo padeciendo porque simpatizaba voluntariamente con las miserias humanas, y Cristo sufriendo como sustituto de los pecadores. Los sufrimientos de la primera especie aparecen a través de la vida entera del Redentor; los de la segunda están limitados a su muerte.

Consideremos, finalmente, los padecimientos de Cristo por anticipación. Vemos la cruz proyectando su sombra fúnebre sobre toda su carrera y produciendo un género de vivísimos sufrimientos que; por tanto, deben distinguirse de sus sufrimientos expiatorios igual que de sus sufrimientos por causa de la justicia, o de sus sufrimientos por simpatía. Citaremos un pasaje en apoyo de este aserto. "Y saliendo, se fue, como solía, al monte de las Olivas; y sus discípulos también le siguieron, y como llegó a aquel lugar, les dijo: orad que no entréis en tentación. Y El se apartó de ellos como un tiro de piedra y, puesto de rodillas, oró, diciendo: Padre, si quieres, pasa este vaso de mí, empero no se haga mi voluntad, sino la tuya. Y le apareció un ángel del cielo confortándole. Y estando en agonía, oraba más intensamente; y fue su sudor como grandes gotas de sangre que caían hasta la tierra" (Luc. 22:39-44). Otra vez leemos: "Y tomando a Pedro y a los dos hijos de Zebedeo, comenzó a entristecerse y a angustiarse en gran manera. Entonces Jesús les dice: Mi alma está muy triste hasta la muerte; quedaos aquí y velad conmigo... Otra vez fue, segunda vez, y oró diciendo: Padre mío, si no puede este vaso pasar de mi sin que yo lo beba hágase tu voluntad" (Mat. 26: 37-42).

Es evidente, con arreglo a estos pasajes, que el Señor tenía entonces en perspectiva algo que no había encontrado antes. Había para El una "copa" completamente llena de lo que no había

bebido aun. Si hubiera estado durante toda su vida cargado con nuestros pecados ¿de dónde podría venir esta horrible "agonía", producida por el pensamiento de estar en contacto con el pecado y de tener que sufrir la ira de Dios a causa del mismo? ¿Qué diferencia habría entre Cristo, en Gethsemaní, y Cristo sobre el Calvario, si durante toda su vida hubiera llevado el pecado? Había, ciertamente, entre estas dos posiciones una diferencia esencial, proviniendo justamente de que Cristo no llevaba el pecado durante su vida entera. Esta diferencia, hela aquí: en Gethsemaní, *anticipaba* la cruz; en el Calvario, *sufría* realmente en la cruz. En Gethsemaní, "le apareció un ángel del cielo confortándole", en el Calvario, fue abandonado por todos. Allí no había ningún ministerio de los ángeles. En Gethsemaní se dirigió a Dios como a su "*Padre*", gozando así plenamente de la comunión de esta relación inefable; pero en el Calvario, clamó diciendo: "Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has desamparado?". Aquí, Aquél que llevaba nuestros pecados mira a lo alto y ve el trono de la Justicia eterna envuelto en profundas tinieblas, y la faz de la Santidad eterna vuelta de El, porque "era hecho pecado por nosotros".

Esperamos que nuestros lectores comprenderán sin dificultad esto de que hablamos, y estudiarán este asunto por sí mismos. Podrán seguir detalladamente los tres géneros de sufrimiento de la *vida* de nuestro Señor y distinguirlos de sus sufrimientos de *muerte*, o de sus sufrimientos por el pecado. Se convencerán de que aun después que los hombres y Satán hubieron hecho sus últimos esfuerzos contra Cristo, le quedaba aun un género de sufrimiento absolutamente especial, a saber: sufrir de parte de Dios a causa del pecado; sufrir como sustituto de los pecadores. Antes de la cruz podía mirar siempre al cielo y gozar de la claridad de la faz del Padre. En sus horas más sombrías, encontraba siempre fuerzas y consolación en lo alto. Su camino sobre la tierra era rudo y penoso. ¿Cómo podía ser de otro modo en un mundo donde todo estaba en oposición con su pura y santa naturaleza? Tuvo que sufrir "tal contradicción de pecadores contra sí mismo". Tuvo que ver caer "sobre sí" los vituperios de los que vituperaban a Dios. No era comprendido; eran mal interpretadas todas sus palabras y sus hechos, se le envidiaba, se le acusaba de ser un insensato y de tener demonio. Fue traicionado, negado, abandonado, burlado, ultrajado, abofeteado, menospreciado, coronado de espinas, desechado, condenado y clavado en el patíbulo entre dos malhechores. Todas estas cosas las sufrió de parte de los hombres, juntamente con los indecibles terrores con que Satán buscaba rendir su alma, pero digámoslo aun una vez con la mayor certeza; cuando el hombre y Satán hubieron agotado todo lo que ellos tenían de potencia y de odio, nuestro Señor y Salvador debía pasar por un sufrimiento a cuyo lado no era nada lo demás; sufrimiento que consistía en ocultársele la faz de Dios, en que durante tres horas de tinieblas y de espantosa obscuridad tuvo que sufrir lo que nadie más que Dios puede conocer.

Luego, cuando las Escrituras hablan de nuestra comunión con los padecimientos de Cristo, esto se refiere únicamente a sus sufrimientos por la justicia; a sus padecimientos por parte de los hombres. Cristo sufrió por el pecado para que nosotros no tuviéramos que sufrir por él. Soportó la ira de Dios, para que nosotros no la tuviéramos que soportar. Este es el fundamento de nuestra paz. Pero con relación a los sufrimientos de parte de los hombres, experimentaremos siempre que cuanto más fielmente sigamos las huellas de Cristo, más también tendremos que sufrir por esta causa; pero esto es, para el cristiano, un don, un privilegio, un favor, un honor. (Véase Fil. 1:29-30). Seguir las huellas de Cristo, tener la misma parte que El ha tenido, estar colocado de modo que simpaticemos con El, estos son los privilegios del orden más elevado. ¡Pluguiese a Dios que nosotros estuviésemos más íntimamente iniciados! Pero nosotros nos contentamos con pasar como Pedro siguiendo "de lejos" al Señor, de mantenernos a distancia de un Cristo despreciado y paciente. Esta tibieza es sin duda una gran pérdida para nosotros. Si la comunión de los padecimientos de Cristo nos fuese más familiar, la corona aparecería con resplandor más espléndido ante los ojos de nuestra alma. Cuando evitamos esta comunión de padecimientos con Cristo, nos privamos de la profunda alegría que inspira su presencia ahora, al mismo tiempo que de la fuerza moral de la esperanza de su próxima gloria.

3. Habiendo examinado los ingredientes que componían la ofrenda de presente y las diversas formas bajo las cuales se podía ofrecer, sólo nos resta ocuparnos de las personas que en ella tenían parte. Eran el jefe y los miembros de la familia sacerdotal. "Y lo restante del presente será de Aarón y de sus hijos; es cosa santísima de las ofrendas que se queman a Jehová" (Vers. 10). Como en el holocausto hemos visto, los hijos de Aarón se nos presentan como figura de los verdaderos creyentes, no como de los pecadores convictos, sino como sacerdotes que adoran; lo mismo los vemos en la ofrenda de presente, alimentándose de los restos de lo que, por decirlo así, había servido a la mesa del Dios de Israel. Era éste un privilegio tan distinguido como santo de que sólo los sacerdotes podían gozar, como está claramente señalado en la "ley de la ofrenda de presente", que citaremos completa: "Y ésta es la ley del presente: Han de ofrecerlo los hijos de Aarón delante de Jehová, delante del altar. Y tomará de él un puñado de flor de harina del presente, y de su aceite, y *todo el incienso* que está sobre el presente, y harálo arder sobre el altar por memoria, en olor suavísimo a Jehová. Y el sobrante de ella lo comerán Aarón y sus hijos; *sin levadura se comerá en el lugar santo*; en el atrio del tabernáculo del testimonio lo comerán. No se cocerá con levadura; helo dado a ellos por su porción de mis ofrendas encendidas; es cosa santísima, como la expiación por la culpa. *Todos los varones* de los hijos de Aarón comerán de ella. Estatuto perpetuo será para vuestras generaciones tocante a las ofrendas encendidas de Jehová; toda cosa *que tocara en ella será santificada*" (Lev. 6:14-18).

Aquí se nos ofrece una hermosa figura de la Iglesia, alimentándose en "el lugar santo" de las perfecciones de Jesucristo, Hombre, con la potencia de la santidad práctica. Esta es nuestra porción, por la gracia de Dios, pero recordemos que debe comerse "sin levadura". No podemos alimentarnos de Cristo si nos complacemos en un pecado cualquiera: "Toda cosa que tocara en ella será santificada". Esto debe hacerse en el lugar santo. Nuestra posición, nuestra marcha, nuestra conducta, nuestras personas, nuestras relaciones, nuestros pensamientos deben ser santos, si queremos podernos alimentar de la ofrenda de presente. Finalmente, "todos los varones de los hijos de Aarón comerán de ella". Es decir, que, según la Palabra se necesita una verdadera energía sacerdotal para gozar de esta santa porción. Los *hijos* de Aarón expresan la idea de energía en la acción sacerdotal; mientras que sus *hijas* representan la *debilidad* o flaqueza (Comp. Núm. 18: 8-13). Había cosas que podían comer los hijos que las hijas no podían. Nuestros corazones debían desear ardientemente la medida más alta de energía sacerdotal, a fin de que estuviésemos en estado de llenar las funciones sacerdotales más elevadas y de participar en el orden más elevado del alimento sacerdotal.

Para concluir, sólo añadiremos que como, por la gracia, somos hechos "participantes de la naturaleza divina", podemos, si vivimos con la energía de esta naturaleza, seguir las huellas de Aquél que está prefigurado en la ofrenda de presente. Si renunciamos a nosotros mismos, si nos despojamos del *yo*, cada uno de nuestros actos puede despedir un olor agradable a Dios. Así es como Pablo consideraba la liberalidad de los Filipenses (Fil. 4:18). Los más oscuros, igual que los más grandes servicios, pueden, por la potencia del Espíritu Santo, presentar el olor de Cristo. Hacer una visita, escribir una carta, ejercer el ministerio público de la Palabra, dar un vaso de agua fría a un discípulo, o algunos centavos a un pobre, lo mismo que los ordinarios actos de comer y beber, todo puede exhalar el suave perfume del nombre y de la gracia de Jesucristo.

Así, también, si mortificamos la naturaleza carnal, somos capaces de manifestar principios y elementos incorruptibles, como, por ejemplo, palabras sazonadas con la *sal* de una comunión habitual con Dios. Mas en todas estas cosas tropezamos y faltamos. Contristamos al Espíritu de Dios con nuestra conducta. También estamos inclinados a *agradarnos a nosotros* mismos o a buscar la aprobación de los hombres en nuestros mejores servicios; y hay en nosotros gran negligencia de "sazonar" nuestra conversación. De aquí viene que carecemos constantemente del aceite, del *incienso* y de la *sal*; mientras que al mismo tiempo se muestra en nosotros la tendencia a dejar aparecer y obrar la *levadura* o la miel de la naturaleza. No ha habido más que una sola

"ofrenda de presente" perfecta; pero, gracias sean dadas a Dios, somos aceptados y hechos agradables en El. Nosotros somos la familia del verdadero Aarón; nuestro lugar está en el santuario, donde podemos gozar de nuestra santa porción. ¡Glorioso lugar! ¡Bendita porción! ¡Haga Dios que disfrutemos de ellos mucho más que nunca! ¡Dichosos nosotros, si pudiéramos tener nuestros corazones más apartados del mundo y más cerca de Cristo, si pudiéramos tener más habitualmente nuestras miradas fijas en El, de modo que las vanidades que nos rodean no tuviesen atractivo para nosotros, y que no nos preocuparan o agitaran la multitud de circunstancias diarias que tenemos que atravesar! ¡Quiera Dios que podamos gozarnos en el Señor siempre, sea en los días de sol y de luz, o en los días de obscuridad; cuando las dulces brisas del estío vienen a refrescarnos o cuando las tempestades del invierno se desencadenan a nuestro alrededor, cuando bogamos sobre la superficie de un tranquilo lago y cuando somos sacudidos sobre una mar tempestuosa. Gracias a Dios, "hemos encontrado a Aquel" que será eternamente nuestra porción suficiente. Pasaremos la eternidad contemplando las divinas perfecciones del Señor Jesús. Nuestros ojos ya no se apartarán nunca jamás de El, una vez que le hayamos visto tal como El es.

¡Que el Espíritu Santo opere potentemente en nosotros para fortalecernos "en el hombre interior"! ¡Que nos haga capaces de nutrirnos de esta perfecta ofrenda de presente, cuyo memorial ha satisfecho a Dios mismo! Este es nuestro santo y feliz privilegio. ¡Haga el Señor que podamos realizarlo siempre más, siempre mejor!

CAPITULO 3

Cuanto más atentamente examinamos las ofrendas, más nos convencemos de que ninguna de ellas presenta por si sola un tipo completo de Cristo. Solamente reuniéndolas todas se puede formar una idea algo exacta. Cada ofrenda, como es de suponer, tiene rasgos que le son peculiares. El sacrificio de las paces difiere en muchos puntos del holocausto, y una distinción clara y exacta de los puntos en que un tipo difiere de los otros, ayudará mucho a comprender la significación especial.

Así, comparando el sacrificio de paces con el holocausto, vemos que el triple acto de "desollar" la víctima, de "dividirla en sus piezas" y de "lavar sus intestinos y sus piernas", se omite completamente en aquél, mientras se prescribe en éste. En el holocausto, como hemos visto, encontramos a Cristo ofreciéndose a Sí mismo a Dios y siendo aceptado; por consiguiente, el tipo debía representar a Cristo dándose enteramente a Dios, y aun a Cristo dejándose sondear, hasta el fondo del alma, por el fuego de la justicia divina. En el sacrificio de las paces, el pensamiento principal es la comunión del adorador. No representa a Cristo como objeto exclusivo de contentamiento para Dios, sino a Cristo como objeto de gozo para el adorador, en comunión con Dios. Por esto toda la acción es aquí menos intensa. Ningún alma, por grande que fuera su amor, podía elevarse a la altura de la sumisión completa de Cristo a Dios, o de la aceptación de Cristo por Dios. Sólo Dios podía contar las pulsaciones del corazón que latía en el seno de Jesús y por esto, era necesario un tipo que representara ese rasgo de la muerte de Cristo, es decir, su entera y voluntaria devoción a Dios. Este tipo lo tenemos en el holocausto, único sacrificio en el que vemos la triple acción antes mencionada.

Así, también, en cuanto al carácter de la víctima. En el holocausto debía ser "un macho sin defecto", mientras que en el sacrificio de las paces podía ser "macho o hembra", aunque, igualmente, "sin tacha". La naturaleza de Cristo debía siempre ser la misma, ya que fuese Dios sólo, o el adorador en comunión con Dios, los que le gozasen. Esta naturaleza no puede cambiar. La sola razón por la que se podía tomar "una hembra" para el sacrificio de paces, es porque en él se trataba de representar la capacidad del adorador para gozar de este Ser bendito, que en Sí mismo es "el mismo ayer y hoy y por los siglos" (Heb. 13: 8).

Además, en el holocausto, leemos: "El sacerdote lo hará arder todo sobre el altar", mientras que en el sacrificio de paces, solamente una *parte* era quemada, a saber: "El sebo, los riñones y el redajo que está sobre el hígado". Aquí encontramos una notable significación. La mejor parte del sacrificio era puesta sobre el altar de Jehová. El interior, las fuerzas más recónditas, las tiernas simpatías de Jesús, no eran más que para Dios, que era el único que podía gozarlas perfectamente. Aarón y sus hijos comían "el pecho que se agita y la espaldilla elevada". ⁴ (Examínese atentamente Lev. 7:28-36).

Todos los miembros de la familia sacerdotal, en comunión con su jefe, tenían cada uno su porción del sacrificio de las paces. Y ahora todos los verdaderos creyentes constituidos, por gracia, sacerdotes de Dios, pueden alimentarse de los *afectos* y de la *fuerza* del verdadero sacrificio de las paces; pueden gozar de la dichosa seguridad de que tienen su corazón amante y su potente espalda, para consolarles y sostenerles continuamente. ⁵

"Esta es por la unción de Aarón y la unción de sus hijos, la parte de ellos de las ofrendas encendidas a Jehová, desde el día que él los allegó para ser sacerdotes de Jehová; lo cual mandó Jehová que les diesen, desde el día que él los ungió de entre los hijos de Israel, por estatuto perpetuo en sus generaciones" (Cap. 7: 35-36).

Todos estos puntos constituyen una diferencia notable entre el holocausto y el sacrificio de las paces. Pero si se reúnen, presentan, con gran claridad, las dos ofrendas a los ojos del espíritu. En la ofrenda de las paces hay algo más que la sumisión perfecta de Cristo a la voluntad de Dios. El adorador se introduce, y no sólo para mirar, sino para comer. Esto es lo que da un carácter más marcado a esta ofrenda. Cuando consideramos a nuestro Señor Jesucristo en el holocausto, vemos en El un Ser cuyo corazón no miraba más que a la gloria de Dios y al cumplimiento de su voluntad. Pero si le consideramos en el sacrificio de las paces, encontramos uno que tiene un lugar en su corazón amante y sobre su potente espalda para un pecador indigno y miserable. En el holocausto, el pecho y la espalda, las piernas y el vientre, la cabeza y la grasa, todo era quemado sobre el altar; todo subía en olor suave al Eterno.

Pero en el sacrificio de las paces, la parte que nos conviene queda para nosotros. Y no es en la soledad que nos nutrimos de lo que responde a nuestras necesidades individuales; de ningún modo. Lo comemos en comunión con Dios y en comunión con nuestros cosacerdotes. Comemos con el pleno y feliz conocimiento de que el mismo sacrificio que nutre nuestra alma, ha refrigerado ya el corazón de Dios, y que la misma porción que nos alimenta, alimenta también todos los corazones que adoran al Señor como nosotros lo hacemos. Aquí está representada la comunión: la comunión con Dios y la comunión de los santos. No había ningún aislamiento en el sacrificio de las paces; Dios tenía su porción y la familia sacerdotal tenía también la suya. Lo mismo sucede en cuanto al Antitipo del sacrificio de las paces. El mismo Jesús que es el objeto de las delicias del cielo, es una fuente de gozo, de fuerza y de consuelo para el corazón del creyente; y no sólo para cada corazón en particular, sino también para la Iglesia de Dios en conjunto. Dios, en su gracia inefable, ha dado a su pueblo el mismo objeto que El tiene: "Y nuestra comunión verdaderamente es con el Padre y con su Hijo Jesucristo" (1a. Juan 1). Es verdad que nuestros pensamientos, en cuanto a Cristo, no pueden verse nunca a la altura de los pensamientos de Dios: nuestra estima de su Persona será siempre muy inferior a la suya; y por esto, en el tipo, la familia de Aarón no podía comer el sebo. Aunque es cierto que no podemos alcanzar la altura de los pensamientos de Dios acerca de Cristo y su sacrificio, es con el mismo objeto que nos ocupamos. Por lo tanto la familia de

⁴ El "pecho" y la "espalda" son los emblemas del amor y de la potencia; de la fuerza y del afecto.

⁵ Hay mucha fuerza y belleza en el versículo 31; "mas el pecho será de Aarón y de sus hijos". Todos los verdaderos creyentes tienen el privilegio de poder nutrirse de los afectos de Cristo, del amor inmutable de este corazón que late por ellos con amor inalterable y eterno.

Aarón tenían "el pecho que se agita y la espaldilla elevada". Todo esto es muy propio para consolar y regocijar el corazón. Nuestro Señor Jesucristo, "Aquél que ha sido muerto, pero que vive por los siglos de los siglos", es el sólo objeto ante los ojos y los pensamientos de Dios; y en su perfecta gracia, nos ha dado una parte en esta misma Persona gloriosa. Cristo es también nuestro objeto: el objeto de nuestros corazones y el asunto de nuestros cantos. "Pacificando por la sangre de su cruz", subió al cielo y envió al Espíritu Santo, este "otro Consolador", para el poderoso ministerio por el cual podemos alimentarnos del "pecho y la espalda" de nuestro divino "Sacrificio de las paces". El es, en efecto, nuestra paz, y es nuestro gozo saber que es tal la buena voluntad que tiene Dios en la obra del que hizo nuestra paz, que el suave olor de nuestro sacrificio de las paces regocija su Corazón. Esto es lo que da a esta figura un atractivo particular; Cristo, como holocausto, despierta la admiración del corazón; Cristo, como sacrificio de las paces, establece la paz de la conciencia y responde a las grandes y numerosas necesidades del alma. Los hijos de Aarón podían estar alrededor del altar de los holocaustos; podían ver subir la llama hasta el Dios de Israel; podían ver el sacrificio reducido a cenizas; a esta vista podían inclinar sus cabezas y adorar, pero no se llevaban nada para si mismos. No así en el sacrificio de las paces. En él veían una ofrenda que no sólo era de olor suave para Dios, sino que también les proporcionaba una porción sustanciosa, de la que podían alimentarse en feliz y santa comunión.

Sin duda, es una gran alegría para todo verdadero sacerdote saber (para servirnos del lenguaje de la figura) que antes que él reciba el pecho y la espaldilla, Dios ha tenido su porción. Este pensamiento da unción, energía, solemnidad y grandeza al culto y a la comunión. Nos descubre la asombrosa gracia de Dios que nos ha dado el mismo objeto, el mismo tema, la misma dicha que a si mismo. Nada menos que esto puede satisfacer al Padre que quiere que el pródigo participe del becerro grueso consigo. No quiere que se siente en otro lugar que a su propia mesa ni tenga otra porción que aquella de la que El mismo se alimenta. El sacrificio de las paces es la traducción de estas palabras: "Era menester hacer fiesta y holgarnos". ¡Tal es la preciosa gracia de Dios! Sin duda, tenemos motivos para estar alegres de participar de una gracia semejante; pero cuando podemos oír a Dios diciendo: "*Comamos y hagamos fiesta*", nuestros corazones deberían desbordar en alabanzas y acciones de gracias. La alegría de Dios en la salud de los pecadores y su alegría en la comunión de los santos, son dos aspectos cuya consideración es muy propia para excitar la admiración de los hombres y de los ángeles durante toda la eternidad.

Habiendo comparado así el sacrificio de las paces con el holocausto, considerémosle ahora en sus relaciones con la ofrenda de presente. Aquí la principal diferencia consiste en que en el sacrificio de las paces había derramamiento de sangre, cosa que no había en la ofrenda de presente. Sin embargo, las dos eran ofrendas de olor suave y estrechamente ligadas entre sí, como lo vemos en el versículo 12 del capítulo 7. Estas relaciones y estos contrastes son a la vez muy instructivos e importantes.

Sólo en la comunión con Dios se puede gozar el alma de la contemplación de la humanidad perfecta de nuestro Señor Jesucristo. Es preciso que el Espíritu Santo *comunique*, como también es preciso que *dirija* por la Palabra, nuestra capacidad para mirar "a Jesucristo Hombre". Cristo hubiera podido ser revelado "en semejanza de carne de pecado"; hubiera podido vivir y trabajar en esta tierra; hubiera podido brillar en medio de las tinieblas de este mundo con todo el resplandor celeste que pertenece a su Persona; hubiera podido pasar rápidamente, como un brillante meteoro, sobre el horizonte de este mundo, y con todo esto estar fuera del alcance y de la vista del pecador.

El hombre no podría experimentar la alegría profunda que da la comunión con todo esto, sencillamente porque no tendría base sobre la que pudiese descansar esta comunión. En el sacrificio de las paces, esta base está plena y claramente establecida: "Y pondrá su mano sobre la cabeza de su ofrenda y la degollará a la puerta del tabernáculo del testimonio; y los sacerdotes, hijos de Aarón, rociarán su sangre sobre el altar en derredor" (Cap. 3:2). Este sacrificio nos ofrece lo que no

hallamos en la ofrenda de presente, es a saber: un fundamento sólido para la comunión del adorador con toda la plenitud, el valor y la hermosura de Cristo, desde el momento que el Espíritu Santo le capacita para entrar en esta comunión. Estando sobre el terreno elevado en que nos coloca "la preciosa sangre de Cristo", podemos examinar, con corazón tranquilo y espíritu de adoración, las escenas maravillosas que se refieren a la humanidad de nuestro Señor Jesucristo. Si no tuviéramos de Cristo más que el aspecto que nos revela la ofrenda de presente, nos faltaría el derecho en cuya virtud y el fundamento sobre el cual podemos hoy contemplarle y gozarle. Si no hubiera derramamiento de sangre, no habría ni derecho ni fundamento para el pecador. Pero en Lev. 7:12 se relaciona la ofrenda de presente con el sacrificio de las paces, y por esto nos enseña que cuando nuestras almas han encontrado la paz, podemos hacer nuestras delicias de Aquél que ha "hecho la paz" y que "es nuestra paz".

Pero hay que notar que, aun habiendo en el sacrificio de las paces derramamiento y aspersión de sangre, el acto de llevar el pecado no es representado. Cuando consideramos a Cristo en el sacrificio de las paces, no aparece llevando nuestros pecados como ocurre en las ofrendas por el pecado y por la culpa, pero, habiéndolos levado, se nos presenta como el fundamento de nuestra feliz y apacible comunión con Dios. Si fuese cuestión de llevar el pecado, no se diría "es ofrenda de olor suave a Jehová". (Cap. 3:5. Compárese con el cap. 4:10-12). Mas aunque en este caso no es la intención significar el acto de llevar nosotros pecados, no obstante hay aquí saludable refrigerio para aquel que se reconoce pecador, sin lo cual no podría tener ninguna parte en ello.

Para tener comunión con Dios, es preciso que estemos "en la luz", y ¿cómo podremos estar en ella? Solamente en virtud de esta preciosa verdad que "la sangre de Jesucristo, su Hijo, nos limpia de todo pecado" (la. Juan 1). Cuanto más estemos en la luz, tanto mejor reconoceremos y sentiremos todo lo que le es contrario y tanto mejor también apreciaremos el valor de esta sangre que nos hace aptos para estar en ella. Cuanto más cerca andemos de Dios, tanto mejor conoceremos "las insondables riquezas de Cristo". Es muy necesario que estemos bien establecidos en esta verdad; que nosotros no estamos en la presencia divina más que como participantes de la vida divina y amparados por la justicia divina. El Padre no podía recibir al hijo pródigo a su mesa más que revestido de "el principal vestido" y en toda la integridad de la relación de hijo, en la que le veía. Si el hijo pródigo hubiera conservado sus harapos, o si hubiera sido colocado en la casa como un "jornalero", no hubiéramos oído jamás estas dulces palabras: "Comamos y hagamos fiesta, porque este *mi hijo* muerto era y ha revivido; habíase perdido y es hallado". Esto mismo ocurre con todos los verdaderos creyentes. Su vieja naturaleza no se reconoce como existente delante de Dios. El la considera muerta y ellos deben hacer otro tanto. Está muerta para Dios, muerta por la fe, y como tal es preciso colocarla donde se colocan los muertos. No es mejorando nuestra vieja naturaleza que llegamos a la presencia divina; es poseyendo una nueva naturaleza. No fue remendando los harapos de su primera condición como el hijo pródigo obtuvo un lugar en la mesa de su padre, sino siendo revestido de un vestido que nunca había visto y como nunca hubiera imaginado. No trajo este vestido de la "provincia apartada", no se lo procuró al paso, sino que el padre lo tenía para él en su casa. El hijo pródigo no lo hizo, ni ayudó a hacerlo; el padre se lo suministró y se alegró de vérselo. Así fue como se reunieron alrededor de la mesa para comer "el becerro grueso" en feliz comunión.

Llegamos ahora a la "ley del sacrificio de las paces", en la que encontramos nuevos elementos de gran interés. La citaremos completa: "Y ésta es la ley del sacrificio de las paces que se ofrecerá a Jehová: si se ofreciere en hacimiento de gracias, ofrecerá por sacrificio de hacimiento de gracias tortas sin levadura amasadas con aceite, y hojaldres sin levadura untadas con aceite, y flor de harina frita en tortas amasadas con aceite. Con tortas de pan leudo ofrecerá su ofrenda en el sacrificio de hacimiento de gracias de sus paces. Y de toda la ofrenda presentará una parte por ofrenda elevada a Jehová, y será del sacerdote que rociare la sangre de los pacíficos. Y la carne del sacrificio de sus pacíficos en hacimiento de gracias, se comerá en el día en que fuere ofrecida; no

dejarán de ella nada para otro día. Mas si el sacrificio de su ofrenda fuese voto, o voluntario, el día que ofreciere su sacrificio será comido; y lo que de él quedare, comerse ha el día siguiente: y lo que quedare para el tercer día de la carne del sacrificio, será quemado en el fuego. Y si se comiere de la carne del sacrificio de sus paces el tercer día, el que lo ofreciere no será acepto ni le será imputado; abominación será, y la persona que de él comiere llevará su pecado. Y la carne que tocare a alguna cosa inmunda, no se comerá; al fuego será quemada: mas cualquiera limpio comerá de aquella carne. Y la persona que comiere la carne del sacrificio de paces, el cual es de Jehová, estando inmunda, aquella persona será cortada de sus pueblos. Además, la persona que tocare alguna cosa inmunda, en inmundicia de hombre o de animal inmundo, o en cualquiera abominación inmunda, y comiere la carne del sacrificio de las paces, el cual es de Jehová, aquella persona será cortada de sus pueblos" (Lev. 7:11-21).

Es de la mayor importancia establecer distinción entre el pecado *en la carne* y el pecado *sobre* la conciencia. Si confundimos estas dos cosas, nuestras almas serán perturbadas y nuestro culto debilitado. Un examen atento de la Juan 1: 8-10 arrojará mucha luz sobre este asunto, que es muy esencial comprender bien, para apreciar, en su justo valor, la doctrina entera del sacrificio de las paces, y especialmente el asunto particular a que hemos llegado. Nadie tendrá tanta conciencia de su pecado como el hombre que anda en la luz. "Si dijéremos que no tenemos pecado, nos engañamos a nosotros mismos, y no hay verdad en nosotros". En el versículo anterior leemos: "La sangre de Jesucristo su Hijo nos limpia de todo *pecado*". Aquí la distinción entre el pecado en nosotros y el pecado *sobre* nosotros, está bien marcada y establecida. Pretender que aun hay pecado sobre el creyente, en la presencia de Dios, es dudar de la eficacia de la sangre de Jesús y negar la verdad de la Palabra divina. Si la sangre de Jesucristo puede purificar por completo, entonces la conciencia del creyente está completamente purificada. Así es como la Palabra de Dios presenta la cuestión, y nosotros debemos recordar siempre que es de Dios mismo de quien hemos de aprender cual es, a sus ojos, la verdadera condición del creyente. Estamos más dispuestos a decir a Dios lo que somos en nosotros mismos que a dejarle decir lo que somos en Cristo. En otros términos, estamos más preocupados de nuestros sentimientos sobre nosotros mismos que de la revelación que Dios nos hace de sí mismo. Dios nos habla en virtud de lo que El es en sí mismo y de lo que El ha cumplido en Cristo. Tal es la naturaleza de esta revelación que la fe comprende y que llena el alma de una perfecta paz. La revelación de Dios es una cosa, mis sentimientos acerca de mí mismo son otra muy distinta.

Pero la misma palabra que nos dice que no tenemos pecado sobre nosotros, nos dice con la misma fuerza y claridad que tenemos el pecado *en* nosotros. "Si dijéramos que no tenemos pecado, nos engañamos a nosotros mismos, y no hay verdad en nosotros". Todo aquél que "tiene la verdad" en él sabrá que tiene también "el pecado" en sí, porque la verdad revela cada cosa tal como es. ¿Qué debemos, pues hacer? En la potencia de la nueva naturaleza, tenemos el privilegio de poder andar de tal suerte, que "el *pecado*" que habita en nosotros no se manifieste en forma de "*pecados*". La posición del cristiano es una posición de victoria y libertad. Está libertado no solo de la culpa del pecado, sino aun del pecado como principio dominante en su vida. "Sabido esto, que nuestro viejo hombre juntamente fue crucificado con él, para que el cuerpo del pecado sea deshecho, a fin de que no sirvamos más al pecado. Porque el que es muerto, justificado es del pecado... No *reine*, pues, el pecado en vuestro cuerpo mortal, para que le *obedezcáis* en sus concupiscencias... Porque el pecado no se enseñoreará de vosotros; pues no estáis bajo la ley, sino bajo la gracia" (Rom. 6: 6-14). El pecado está allí con toda su fealdad nativa, pero el creyente está "muerto al pecado". ¿Cómo? Está muerto en Cristo. Por naturaleza estaba muerto *en* el pecado; por gracia está muerto al pecado. ¿Qué derecho puede haber sobre un hombre muerto? Ninguno. "Cristo al pecado murió una vez" y el creyente es muerto en El. "Y si morimos con Cristo, creemos que también viviremos con él; sabiendo que Cristo, habiendo resucitado de entre los muertos, ya no muere; la muerte no se enseñoreará más de él. Porque el haber muerto, al pecado murió una vez; mas el vivir, a Dios vive". ¿Qué resulta de esto para los creyentes? "*Así también* vosotros, pensad que de cierto estáis *muertos*

al pecado, mas vivos a Dios en Cristo Jesús Señor nuestro". Tal es, ante Dios, la posición inalterable del creyente, de suerte que tiene el alto privilegio de gozar de la libertad del pecado, como *dominador* sobre él, aunque el pecado *habite* en él.

Pero "si alguno ha pecado" ¿qué tiene que hacer? A esta pregunta el Apóstol inspirado da una respuesta de las más claras y benditas: "Si confesamos nuestros pecados, El es fiel y justo para que nos perdone nuestros pecados y nos limpie de toda maldad" (1a. Juan 1:9). La confesión es el medio por el cual la conciencia es libertada. El Apóstol no dice: "Si pedimos perdón, Dios es bastante bueno y misericordioso para perdonarnos". Sin duda, hay una gran dulzura, para un hijo, en confiar el sentimiento de sus necesidades a su padre, en decirle sus flaquezas, en confesarle sus extravíos, sus defectos y sus faltas. Todo esto es verdad, y también es igualmente verdad que nuestro Padre es tierno y misericordioso para responder a toda debilidad e ignorancia de sus hijos; pero aunque todo eso sea verdad, el Espíritu Santo declara, por boca del Apóstol, que "Si *confesamos*, él es *fiel y justo* para perdonarnos". La confesión es, pues, lo que Dios exige. Un cristiano que hubiera pecado en pensamiento, palabra u obra, podría orar durante días y meses para pedir el perdón y, sin embargo, no tener la seguridad fundada sobre la. Juan 1: 9, de que está perdonado; mientras que desde el instante que confiese sinceramente sus pecados delante de Dios, no es más que un acto de fe el saber que está perdonado y perfectamente purificado. Hay una inmensa diferencia moral entre pedir perdón y confesar nuestros pecados; ya lo consideremos en relación con el carácter de Dios, con el sacrificio de Cristo, o con el estado del alma. Es muy posible que la oración de un cristiano pueda contener, en el fondo, si no en la forma, la confesión de su pecado, cualquiera que sea, y entonces esto resulta lo mismo. Sin embargo, siempre vale más atenernos estrictamente a la Escritura, en lo que pensamos, decimos y hacemos. Es evidente que cuando el Espíritu Santo habla de *confesión*, no significa esta palabra la *oración*. Y es igualmente evidente que sabe bien que hay elementos espirituales en la confesión, y resultados prácticos de la misma que no pertenecen a la oración. De hecho, ocurre a menudo que el hábito de importunar a Dios para obtener el perdón de los pecados, manifiesta la ignorancia en que se está, en cuanto al modo en que Dios se ha revelado en la Persona y en la obra de Cristo, y en cuanto a la relación en la cual el sacrificio de Cristo ha colocado al creyente, y en cuanto al divino medio de tener la conciencia aliviada de la carga y purificada de la mancha del pecado.

Dios quedó perfectamente satisfecho, por la cruz de Cristo, en cuanto a todos los pecados del creyente. Sobre esta cruz fue ofrecida una completa expiación por todo pecado en la naturaleza del creyente y sobre su conciencia. Por este motivo Dios no tiene necesidad de otra propiciación. No hace falta ninguna otra cosa para atraer su corazón hacia aquel que cree. Nosotros no tenemos que suplicarle que sea "fiel y justo", cuando su fidelidad y su justicia han sido tan gloriosamente demostradas, manifestadas y satisfechas en la muerte de Cristo. Nuestros pecados no pueden llegar nunca a la presencia de Dios, puesto que Cristo que los llevó, y los quitó, está en su lugar. Pero, si pecamos, nuestra conciencia lo sentirá; deberá sentirlo; sí, el Espíritu Santo nos lo hará sentir. El no podrá dejar sin juzgar ni un solo ligero pensamiento nuestro. ¿Qué pues? ¿Nuestro pecado se ha abierto un camino hasta la presencia de Dios? ¿Ha encontrado un lugar en la pura luz del lugar santísimo? ¡No lo quiera Dios! Nuestro "Abogado" está allí; "Jesucristo el Justo", para mantener en toda su integridad las relaciones en que nos encontramos. Pero aunque el pecado no puede afectar los pensamientos de Dios con relación a nosotros, afecta a nuestros pensamientos, con relación a Dios.⁶

Aunque no puede llegar hasta su presencia, puede llegar hasta nosotros del modo más triste y más humillante. Aunque no puede esconder al Abogado a los ojos de Dios, puede esconderlo a los

⁶ El lector recordará que el asunto tratado aquí deja completamente intacta la importante y práctica verdad enseñada en Juan 14:21-23, a saber: el amor particular del Padre por un hijo obediente, y la comunión especial de un tal hijo con el Padre y el Hijo. ¡Sea esta verdad grabada en nuestros corazones por el Espíritu Santo!

nuestros. Se amontona como un sombrío y espeso nubarrón en nuestro horizonte espiritual, de suerte que nuestras almas no pueden regocijarse a la claridad bendita de la faz de nuestro Padre. No puede alterar nuestras relaciones con Dios, pero puede alterar muy seriamente el gozo que tenemos en ellas. ¿Qué es, pues, lo que tenemos que hacer? La Palabra contesta: "Si confesamos nuestros pecados, él es fiel y justo para que nos perdone nuestros pecados y nos limpie de toda maldad". Por la confesión se descarga nuestra conciencia; el dulce sentimiento de nuestra relación se restablece, la sombría nube se disipa, la influencia fría y seca desaparece y nuestros pensamientos acerca de Dios se rectifican. Tal es el método divino, y podemos decir con toda verdad que el corazón que sabe lo que es el ser colocado en el terreno de la confesión, sentirá la divina potencia de las palabras del Apóstol: "Hijitos míos, estas cosas os escribo, *para que no pequéis*" (1a. Juan 2:1). Además, hay un modo de orar para pedir perdón que demuestra que se pierde de vista el fundamento perfecto del perdón que nos ha sido otorgado en virtud del sacrificio de la cruz. Si Dios perdona los pecados, es preciso que sea "fiel y justo" haciéndolo. Pero es muy evidente que nuestras oraciones, por fervientes y sinceras que fuesen, no podrían formar la base de la fidelidad y de la justicia de Dios perdonándonos nuestros pecados. Nada, salvo la obra de la cruz, podía hacerlo. Allí fue donde la fidelidad y la justicia de Dios fueron plenamente establecidas, y esto con relación inmediata a nuestros pecados positivos, como también con relación a la raíz de ellos, en nuestra naturaleza. Dios ya juzgó nuestros pecados en la persona de nuestro sustituto "sobre el madero"; y en el acto de la confesión nos juzgamos a nosotros mismos. La confesión es esencial para obtener el perdón divino y la restauración. El menor pecado que quedara sobre la conciencia inconfesado y no juzgado, interrumpiría completamente nuestra comunión con Dios. El pecado *en* nosotros no tiene necesariamente este efecto; pero si permitimos al pecado quedar *sobre* nosotros, no podemos tener comunión con Dios. El quitó nuestros pecados de tal manera, que puede tenernos en su presencia; y en tanto que estemos en su presencia el pecado no nos turbará. Pero si nos alejamos de El y pecamos, aunque sólo sea en pensamiento, nuestra comunión queda interrumpida indefectiblemente, hasta que, por la confesión, quedamos desembarazados de nuestro pecado. Todo eso, apenas hay necesidad de decirlo, está enteramente fundado sobre el sacrificio perfecto y la justa intercesión de nuestro Señor Jesucristo.

Finalmente, en cuanto a la diferencia que existe entre la oración y la confesión, en cuanto al estado del corazón ante Dios y al sentimiento que tiene de la odiosidad del pecado, esta diferencia no podía ser exagerada. Es mucho más fácil pedir, de una manera general, el perdón de nuestros pecados que confesar estos pecados. La confesión implica el *juzgarse a sí mismo*; pedir perdón no implica siempre este juicio. Esto sólo basta para demostrar la diferencia. El juicio de sí mismo es uno de los ejercicios más importantes y más saludables de la vida cristiana, y, por consiguiente, todo lo que tiende a causarlo debe ser altamente apreciado por todo cristiano serio.

La diferencia que hay entre pedir perdón y confesar el pecado se ejemplifica sin cesar en nuestras relaciones con los niños. Si un niño ha hecho algún mal, hallará menos dificultad en pedir a su padre que le perdone que en confesar su falta francamente y sin reservas. El niño puede pedir perdón y, sin embargo, dar cabida en su espíritu a muchas disculpas que tiendan a disminuir el sentimiento de su falta; piensa, tal vez secretamente, que, después de todo, no hay motivo para afear de tal manera su conducta, aunque sea conveniente que pida perdón a su padre, mientras que confesando su falta, hay el juicio de sí mismo. Además, pidiendo perdón, el niño puede estar influido principalmente por el deseo de escapar a las consecuencias del mal que ha hecho, mientras que los padres juiciosos buscarán producir una justa apreciación de aquel mal, la cual no puede existir sino ligada a la completa confesión de la falta, unida a la condenación de sí mismo.

Lo mismo sucede en cuanto a las dispensaciones de Dios acerca de sus hijos; cuando caen en alguna falta, quiere que todo pecado se exponga y se juzgue ante El, por el mismo que lo ha cometido; quiere que no sólo temamos las consecuencias del pecado, que son inmensas, sino que odiamos el pecado mismo, porque es odioso a sus ojos. Si cuando cometemos el pecado,

pudiéramos ser perdonados sencillamente pidiendo perdón, nuestro sentimiento y nuestra aversión al pecado no serían, ni con mucho, tan intensos, y, como consecuencia, nuestra apreciación de la comunión que gozamos no sería tan alta. El efecto moral de todo esto sobre el estado de nuestro espíritu lo mismo que sobre nuestra conducta y nuestra marcha práctica debe ser evidente para todo cristiano experimentado. ⁷ Todo este encadenamiento de pensamientos está íntimamente ligado y plenamente justificado por dos grandes principios que encontramos en "la ley" del sacrificio de las paces. En el versículo 13 del capítulo 7 del Levítico leemos: "Con tortas de pan *leudo* ofrecerá su ofrenda en el sacrificio de hacimiento de gracias de sus paces"; y, sin embargo, en el versículo 20 se dice: "Y la persona que comiere la carne del sacrificio de paces, el cual es de Jehová, estando inmunda, aquella persona será cortada de sus pueblos". Aquí tenemos bien claramente las dos cosas, a saber: el pecado *en* nosotros, y el pecado *sobre* nosotros. "La levadura" estaba permitida, porque había pecado en la naturaleza del adorador; "la inmundicia" estaba prohibida, porque no debía haber ningún pecado sobre la conciencia del adorador.

Donde hay pecado no puede haber comunión. En cuanto al pecado que está en nosotros, Dios ha provisto la sangre de la expiación; es por esto que está ordenado acerca del pan leudo del sacrificio de las paces: "Y de toda la ofrenda presentará una parte por ofrenda elevada a Jehová, y será del *sacerdote que rociare la sangre de los pacíficos*" (Ver. 14). En otros términos, "la levadura" en la naturaleza del adorador estaba perfectamente expiada por "la sangre" del sacrificio. El sacerdote a quien pertenecía el pan leudo debía ser aquél que rociaba la sangre. Dios ha alejado de su vista nuestro pecado para siempre. Aunque el pecado esté en nosotros, no reposan sobre él sus miradas, sino en la sangre, y por esto, puede permitirnos tener la más íntima comunión con El. Pero si dejamos *al pecado* que está en nosotros desarrollarse bajo la forma de "*pecados*", entonces es preciso que haya confesión, perdón y purificación, antes de que podamos comer nuevamente de la carne del sacrificio de las paces. La exclusión del adorador a causa de las inmundicias señaladas en el ceremonial, responde ahora a la privación de la comunión en el creyente a causa de pecados no confesados. El intento de tener comunión con Dios en nuestros pecados implicaría la idea blasfema de que El puede ir en compañía del pecado. "Si nosotros dijéramos que tenemos comunión con él, y andamos en tinieblas, mentimos y no hacemos la verdad" (Ia. Juan 1:6).

A la luz de esta verdad, comprenderemos fácilmente el grave error en que caemos cuando nos imaginamos que es señal de espiritualidad ocuparnos de nuestros pecados. El pecado o los pecados, ¿podrán ser el fundamento o el asunto de nuestra comunión con Dios? Seguramente que no. Acabamos de ver, por el contrario, que cuanto más está el pecado delante de nosotros, mas se interrumpe nuestra comunión con Dios. La comunión no puede existir más que "en la luz", y ciertamente no hay pecado en la luz. Allí nada se ve sino la sangre que ha quitado nuestros pecados y nos ha reconciliado, y el Abogado que nos guarda cerca de Dios. El pecado ha sido borrado para siempre allí donde Dios y el adorador permanecen en una santa intimidad. ¿Qué es lo que constituía el fondo de la comunión entre el padre y el hijo pródigo? ¿Eran los harapos de éste? ¿Eran las algarobas de la "provincia apartada"? De ningún modo. No era nada de lo que el hijo pródigo tenía consigo. Era la rica provisión del amor del padre, "el becerro grueso". Igual sucede con respecto a Dios y todo verdadero adorador. Se nutren juntos en una comunión santa y elevada, de Aquél cuya sangre preciosa les ha asociado para siempre en esta luz a la cual ningún pecado se puede acercar jamás.

⁷ El caso de Simón el Mago, Hechos 8, puede presentar alguna dificultad al lector. Pero, es claro que un hombre que estaba "en hiel de amargura y en prisión de maldad" no puede ofrecerse como modelo a los hijos de Dios. Su caso no tiene nada que ver con la doctrina de Ia. Juan 1:9. No estaba en las relaciones de hijo, y por consiguiente no era objeto de la intercesión de Cristo. Añadiremos aun, que el asunto de la oración del Señor no implica nada en lo que se dice más arriba. No quisieramos salir de los límites del pasaje que nos ocupa. Debemos evitar poner reglas de hierro. Una alma puede clamar a Dios en todo tiempo para pedirle lo que necesita, porque El está siempre presto a escuchar y a responder a nuestros ruegos.

No creamos, pues, que la verdadera humildad se muestra o se desarrolla considerando y profundizando nuestros pecados. Esto produciría un carácter sombrío y melancólico sin verdadera santidad. La humildad más profunda procede de otra fuente. ¿Cuándo fue más humilde el hijo pródigo? ¿Fue cuando "volvió en sí en la provincia apartada", o cuando el padre se arrojó a su cuello, y entró en la casa paterna? ¿No es evidente que sólo la gracia, que nos eleva a las mayores alturas de la comunión con Dios, es capaz de conducirnos a las más grandes profundidades de una verdadera humildad? Sin ninguna duda. La humildad que procede del perdón de nuestros pecados será siempre más profunda que aquella que procede del descubrimiento de estos pecados. La primera nos pone en relación con Dios; la segunda se relaciona con el yo. Para ser verdaderamente humilde es preciso andar con Dios, con el conocimiento y la potencia de la relación en que nos ha colocado. Nos ha hecho hijos suyos; y siempre que andemos como tales, seremos verdaderamente humildes.

Antes de dejar esta parte de nuestro asunto, deseamos llamar la atención especialmente sobre la cena del Señor, ya que siendo un acto importante de la comunión de la Iglesia, puede considerarse en relación con la doctrina del sacrificio de las paces. La celebración inteligente de la cena dependerá siempre del conocimiento de su carácter puramente eucarístico o de acción de gracias. Es muy especialmente una fiesta de acción de gracias; de acción de gracias por una redención cumplida. "La copa de bendición que bendecimos, ¿no es la comunión de la sangre de Cristo? El pan que partimos ¿no es la comunión del cuerpo de Cristo?" (1a. Cor. 10:16). Por lo tanto una alma encorvada bajo la pesada carga del pecado, no puede con inteligencia espiritual celebrar la cena del Señor, puesto que este hecho expresa el alejamiento completo del pecado por la muerte de Cristo: "la muerte del Señor anunciáis hasta que venga" (1a. Cor. 11). La muerte de Cristo es, para la fe, el fin de todo lo que pertenecía a nuestro estado en la antigua creación; luego ya que la cena "anuncia" esta muerte, debe ser considerada como el memorial del hecho glorioso de que la carga del pecado del creyente fue llevada por Aquél que la quitó para siempre. Declara que la cadena de nuestros pecados, que una vez nos ligó, fue rota para siempre por la muerte de Cristo, y no podrá nunca jamás atarnos de nuevo. Nos reunimos alrededor de la mesa del Señor con toda la alegría de vencedores. Miramos atrás a la cruz, donde se libró y se ganó la batalla; y miramos adelante, a la gloria, donde entraremos en los resultados eternos y completos de la victoria.

Es verdad que tenemos "levadura" *en* nosotros, pero no tenemos ninguna mancha *sobre* nosotros. No debemos fijar nuestras miradas en nuestros pecados, sino en Aquél que los llevó en la cruz y que los quitó para siempre. No debemos "engañarnos a nosotros mismos" con el vano pensamiento de que "no tenemos pecado" en nosotros; pero no debemos tampoco negar la verdad de la Palabra de Dios y la eficacia de la sangre de Cristo, rehusando regocijarnos con la preciosa verdad de que no tenemos pecado sobre nosotros, porque "la sangre de Jesucristo, su Hijo, nos limpia de todo pecado". Es verdaderamente deplorable ver qué sombría nube cubre la mesa del Señor, a juicio de muchos cristianos de profesión. Este hecho, así como muchos otros, muestra a qué grado de ignorancia se puede llegar respecto a las verdades más elementales del Evangelio. Sabemos, en efecto, que cuando la cena se toma por una razón cualquiera que no sea el conocimiento de salud, de la alegría del perdón, del sentimiento del rescate, el alma se envuelve en nubes más y más espesas. Lo que es un memorial de Cristo se emplea para dejarle a un lado. Lo que recuerda una redención cumplida se emplea como medio redentor. Así es como se abusa de las ordenanzas y como las almas son sumergidas en las tinieblas, la confusión y el error.

¡Cuán diferente de esto es la bella ordenanza del Sacrificio de las paces! Esta última, considerada en su significación típica, nos demuestra que desde el momento en que la sangre era derramada, Dios y el adorador podían alimentarse juntos en feliz y apacible comunión. No era menester más para esta comunión. La paz estaba establecida por la sangre, y sobre esta base descansaba la comunión. Una sola duda sobre el establecimiento de la paz será el golpe de muerte de la comunión. Si nos ocupamos en vanos esfuerzos para hacer la paz con Dios, somos extraños

por completo a la comunión y al culto. Si la sangre del sacrificio de las paces no ha sido derramada, es imposible que podamos alimentarnos con "el pecho que se agita", o con "la espaldilla elevada". Por otra parte, si la sangre ha sido derramada, entonces la paz ya está hecha; para la fe esto es bastante, y por consiguiente, por la fe tenemos comunión con Dios, en el conocimiento y el gozo de una redención cumplida. Nosotros gustamos la dulzura del gozo mismo de Dios en lo que El obró. Nos alimentamos de Cristo en toda la plenitud y toda la felicidad de la presencia de Dios.

Este último punto está unido a otra verdad importante indicada en "la ley del sacrificio de las paces", y éste depende de aquél: "Y la carne del sacrificio de sus pacíficos en hacimiento de gracias, se comerá en el día que fuese ofrecida; no dejarán de ella nada para otro día". Es decir, que la comunión del adorador no debe separarse nunca del sacrificio sobre el cual se funda esta comunión. Mientras se tenga la energía espiritual necesaria para mantener esta relación, el culto y la comunión subsistirán agradables y aceptables. *nosotros debemos estar cerca del sacrificio* en el espíritu de nuestros entendimientos, en los afectos de nuestros corazones y en la experiencia de nuestras almas. Esto es lo que dará potencia y duración a nuestro culto. Puede ser que empecemos cualquier acto nuestro con el corazón completamente ocupado por Cristo, y antes de terminar puede ser que estemos ocupados en lo que hacemos o decimos, o con las personas que nos escuchan; y de este modo caemos en lo que puede llamarse "la iniquidad de nuestras santas ofrendas". Esto es muy solemne y debiera conducirnos a la vigilancia. Podemos empezar nuestro culto en el Espíritu y terminarlo en la carne. Debíamos guardarnos siempre de traspasar los límites de la potencia del Espíritu para el momento actual. Si el Espíritu Santo nos inspira "cinco palabras" de adoración o de acción de gracias, pronunciamos estas cinco palabras y callémonos. Si continuamos, comemos la carne de nuestro sacrificio después del tiempo fijado, y en lugar de ser "aceptado", es en realidad "una abominación". Acordémonos de esto y seamos vigilantes. Que esto, no obstante, no nos alarme; Dios quiere que seamos conducidos por el Espíritu, y así, llenos de Cristo en todo nuestro culto. El no puede aceptar más que lo que es divino, y por esto, no quiere que le presentemos más que lo que es divino.

"Mas si el sacrificio de su ofrenda fuese voto, o voluntario, el día que ofreciere su sacrificio será comido; y lo que de él quedare, *comerse ha el día siguiente*" (Cap. 7:16). Cuando el alma se eleva a Dios, en un acto voluntario de culto, tal culto proviene de una más abundante cantidad de energía espiritual que cuando procede simplemente de alguna gracia particular recibida al momento mismo. Si se ha recibido algún favor especial de la mano del Señor, en el instante, el alma se elevará en acción de gracias. En este caso, el culto está suscitado por esta gracia, y ligado a esta gracia, cualquiera que sea, y no va más lejos. Pero cuando el corazón es llevado por el Espíritu Santo a cualquier expresión voluntaria o deliberada de alabanza, el culto tendrá un carácter más duradero; en todo caso el culto espiritual se unirá siempre al precioso sacrificio de Cristo.

"Y lo que quedare para el tercer día de la carne del sacrificio, será quemado en el fuego. Y si se comiere de la carne del sacrificio de sus paces el tercer día, el que lo ofreciere no será acepto; ni le será imputado; abominación será y la persona que de él comiere, llevará su pecado". Nada tiene valor a los ojos de Dios más que lo que está íntimamente unido a Cristo. Mucho de lo que tiene apariencia de culto no es más que la excitación y la expresión de sentimientos naturales. Puede haber una gran devoción aparente, que no sea, en el fondo, más que una piedad carnal. La carne puede excitarse, religiosamente hablando, por variedad de cosas, tales como la pompa y el esplendor de las ceremonias, por los cantos y las actitudes, los ropajes y las ricas vestiduras, por una liturgia elocuente y por los diversos atractivos de un espléndido ritualismo y, con todo, puede haber una total ausencia de culto espiritual. Sucede bastante a menudo, que los mismos gustos que son excitados y satisfechos por las formas pomposas de un culto que se llama religioso, encontrarían un alimento más conveniente aun en la ópera o en los conciertos. Aquellos que desean recordar que "Dios es espíritu, y los que le adoran, en espíritu y en verdad es necesario que le adoren" (Juan 4) deben ponerse en guardia contra esto. Lo que se llama religión se reviste, en nuestros días, de los

más poderosos atractivos. Desechando las tosquedades de la edad media, llama en su ayuda todos los recursos de un gusto depurado de un siglo culto e ilustrado. La escultura, la música y la pintura vierten sus ricos tesoros en su seno, para que, por su medio, pueda preparar un poderoso narcótico para arrullar a las multitudes ignorantes en un sopor que no será interrumpido más que por los indecibles horrores de la muerte, del juicio y del lago de fuego. También esta religión puede decir: "*Sacrificios de paz* había prometido, hoy he pagado mis *votos*... con paramentos he ataviado mi cama, recamados con cordoncillo de Egipto. He sahumado mi cámara con mirra, áloes y cinamomo" (Prov. 7). Así es como una religión corruptora atrae, por su poderosa influencia, a los que no quieren escuchar la voz celeste de la sabiduría.

Lectores, guardaos de todas estas cosas; velad sobre esto, para que vuestro culto esté inseparablemente unido a la obra de la cruz; velad en esto, que Cristo sea el fundamento; Cristo el medio, y el Espíritu Santo, la potencia de vuestro culto. Guardaos de que vuestros actos exteriores de culto no se extiendan más allá de esta potencia interior. Es necesaria mucha vigilancia para evitar este mal. Sus manejos secretos son de los más difíciles de descubrir y de combatir. Podemos empezar un himno con verdadero espíritu de culto, y por debilidad espiritual, antes de llegar al fin, podemos caer en el mal que responde al acto ceremonial de comer, al tercer día, la carne del sacrificio de las paces. Nuestra única salvaguardia es estar cerca de Jesús. Si elevamos nuestros corazones en "acciones de gracias" por algún favor especial, hagámoslo en la potencia del nombre y del sacrificio de Cristo. Si nuestras almas se elevan en adoración "voluntaria", que sea en la energía del Espíritu Santo. De este modo, nuestro culto tendrá esa frescura, ese perfume, esa profundidad, esa altura moral que deben resultar del hecho de tener al Padre por objeto, al Hijo por base, y al Espíritu Santo por poder del culto.

¡Que sea así, oh Señor, en todos los que te adoran, hasta que nos encontremos, en cuerpo, alma, y espíritu, en seguridad en tu eternal presencia, fuera del alcance de toda acción perniciosa del falso culto y de la religión corrompida, y también fuera del alcance de los diferentes impedimentos que provienen de estos cuerpos de pecado y de muerte, que llevamos en nosotros!

NOTA.- Debe observarse que aunque el sacrificio de las paces esté colocado en tercer lugar, no obstante "la ley" nos es dada después de todas las otras. Esta circunstancia no es insignificante. En ninguna de las ofrendas la comunión del adorador está tan completamente desarrollada como en el sacrificio de las paces. En el holocausto, hallamos a Cristo ofreciéndose a sí mismo a Dios. En la ofrenda de presente, tenemos la perfecta humanidad de Cristo. Después, pasando al sacrificio por la expiación, vemos que responde perfectamente al pecado en su raíz. En la ofrenda por la expiación de la culpa, se encuentra una respuesta plena y completa para todos los *pecados* actuales de la vida. Pero la doctrina de la comunión del adorador no está desarrollada en ninguna de estas ofrendas. Era en el "sacrificio de las paces" donde debía hacerse, y esto explica, según creemos, el lugar que ocupa "la ley" de este sacrificio. Viene al fin de todas las demás, enseñándonos con esto, que cuando es cuestión de que el alma se alimente de Cristo, es necesario que éste sea un Cristo completo, considerado en todas las fases posibles de su vida, de su carácter, de su persona, de su obra, de sus oficios. Además, que cuando habremos acabado para siempre con el pecado y los pecados, haremos nuestras delicias de Cristo y nos alimentaremos de El durante toda la eternidad. Nos parece que nuestro estudio de los sacrificios sería incompleto, si omitiésemos una circunstancia tan digna de notarse como esta. Si la "ley del sacrificio de las paces" estuviera dada en el orden que se presenta el sacrificio mismo, vendría inmediatamente después de la ley de la ofrenda de presente; pero en lugar de esto la ley de "la expiación" y del "sacrificio por la culpa" vienen en seguida; después la ley del sacrificio de las paces pone término a todo.

CAPITULO 4-5:13

Habiendo considerado las ofrendas de "olor agradable", llegamos ahora a los "sacrificios expiatorios". Se dividían en dos clases, a saber: "expiación por el pecado", y "expiación por la culpa". En los primeros había tres grados: primeramente, la ofrenda por el "sacerdote ungido" y la ofrenda por "toda la congregación". Estas dos ofrendas eran semejantes en sus ritos y ceremonias (Comp. vers. 3-12 con los vers. 13-21). El resultado era el mismo, ya fuese el representante de la congregación, o la congregación misma, los que hubiesen pecado. En uno y otro caso, se comprendían tres cosas: el santuario de Dios en medio del pueblo, la adoración de la congregación y la conciencia individual. Luego, como las tres cosas dependían de la sangre, vemos que en el primer grado de la expiación, se hacían tres cosas con la sangre. Se hacía aspersion "siete veces delante de Jehová, hacia *el velo del santuario*". Esto garantizaba las relaciones de Jehová con el pueblo y su estancia en medio de ellos. A continuación leemos: "Y pondrá el sacerdote de la sangre sobre los cuernos del altar del perfume aromático que está en el tabernáculo del testimonio delante de Jehová". Esto garantizaba el culto de la congregación. Poniendo la sangre sobre "el altar de oro", la verdadera base del culto estaba amparada, de suerte que la llama del incienso y su suave olor podrían subir continuamente. Por fin, "y echará toda la sangre del becerro al pie del altar del holocausto que está a la puerta del tabernáculo del testimonio". Aquí encontramos lo que responde plenamente a las exigencias de la conciencia individual, pues el altar de bronce era el lugar donde todos tenían acceso. Era el lugar donde Dios encontraba al pecador.

En los otros dos casos, para "el príncipe", o por "alguna persona del común del pueblo", no era más que una cuestión de conciencia individual; por esto no se hacía más que una cosa con la sangre. Era enteramente derramada "al pie del altar del holocausto" (Comp. ver. 7 con los vers. 25-30). Hay en todo esto una precisión divina que pide toda la atención del lector, si desea comprender bien los maravillosos detalles de este tipo.⁸ El efecto del pecado individual no podía extenderse mas allá de la conciencia del individuo. El pecado de un "príncipe" o de alguno "del común del pueblo", no podía tener influencia sobre "el altar del perfume aromático", lugar de adoración del sacerdote. No podía llegar tampoco hasta "el velo del santuario", límite sagrado de la habitación de Dios en medio de su pueblo. Es necesario considerar bien esto. Nunca se debe suscitar la cuestión de nuestros pecados o faltas en el lugar del culto. Es preciso arreglarlo con Dios allí donde cada uno puede acercarse a El personalmente. Muchos se equivocan en este punto. Van a la congregación o al lugar ostensible del culto sacerdotal con su conciencia manchada, y así debilitan toda la

⁸ Entre la ofrenda por "un príncipe" y la que se hacía por alguna persona "del común del pueblo", hay esta diferencia: que la primera era un *macho* sin defecto"; la segunda una "hembra sin defecto". El pecado de uno de los príncipes debía ejercer necesariamente mayor influencia que el de una persona del común, por esto era necesaria una más poderosa aplicación del valor de la sangre. En el cap. 5 vers. 13 encontramos casos que no exigían más que una aplicación, inferior aun, de la expiación, (casos de juramento, o de tocar cosa inmunda) por los cuales la décima parte de un epha de flor de harina se admitía como expiación. (Véase cap. 5:11-13.) ¡Qué contraste entre la expiación ofrecida por el macho cabrío de uno de los príncipes y el puñado de harina de un pobre! Y, sin embargo, en este caso igual que en el otro está escrito: "Y le será perdonado".

El lector debe observar que el cap. 5:1-13, trata la misma materia que el cap. 4. Los dos están encerrados bajo el mismo título y presentan la doctrina de la expiación en todas sus aplicaciones, desde el macho cabrío hasta el puñado de harina. Cada clase de ofrenda está anunciada por estas palabras: "Y habló Jehová a Moisés." Así por ejemplo, 'las ofrendas de olor suave' (Cap. 1-3) tienen por introducción estas palabras: "Y llamó Jehová a Moisés". Estas palabras no están repetidas hasta el Cap. 4:1, donde sirven de introducción a las ofrendas expiatorias. Las encontramos en el Cap. 5:14, donde sirven de introducción a las ofrendas por las culpas y pecados por yerro "en las cosas santificadas a Jehová", y aun en el Cap. 6:1, donde sirven de introducción a las ofrendas de expiación por la culpa cometida contra el prójimo.

Esta clasificación es de admirable sencillez y ayudará al lector a comprender las diversas clases de ofrendas. En cuanto a los diferentes grados de cada clase, ya sea "un becerro", "una cabra", "un cordero", "una ave" o "un puñado de harina," parecen ser otras tantas aplicaciones diversas de la misma gran verdad.

congregación y turban todo el culto. Se debía prestar a esto una gran atención y guardarse cuidadosamente de ello. Tenemos necesidad de una gran vigilancia a fin de que nuestra conciencia pueda estar siempre en la luz.

Y cuando caemos, como desgraciadamente nos ocurre muchas veces, tenemos en seguida que acercarnos a Dios en secreto, a fin de que la verdadera adoración y posición de la asamblea puedan conservarse plena y claramente delante del alma.

Después de haber expuesto así lo que concierne a los tres grados de la expiación, examinemos en detalle los principios comprendidos en el primero. Haciéndolo, podremos formarnos una justa idea de los principios de todos los demás. Sin embargo, antes de empezar este examen deseamos llamar la atención de nuestros lectores sobre un punto muy esencial indicado en el versículo segundo del capítulo cuarto. Está contenido en esta expresión: "Cuando alguna persona pecare por *yerro*". Esto nos presenta una verdad de las más preciosas, en relación con la expiación operada por el Señor Jesucristo. Meditando en esta expiación, vemos en ella mucho más que la simple satisfacción de las exigencias de la conciencia, aunque esta conciencia hubiera alcanzado el más alto grado de una extrema sensibilidad. Nosotros tenemos el privilegio de ver en ella lo que ha satisfecho plenamente todos los derechos de la santidad divina, de la justicia divina y de la majestad divina. La santidad de la morada de Dios, y el fundamento de su relación con su pueblo, no hubieran podido ser nunca reglamentadas según la medida de la conciencia del hombre, aunque ésta fuese tan elevada como puede llegar a ser. Hay muchas cosas que la conciencia humana omitiría, muchas cosas que podrían escapar al conocimiento del hombre, muchas cosas que su corazón podría estimar lícitas, pero que Dios no podría tolerar, y que, por consiguiente, llegarían a interponerse entre el hombre y Dios, para impedirle aproximarse a El y rendirle culto. Por esto, si la expiación de Cristo no se aplicase más que a los pecados que el hombre puede discernir y reconocer, nos encontraríamos muy alejados del verdadero fundamento de la paz. Tenemos necesidad de comprender que el pecado ha sido expiado según la justicia de Dios, que los derechos de su trono han sido perfectamente satisfechos, que el pecado, visto a la luz de su inflexible santidad, ha sido divinamente juzgado. Esto es lo que da al alma una paz duradera. Por los pecados de error o de ignorancia del creyente, se ha realizado una expiación igual que por sus pecados conocidos. El sacrificio de Cristo es la base de sus relaciones y de su comunión con Dios, según la apreciación de Dios mismo.

El conocimiento claro de esto es de un inmenso valor. Hasta que no se haya comprendido bien este aspecto de la expiación, no puede haber verdadera paz y no se sentirá bien la extensión y la plenitud de la obra de Cristo, ni la verdadera naturaleza de las relaciones que se le sujetan. Dios sabía lo que tenía que hacer para que el hombre pudiera estar en su presencia sin temor, y ha provisto perfectamente a ello por la obra de la cruz. Nunca hubiera podido haber comunión entre Dios y el hombre, si Dios no hubiera acabado con el pecado, según su juicio, porque aun después que la conciencia del hombre hubiera estado satisfecha, siempre cabría esta pregunta: "¿Está Dios satisfecho?" Y si esta pregunta no se hubiera podido contestar afirmativamente, la comunión nunca hubiera existido⁹. El corazón se diría sin cesar que en los detalles de la vida, se manifiestan ciertas cosas que la santidad divina no puede tolerar. Es verdad que puede ser que hagamos estas cosas "por yerro", pero esto no cambia en nada su carácter ante Dios, ya que todo le es conocido. Habría pues dudas, aprensiones y temores continuos. A todas estas cosas responde divinamente el hecho de que el pecado ha sido expiado no "según nuestra ignorancia, sino conforme a la sabiduría de Dios". Esta seguridad da gran descanso al alma y a la conciencia. Todas las exigencias de Dios sobre

⁹ Deseamos muy especialmente que se recuerde que lo expuesto en el texto, es simplemente la expiación. No dudamos que el lector cristiano sabe muy bien que la posesión de la "naturaleza divina" es esencial a la comunión con Dios. Yo tengo necesidad no sólo de un *derecho* para acercarme a Dios, sino aun de una *naturaleza* que pueda gozar de El. El alma que "cree en el nombre del Unigénito Hijo de Dios", tiene uno y otra. (Véase Juan 1:12-13; 3:36; 5:24; 20:31; 1a.Juan 5:11-13).

nosotros han sido satisfechas por su obra. El mismo ha provisto el remedio, y por lo tanto cuanto más delicada se hace la conciencia del cristiano, bajo la acción de la Palabra y del Espíritu de Dios, mejor comprende todo lo que conviene al santuario; aumenta la sensibilidad para discernir todo lo que es incompatible con la presencia divina; se apropia con mucha más claridad, profundidad y fuerza el valor infinito de este sacrificio de expiación por el pecado, que no solamente sobrepasa los últimos límites de la conciencia humana, sino que aun responde con perfección absoluta a todas las exigencias de la santidad divina.

Nada puede demostrar más evidentemente la incapacidad del hombre de deshacerse del pecado, que el hecho de existir "pecados por ignorancia" ¿Cómo podrá deshacerse de lo que no conoce? ¿Cómo podrá disponer en su voluntad de lo que no ha entrado nunca ni aun en los límites de su conciencia? Imposible. La ignorancia en que el hombre está acerca del pecado, prueba su incapacidad total para deshacerse de él. Si no lo conoce ¿qué puede hacer en este respecto? Nada. Es tan débil como ignorante. No es esto todo. El hecho de que haya "pecado de ignorancia" demuestra muy claramente la incertidumbre que debe acompañar a todo ensayo de solución de la cuestión del pecado, el cual no puede aplicarse a nociones más elevadas que las que pueden resultar de la conciencia humana más delicada. Nunca puede haber paz duradera sobre esta base. Quedará siempre la penosa impresión de que todo no va bien. Si el corazón no es conducido a un estado de reposo permanente por el testimonio de la Escritura de que los derechos inflexibles de la Justicia divina han sido satisfechos, tendrá necesariamente un sentimiento de malestar, y todo sentimiento de este género es un obstáculo en nuestro culto, en nuestra comunión y en nuestro testimonio. Si estoy inquieto en cuanto a la solución de este asunto del pecado, no puedo, de ningún modo, tributar culto; no puedo gozar de la comunión con Dios ni con su pueblo, ni puedo tampoco ser un testigo inteligente de Cristo. Es preciso que el corazón esté tranquilo delante de Dios, en cuanto a la perfecta remisión de los pecados, antes de que podamos "adorarle en espíritu y en verdad". Si el sentimiento de la culpabilidad pesa sobre la conciencia habrá terror en el corazón y, seguramente, un corazón aterrado no puede ser un corazón feliz y adorador. Solamente de un corazón lleno de ese dulce y santo reposo que proporciona la sangre de Cristo, puede subir hasta el Padre un culto sincero y aceptable. El mismo principio se aplica a nuestra comunión con el pueblo de Dios, a nuestro servicio, y a nuestro testimonio en medio de los hombres. Todo debe descansar sobre el fundamento de una paz establecida, y esta paz descansa sobre el fundamento de una conciencia completamente purificada, y esta conciencia purificada descansa sobre la base de la perfecta remisión de todos nuestros pecados, ya sean conocidos ya ignorados.

Vamos ahora a comparar la expiación con el holocausto, lo cual nos ofrecerá dos aspectos muy diferentes de Cristo; pero a pesar de esta diferencia, es un solo y mismo Cristo; por esto, en uno y otro caso, el sacrificio era "sin mancha". Esto es fácil de comprender. Bajo cualquier aspecto que contemplemos a nuestro Señor Jesucristo, es siempre el mismo Ser perfecto, puro, santo y sin mancha. Es verdad que en su abundante gracia tuvo a bien cargar sobre sí el pecado de su pueblo, pero aun entonces era un Cristo perfecto y sin mancha; y se necesitaría una impiedad diabólica para valerse de la profundidad de su humillación, para empeñar la gloria personal de Aquél que así se humilló. La excelencia esencial, la pureza inalterable y la divina gloria de nuestro muy amado Señor aparecen con igual fuerza en la expiación, como en el holocausto. En cualquier relación que se nos presente, cualquiera que sea el oficio que llene, en cualquiera obra que cumpla, en cualquier posición que ocupe, sus glorias personales irradian con todo su esplendor divino.

Esta verdad, de un solo y mismo Cristo, sea en la ofrenda para el holocausto, sea en la expiación por el pecado, se ve no sólo en el hecho de que en los dos casos la ofrenda era "sin defecto", sino también en la "ley de la expiación", en la que leemos: "Esta es la ley de la expiación; en el lugar donde será degollado el holocausto, será degollada la expiación por el pecado delante de Jehová; es cosa santísima" (Lev. 6:25). Los dos tipos figuran un solo y gran Antitipo, aunque lo presentan bajo aspectos de su obra muy diferentes. En el holocausto, Cristo responde a los afectos

de Dios; en la expiación responde a las profundas necesidades del hombre. El primero nos lo presenta como Aquél que cumplió la voluntad de Dios, el segundo, como Aquél que llevó el pecado del hombre. En el primero aprendemos cual es el valor del sacrificio; en el segundo cual es la odiosidad del pecado. Con esto basta en cuanto a las dos ofrendas en general. Un examen minucioso de los detalles no hará más que confirmar esta aserción general.

Cuando nos ocupamos del holocausto, vimos que era una ofrenda voluntaria; "de su voluntad lo ofrecerá" ¹⁰. Mas en la expiación no se trata de "buen grado o voluntariamente".

Esto está en perfecto acuerdo con el objeto especial del Espíritu Santo en el holocausto, de representarle como ofrenda voluntaria. Era el alimento y la bebida de Cristo hacer la voluntad de Dios cualquiera que fuese. Nunca pedía saber qué ingredientes había en la copa que su Padre le ponía entre las manos. Le bastaba que el Padre lo hubiera preparado. Tal era nuestro Señor Jesucristo, como prefigurado por la ofrenda del holocausto. Pero en la de la expiación se desenvuelve otro género de verdades. Este tipo nos presenta a Cristo, no como a Aquel que cumplió "de buen grado" la voluntad de Dios, sino como Aquél que llevó la terrible carga del "pecado" como Aquél que sufrió todas sus espantosas consecuencias, entre las que era, para El, la más terrible, que Dios le ocultase su faz; la expresión "voluntariamente" no estaría en armonía con el objeto del Espíritu en la expiación. Esta palabra estaría tan fuera de lugar en este tipo, como está divinamente colocada en el holocausto. Su empleo y su omisión son igualmente divinos, y testifican uno y otra la perfecta y divina precisión de los tipos del Levítico.

Este punto de contraste, que acabamos de considerar, explica, o más bien armoniza dos expresiones empleadas por nuestro Señor. En una ocasión dijo: "El vaso que el Padre me ha dado ¿no lo tenga de beber?" y después: "Padre mío, si es posible, pase de mi este vaso". La primera de estas expresiones era el perfecto cumplimiento de estas palabras con las cuales empezó su carrera: "El hacer, oh Dios, tu voluntad, hame agrado"; y además, es la expresión de Cristo, como ofrenda para el holocausto. La segunda, al contrario, es la exclamación de Cristo, cuando contemplaba lo que iba a ser de El, como sacrificio de expiación. Más adelante veremos lo que era esta posición y lo que El veía tomándola; pero es interesante e instructivo encontrar toda la doctrina de estas dos ofrendas, encerrada, en cierto modo, en el hecho de que una sola palabra sea puesta en una y omitida en la otra. Si en el holocausto vemos la perfecta sumisión con que Cristo se ofreció El mismo, para cumplir la voluntad de Dios; en la expiación vemos con que profunda abnegación tomó sobre Sí todas las consecuencias del pecado del hombre y como se identificó con el hombre tan distanciado de Dios. Se complacía en hacer la voluntad de Dios. Se estremeció ante la idea de perder por un momento la luz de su faz bendita. Ninguna ofrenda, por sí sola, hubiera podido presentarle bajo estas dos fases. Nos era necesario un tipo que nos lo mostrase como El que se complace en hacer la voluntad de Dios, y nos hacía falta otro que nos lo mostrase como Aquél cuya santa naturaleza retrocedía ante las consecuencias del pecado imputado. Gracias a Dios, tenemos uno y otro en estas dos ofrendas. Por esto, cuanto más profundizamos en la sumisión del corazón de Cristo a Dios, mejor comprendemos su horror hacia el pecado y *viceversa*. Cada uno de estos tipos pone en relieve al otro, y el empleo de la palabra "voluntariamente", en uno, y no en el otro, fija el carácter principal de cada uno.

Mas tal vez se dirá; "¿No era la voluntad de Dios que Cristo se ofreciese a si mismo en sacrificio de expiación por el pecado? Y, si es así ¿cómo podía tener la menor repugnancia en

¹⁰ Algunos encontrarán, tal vez, alguna dificultad en que la expresión "voluntariamente" se refiere al adorador y no al sacrificio; pero esto no puede, de ningún modo, afectar a la doctrina expuesta en el texto y que está fundada en el hecho de que una palabra especial empleada en la ofrenda del holocausto, se omite en la de la expiación. El contraste subsiste, ya apliquemos esta palabra al que ofrece, ya la apliquemos a la ofrenda.

cumplir esta voluntad?". Seguramente era según "determinado consejo" de Dios, que Cristo sufrió, y además era la alegría de Cristo hacer la voluntad de Dios. Pero ¿cómo debemos comprender la expresión: "Si es posible pase de mí este vaso"? ¿No es la exclamación de Cristo? Y, ¿no hay un tipo especial para aquel que lo ha expresado? Ciertamente. Habría una gran laguna en los tipos de la economía mosaica, si no hubiera uno para representar a nuestro Señor Jesucristo en la exacta actitud moral señalada por esta exclamación. El holocausto no nos lo presenta de esta suerte; no hay una sola circunstancia refiriéndose a esta ofrenda que pueda corresponder a tal lenguaje. Sólo la expiación ofrece la figura apropiada del Señor Jesucristo exhalando estos acentos de intensa agonía, porque sólo en ella encontramos las circunstancias que evocaron tales acentos, desde lo profundo de su alma sin mancha. La sombra terrible de la cruz, con su ignominia, su maldición y su exclusión de la luz de la faz de Dios, pasaba delante de su espíritu, y no podía ni aun contemplarla sin exclamar: "Si es posible, pase de mí este vaso". Pero apenas ha pronunciado estas palabras, cuando su profunda sumisión se muestra en estas otras: "Empero, no como yo quiero, sino como tú". ¡Que vaso amargo el que pudo hacer salir de un corazón perfectamente sumiso las palabras: "Pase de mí"! ¡Qué perfecta sumisión cuando en presencia de un vaso tan amargo, el corazón podía exclamar ¡hágase tu voluntad!

Vamos a considerar ahora el acto típico de la "imposición de las manos". Este acto era común al holocausto y a la expiación; pero en el primero, identificaba a la persona que ofrecía el sacrificio con una ofrenda sin mancha; en el segundo, este acto implicaba la traslación del pecado de la persona oferente a la cabeza de la ofrenda. Así era en el tipo, y cuando consideramos el Antitipo, aprendemos una verdad de las más consoladoras y edificantes; verdad que si fuese más comprendida y realizada, proporcionaría una paz mucho más constante que la que se goza generalmente.

¿Cuál es, pues, la doctrina expresada en el acto de imponer las manos? Es esta: "Cristo fue hecho pecado por nosotros, para que nosotros fuésemos hechos justicia de Dios en él" (2a. Cor. 5). Tomó nuestro lugar con todas sus consecuencias, para que nosotros pudiéramos tener su lugar, con todas las suyas. Fue tratado como pecado sobre la cruz, para que nosotros pudiéramos ser tratados como justicia, en presencia de la santidad infinita. Fue arrojado de la presencia de Dios, porque, por imputación, tenía sobre El el pecado, para que nosotros pudiéramos ser recibidos en la morada de Dios, y en su seno, porque por imputación tenemos una justicia perfecta. Tuvo que sufrir que Dios le ocultase su rostro a fin de que nosotros pudiéramos regocijarnos a la luz de esta faz. Tuvo que experimentar tres horas de tinieblas para que nosotros entrásemos en la luz eterna. Fue abandonado por Dios durante algún tiempo, a fin de que nosotros pudiéramos gozar de su presencia para siempre jamás. Todo lo que nos correspondía, como pecadores perdidos, fue puesto sobre El, para que todo lo que le correspondía, por haber cumplido la obra de la redención, pudiera ser nuestra parte. Todo estaba contra El cuando fue suspendido del madero maldito, para que nada pudiese estar contra nosotros. El se identificaba con nosotros en la realidad de la muerte y del juicio, a fin de que nosotros pudiéramos ser identificados con El en la realidad de la vida y la justicia. Bebió la copa de la ira con el objeto de que nosotros pudiéramos beber la copa de la salud, la copa de la gracia infinita. Fue tratado según nuestros méritos, para que nosotros fuéramos tratados según los suyos.

Tal es la maravillosa verdad ilustrada por el acto ceremonial de la imposición de las manos. Cuando el adorador había puesto su mano sobre la cabeza de la víctima para el holocausto, ya no se trataba de lo que era o de lo que merecía; se trataba únicamente de lo que era la ofrenda al juicio de Jehová. Si la víctima era sin defecto, la persona que la ofrecía lo era también; si la víctima era aceptada, aquel que la ofrecía lo era también. Estaban perfectamente identificados. El acto de imponer las manos les hacía ser uno a los ojos de Dios. El veía al oferente a través de la ofrenda. Así era en el holocausto, pero en la expiación, cuando el oferente había puesto la mano sobre la cabeza de la víctima, era asunto de la condición del oferente y lo que merecía. La víctima era

tratada según los méritos del que la ofrecía. Estaban perfectamente identificados. El acto de imponer las manos les constituía uno a los ojos de Dios. En la expiación se tenía que arreglar el asunto del pecado de aquél que la ofrecía; en el holocausto, el que lo ofrecía era aceptado. Esto establecía una inmensa diferencia entre uno y otro. Por esto aunque el acto de imponer las manos fuese común a los dos tipos, y aunque este acto expresase lo mismo en los dos casos, a saber, la identificación, no obstante las consecuencias eran tan diversas como es posible. El Justo tratado como el injusto; el injusto aceptado en el Justo. "Cristo padeció una vez por los pecados, el Justo por los injustos, para llevarnos a Dios". He aquí la doctrina. Nuestros pecados llevaron a Cristo a la cruz; pero El nos lleva a Dios. Y si El nos lleva a Dios, es por su propia aceptación como resucitado de entre los muertos, habiendo quitado nuestros pecados según la perfección de su obra. El llevó nuestros pecados lejos del santuario de Dios, para poder acercarnos, introducirnos, aun en el lugar santísimo, con toda seguridad de corazón, teniendo la conciencia purificada de toda mancha del pecado por su preciosa sangre.

Cuanto más comparemos todos los detalles de la ofrenda del holocausto y de la expiación, mejor comprenderemos la verdad de lo que hemos dicho más arriba respecto al acto de imponer las manos y a sus resultados en uno y otro caso. En el primer capítulo de este volumen, hemos notado el hecho de que "los hijos de Aarón" se ven en el holocausto, pero no en la expiación. Como sacerdotes tenían el privilegio de estar alrededor del altar y de contemplar la llama de un sacrificio agradable a Jehová, elevándose a El. Pero en la expiación se trataba primeramente del juicio solemne del pecado, y no del culto o de la admiración de los sacerdotes; y por esto, los hijos de Aarón no aparecen en ella. Como pecadores convencidos, tenemos relación con Cristo, Antitipo del sacrificio de la expiación. Como sacerdotes rindiendo culto, revestidos de las vestiduras de salud, contemplamos a Cristo, Antitipo del holocausto.

Además, nuestros lectores observarán que la víctima para el holocausto era "desollada", mientras que la de la expiación no lo era. La víctima para el holocausto era "dividida en sus piezas", pero no lo era la de la expiación. "Los intestinos y las piernas" del holocausto eran lavados con agua, cosa completamente omitida en la expiación. Finalmente el holocausto era quemado sobre el altar; el sacrificio para la expiación era quemado fuera del campo. Estos puntos son otras tantas diferencias que provienen sencillamente del carácter distintivo de las ofrendas. Sabemos que en la Palabra de Dios no hay nada que no tenga una significación especial; y todo lector inteligente y atento de las Escrituras notará estas distinciones y, habiéndolas notado, procurará comprender su verdadero alcance. Puede haber *ignorancia* de este alcance, pero no debía haber *indiferencia* en este respecto. Dejar a un lado un solo punto de las páginas inspiradas en general, y en particular, y sobre todo, de las que nos ocupamos, que son tan ricas en enseñanzas, sería deshonar al divino Autor, y privar a nuestras almas de un gran provecho espiritual. Debiéramos pararnos en los menores detalles, ya fuese para adorar la sabiduría de Dios que allí se manifiesta, ya para confesar nuestra ignorancia a su vista, y humillarnos por ella. Pasar por encima con un espíritu de indiferencia, sería en cierto modo afirmar que el Espíritu Santo se ha tomado el trabajo de hacer escribir cosas que no encontramos dignas de intentar comprender, y ningún cristiano recto osaría pensar tal cosa. Si el Espíritu Santo, dándonos la ley de la expiación, ha omitido los ritos mencionados anteriormente, ritos que ocupan un lugar esencial en la ley del holocausto, debe seguramente tener su razón para hacerlo, y debe haber en ello una significación importante. Esto es lo que debemos tratar de comprender; y sin duda, estas diferencias tienen un objeto especial que el pensamiento de Dios había designado a cada ofrenda. La expiación muestra el aspecto de la obra de Cristo, donde se le ve tomando judicialmente el lugar que moralmente nos correspondía. Por esta razón no podemos encontrar allí esta expresión intensa de lo que era en todos los motivos Secretos que le hacían obrar, simbolizado en el acto típico de "desollar". Ni podía haber esta amplia exposición de lo que El era en todo su Ser, y en los menores rasgos de su carácter, que se ve en el acto de dividir en sus piezas". Y finalmente, no podía haber allí esta manifestación de lo que El era en persona, en

práctica, e intrínsecamente, representada por el acto muy significativo de "lavar con agua los intestinos y las piernas".

Todas estas cosas pertenecen a la fase holocáustica de nuestro muy amado Señor, y solamente a ella, porque allí le vemos ofreciéndose El mismo, a la mirada, al corazón y en el altar de Jehová, sin que se trate de la imputación del pecado, de ira o de juicio. En la expiación, por el contrario, en lugar de haber como idea preeminente lo que Cristo es, encontramos lo que es el pecado. En lugar del valor de Jesucristo, se encuentra la odiosidad del pecado. En el holocausto, siendo Cristo mismo que se ofrece a Dios y es aceptado, encontramos todo lo necesario para manifestarle en todos sus aspectos. En la expiación, siendo el pecado juzgado por Dios, encontramos precisamente todo lo contrario. Todo esto es tan sencillo que no exige ningún esfuerzo intelectual para comprenderlo. Deriva o procede naturalmente del carácter distintivo del tipo.

Sin embargo, aunque el objeto principal de la expiación sea prefigurar lo que Cristo fue hecho por nosotros, y no lo que era en Sí mismo, hay, no obstante, un rito, refiriéndose a este tipo, que representa de la manera más expresiva cuán agradable era El personalmente a Dios. Este rito está indicado por las palabras siguientes: "Y tomará del becerro para la expiación todo su sebo, el sebo que cubre los intestinos y todo el sebo que está sobre las entrañas, y los dos riñones, y el sebo que está sobre ellos, y el que está sobre los ijares, y con los riñones quitará el redaño de sobre el hígado, de la manera que se quita del buey del sacrificio de las paces; y el sacerdote lo hará arder sobre el altar del holocausto" (Cap. 4:8-10). Así la excelencia intrínseca de Cristo no está omitida, ni aún en la expiación. El sebo quemado sobre el altar es la figura apta de la divina apreciación del valor de Cristo, cualquiera que fuese la actitud que en su perfecta gracia tomase por nosotros, o en nuestro lugar; fue hecho pecado por nosotros, y la expiación es el tipo divino que le representa bajo este aspecto. Siendo el Señor Jesucristo, el Elegido de Dios, su santo Hijo, perfectamente puro y eterno, el que fue hecho pecado, el sebo de la expiación fue quemado sobre el altar como materia muy propia a ese fuego que figuraba tan bien la santidad divina. A pesar de esta consideración, vemos qué contraste hay entre la expiación y el holocausto. En este último se quemaba sobre el altar no sólo el sebo, sino la víctima entera, porque representaba a Cristo sin relación alguna con el pecado. En el primero, sólo el sebo debía quemarse sobre el altar, porque se trataba de llevar el pecado, aunque Cristo lo llevó. Las glorias divinas de la Persona de Cristo brillan aun en medio de las sombras más negras de aquel madero maldito, al cual consintió ser clavado, como maldición por nosotros. La odiosidad del pecado, al cual, en el ejercicio de su amor divino, asoció su persona bendita sobre la cruz, no podía impedir que el agradable olor de sus méritos subiera hasta el trono de Dios. Así es como se nos declara el profundo misterio de la faz de Dios oculta a Cristo *hecho pecado*, y del corazón de Dios gozándose en lo que Cristo *era* en sí mismo. Esto es lo que da a la expiación un especial encanto. Los vivos rayos de la gloria personal de Cristo resplandecían en medio de las lúgubres tinieblas del Calvario; su valor personal resurgiendo de las mayores profundidades de su humillación; las delicias de Dios en Aquél de quien debía ocultar su faz en virtud de su inflexible justicia y su santidad; todo esto se expresa por el hecho de quemar sobre el altar el sebo de la expiación.

Habiendo ya indicado en primer lugar lo que se hacía de la "sangre", y también lo que se hacía "del sebo", vamos ahora a considerar lo que se hacía de "la carne". "Y el cuero del becerro y toda *su carne*. . . *todo el becerro* sacará fuera del campo, a un lugar limpio, donde se echan las cenizas, y lo quemará al fuego sobre la leña; en donde se echan las cenizas será quemado" (Vers. 11, 12). En este hecho tenemos el rasgo principal de la expiación; lo que la distingue a la vez del holocausto y del sacrificio de las paces. Su carne no era quemada sobre el altar como en el holocausto, ni comida por el sacerdote o el adorador como en el sacrificio de las paces. Era

quemada enteramente fuera del campo ¹¹. "Mas no se comerá de expiación alguna de cuya sangre se metiere en el tabernáculo del testimonio para reconciliar en el santuario; al fuego será quemada" (Lev. 6:30). "Porque los cuerpos de aquellos animales, la sangre de los cuales es metida por el pecado en el santuario por el pontífice, son quemados fuera del real. Por lo cual también Jesús, para santificar al pueblo por su propia sangre, padeció fuera de la puerta" (Heb. 13:11-12).

Comparando lo que se hacía de la "sangre" con lo que se hacía de la "carne" o del "cuerpo" de la víctima, dos órdenes de verdades se presentan a nuestros ojos, es a saber: el culto, y el estado del discípulo. La sangre metida en el santuario es el fundamento del primero. El cuerpo quemado fuera del campo es la base del segundo. Antes de que podamos rendir culto con paz de conciencia y libertad de corazón, es preciso que sepamos sobre la autoridad de la Palabra y por la potencia del Espíritu, que la cuestión del pecado ha sido resuelta para siempre por la sangre de la divina expiación; que esta sangre ha sido rociada en perfección ante el Eterno; que todas las exigencias de Dios y todas nuestras necesidades, como pecadores perdidos y culpables, han sido satisfechas para siempre. Esto es lo que da una paz perfecta, y con el gozo de esta paz rendimos culto a Dios. Cuando un Israelita de antaño había ofrecido el sacrificio de la expiación, su conciencia reposaba en tanto que el sacrificio era capaz de darle reposo. Es verdad que no era mas que una paz temporal, puesto que era el fruto de un sacrificio temporal. Pero es claro que cualquiera que fuese el género de paz que el sacrificio proporcionase, aquél que lo ofrecía podía gozarse en ella. Por consiguiente, siendo nuestro sacrificio divino y eterno, es también nuestra paz divina y eterna. Tal como es el sacrificio, tal es la paz de la cual es fundamento. Un judío no tenía nunca la conciencia purificada para siempre, porque no tenía un sacrificio eternamente eficaz. Podía, en cierto sentido, tener su conciencia purificada para un día, un mes, o un año, pero no podía tener su conciencia purificada para siempre. "Mas estando ya presente Cristo, pontífice de los bienes que habían de venir, por el mas amplio y más perfecto tabernáculo, no hecho de manos, es a saber no de esta creación; y no por sangre de machos cabríos ni de becerros, mas por su propia Sangre, entró una sola vez en el santuario, habiendo obtenido *eterna* redención. Porque si la sangre de los *toros* y de los *machos cabríos* y la ceniza de la becerra, rociada a los inmundos santifica para la purificación de la carne, ¿cuánto más la sangre de Cristo, el cual por el espíritu eterno se ofreció a sí mismo sin mancha a Dios, limpiará vuestras conciencias de las obras de muerte, para que sirváis al Dios vivo?" (Heb. 9:11-14).

Aquí tenemos una presentación completa y explícita de la doctrina. La Sangre de los toros y de los machos cabríos proporcionaba una redención temporaria, la Sangre de Cristo proporciona una redención eterna. La primera purificaba exteriormente; la segunda interiormente. Aquélla purificaba la carne por un tiempo, ésta, la conciencia para siempre. No es el asunto, el carácter o la condición de aquél que ofrece, sino el valor del sacrificio. No se trata de saber si un cristiano es mejor que un judío, sino si la sangre de Cristo vale más que la de un toro. Seguramente vale más, infinitamente más. El Hijo de Dios comunica todo el valor de su divina persona al sacrificio que ha ofrecido, y si la sangre de un toro purificaba la carne por un año ¿ "Cuánto más", la sangre del Hijo de Dios purificará para siempre la conciencia? Si aquella quitaba algunos pecados, ¿cuánto más ésta los quitará *todos*?

Ahora bien ¿cómo era que el alma de un judío tenía paz durante algún tiempo, después que había ofrecido su expiación? ¿Cómo sabía que el pecado especial, por el cual había presentado su sacrificio, estaba perdonado? Porque Dios había dicho: "Y le será perdonado" La paz de su alma, en cuanto a este pecado particular, reposaba sobre el testimonio del Dios de Israel y sobre la sangre de la víctima. Lo mismo ahora; la paz del creyente, relativa a *todo pecado*, descansa sobre la autoridad de la palabra de Dios, y sobre "la preciosa sangre de Cristo". Si un judío había pecado y descuidaba

¹¹ Lo que aquí se dice no corresponde más que a los sacrificios de expiación, cuya sangre era llevada al lugar santo. Había otras ofrendas para expiación de las que comían Aarón y sus hijos. (Véase Lev. 6:26-29; Núm. 18:9, 10).

ofrecer su expiación, hubiera sido "cortado de entre sus pueblos" pero cuando tomaba su lugar como pecador, cuando ponía la mano sobre la cabeza de una víctima para expiación, entonces la víctima era "cortada" en su lugar, y él era librado según el valor del sacrificio. La víctima era tratada como el que la ofrecía merecía serlo; y por consiguiente, si este último no hubiera sabido que su pecado le era perdonado, hubiera hecho a Dios mentiroso y tratado de inútil la sangre del sacrificio divinamente ordenado.

Y si esto era verdad para aquél que no podía descansar más que sobre la sangre de un macho cabrío, ¿"cuánto más" se aplica a aquél que puede reposar sobre la preciosa sangre de Cristo? El creyente ve en Cristo al que ha sido juzgado por todos sus pecados; que, suspendido en la cruz, llevó todo el peso de sus pecados; al que habiéndose hecho responsable de estos pecados, no podría estar allí donde está ahora, si toda la cuestión del pecado no hubiera sido arreglada según los requisitos de la justicia infinita. Cristo tomó el lugar del creyente sobre la cruz; de tal manera se identificaba éste con El, todos los pecados del creyente le fueron entonces tan completamente imputados, que toda culpabilidad del creyente, toda idea de ira o de juicio, a los que estaba expuesto, fueron quitados para siempre. Todo se arregló sobre el madero maldito entre la Justicia divina y la Víctima sin tacha. Y ahora, el creyente está tan absolutamente identificado con Cristo sobre el trono, como Cristo estuvo identificado con él sobre la cruz. La justicia ya no tiene ningún agravio que alegar contra el creyente, porque no tiene ningún agravio que alegar contra Cristo, ni ahora ni nunca jamás. Si una acusación pudiera Ser válida contra el creyente, esto sería poner en duda la realidad de la identificación de Cristo con él sobre la cruz, y la perfección de la obra de Cristo en su favor. Si cuando el adorador de antaño volvía a su casa, después de haber ofrecido su expiación, alguien le hubiera acusado del pecado mismo por el cual había inmolado su víctima ¿cuál hubiera sido su respuesta? Sencillamente esta: "El pecado ha sido expiado con la sangre de la víctima, y Jehová ha pronunciado estas palabras: "Y le será perdonado". La víctima había muerto en su lugar, y él vivía en lugar de la víctima. Tal era el tipo, y en cuanto al Antitipo, cuando la mirada de la fe reposa sobre Cristo, como sacrificio de expiación, ve a Aquél que habiendo tomado una perfecta vida humana, ha dejado esta vida sobre la cruz porque en aquella ocasión se le imputaba el pecado. Pero ve también a Aquél que teniendo en sí mismo la potencia de la vida eterna y divina, sale de la tumba y ahora comunica su vida de resurrección, su vida divina y eterna, a todos los que creen en su nombre. El pecado desaparece, porque desaparece la vida a la que estaba unido. Y ahora, en lugar de la vida a la cual estaba unido el pecado, todos los verdaderos creyentes poseen la vida a la cual está ligada la justicia. Con referencia a la vida resucitada y victoriosa de Cristo la cuestión del pecado no se puede introducir, y esta es la vida que poseen los creyentes. No hay otra vida. Fuera de El todo está muerto; porque fuera, todo está bajo la potencia del pecado. "Aquel que tiene al Hijo, tiene la vida", y aquel que tiene la vida, tiene también la justicia. Las dos cosas son inseparables, porque Cristo es una y otra. Si el juicio y la muerte de Cristo sobre la cruz eran realidades, entonces la vida y la justicia del creyente son realidades. Si el pecado imputado era una realidad para Cristo, la justicia imputada es una realidad para el creyente. Son tan reales una como otra, porque si no fuera así, Cristo hubiera muerto en vano. El verdadero e inquebrantable fundamento de la paz es este: que las exigencias de la naturaleza de Dios, en cuanto al pecado, fueron perfectamente satisfechas. La muerte de nuestro Señor Jesucristo las ha satisfecho todas y las ha satisfecho para siempre. ¿Qué es lo que lo prueba, y lo prueba de una manera tan evidente que basta a tranquilizar la conciencia despertada? El gran hecho de la resurrección. Un Cristo resucitado proclama la entera liberación del creyente; su perfecta absolución de todo cargo posible. "El cual fue entregado por nuestros delitos, y resucitado para nuestra justificación". (Rom. 4:25). Un cristiano que no sabe que su pecado es quitado, y quitado para siempre, hace poco caso de su divino Sacrificio de expiación. Niega u olvida que ha tenido la perfecta presentación -la aspersion hecha por siete veces- con sangre delante de Dios.

Y ahora antes de dejar este punto fundamental que acaba de ocuparnos, quisiéramos hacer un llamamiento serio al corazón y a la conciencia de nuestros lectores. Queridos amigos, ¿habéis

Web Cristiana Evangélica <http://teleline.terra.es/personal/maydal>

Transcripción y Formato Digital: © Manuel Blanco V. 2.000

¿Sido inducidos a reposar sobre este santo y feliz fundamento? ¿Sabéis que la cuestión de vuestro pecado, y de vuestros pecados, ha sido resuelta para siempre? ¿Habéis visto la sangre expiatoria de Jesucristo quitar de sobre vosotros toda culpabilidad y arrojarla al profundo mar del olvido de Dios? La justicia divina ¿tiene aun alguna cosa contra vosotros? ¿Estáis libres de las indecibles torturas de una conciencia culpable? No os deis reposo, os ruego, hasta que podáis dar feliz respuesta a esta pregunta. Estad seguros de que es el dichoso privilegio del más débil de los niños en Cristo, el regocijarse en una plena y eterna remisión de sus pecados, a causa de una perfecta expiación y, por consiguiente, el que enseña otra cosa rebaja el sacrificio de Cristo al nivel del de los "toros y de los machos cabríos". Si no podemos saber que nuestros pecados son perdonados, ¿dónde está la buena nueva del Evangelio? El cristiano ¿no tiene ninguna ventaja sobre el judío, en cuanto a la expiación? Este último tenía el privilegio de saber que la propiciación era hecha para él por un año por la sangre de un sacrificio anual. El primero ¿no puede tener certidumbre alguna? Sin ninguna duda. Pues bien, si hay certidumbre para él, es preciso que sea eterna, puesto que descansa sobre un sacrificio eterno.

Esto, y sólo esto, es la base del culto. La completa seguridad de tener perdonado el pecado, produce, no un espíritu de confianza en sí mismo, sino un espíritu de alabanza, de acción de gracias y de adoración. Produce no un espíritu de satisfacción personal, sino de satisfacción en Cristo, el cual, gracias a Dios, es el espíritu que caracteriza a los rescatados durante toda la eternidad. Nos conduce, no a hacer poco caso del pecado, sino a hacer mucho caso de la gracia que lo ha perdonado perfectamente, y de la sangre que lo ha anulado por completo. Es imposible que se pueda contemplar la cruz, que se pueda ver el lugar que Cristo tomó allí, meditar en los padecimientos que allí soportó, pensar en las tres terribles horas de tinieblas, y que se pueda, al mismo tiempo, mirar el pecado como algo de poca importancia. Cuando se han comprendido bien todas estas cosas, por la potencia del Espíritu Santo, deben seguirse dos resultados, a saber: el horror hacia el pecado bajo todas sus formas, y un sincero amor por Cristo, por su pueblo y a su causa.

Consideremos ahora lo que se hacía de la "carne" o del cuerpo de la víctima, en el cual encontramos, como ya hemos dicho, la verdadera base del discipulado. "Todo el becerro sacará *fuera del campo* a un lugar limpio, donde se echan las cenizas, y lo quemará al fuego, sobre la leña". (Cap. 4:12). Este acto debe considerarse bajo dos puntos de vista; primero, como expresando el lugar que nuestro Señor Jesucristo tomó por nosotros, llevando el pecado, y después, expresando el lugar donde fue llevado por un mundo que lo desechaba. Sobre este último punto queremos llamar la atención de nuestros lectores.

La lección que el Apóstol da en Heb. 13 de que Cristo "padeció fuera de la puerta" es profundamente significativa, "Salgamos, pues, *a él* fuera del real, *llevando su vituperio*". Si los sufrimientos de Cristo nos han asegurado una entrada en el cielo, el lugar donde El padeció representa nuestro rechazamiento de la tierra. Su muerte nos ha proporcionado una ciudad en lo alto; el lugar donde murió nos priva de una ciudad aquí abajo ¹². "El padeció fuera de la puerta", y por eso dejó a un lado a Jerusalem, como centro de las operaciones divinas. Ahora ya no hay un lugar consagrado sobre la tierra. Cristo ocupó su lugar como víctima, fuera de los límites de la religión de este mundo, de su política y de todo lo que le pertenece. El mundo lo ha odiado y rechazado. Por esto dice la Escritura: "Salid". Esta es la divisa concerniente a todo lo que los hombres constituyen como "campo", o "real", cualquiera que sea este campo. Si los hombres erigen una "santa ciudad" debéis buscar un Cristo desechado "fuera de la puerta". Si los hombres forman un campo religioso, cualquiera que sea el nombre que se le quiera dar, debéis "salir" de él a fin de

¹² La Epístola a los Efesios presenta el aspecto más elevado de la situación de la Iglesia, y esto no solo en cuanto al derecho, sino también en cuanto a la manera. El derecho es seguramente la sangre; pero la manera está expresada así: "Empero Dios, que es rico en misericordia, por su mucho amor con que nos amó, aun estando nosotros muertos en pecados, nos dio vida juntamente con Cristo; por gracia sois salvos, y juntamente nos resucitó, y asimismo nos hizo sentar en los cielos con Cristo Jesús" (Efes. 2:4-6).

encontrar un Cristo rechazado. Una ciega superstición puede excavar las ruinas de Jerusalem para buscar allí reliquias de Cristo. Ya lo ha hecho y lo hará todavía. Afectará haber descubierto y honrar el lugar donde estuvo su cruz y su sepulcro. La codicia natural, aprovechándose de la superstición, ha hecho durante siglos un tráfico lucrativo con el astuto pretexto de honrar los llamados santos lugares de la antigüedad. Pero un solo rayo de luz de la lámpara divina de la Revelación bastará para haceros ver que es preciso "salir" de todo esto a fin de encontrar un Cristo desechado y de gozar comunión con El.

Sin embargo, nuestros lectores recordarán que el grito tan impresionante de: "Salid", implica mucho más que el simple alejamiento de los groseros absurdos de una ignorante superstición, o de las astucias de una sagaz codicia. Muchos pueden hablar con energía y elocuencia en contra de todas estas cosas, encontrándose, no obstante, muy lejos de estar dispuestos a obedecer el mandamiento del Apóstol. Cuando los hombres forman un "campo" y se reúnen alrededor de un pendón, teniendo por armas algún dogma verdadero e importante, o alguna excelente institución, cuando pueden recurrir a un credo ortodoxo, a un plan de doctrina avanzado y luminoso, a un ritual espléndido, capaz de satisfacer las más ardientes aspiraciones de la naturaleza devota del hombre, cuando una o muchas de estas cosas existen, es necesaria una gran inteligencia espiritual para discernir la fuerza real y la verdadera aplicación de esta palabra: "Salgamos"; y mucha energía y decisión espiritual para conformarse con ella. Es, no obstante, necesario discernirla y conformarse con ella, porque es absolutamente cierto que la atmósfera de un campo (cualquiera que sean su fundamento y su bandera) es contraria a la comunión personal con un Cristo desechado, y ninguna de las llamadas ventajas religiosas contrabalanceará jamás la pérdida de esta comunión. Tenemos tendencia a caer en formas frías y estereotipadas. Siempre ha ocurrido así en la Iglesia profesante. Estas formas pueden haber sido verdaderamente poderosas en el origen. Pueden haber resultado de positivas visitaciones del Espíritu de Dios. Lo peligroso es estereotipar la forma, cuando el Espíritu y la fuerza han desaparecido. Esto es, en principio, establecer un campo. El sistema judío podía alabarse de un origen divino. Un judío podía enseñar con orgullo el templo con su pomposo sistema de culto, su sacerdocio, sus sacrificios, todos sus ornamentos y sus utensilios y probar que todo había sido ordenado por el Dios de Israel. Podía, como decimos, citar el capítulo y el versículo para todo lo que tenía relación con el sistema al cual estaba unido. ¿Cuál es el sistema de la antigüedad, de la edad media o de los tiempos modernos, que pueda presentar tan altas y tan poderosas pretensiones, o dirigirse al corazón con una autoridad tan imponente? Y, no obstante, la orden era de "*salir*".

Es este un asunto de los más serios. Nos concierne a todos, porque todos estamos inclinados a deslizarnos de la comunión con un Cristo viviente a una rutina muerta. De aquí la fuerza moral de estas palabras: "Salgamos, pues, a El". Esto no es: "Salgamos de un sistema para entrar en otro; dejemos ciertas opiniones para abrazar otras; dejemos tal sociedad para juntarnos a otra". No; sino salgamos de todo lo que puede llamarse un campo "*a El*" que "padeció fuera de la puerta". El Señor Jesucristo está ahora tan fuera de la puerta como cuando padeció allí ya hace diez y nueve siglos. ¿Por quién fue llevado fuera de la puerta? Por "el mundo religioso" de entonces; y el mundo religioso de entonces era, en espíritu y en principio, el mundo religioso de hoy. El mundo siempre es el mundo. "No hay nada nuevo debajo del sol". Cristo y el mundo no son uno. El mundo se ha revestido del manto del cristianismo, pero solo es para que su odio contra Cristo pueda desenvolverse en formas más peligrosas. No nos engañemos a nosotros mismos. Si queremos ir con un Cristo desechado, es preciso que seamos un pueblo desechado. Si nuestro Maestro "padeció *fuera* de la puerta" no podemos esperar reinar *dentro* de ella. Si seguimos sus pasos ¿a dónde nos conducirán? Seguramente, no a las posiciones elevadas de este mundo sin Dios y sin Cristo.

Es un Cristo menospreciado, un Cristo rechazado, un Cristo fuera del campo. ¡Oh, salgamos, pues, a El, queridos lectores cristianos, llevando su oprobio! No nos complazcamos con los rayos del favor de este mundo, visto que crucificó y que tiene siempre un odio implacable al muy amado,

al cual lo debemos todo, aquí y en la eternidad, y que nos ama con un amor que el mundo no puede comprender. No sostengamos, ni directa ni indirectamente, lo que se cubre con el nombre sagrado de Cristo, pero que en realidad odia su persona, odia sus caminos, odia su verdad, odia la simple mención de su advenimiento. Seamos fieles a nuestro Señor ausente. Vivamos para Aquel que ha muerto por nosotros. Teniendo nuestras conciencias en paz por su sangre, que los afectos de nuestro corazón se enlacen alrededor de su persona, de suerte que nuestra separación "del presente siglo malvado" no sea sólo resultado de fríos principios, sino una separación efectuada porque el objeto de nuestro afecto no se encuentre aquí. Quiera el Señor preservarnos de la influencia de este egoísmo consagrado y prudente, tan común hoy día, que no querría estar sin religión, pero que no es por eso menos enemigo de la cruz de Cristo. Lo que necesitamos, para poder resistir con éxito a esta terrible forma del mal, no son miras particulares, o principios especiales, o singulares teorías, o una fría ortodoxia intelectual. Lo que necesitamos es una profunda devoción a la Persona del Hijo de Dios; una entera y cordial consagración de nosotros mismos, cuerpo, alma y espíritu, a su servicio, un ardiente deseo de su gloriosa venida. Tales son, queridos lectores, las necesidades particulares de los tiempos en que vivimos. Uníos, pues, a nosotros para decir desde lo más profundo de nuestros corazones: "¡Oh Señor! vivifica tu obra, completa el número de tus elegidos, apresura tu reino! ¡Ven, Señor Jesús!"

CAPITULO 5:14-6:7

Estos versículos contienen la doctrina de los sacrificios de expiación de la culpa, que se dividían en dos clases distintas, a saber: las faltas contra *Dios* y las faltas contra el *hombre*. "Cuando alguna persona cometiere falta y pecare por yerro, en las cosas santificadas a Jehová, traerá su expiación a Jehová, un carnero sin tacha de los rebaños, conforme a tu estimación, en siclos de plata, del siclo del santuario". Aquí tenemos el caso de una falta positiva, cometida con relación a las cosas santas que pertenecían a Jehová; y aunque fuese cometida "por yerro", no podía pasarse en silencio. Dios puede perdonar cualquiera ofensa, pero no puede dejar pasar impunemente una sola jota ni un tilde. Su gracia es perfecta y por consiguiente puede perdonarlo todo. Su santidad es perfecta y por consiguiente no puede dejar pasar nada. No puede tolerar la iniquidad, pero puede borrarla, y esto según la perfección de su gracia y según las perfectas exigencias de su santidad.

Es un gran error suponer que con tal que un hombre siga los dictados de su conciencia, está en el buen camino y en seguridad. La paz que reposa sobre tal base, será eternamente destruida cuando la luz del tribunal de Cristo resplandezca sobre la conciencia. Dios no puede rebajar sus derechos a semejante nivel. La balanza del santuario está arreglada con una escala muy diferente a la que puede suministrar aun la conciencia más delicada. Ya hemos tenido ocasión de insistir sobre este pensamiento hablando de la expiación, pero nunca insistiremos demasiado en este punto. En esto se comprenden dos cosas: primero, una justa percepción de lo que es realmente la santidad de Dios, y después un reconocimiento del fundamento de la paz del creyente en la presencia divina.

Ya se trate de mi estado o de mi conducta, de mi naturaleza o de mis actos, Dios solo puede ser juez de lo que le corresponde y de lo que corresponde a su santa presencia. La ignorancia humana, ¿puede presentar excusas cuando se trata de las exigencias divinas? ¡No lo quiera Dios! Se ha cometido una falta "en las cosas santificadas a Jehová" sin que la conciencia del hombre le haya conocido. ¿Qué, pues? ¿No se inquietará más? ¿Se puede disponer tan a la ligera de lo que pertenece a Dios? No, por cierto. Esto sería subversivo a toda relación con Dios. Los justos son llamados a celebrar la memoria de la santidad de Dios (Sal. 97:12). ¿Cómo pueden hacerlo? Porque su paz ha sido asegurada sobre el fundamento de la completa justificación y del perfecto establecimiento de esta santidad. De esto se deduce que cuanto más elevadas sean sus ideas sobre esta santidad, más profunda y más segura deberá ser su paz. Esta es una verdad de las más preciosas. El hombre no regenerado nunca podrá regocijarse de la santidad divina; si no puede

ignorarla completamente, su deseo será rebajarla lo más posible. Tal hombre se consolará con el pensamiento de que Dios es bueno, que Dios es misericordioso, que es paciente, pero nunca le veréis regocijarse porque Dios es santo. Todos sus pensamientos sobre la bondad de Dios, su gracia y su misericordia, son profanos, porque quisiera encontrar en sus diversos atributos una excusa para continuar viviendo en sus pecados.

El hombre regenerado, por el contrario, se transporta de alegría pensando en la santidad de Dios. Ve la entera o completa expresión de ella en la cruz de nuestro Señor Jesucristo. Esta santidad es la que ha puesto el fundamento de su paz, y no solamente esto, sino que participa y hace de ella sus delicias, aborreciendo el pecado con perfecto odio. Los instintos de la naturaleza divina lo repugnan y aspiran a la santidad. Sería imposible gozar de una verdadera paz y libertad de corazón, si no supiéramos que todas las exigencias unidas a las "cosas santas de Jehová" han sido perfectamente satisfechas por nuestro divino sacrificio de expiación de la culpa. Se elevaría siempre en el corazón el penoso sentimiento de que estas exigencias han sido olvidadas y ofendidas por nuestras numerosas debilidades y faltas. En nuestros mejores servicios, en nuestros momentos más santos, en nuestros ejercicios más piadosos, podemos mezclar culpabilidad en "las cosas santas de Jehová", y "lo que no debe hacerse". ¡Cuántas veces las horas de culto público y de devoción particular están turbadas por la frialdad y distracción! Por esto necesitamos la seguridad de que todas nuestras ofensas han sido divinamente borradas por la preciosa sangre de Cristo. Así encontramos en el Señor Jesucristo el que ha satisfecho plena y perfectamente nuestras necesidades, como pecadores por naturaleza y culpables de hecho. Encontramos en El la respuesta perfecta a todos los deseos de una conciencia culpable y a todas las exigencias de la santidad infinita, relativas a *todos* nuestros pecados y a *todas* nuestras ofensas; de modo que el creyente puede tener la conciencia tranquila y el corazón libertado en la plena luz de esta santidad que es demasiado pura para ver la iniquidad o para mirar el pecado.

"Y pagará aquello de las cosas santas en que hubiere pecado, y añadirá a ello el quinto, y lo dará al sacerdote; y el sacerdote hará expiación por él con el carnero del sacrificio por el pecado, y será perdonado" (Cap. 5:16). En "el quinto" de que se habla aquí, tenemos un carácter de la verdadera expiación de la culpa que tememos que sea muy poco apreciado. Cuando pensamos en todas las faltas y todas las ofensas que hemos cometido contra el Señor, y cuando recordamos cuán perjudicado ha sido Dios en sus derechos por este mundo inicuo, contemplamos la obra de la cruz, porque en ella Dios ha recobrado no solamente lo que había perdido, sino que aun ha obtenido una ganancia real. Ha ganado más por la Redención que lo que había perdido por la caída. Recoge una más rica cosecha de gloria, de honor y de alabanza en los campos de la Redención que la que hubiera recogido en los de la Creación. "Los hijos de Dios" pueden entonar un canto de alabanzas mucho más magnífico alrededor de la tumba vacía de Jesús de lo que hubieran podido hacerlo contemplando la acabada obra del Creador. No sólo fue perfecta la expiación, sino que se ha obtenido una eterna victoria por la obra de la cruz. Es esta una verdad maravillosa. ¡Dios gana por la obra del Calvario! ¿Quién lo hubiera podido imaginar? Cuando contemplamos al hombre y a la creación de la que era señor, yaciendo en ruinas al pie del enemigo ¿cómo pudiéramos concebir que de entre estas ruinas Dios recogiese despojos más ricos y nobles que ningunos de los que nuestro mundo hubiera podido ofrecer antes de la caída? ¡Bendito sea el nombre de Jesús por todo esto! Es a El que se lo debemos. Es por su preciosa cruz que puede anunciarse una verdad tan asombrosa y tan divina. Seguramente esta cruz encierra una sabiduría misteriosa. "La que ninguno de los príncipes de este siglo conoció; porque si la hubieran conocido, nunca hubieran crucificado al Señor de gloria" (1a. Cor. 2:8). No es, pues, sorprendente que los afectos de los patriarcas, de los profetas, de los apóstoles, de los mártires y de los santos, estuviesen siempre unidos a esta cruz y a Aquél que en ella fue clavado. No es sorprendente que el Espíritu Santo haya pronunciado esta sentencia solemne, pero justa: "El que no amare al Señor Jesucristo, sea anatema. Maranatha" (1a. Cor. 16: 22). El cielo y la tierra harán eco con un alto y eterno "amén" a este anatema. No es sorprendente que Dios haya decretado irrevocablemente que "en el nombre de Jesús se doble toda rodilla de los

que están en los cielos, y de los que en la tierra, y de los que debajo de la tierra, y toda lengua confiese que Jesucristo es el Señor, a la gloria de Dios Padre" (Fil. 2:10-11).

La misma ley con relación al "quinto" se aplica al caso de alguna ofensa cometida contra un hombre, pues leemos: "Cuando alguna persona pecare e hiciere prevaricación *contra Jehová*¹³ y negare a su prójimo lo encomendado o dejado en su mano, o bien robare, o calumniare a su prójimo; o sea que hallando lo perdido, después lo negare, y jurare en falso, en alguna de todas aquellas cosas en que suele pecar el hombre; entonces será que, puesto que habrá pecado y ofendido, restituirá aquello que robó o por el daño de la calumnia, o el depósito que se le encomendó, o lo perdido que halló; o todo aquello sobre que hubiese jurado falsamente; lo restituirá, pues, por entero, y *añadirá a ello la quinta parte*, que ha de pagar a aquél a quien pertenece en el día de su expiación" (Lev. 6:2-5).

El hombre, lo mismo que Dios, saca una ventaja positiva de la cruz. Contemplando esta cruz, el creyente puede decir: "A pesar de todas las injusticias que se me han hecho, todas las faltas que se han cometido conmigo, aunque he sido engañado, y que se me ha hecho mal, tengo un provecho en la cruz. No sólo he vuelto a ganar lo que había perdido, sino mucho mas aun". Así, sea que pensemos en la persona ofendida o en el ofensor, en un caso dado, quedamos igualmente sorprendidos de los gloriosos triunfos de la Redención. Este Evangelio produce resultados eminentemente beneficiosos que llenan el alma de la feliz seguridad de que "todas las ofensas están perdonadas", y que la raíz de donde proceden ha sido juzgada. El Evangelio de la gloria de Dios es únicamente el que puede hacer volver al hombre a un mundo que ha sido testigo de sus pecados, de sus ofensas y de sus injusticias; el que le puede hacer volver cerca de todos los que, de alguna manera, han padecido por su causa; le hace volver allí armado de gracia no sólo para reparar sus yerros, sino para que la ola de la beneficencia inunde todos sus actos para poder amar a sus enemigos, hacer bien a los que le odian, y orar por los que le maldicen y persiguen. He aquí lo que es la preciosa gracia de Dios, obrando de acuerdo con nuestro gran sacrificio de expiación de la culpa; he aquí cuáles son sus preciosos y extraordinarios frutos. He aquí una respuesta que triunfa sobre el sofista que dice: "Perseveraremos en pecado para que la gracia crezca?" No solamente la gracia destruye el pecado en su raíz, sino que transforma al pecador; de maldición que era antes, le hace bendición; de foco de corrupción moral, le transforma en conducto de la divina misericordia; de emisario de Satán, en mensajero de Dios; de hijo de las tinieblas, en hijo de luz; de egoísta buscador de placeres, en hombre que renuncia a si mismo y que ama a Dios; de esclavo de sus codicias carnales, en celoso servidor de Cristo, de avaro de corazón frío, en benéfico ministro de las necesidades de sus semejantes. Lejos, pues, de nosotros las frases banales y trilladas: "¿No tenemos nada que hacer?" "Es una manera muy cómoda y muy fácil de ser salvo". "Según este evangelio podemos vivir como nos plazca". Que todos los que emplean tal lenguaje consideran al que hurtaba, transformado en dador generoso, y que se callen para siempre. (Véase Efes. 4:28). No saben lo que significa la gracia, porque nunca han sentido sus influencias elevadas y santificantes. Olvidan que mientras que la sangre de la víctima por la culpa purifica la conciencia, la ley de este sacrificio manda al culpable restituir a aquél a quien ha agraviado con "el total" y "el quinto" por añadidura. ¡Noble testimonio rendido a la gracia y la justicia del Dios de Israel! ¡Hermosa manifestación de los resultados de este maravilloso plan de redención por el cual el culpable es perdonado y el ofendido resulta ganancioso! Si la conciencia ha encontrado la paz por la sangre de la cruz, en cuanto a los derechos de Dios, es preciso que la conducta también esté de acuerdo con la santidad de la cruz en cuanto a los derechos de la justicia práctica. Estas cosas no debían separarse nunca. Dios las ha juntado para que el hombre no las separe jamás. Un corazón gobernado por una moral puramente

¹³ Encontramos un hermoso principio en la expresión "contra Jehová". Aunque el asunto en cuestión fuese un agravio hecho al prójimo, no obstante, Jehová lo miró como una ofensa contra sí mismo. Todo debe considerarse en relación con Jehová. Poco importa a quien concierne directamente, Jehová debe tener el primer lugar. Así cuando la conciencia de David fue traspasada por la flecha de la convicción, viendo lo que había hecho con Uria, exclamó: "Pequé contra Jehová" (2o. Sam. 12:13). Este principio no debilita en nada los derechos del hombre ofendido.

evangélica no tendrá nunca la idea de disolver esta santa unión. Es fácil hacer profesión de los principios de la gracia y renegar de su práctica y su poder. Es fácil decir que se reposa sobre la sangre del sacrificio de la expiación de la culpa, reteniendo "el total" y "el quinto". Esto es completamente vano. "Cualquiera que no hace justicia, no es de Dios" (1a. Juan 3:10).

Nada deshonra tanto la pura gracia del Evangelio, como suponer que un hombre puede pertenecer a Dios, mientras que su conducta y su carácter no llevan el sello de la santidad. "Dios conoce todas sus obras", sin duda; pero nos ha dado en su santa Palabra signos con los cuales podemos discernir los que le pertenecen: "Pero el fundamento de Dios está firme, teniendo este sello: Conoce el Señor a los que son suyos; y, apártese de iniquidad todo aquél que invoca el nombre de Cristo" (2a. Tim. 2:19). No tenemos derecho a suponer que un inicuo pertenece a Dios. Los santos instintos de la naturaleza divina se rebelan a tal suposición. A menudo se encuentra dificultad en explicarse ciertas obras malas en los que no se puede menos de considerar como cristianos. La Palabra de Dios decide el asunto de una manera tan clara y tan perentoria que no queda ninguna duda en cuanto a este punto. "En esto son manifiestos los hijos de Dios y los hijos del diablo; cualquiera que no hace justicia, y que no ama a su hermano, no es de Dios". Es bueno recordar esto en este siglo de relajamiento y de indulgencia personal. Hay mucha profesión superficial, sin virtud, a la cual el verdadero cristiano debe resistir firmemente y atestiguar con severidad -testimonio resultante de la continua exhibición de "los frutos de justicia, que son por Cristo Jesús a la alabanza y a la gloria de Dios"- . Es deplorable ver a tanta multitud seguir el camino trillado, la senda ancha y fácil de la profesión religiosa, no dando señales de amor ni de santidad en su conducta. Lectores cristianos, seamos fieles. Censuremos, con una vida de renunciamiento y de sincera benevolencia, el egoísmo y la culpable inactividad de una falsa profesión evangélica y por tanto mundana. ¡Que Dios dé a todo su verdadero pueblo abundante gracia para estas cosas!

Vamos ahora a comparar las dos clases de sacrificios de expiación de la culpa, a saber: el sacrificio por la culpa "en las cosas santificadas a Jehová", y el que tenía relación con un pecado cometido en las transacciones y relaciones ordinarias de la vida humana. Comparándolos, encontramos uno o dos puntos que solicitan nuestra atención. Ante todo debemos observar que la expresión "Si alguna persona cometiere falta o pecare por yerro", que se encuentra en el primero, se omite en el segundo. La razón es evidente. Los derechos que están en relación con las cosas santas de Jehová, están muy por encima de la mayor sensibilidad humana. Puede ocurrir que estos derechos estén constantemente pisados, sin que el delincuente se aperciba de ello. La convicción del hombre nunca puede ser la regla en el santuario de Dios. Esto es una gracia indecible. Sólo la santidad de Dios es la que debe determinar la medida, cuando se trata de los derechos de Dios. Pero la conciencia humana puede comprender por completo una exigencia humana, y puede reconocer con facilidad todo lo que a esta exigencia se refiere. ¡Cuántas veces hemos ofendido a Dios en "las cosas santas" sin haberlo notado en nuestra conciencia, sin tener ni aun capacidad para apercibirnos de ello! (Véase Mal. 3:8). No es, pues, lo mismo cuando se trata de los derechos del hombre, que cuando se trata de los de Dios. La conciencia humana puede conocer la falta que el ojo humano puede ver, y que el corazón humano puede sentir. Un hombre "por ignorancia" de las leyes que gobernaban el santuario de entonces, podía cometer una ofensa contra aquellas leyes sin apercibirse, hasta que mayor claridad iluminase su conciencia. Pero un hombre no podía "por yerro" decir una mentira, jurar falsamente, cometer un acto de violencia, engañar a su prójimo, o encontrar una cosa perdida y negarlo. Todos estos actos eran evidentes y palpables, al alcance de la menor sensibilidad. Por esto la expresión "por yerro" se aplica "a las cosas santificadas de Jehová", y se omite en cuanto a los negocios humanos. ¡Qué bendición saber que la preciosa sangre de Cristo ha resuelto todas las cuestiones, sea con relación a Dios, sea respecto a los hombres; nuestros pecados por ignorancia, y nuestros pecados conocidos! Aquí es donde descansa el fundamento profundo e inquebrantable de la paz del creyente. La cruz ha contestado a *todo*.

Además, cuando era cuestión de ofensa "en las cosas santificadas a Jehová", el sacrificio sin tacha se menciona en primer término, después, "el total" y "el quinto." Este orden se invierte cuando se trata de los negocios ordinarios de la vida (Comp. cap. 5:15-16, con cap. 6:4-7). La razón es igualmente evidente. Cuando se habían ofendido los derechos divinos, la sangre de la expiación era lo principal; mientras que cuando eran los derechos humanos los ofendidos, la restitución ocupaba naturalmente el primer lugar en el espíritu. Pero este último caso implicaba igual que el primero las relaciones del alma con Dios, y por eso también entraba el sacrificio, aunque en último lugar. Si ofendo a mi prójimo, esta ofensa interrumpe mi comunión con Dios, y esta comunión no puede restablecerse sino en virtud de la expiación. La restitución sola no bastaría. Podía satisfacer al hombre ofendido, pero no podría restablecer la comunión con Dios. Puedo devolver "el total" y añadirle "el quinto" diez mil veces y, sin embargo, no librarne de mi pecado, porque "sin derramamiento de sangre no se hace remisión" (Heb. 9: 22). No obstante, si es una falta contra mi prójimo, la restitución debe preceder. "Por tanto, si trajeres tu presente al altar, y allí te acordares de que tu hermano tiene algo contra ti, deja allí tu presente delante del altar, y vete, vuelve primera en amistad con tu hermano, y entonces ven y ofrece tu presente" (Mat. 5: 23-24 ¹⁴). El orden divino prescrito en la ofrenda por la culpa tiene mucha más importancia de la que parece a primera vista. Los deberes que resultan de nuestras relaciones con los hombres no deben descuidarse. Deben ocupar siempre un lugar conveniente en el corazón. Esto es lo que claramente nos enseña el sacrificio de expiación por la culpa. Cuando un israelita por cualquier acto culpable turbaba sus relaciones con Jehová, el orden que debía seguir era primero el sacrificio y después la restitución. Cuando, por algún acto culpable, había turbado sus relaciones con su prójimo, el orden que debía seguir era primero la restitución y después el sacrificio. ¿Quién osará decir que es esta una distinción sin importancia? ¿La inversión del orden no ofrece una lección que por ser divina es esencial? Sin ninguna duda. Todos los detalles tienen su significado, siempre que sigamos las inspiraciones del Espíritu Santo y que no pretendamos sacar el sentido con la ayuda de nuestras pobres imaginaciones. Cada ofrenda presenta un carácter especial y característico de Jesucristo y de su obra, y cada uno de estos aspectos es presentado en el orden característico que le es propio, y podemos decir sin temor que es a la vez el deber y la satisfacción de un cristiano espiritual comprender bien uno y otro de estos caracteres. Si el mismo Espíritu no tuviera ningún cuidado del orden particular de cada ofrenda, dejaría también a un lado la idea de un aspecto particular de Cristo en cada una de ellas. Negaría que hubiese ninguna diferencia entre el holocausto y la expiación, y entre la expiación por el pecado y la expiación por la culpa, y entre cualquiera de estas y la ofrenda de presente o el sacrificio de las paces. Se seguiría que los siete primeros capítulos del Levítico no son más que una vana redundancia repitiendo cada uno de ellos el mismo asunto. ¿Quién aceptaría alguna de estas afirmaciones? ¿Qué espíritu cristiano sufriría que se infiriese tal insulto a las páginas sagradas? Un racionalista, o un neólogo, podría exponer ideas tan frívolas y detestables, pero aquellos a quienes el Espíritu ha enseñado a creer que toda la Escritura "es inspirada por Dios", considerarán los diversos tipos en su orden específico, como otros tantos cofrecillos de formas variadas donde el Espíritu Santo conserva cuidadosamente, para el pueblo de Dios, "las riquezas insondables de Cristo". No hay ninguna repetición fastidiosa, ninguna superfluidad. Todo es de una variedad rica, divina, celeste; y lo que necesitamos es conocer personalmente el gran Antitipo a fin de comprender las bellezas y de apreciar los delicados matices de cada tipo. Desde que el corazón comprende que es Cristo lo que tenemos en cada tipo, puede detenerse con un interés espiritual en los más minuciosos detalles. En cada uno encuentra un sentido y una belleza; en todos descubre a Cristo. Así como en la naturaleza el telescopio y el microscopio presentan al ojo sus maravillas

¹⁴

Comparando Mat. 5:23-24 con Mat. 18:21-22, vemos el modo admirable con que las faltas y las injusticias debían arreglarse entre dos hermanos. El ofensor era mandado desde el altar a arreglarse con el ofendido; porque no puede haber comunión con el Padre en tanto que mi hermano "tiene alguna cosa contra mí". Observemos también de que modo el ofendido debía recibir al ofensor. "Señor, ¿cuántas veces perdonaré a mi hermano que pecare contra mí? ¿basta siete? Jesús le dice: No te digo hasta siete, mas aun hasta setenta veces siete". Tal es la regla divina respecto a las cuestiones entre los hermanos. "Sufríndoos los unos a los otros, y perdonándoos los unos a los otros, Si alguno tuviere queja del otro; de la manera que Cristo os perdonó, así también hacedlo vosotros." (Col. 3: 13).

especiales, así ocurre en la palabra de Dios. Ya la consideremos en conjunto, ya examinemos cada parte, encontramos siempre motivo para provocar la alabanza y la acción de gracias en nuestros corazones.

Lectores cristianos, haga Dios que el nombre del Señor Jesús sea más precioso a nuestros corazones. Así apreciaremos todo lo que habla de El, todo lo que lo representa, todo lo que arroja nueva claridad sobre su excelencia singular y su incomparable belleza.

Nota.- El final del capítulo 6, lo mismo que todo el capítulo 7, contiene la ley de las diversas ofrendas de que ya nos hemos ocupado. La ley de la expiación, y del sacrificio de expiación por la culpa presentan, no obstante, algunos puntos que merecen atraer nuestra atención antes que dejemos esta importante parte de nuestro libro.

La santidad personal de Cristo no se presenta en ninguna de las ofrendas más marcadamente que en la expiación. "Habla a Aarón y a sus hijos diciendo Esta es la ley de la expiación; en el lugar donde será degollado el holocausto, será degollada la expiación por el pecado delante de Jehová; *es cosa santísima*... Todo lo que en su carne tocare *será santificado*. . . Todo varón de entre los sacerdotes la comerá: es cosa *santísima*" (Cap. 6:25-29). Lo mismo encontramos al hablar de la ofrenda de presente. "Es cosa santísima como la *expiación por el pecado*, y como la expiación por la culpa". Esto es muy notable. El Espíritu Santo no tenía necesidad en el holocausto de poner tanto celo en la salvaguardia de la santidad de Cristo; pero ante el temor de que el alma perdiese de vista esta santidad contemplando el lugar que el Señor ha tomado en la expiación por el pecado, las palabras "*es cosa santísima*", tantas veces repetidas, están para recordárnoslo. Es verdaderamente edificante y consolador el ver la santidad esencial y divina de la Persona de Cristo brillar con intensa claridad en medio de las profundas tinieblas del Calvario. La misma idea se nota en "la ley de la expiación de la culpa" (Cap. 7:1-6). Cuando Jesucristo fue hecho pecado sobre el madero maldito, es cuando aparece más visiblemente como "el santo de Dios". La odiosidad y negrura de aquello con que se identificó sobre la cruz hacían resaltar más claramente que era "santísimo". Aunque llevando el pecado, era sin pecado. Aunque sufriendo la ira de *Dios*, era las delicias del *Padre*. Aunque privado de la claridad de *Dios*, habitaba en el seno del *Padre*. ¡Precioso misterio! ¿Quién sondeará sus inmensas profundidades? Y, cuán maravilloso es encontrarlo tan exactamente figurado en la "ley de la expiación".

Además nuestros lectores deben fijarse en el sentido de la frase "todo *varón* de entre los sacerdotes la comerá". El acto ceremonial de comer la víctima por el pecado, o la víctima por la culpa, expresaba una completa identificación. Pero, para comer la víctima por el pecado, para hacer de los pecados de otro los suyos propios, era necesario un alto grado de energía sacerdotal, como lo expresan las palabras: "Todo *varón* de entre los sacerdotes". "Dijo más Jehová a Aarón: He aquí yo te he dado también la guarda de mis ofrendas; todas las cosas consagradas de los hijos de Israel te he dado por razón de la unción, y a tus *hijos*, por estatuto perpetuo. Esto será tuyo de la ofrenda de las cosas santas reservadas del fuego; toda ofrenda de ellas, todo presente suyo, y toda expiación por el pecado de ellos, y toda expiación por la culpa de ellos, que me han de presentar, será cosa muy santa para ti y para *tus hijos*. En el santuario la comerás: todo *varón* comerá de ella; cosa santa será para ti. Esto también será tuyo; la ofrenda elevada de sus dones, y todas las ofrendas agitadas de los hijos de Israel, he dado a ti y a tus hijos y a *tus hijas* contigo por estatuto perpetuo; *todo limpio* en tu casa comerá de ellas" (Núm. 18:8-11).

Era necesaria una más abundante medida de energía sacerdotal para comer de la víctima por el pecado o la culpa, que para comer de las ofrendas elevadas y agitadas de sus dones. Las "hijas" de Aarón podían comer de estas últimas. Únicamente "los hijos" podían comer de las otras. En general la palabra "varón" expresa algo en relación con la idea divina; la palabra "mujer" con el desarrollo humano. La primera presenta la cosa en toda su fuerza; la segunda en su imperfección.

¡Cuán pocos entre nosotros tienen una energía sacerdotal suficiente para hacernos capaces de apropiarse los pecados y culpas de otro! Nuestro Señor Jesucristo lo ha hecho perfectamente. El se apropió los pecados de su pueblo y sufrió la pena por ellos sobre la cruz. Está tan completamente identificado con nosotros, que sabemos con plena y feliz certeza, que toda la cuestión del pecado y de la culpa ha sido divinamente resuelta. Si la identificación de Cristo fue perfecta, entonces la solución fue perfecta también, y que la identificación era perfecta, lo proclama la escena del Calvario. Todo está cumplido. El pecado, las culpas, las exigencias de Dios, las exigencias del hombre, todo fue eternamente arreglado, y ahora una paz perfecta es la porción de los que, por gracia, reciben como verdadero el testimonio de Dios. Es tan sencillo como Dios pudiera realizar todo esto, y el alma que lo cree es feliz. La paz y dicha del creyente dependen por entero de la perfección del sacrificio de Cristo. No se trata del modo de recibirlo, de lo que piensa o de lo que siente respecto a esto. Se trata sencillamente de que reciba por la fe el testimonio en cuanto al valor del sacrificio. Bendito sea el Señor por este camino de la paz tan sencillo y tan perfecto. ¡Ojalá nuestras almas turbadas sean guiadas a entenderlo por el Espíritu Santo!

Terminaremos aquí nuestras meditaciones sobre uno de los más ricos pasajes de las Escrituras. No hemos podido rebuscar más que algunas espigas; apenas hemos traspuesto la entrada de una mina inagotable. No obstante, si hemos logrado que el lector haya considerado por primera vez las ofrendas, como otras tantas representaciones diversas del gran Sacrificio, si por ello se ha sentido impulsado a arrojarse a los pies del gran Maestro para aprender a apreciar mejor sus profundidades vivificadoras, habremos conseguido un objeto por el cual deberemos estar vivamente agradecidos.

CAPITULOS 8 y 9

Habiendo considerado la doctrina de los sacrificios tal como se desarrolla en los siete primeros capítulos de este libro, llegamos ahora al sacerdocio. Estos dos asuntos están íntimamente ligados. El pecador necesita un *sacrificio*; el creyente necesita un *sacerdote*. Nosotros encontramos uno y otro en Cristo, que, después de ofrecerse a sí mismo a Dios sin tacha, entró en las funciones de su ministerio sacerdotal en el santuario celeste. No tenemos necesidad de ningún otro sacrificio, ni de ningún otro sacerdote. Jesús es divinamente suficiente. El comunica el valor y la dignidad de su propia Persona a todos los oficios que desempeña, a todas las obras que realiza. Cuando le vemos como sacrificio, sabemos que tenemos en El todo lo que un sacrificio perfecto podía ser; y cuando le vemos como sacerdote, sabemos que todas las funciones del sacerdocio están perfectamente cumplidas por El. Como sacrificio pone a los creyentes en íntima y permanente relación con Dios; y como sacerdote les mantiene allí según la perfección de lo que El es. El sacerdocio es para los que ya tienen ciertas relaciones con Dios. Como pecadores por naturaleza y de hecho, hemos sido "hechos cercanos a Dios por la sangre de Cristo", somos puestos en relación positiva con El; estamos delante de El como los frutos de su obra. El quitó nuestros pecados de una manera digna de El, a fin de que pudiéramos estar en su presencia, en alabanza a su nombre, como monumentos de lo que cumplió por el poder de su muerte y de su resurrección.

Pero aunque estamos tan completamente libres de todo lo que podría estar contra nosotros; aunque estamos tan perfectamente aceptados en el Amado; aunque tan perfectos en Cristo; aunque tan soberanamente elevados, somos, no obstante, en nosotros mismos, tanto tiempo como vivimos en la tierra, pobres y débiles criaturas, dispuestas a extraviarse, prestas a caer, expuestas a diversas tentaciones, pruebas y asechanzas. Como tales tenemos necesidad del ministerio incesante de nuestro "gran Sumo Sacerdote", cuya presencia en el santuario de lo alto nos mantiene en toda la integridad de la situación y de la relación en la que, por gracia, estamos colocados. "Viviendo siempre para interceder por ellos" (Heb. 7:25). No podríamos sostenemos en pie ni un solo instante, aquí abajo, si El no viviera por nosotros en lo alto. "Porque yo vivo vosotros también viviréis" (Juan

14:19). "Porque si siendo enemigos, fuimos reconciliados con Dios por la muerte de su Hijo, mucho más, estando reconciliados, seremos salvos por su vida" (Rom. 5:10). La "muerte" y la "vida" están inseparablemente ligadas en la economía de la gracia. Pero notad que la vida viene después de la muerte. Es a la vida de Cristo resucitado de entre los muertos, y no a su vida en la tierra, que el Apóstol hace alusión en el versículo que acabamos de citar. Esta distinción es esencialísima y digna de llamar la atención del lector. La vida de nuestro Señor sobre la tierra era infinitamente preciosa; esto no necesitamos decirlo, pero no entró en la esfera de sus funciones sacerdotales antes de haber cumplido la obra de la Redención. Y no podía ser de otro modo, porque "notorio es que el Señor nuestro nació de la tribu de Judá, sobre cuya tribu nada habló Moisés tocante al sacerdocio" (Heb. 7:14). "Porque todo pontífice es puesto para ofrecer presentes y sacrificios; por lo cual es necesario que también este tuviese algo que ofrecer. Así que si estuviese sobre la tierra, ni aun sería sacerdote, habiendo aun los sacerdotes que ofrecen presentes según la ley" (Heb. 8:3-4). "Mas estando ya presente Cristo, pontífice de los bienes que habían de venir, por el más amplio y más perfecto tabernáculo no hecho de manos, es a saber, no de esta creación; y no por sangre de machos cabríos ni de becerros, mas por su propia sangre entró una sola vez en el santuario, habiendo obtenido eterna redención... Porque no entró Cristo en el santuario hecho de manos, figura del verdadero, sino en el mismo cielo, para presentarse ahora por nosotros en la presencia de Dios" (Heb. 9:11-12, 24).

El cielo, y no la tierra, es la esfera del ministerio sacerdotal de Cristo, y entró allí cuando se hubo ofrecido a sí mismo sin tacha a Dios. No entró nunca en el templo terrestre como sacerdote. Subía a menudo al templo para enseñar, pero nunca para sacrificar allí u ofrecer perfumes. Nadie fue nunca establecido por Dios para ejercer los cargos del sacerdocio sobre la tierra, salvo Aarón y sus hijos. "Si estuviese sobre la tierra ni aun sería sacerdote". Este es un punto de gran interés y de mucho valor en relación con la doctrina del sacerdocio. El cielo es la esfera y la Redención la base del sacerdocio de Cristo. Salvo en el sentido de que todos los creyentes son sacerdotes (Ia. Ped. 2:5), no hay sacerdotes sobre la tierra. A menos que un hombre pueda probar que descende de Aarón, a menos que pueda remontar su genealogía hasta esta fuente antigua, no tiene ningún derecho a ejercer el oficio sacerdotal. La misma sucesión apostólica, si se la pudiera probar, no tendría absolutamente ningún valor, ya que los apóstoles mismos no eran sacerdotes, si no es en el sentido que acabamos de decir. La piedra más pequeña de la casa espiritual, el miembro más débil, es tan sacerdote como el mismo apóstol Pedro. Es un sacerdote espiritual; adora en un templo espiritual, sirve a un altar espiritual, ofrece un sacrificio espiritual, se reviste de vestiduras espirituales. "Vosotros también, como piedras vivas, sed edificados una casa espiritual y un sacerdocio santo, para ofrecer sacrificios espirituales, agradables a Dios por Jesucristo" (Ia. Ped. 2:5). "Así que ofrezcamos por medio de él a Dios siempre sacrificio de alabanza, es a saber, fruto de labios que confiesen a su nombre. Y de hacer bien y de la comunicación no os olvidéis, porque de tales sacrificios se agrada Dios" (Heb. 13:15-16).

Si un descendiente directo de la familia de Aarón se convirtiera a Cristo, entraría en un género enteramente nuevo de servicio sacerdotal. Y, notadlo bien, los pasajes que acabamos de citar presentan las dos grandes clases de sacrificios espirituales que el sacerdote espiritual tiene el privilegio de ofrecer. Hay el sacrificio de alabanza a Dios y el sacrificio de hacer bien entre los hombres. Una doble corriente sale continuamente del cristiano que realiza su carácter y su oficio de sacerdote; una corriente de alabanza de gratitud subiendo hasta el trono de Dios y una corriente de activa beneficencia fluyendo de él a un mundo necesitado. El sacerdote espiritual se sostiene con una mano levantada hacia Dios, presentando el perfume de alabanza y gratitud; y la otra muy abierta para aliviar con una sincera benevolencia todas las formas de las miserias humanas. Si estas cosas fueran mejor comprendidas, ¿qué santa elevación y qué gracia moral no comunicarían al carácter cristiano? Elevación, puesto que el corazón estaría siempre dirigido hacia la fuente divina de todo lo que puede elevar; gracia moral, porque el corazón estaría siempre abierto a todo lo que reclama sus simpatías. Estas dos cosas son inseparables. El contacto inmediato del corazón con

Dios debe necesariamente elevarlo y ensancharlo. Mas, al contrario, si se camina a distancia de Dios, el corazón se comprimirá y se envilecerá. Una comunión íntima con Dios, la realización habitual de nuestra dignidad de sacerdotes, es el único remedio eficaz contra las tendencias envilecedoras y egoístas de nuestra vieja naturaleza.

Después de estas consideraciones generales sobre el sacerdocio, mirado bajo sus dos aspectos principal y secundario, llegamos al examen del contenido de los capítulos 8 y 9 del Levítico. "Y habló Jehová a Moisés, diciendo: Toma a Aarón y a sus hijos con él, y las vestimentas, y el aceite de la unción, y el becerro de la expiación, y los dos carneros, y el canastillo de los ázimos; y reúne toda la congregación a la puerta del tabernáculo del testimonio. Hizo, pues, Moisés como Jehová le mandó, y juntóse la congregación a la puerta del tabernáculo del testimonio". Una gracia especial se revela aquí. Toda la congregación es convocada a la puerta del tabernáculo del testimonio, a fin de que todos tengan el privilegio de ver a aquél a quien se le había de confiar la carga de sus más importantes intereses. Los capítulos 28 y 29 del Exodo nos enseñan la misma verdad general al tratar de las vestiduras y sacrificios sacerdotales; pero en el Levítico le es permitido a la congregación seguir con sus propios ojos cada detalle del solemne e importante servicio de consagración. Aun el miembro más humilde de la asamblea tenía este privilegio. Desde el primero hasta el último podían contemplar la persona del sumo pontífice, el sacrificio que ofrecía y las vestiduras que llevaba. Cada uno tenía sus necesidades particulares y el Dios de Israel quería que todos viesan y supiesen que estaban ampliamente provistas sus necesidades por los diversos atributos del sumo pontífice que estaba delante de ellos. Las vestiduras sacerdotales eran la expresión típica de estos atributos. Cada parte de la vestidura estaba destinada y adaptada a representar alguna cualidad especial propia para interesar profundamente a la congregación entera y a cada miembro en particular. La túnica labrada, el cinturón, el manto, el ephod, el racional, el urim y el thummim, la mitra y la diadema santa, todo declaraba las diversas virtudes, atributos y funciones de aquél que debía representar la congregación y sostener los intereses en la presencia divina.

Así es como, con el ojo de la fe, el creyente puede contemplar su gran Sumo Pontífice en los cielos y ver en El las realidades divinas de las cuales las vestiduras de Aarón no eran más que las sombras. Nuestro Señor Jesucristo es el Santo, el Ungido, aquel que lleva la mitra y el tahalí. El es todo esto, no en virtud de vestiduras exteriores que se pueden poner o quitar, sino en virtud de las gracias eternas y divinas de su Persona, de la inmutable eficacia de su obra y de la excelencia imperecedera de sus oficios sagrados. Esto es lo que hace tan especialmente precioso el estudio de las figuras de la economía mosaica. En todas ellas el alma iluminada por el Espíritu ve a Cristo. La sangre del sacrificio y la vestidura del sumo pontífice lo representan igualmente y fueron una y otra destinadas por Dios a figurarle. Si surge una cuestión de conciencia, la sangre del sacrificio responde según las justas exigencias del santuario. La gracia ha satisfecho las exigencias de la santidad. Y si se trata de las necesidades del creyente en su vida terrenal, las ve divinamente satisfechas en las vestiduras oficiales del sumo pontífice.

Podríamos decir que hay dos maneras de contemplar la posición del creyente, dos aspectos bajo los cuales se presenta esta posición en la Palabra, y es preciso tenerlos en cuenta, para poder percibir la verdadera idea del sacerdocio. El creyente está representado formando parte de un cuerpo del que Cristo es la cabeza. Este cuerpo, con Cristo su cabeza, está representado formando un solo hombre completo. El creyente ha sido vivificado con Cristo, resucitado con Cristo, y sentado en Cristo en los cielos. Es uno con El, completo en El, aceptado en El; posee su vida y está en su favor delante de Dios. Todos los pecados están borrados. No tiene ninguna tacha. Es completamente hermoso y amable a los ojos de Dios. (Véanse la. Cor. 12:12-13; Efes. 2:5-10; Col. 2:6-15; la. Juan 4:17).

A continuación, se considera al creyente en su posición de necesidad, de debilidad, de dependencia en este mundo. Está siempre expuesto a las tentaciones, inclinado a extraviarse, sujeto a tropezar y a caer. También, pues, tiene necesidad constante de la perfecta simpatía y del poderoso ministerio del Sumo Pontífice, que se mantiene siempre en la presencia de Dios, en el pleno valor de su Persona y de su obra, y que representa al creyente y defiende su causa ante el trono.

Es necesario considerar bien estos dos aspectos del creyente, a fin de ver no sólo el lugar elevado y privilegiado que ocupa con Cristo en lo alto, sino también la abundante provisión que tiene allí para responder a todas sus necesidades y flaquezas aquí en la tierra. Esta distinción podría aún formularse de otra manera: El creyente está representado como estando *de la Iglesia, y en el reino*. En el primer estado el cielo es su morada, su porción, el asiento de sus afectos. En el último estado está sobre la tierra, lugar de prueba, de responsabilidad y de combate. Por esto el sacerdocio es un recurso divino para los que, aun siendo de la Iglesia y perteneciendo al cielo, están, no obstante, en el reino y caminando sobre la tierra. Esta distinción es muy sencilla, y cuando está bien comprendida, explica numerosos pasajes de la Escritura que ofrecen grandes dificultades a muchos.

15

Estudiando los capítulos que tenemos a la vista, observamos que hay tres cosas sobresalientes, a saber: la autoridad de la Palabra, el valor de la sangre y la potencia del Espíritu. Son estos asuntos importantes, de una importancia indecible; asuntos, cada uno de los cuales merece ser considerado por todo cristiano, como de vital interés.

Primeramente, en cuanto a la autoridad de la Palabra, es interesantísimo ver que en la consagración de los sacerdotes, lo mismo que en toda la serie de los sacrificios, dependemos directamente de la autoridad de la Palabra de Dios. "Y dijo Moisés a la congregación: *Esto es lo que Jehová ha mandado hacer*" (Cap. 8:5). Además: "Entonces Moisés dijo: *Esto es lo que mandó Jehová; hacedlo y la gloria de Jehová se os aparecerá*" (Cap. 9:6). Prestemos oído atento a estas palabras. Examinémoslas con cuidado y oración. Son palabras de un valor inestimable. "*Esto es lo que mandó Jehová*". No se dice, "esto es lo que era preciso o conveniente hacer" ni "esto es lo que ha sido ordenado por la voz de vuestros padres, por el decreto de los ancianos o por la opinión de los doctores". Moisés no reconocía tales fuentes de autoridad. Para él no había más que una fuente de autoridad santa, elevada, soberana; era esta la palabra de Jehová; y quería que cada miembro de la asamblea estuviese en contacto directo con esta fuente bendita. Esto daba seguridad al corazón y estabilidad a todos los pensamientos. No quedaba ningún lugar para la tradición, de voz incierta, ni para el hombre, con sus dudas y discusiones. Todo era claro, concluyente, perentorio. Jehová había hablado, y lo que había que hacer era escuchar lo que El había dicho y obedecerle. Ni la tradición, ni la conveniencia encuentran lugar en el corazón que ha aprendido a apreciar y a reverenciar la Palabra de Dios y a obedecerle.

Y ¿cuál debía ser el resultado de esta estricta adhesión a la palabra de Dios? Un resultado verdaderamente bendito: "Y la gloria de Jehová se os aparecerá". Si no hubieran escuchado la Palabra, la gloria no habría aparecido. Estas dos cosas estaban intrínsecamente ligadas. La más ligera desviación de "así ha dicho Jehová" habría impedido a los rayos de la gloria divina aparecer ante la congregación de Israel. Si se hubiera introducido un solo rito o una sola ceremonia no ordenados por la Palabra, o si se hubiera omitido algo de lo que esta Palabra había mandado, Jehová no habría manifestado su gloria. No podía sancionar con la gloria de su presencia la negligencia o el desprecio de su Palabra. Puede soportar la ignorancia y la debilidad, pero no puede sancionar la desobediencia o la negligencia.

¹⁵ La comparación de la Epístola a los Efesios con la primera Epístola de Pedro proporcionará al lector una instrucción preciosa relativa al doble aspecto de la posición del creyente. La primera lo presenta como sentado en los cielos; la segunda como un peregrino sufriendo sobre la tierra.

¡Oh si todo esto fuese más seriamente considerado en este siglo de tradiciones y de reglas! Quisiéramos con todo afecto y con el vivo sentimiento de nuestra responsabilidad personal hacia el lector, exhortarle a prestar la más seria atención a la importancia de una estricta, y hasta diríamos, de severa adhesión, y una respetuosa sumisión a la palabra de Dios. Que el lector pruebe todas las cosas por esta regla y arroje todo lo que no se le ajuste; que lo pese todo con esta balanza y deje a un lado lo que no es de buen peso. Si fuésemos el medio de conducir una sola alma a comprender bien qué lugar pertenece a la Palabra de Dios, no habríamos escrito este libro en vano.

Lector, detente; y en presencia de Aquél que sondea los corazones, hazte esta sencilla pregunta: "En esto que yo sanciono con mi presencia o que adopto en mi conducta, ¿hay alguna desviación o negligencia de la palabra de Dios?" Haced de esto una ocupación solemne y personal delante del Señor. Estad seguros que es de la mayor importancia. Si descubris que habéis tenido parte en alguna cosa que no lleva el sello distintivo de la sanción divina, desechadla al instante y para siempre. Sí, desechadla, aunque se presente revestida del imponente manto de la antigüedad, acreditada por la voz de la tradición y poniendo a la vez por delante los motivos tan irresistibles de la conveniencia. Si no podéis decir de todo aquello en que estáis comprometidos, "esto es lo que Jehová ha mandado", entonces desechadlo sin vacilar, renunciad a ello para siempre. Recordad estas palabras: "Jehová ha mandado hacer *como* se ha hecho hoy". Sí, recordad el "como" y el "así" y velad para que estén ligados en vuestros caminos, en vuestra marcha y en vuestros pensamientos, y no los dejéis separarse nunca.

"Y Aarón y sus hijos hicieron *todas* las cosas *que mandó Jehová* por medio de Moisés" (Cap. 8:36). "Y entraron Moisés y Aarón en el tabernáculo del testimonio; y salieron, y bendijeron al pueblo; y la gloria de Jehová se apareció a todo el pueblo. Y salió fuego de delante de Jehová y consumió el holocausto y los sebos sobre el altar; y viéndolo todo el pueblo, alabaron y cayeron sobre sus rostros" (Cap. 9:23-24). Aquí tenemos una escena del "octavo día", una escena de la gloria de la resurrección. Aarón, habiendo ofrecido el sacrificio, eleva sus manos para bendecir al pueblo; después Moisés y Aarón entran en el tabernáculo y desaparecen mientras que todo el pueblo espera afuera. Finalmente, Moisés y Aarón, representando a Cristo en su doble carácter de Sacerdote y Rey, salen y bendicen al pueblo. La gloria aparece en todo su esplendor; el fuego consume el holocausto, y toda la congregación adora y se postra ante la presencia del Señor de toda la tierra.

Todo esto se cumplió a la letra en el caso de la consagración de Aarón y sus hijos, y, además, era el resultado de una estricta adhesión a la palabra de Jehová. Pero antes de dejar esta parte del asunto, quisiéramos recordar al lector que todo el contenido de estos capítulos no es más que "una sombra de los bienes venideros"; esto puede decirse de toda la economía mosaica (Heb. 10: 1). Aarón y sus hijos reunidos representan a Cristo y la casa sacerdotal. Aarón solo representa a Cristo en sus funciones sacerdotales y de intercesión. Moisés y Aarón juntos representan a Cristo como Rey y Sacerdote. "El octavo día" representa el día glorioso de la resurrección, cuando el pueblo de Israel verá al Mesías sentado sobre su trono, como Sacerdote y Rey; y cuando la gloria de Jehová llenará toda la tierra como las aguas cubren el mar. Estas verdades sublimes están ampliamente desarrolladas en las Escrituras; brillan como joyas de un brillo celeste, desde la primera a la última de las páginas inspiradas; pero ante el temor de que algún lector las tome como una novedad sospechosa, le remito a los pasajes siguientes, como otras tantas pruebas escriturales: Núm. 14:21; Isa. 9:6-7,11; 25:6-12; 32:1-2, 35; 37:31-32; 40:1-5,54; 59:16-21; 60-66; Jer. 23:5-8; 30:10-24; 33:6-22; Ezeq. 48:35; Dan. 7:13-14; Oseas 14:4-9; Sof. 3:14-20; Zac. 3:8-10; 6:12-13,14.

Pasemos a la segunda parte de nuestro asunto, a saber: la eficacia de la sangre, el cual está ampliamente desarrollado y ocupa un lugar prominente. Ya consideremos la doctrina del sacrificio o la del sacerdocio, vemos que el derramamiento de sangre ocupa un lugar importantísimo. "Hizo luego llegar el becerro de la expiación, y Aarón y sus hijos pusieron sus manos sobre la cabeza del

becerro de la expiación y degollólo; y Moisés tomó la sangre, y puso con su dedo sobre los cuernos del altar alrededor, y purificó el altar; y echó la demás sangre al pie del altar y santificólo para reconciliar sobre él" (Cap. 8:14-15). "Después hizo llegar el carnero del holocausto, y Aarón y sus hijos pusieron sus manos sobre la cabeza del carnero; y degollólo; y roció Moisés la sangre sobre el altar en derredor" (Vers. 18,19). "Después hizo llegar el otro carnero, el carnero de las consagraciones, y Aarón y sus hijos pusieron sus manos sobre la cabeza del carnero; y degollólo, y tomó Moisés de su sangre y puso sobre la ternilla de la oreja derecha de Aarón, y sobre el dedo pulgar de su mano derecha, y sobre el dedo pulgar de su pie derecho. Hizo llegar luego a los hijos de Aarón, y puso Moisés de la sangre sobre la ternilla de sus orejas derechas, y sobre los pulgares de sus manos derechas; y sobre los pulgares de sus pies derechos, y roció Moisés la sangre sobre el altar en derredor" (Ver. 22-24).

El significado de los diversos sacrificios ha sido expuesto en los primeros capítulos de este volumen, pero en los pasajes que hemos citado, resalta el lugar importante que la sangre ocupaba en la consagración de los sacerdotes. Era preciso que la *oreja* estuviese rociada con sangre, para escuchar las comunicaciones divinas, que la *mano* hubiera sido teñida con sangre, para ejecutar los servicios del santuario, y que el *pie* estuviese manchado con sangre, para andar por los atrios de la casa de Jehová. Todo estaba perfectamente ordenado. El derramamiento de sangre era el gran fundamento de todo sacrificio por el pecado, y la sangre estaba relacionada con todos los vasos del ministerio y con todas las funciones del sacerdocio. En todo el conjunto del servicio levítico, notamos el valor, la eficacia, el poder, y la continua aplicación de la sangre. "Y casi todo es purificado según la ley con sangre" (Heb. 9:22). Cristo entró por su propia sangre en el mismo cielo. Aparece sobre el trono de la majestad en los cielos, en virtud de lo que cumplió sobre la cruz. Su presencia sobre el trono atestigua el valor y la aceptación de su sangre expiatoria. Está allí *por nosotros*. ¡Bendita seguridad! Vive siempre. No cambia jamás, y nosotros somos en El y como El es. El nos presenta al Padre en su propia perfección eterna, y el Padre se complace en nosotros presentados de tal suerte, tal como se complace en Aquel que nos presenta. Esta identificación está típicamente representada por "Aarón y sus hijos" poniendo las manos sobre la cabeza de cada una de sus víctimas. Estaban todos delante de Dios, por el valor de un mismo sacrificio. Ya fuese "el becerro de la expiación", "el carnero del holocausto", o "el carnero de las consagraciones", ellos ponían juntos las manos sobre cada uno. Es verdad que solo Aarón había sido ungido antes del derramamiento de la sangre. Estaba revestido con las vestiduras de su oficio y ungido con el santo óleo antes que lo fuesen sus hijos. La razón es evidente. Aarón solo es el tipo de Cristo en su excelencia incomparable y en su dignidad propia, y sabemos que Cristo apareció en todo su valor personal y fue ungido por el Espíritu Santo antes del cumplimiento de su obra expiatoria. En todas las cosas El tiene el primer lugar (Col. 1). No obstante, más tarde hay la más completa identificación entre Aarón y sus hijos, como hay la más completa identificación entre Cristo y su pueblo. "Porque el que santifica y los que son santificados de uno son todos (Heb. 2:11). La distinción personal realza el valor de la unidad mística.

Esta verdad de la distinción y al mismo tiempo de la unidad de la Cabeza y de los miembros nos conduce naturalmente a nuestro tercer y último punto, a saber: el poder del Espíritu. Podemos notar todo lo que se verifica entre la unción de Aarón y la de sus hijos con él. La sangre es derramada, el sebo consumido sobre el altar, y el pecho agitado ante Jehová. En otros términos el sacrificio se ha realizado, el buen olor sube hasta Jehová, y Aquel que lo ha ofrecido sube, en el poder de la resurrección y toma su lugar en las alturas.

Todo esto se realiza entre la unción de la Cabeza y la unción de los miembros. Leamos y comparemos los pasajes. Primeramente, en cuanto a Aarón solo, leemos: "Y puso sobre él la túnica, y ciñólo con el cinto; vistiólo después el manto, y puso sobre él el ephod, y ciñólo con el cinto del ephod, y ajustólo con él. Púsole luego encima el racional, y en él puso el *Urim y Thummim*". Después puso la mitra sobre su cabeza; y sobre la mitra en su frente delantero puso la plancha de

oro, la diadema santa; como Jehová había mandado a Moisés. Y tomó Moisés el aceite de la unción y ungió el tabernáculo, y todas las cosas que estaban en él, y santificólas. Y roció de él sobre el altar siete veces, y ungió el altar y todos sus vasos, y la fuente y su basa, para santificarlos. Y derramó del aceite de la unción sobre la cabeza de Aarón, y ungiólo para santificarlo" (Cap. 8:7-12).

Tenemos aquí a Aarón solo. El aceite de la unción es derramado sobre su cabeza al mismo tiempo que sobre todos los vasos del tabernáculo. El pueblo entero puede presenciar como se reviste al sumo pontífice de sus vestiduras oficiales, de la mitra, y después recibe la unción; y no sólo esto, sino que a medida que se le ponía cada parte de la vestidura, que se realizaba cada acto, que se celebraba cada ceremonia, podía ver que todo estaba basado en la autoridad de la Palabra. No había en todo ello nada vago, nada arbitrario, nada producido por la imaginación humana. Todo había sido ordenado divinamente, proveyendo a las necesidades del pueblo y proveyendo de tal manera que se podía decir: "Esto es lo que mandó Jehová".

En la unción de Aarón solo, previa a la efusión de sangre, tenemos, pues, un tipo de Cristo, que hasta que se ofreció El mismo sobre la cruz estuvo enteramente solo. No podía haber unión entre El y su pueblo, sino sobre la base de la muerte y de la resurrección. Esta verdad de tanta importancia ya la hemos mencionado y tratado algo en relación con el asunto del sacrificio; pero aumenta su fuerza e interés cuando se la ve tan claramente en relación con el asunto del sacerdocio. Sin efusión de sangre no había remisión; el sacrificio no estaba completo. Así, también, sin derramamiento de sangre Aarón y sus hijos no podían ser ungidos juntos. Lectores, notad este hecho, que, estad seguros de ello, es digno de la mayor atención. Guardémonos siempre de pasar a la ligera ningún detalle de la economía levítica: cada uno de ellos tiene una voz y un sentido especial, y el que ha destinado y desenvuelto este orden de cosas, puede explicar al corazón y a la inteligencia lo que este orden quiere decir.

"Luego tomó Moisés *del aceite* de la unción y de la sangre que estaba sobre el altar y roció sobre Aarón y sobre sus vestiduras, sobre sus hijos y sobre las vestiduras de sus hijos *con él*; y santificó a Aarón y sus vestiduras, y a sus hijos, y las vestiduras de sus hijos *con él*" (Cap. 8:30). ¿Por qué no son ungidos con él los hijos de Aarón en la ocasión citada en el versículo 12? Sencillamente porque la sangre no había sido derramada. Cuando la sangre y el aceite pudieron asociarse, entonces Aarón y sus hijos podrían ser ungidos y santificados juntos, pero no antes. "Y por ellos yo me santifico a mí mismo, para que también ellos sean santificados en verdad" (Juan 17:19). El lector que pudiera pasar a la ligera una circunstancia tan notable, o decir que no tiene ninguna significación, debe aun aprender a apreciar debidamente los tipos del Antiguo Testamento; "las sombras de los bienes que habían de venir". Y, por otra parte, aquel que admite que hay un sentido oculto bajo estos detalles, pero que no obstante rehusa el medio de comprenderlo, hace un gran agravio a su alma, y demuestra poco interés por los preciosos oráculos de Dios.

"Y dijo Moisés a Aarón y a sus hijos: Comed la carne a la puerta del tabernáculo del testimonio; y comedla allí con el pan que está en el canastillo de las consagraciones; según yo he mandado, diciendo: Aarón y sus hijos la comerán. Y lo que sobrare de la carne y del pan, habéis de quemarlo al fuego. De la puerta del tabernáculo del testimonio no saldréis en siete días, hasta el día en que se cumplieren los días de vuestras consagraciones; porque por siete días seréis consagrados. De la manera que hoy se ha hecho, mandó hacer Jehová para expiaros. A la puerta, pues, del tabernáculo del testimonio estaréis día y noche por siete días, y guardaréis la ordenanza delante de Jehová, para que no muráis; porque así me ha sido mandado" (Vers. 31-35). Estos versículos ofrecen un hermoso tipo de Cristo y de su pueblo alimentándose juntos del resultado de la expiación cumplida. Aarón y sus hijos, habiendo sido ungidos juntos, en virtud de la sangre derramada, se nos presentan aquí encerrados durante "siete días" en el recinto del tabernáculo. Notable figura de la posición actual de Cristo y de sus miembros durante toda esta dispensación, encerrados con Dios y esperando la manifestación de la gloria. ¡Bendita posición y bendita participación! ¡Dichosa

esperanza! Estar asociado con Cristo, encerrado con Dios, esperar el día de la gloria y esperando la gloria, nutrirse de las riquezas de la gracia divina, en la potencia de la santidad; estas son bendiciones de las más preciosas, privilegios de los más elevados. ¡Oh! si fuéramos capaces de comprenderlos bien, si tuviéramos corazones para gozar de ellos, un sentimiento más profundo de su importancia! ¡Que se separen nuestros corazones de todo lo que pertenece a este presente siglo corrompido para que podamos alimentarnos del contenido "del canastillo de las consagraciones", que es nuestro alimento propio como sacerdotes en el santuario de Dios.

"Y fue en el *día octavo* que Moisés llamó a Aarón y a sus hijos, y a *los ancianos de Israel* y dijo a Aarón: Toma de la vacada un becerro para expiación, y un carnero para holocausto, sin defecto, y ofrécelos delante de Jehová. Y a los *hijos de Israel hablarás*, diciendo: Tomad un macho cabrío para expiación, y un becerro y un cordero de un año, sin tacha para holocausto: asimismo un buey y un carnero para sacrificio de paces, que inmoléis delante de Jehová; y un presente amasado con aceite; *porque Jehová se aparecerá hoy a vosotros*" (Cap. 9:1-4).

Han pasado los "siete días" durante los cuales Aarón y sus hijos estaban retirados en el tabernáculo; toda la congregación se introduce, y la gloria de Jehová se manifiesta. Esto completa la escena. Las sombras de los bienes venideros pasan ante nosotros en su orden divino. "El octavo día" es una sombra de aquella hermosa mañana milenaria, que clareará sobre la tierra, cuando el pueblo de Israel verá el verdadero Sacerdote saliendo del santuario (donde está ahora oculto a los ojos de los hombres), acompañado del grupo de sacerdotes, compañeros de su retiro, y participantes felices de su gloria manifiesta. En una palabra, como sombra o tipo, no podía ser más completo. En primer lugar, Aarón y sus hijos, lavados con el agua; figuras de Cristo y de su Iglesia considerados en el decreto eterno de Dios, santificados juntamente (Cap. 8:6). Después tenemos el modo y el orden según el cual se debía proceder.

Aarón es vestido y ungido en el aislamiento; figura de Cristo santificado y enviado al mundo y ungido del Espíritu Santo (Vers. 7-12; comp. Luc. 3:21-22; Juan 10:36; 12:24). En seguida tenemos la presentación y aceptación del sacrificio, en virtud del cual Aarón y sus hijos eran ungidos y santificados *juntos* (Vers. 14-29), tipo de la cruz en su aplicación a los que constituyen ahora la familia sacerdotal de Cristo, que están unidos a El, ungidos con El, escondidos con El, y esperando con El "el octavo día", cuando se manifestará con ellos en todo el resplandor de la gloria que le pertenece según el consejo eterno de Dios (Juan 14:19; Hech. 2:33; 19:1-7; Col. 3:1-4). Finalmente, encontramos a Israel conducido al pleno goce de los resultados de la expiación cumplida. Están congregados delante de Jehová. "Después alzó Aarón sus manos hacia el pueblo, y bendíjolos; y descendió de hacer la expiación y el holocausto y el sacrificio de las paces" (Cap. 9:1-22).

Ahora podemos preguntarnos ¿qué es lo que queda por hacer? Únicamente que la piedra más alta sea puesta con aclamaciones de victoria e himnos de alabanza. "Y entraron Moisés y Aarón en el tabernáculo del testimonio; y salieron y bendijeron al pueblo; y la *gloria de Jehová se apareció a todo el pueblo*. Y salió fuego de delante de Jehová, y consumió el holocausto y los sebos sobre el altar, y viéndolo todo el *pueblo, alabaron y cayeron sobre sus rostros*" (Vers. 23,24). Era el grito de la victoria, la actitud de la adoración. Toda era completa. El sacrificio, el sacerdote, con sus vestiduras y su mitra, la familia sacerdotal, asociada a su jefe; la bendición pontifical, la aparición del Rey y el Sacerdote, en una palabra, nada faltaba; por esto la gloria divina se manifestó, y todo el pueblo se postró adorando. Es, en suma, una escena verdaderamente magnífica, una sombra maravillosamente bella de los bienes que habían de venir. Y no olvidemos que todo lo que está representado por tipos, será, antes de mucho, plenamente realizado. Nuestro gran Sumo Pontífice pasó a los cielos, en la plena virtud y potencia de una expiación cumplida. Allí está oculto ahora, y con El lo están, en principio, todos los miembros de la familia sacerdotal; pero, cuando los "siete días" hayan pasado, el "octavo día" arrojará sus rayos sobre la tierra, y entonces el residuo de Israel,

pueblo arrepentido y esperador, saludará con un grito de victoria la presencia visible del Real Sacerdote; y en íntima unión con El, se verá una multitud de adoradores ocupando la posición más elevada.

He aquí cuáles son "las cosas que han de venir", cosas que seguramente vale la pena de esperarlas; cosas dignas del Dios que las da, cosas por las cuales será eternamente glorificado y su pueblo eternamente bendito.

CAPITULO 10

Las páginas de la historia de la humanidad han estado siempre deplorablemente manchadas. Son, del principio al fin, los anales de las culpas, de las faltas, de los crímenes del hombre. En medio de las delicias del jardín de Edén, el hombre prestó oído a las mentiras del tentador (Gén. 3). Después de haber sido preservado del juicio por la mano de amor y la elección de Dios, e introducido en una tierra renovada, es hecho culpable del pecado de intemperancia (Gén. 9). Cuando hubo sido conducido al país de Canaan, por el brazo extendido de Jehová, "dejaron a Dios y adoraron a Baal y Astarot" (Jueces 2:13). Colocado en el más alto grado del poder y de la gloria terrestre, teniendo riquezas inauditas a sus pies y todos los recursos del mundo a su disposición, dio su corazón a las hijas de los incircuncisos (la. Reyes 11). Apenas habían sido promulgadas las verdades benditas del Evangelio, cuando fue necesario que el Espíritu Santo pusiera en guardia a los santos contra "los lobos rapaces", "la apostasía y toda especie de pecados" (Hech. 20:29; la. Tim. 4:1-3; 2a. Tim. 3:1-5; 2a. Pedro 2; Judas). Y, para colmo de todo esto, tenemos el testimonio profético de la apostasía humana, en medio de los esplendores de la gloria milenaria (Apoc. 20: 7-10).

Así es como el hombre lo malea todo. Ponedle en una posición de suprema dignidad, y él se degradará. Dadle los mayores privilegios, y abusará de ellos. Repartid con profusión bendiciones alrededor de él, y se mostrará ingrato. Colocadle en medio de las instituciones más propias para impresionar los corazones, y las corromperá. ¡Tal es el hombre! Tal es la naturaleza humana bajo sus más bellas formas y en las circunstancias más favorables.

Estamos, pues, algo preparados a oír, sin gran sorpresa, las palabras que encabezan este capítulo, "Y los hijos de Aarón, Nadab y Abiú, tomaron cada uno su incensario, y pusieron fuego en ellos, sobre el cual pusieron perfume, y ofrecieron delante de Jehová fuego extraño, que él nunca les mandó". ¡Qué contraste con la escena final del capítulo anterior! Allí todo se había hecho "como Jehová mandó", y su resultado fue la manifestación de la gloria. Aquí se hace algo "que El nunca les mandó", y el resultado es el juicio. Apenas cesó de resonar el último de los cantos de victoria, se prepararon los elementos de un culto corrompido. Apenas colocados en la posición según el mandamiento de Dios, la abandonan deliberadamente, por descuido en cuanto al mandamiento divino. Apenas han comenzado estos sacerdotes, cuando ya faltan gravemente en el cumplimiento de sus santas funciones.

Y ¿en qué consistía su falta? ¿eran falsos sacerdotes? ¿eran usurpadores de este oficio? De ningún modo. Eran los hijos de Aarón, verdaderos miembros de la familia sacerdotal, sacerdotes debidamente ordenados. Los vasos de su ministerio y sus vestiduras oficiales también se hallaban en el orden establecido. ¿En qué consistía, pues, su pecado? ¿Habían manchado con sangre humana las cortinas del tabernáculo, o profanado el sagrado recinto con cualquier crimen opuesto al sentido moral? Nada hace sospecharlo, solamente se nos dice: "Y ofrecieron delante de Jehová fuego extraño que él nunca les mandó". Este era su pecado. Se alejaron, en su culto, de la sencilla palabra, del ritual ordenado por Jehová, que claramente les había instruido acerca del género y del modo de este culto. Ya hemos dicho cuán divinamente completa era la palabra del Señor relativa a todos los

detalles del servicio de los sacerdotes. Todo estaba tan bien determinado, que no quedaba ninguna laguna que el hombre creyese poder llenar, imaginando cualquier rito que le pareciese conveniente. "Esto es lo que mandó Jehová"; he aquí lo suficiente. Este mandamiento lo hacía todo muy claro y sencillo. Nada se exigía del hombre más que un espíritu de obediencia implícita al mandamiento divino. Pero aún así, faltó a él. El hombre siempre ha mostrado repugnancia a andar por el estrecho sendero de una estricta adhesión a la sencilla palabra de Dios. Los atajos parecen tener siempre encantos irresistibles para el corazón humano. "Las aguas hurtadas son dulces, y el pan *comido* en oculto es suave (Prov. 9:17). Tal es el lenguaje del enemigo; pero el corazón humilde y obediente sabe muy bien que el camino de la sumisión a la palabra de Dios es el único que conduce a "las aguas" que son realmente "dulces" o "al pan" que verdaderamente pueda llamarse "suave". Nadab y Abiú podían pensar que una especie de "fuego" era tan buena como otra, pero no era su deber decidir aquel punto. Ellos debieron atenerse a la palabra del Señor, pero en lugar de eso, recurrieron a su propia cabeza y recogieron los amargos frutos de su propia voluntad. "Y no saben que allí están los muertos, que sus convidados están en los profundos de la sepultura".

"Y salió fuego de delante de Jehová que los quemó y murieron delante de Jehová". ¡Cuán serio y solemne es esto! Jehová habitaba en medio de su pueblo, para gobernar, juzgar y obrar según los derechos de su naturaleza. Al fin del cap. 9 leemos: "Y salió fuego de delante de Jehová, y consumió el holocausto y los sebos sobre el altar". Jehová demostraba así que aceptaba un sacrificio verdadero. Pero en el cap. 10 vemos su juicio cayendo sobre los sacerdotes extraviados. Es una doble acción del mismo fuego. El holocausto subió en olor suave; el "fuego extraño" fue desechado como abominación. Jehová era glorificado por el primero; pero hubiera sido una deshonra para El aceptar el segundo. La gracia divina aceptaba lo que era un tipo del precioso sacrificio de Cristo, y se complacía en él; la santidad divina desechaba lo que era fruto de la voluntad corrompida del hombre; voluntad que nunca es mas horrorosa y abominable que cuando se inmiscuye en las cosas de Dios.

"Entonces dijo Moisés a Aarón: Esto es lo que habló Jehová, diciendo: En mis allegados me santificaré, y en presencia de todo el pueblo seré glorificado". La dignidad y la gloria de la economía entera dependían del estricto mantenimiento de los justos derechos de Jehová. Si estos derechos se olvidaban o se descuidaban todo estaba perdido. Si se permitía al hombre faltar en una cosa, manchando el santuario de la presencia divina con un "fuego extraño", se violaba a la vez lo demás. Sólo debía subir del incensario del sacerdote el fuego puro, encendido sobre el altar de Dios, al que se añadía "incienso pulverizado". Hermosa figura del culto verdaderamente santo, del que el Padre es el objeto, Cristo el asunto, y el Espíritu Santo la potencia. No puede permitirse que el hombre introduzca sus ideas o sus inventos en el culto de Dios. Todos sus esfuerzos no conducen más que a la presentación de un "fuego extraño", de un incienso impuro, de un culto falso. Lo mejor que puede hacer en este sentido no es más que una abominación a los ojos de Dios.

No nos referimos aquí a los honrados esfuerzos de espíritus serios que buscan la paz con Dios; a los esfuerzos sinceros de conciencias rectas, aunque no iluminadas, para llegar al conocimiento del perdón de los pecados, por las obras de la ley o por las ordenanzas de un sistema religioso. Sin duda, tales personas llegarán, por la extrema bondad de Dios, a conocer y a gozarse en una salvación tan grande. Estos esfuerzos prueban claramente que se busca la paz con ahínco, aunque prueban también que aun no la han hallado. No hay nadie que haya andado en pos de los más débiles fulgores iluminando su inteligencia, sin alcanzar una luz más perfecta. "A cualquiera que tiene, le será dado", y "la senda de los justos es como la luz de la aurora, que va en aumento hasta que el día es perfecto".

Todo esto es tan sencillo como alentador, pero no toca en nada la cuestión de la voluntad del hombre y de sus impíos inventos, con relación al servicio y al culto de Dios. Tales invenciones deben hacer inevitablemente que sobrevengan pronto o tarde los juicios de un Dios justo, que no

puede sufrir que sus derechos sean despreciados. "En mis allegados me santificaré, y en presencia de todo el pueblo seré glorificado". Los hombres serán tratados según su profesión. Los que buscan con rectitud, ciertamente encontrarán; pero cuando los hombres se acercan como adoradores, ya no deben considerarse como buscadores sino como haciendo profesión de haber encontrado; y entonces si de su incensario sacerdotal se esparce humo profano, si ofrecen a Dios los elementos de un culto falso, si hacen profesión de pisar sus atrios sin estar lavados ni santificados, ni humillados; si colocan sobre su altar los productos de su voluntad corrompida ¿cuál será el resultado? El juicio. Sí; pronto o tarde, el juicio vendrá; puede tardar, pero vendrá. No podría ser de otro modo. Y no sólo vendrá el juicio sino que el cielo desechará inmediatamente todo culto que no tenga al Padre por objeto, a Cristo por asunto y al Espíritu Santo como potencia. La santidad de Dios está tan pronta a desechar todo "fuego extraño" como su gracia está pronta a aceptar los más débiles suspiros de un corazón sincero. Es preciso que juzgue todo culto falso, aunque no apagará el pábilo que humea, ni quebrará la caña cascada". Este pensamiento es muy solemne, cuando se recuerdan los miles de incensarios con fuego extraño en los vastos dominios de la cristiandad. ¡Quiera el Señor, en su abundante gracia, aumentar el número de los verdaderos adoradores, que adoran al Padre en Espíritu y en verdad! (Juan 4). Es infinitamente mejor pensar en el verdadero culto que se eleva de corazones sinceros hasta el trono de Dios, que pararse, aunque no sea más que un instante, en el culto corrompido, que atraerá dentro de poco los juicios divinos. Todos los que conocen, por gracia, el perdón de sus pecados, en virtud de la sangre expiatoria de Jesucristo, pueden adorar al Padre en Espíritu y en verdad. Conocen el verdadero objeto, el verdadero asunto, la verdadera potencia del culto. Estas cosas no pueden conocerse más que de un modo divino. No son resultado del corazón natural, ni de la tierra, son espirituales y celestes. Una gran parte de lo que pasa entre los hombres por culto de Dios, no es, después de todo, más que un "fuego extraño". No tiene ni el fuego puro, ni el incienso puro, y por eso el cielo no puede aceptarlo; y aunque no se vea caer el juicio divino sobre los que ofrecen tal culto, como cayó sobre Nadab y Abiú, es solamente porque "Dios está en Cristo reconciliando el mundo a sí, no imputándole sus pecados". No es porque el culto sea agradable a Dios, sino porque Dios es misericordioso. Sin embargo, se acerca rápidamente el tiempo cuando el fuego extraño se apagará para siempre; cuando el trono de Dios ya no será ultrajado por las nubes de incienso impuro ofrecido por adoradores impuros; cuando todo lo que es falso será abolido y cuando el universo entero no será más que un vasto y magnífico templo, en el cual el solo verdadero Dios, Padre, Hijo y Espíritu Santo, será adorado por los siglos de los siglos.

Esto es lo que los redimidos esperan, y, gracias a Dios, dentro de poco todos sus ardientes deseos serán plenamente satisfechos, y satisfechos para siempre; sí, satisfechos de tal modo que cada uno de ellos dirá, como la reina de Seba, "que ni aun la mitad fue lo que se me dijo". ¡Quiera el Señor acelerar tan feliz momento!

Volvamos ahora a nuestro tan serio capítulo, y procuremos sacar algunas de sus saludables instrucciones, porque son verdaderamente saludables en un siglo como este, en el que el "fuego extraño" abunda tanto en torno nuestro.

Hay algo extraordinariamente admirable y notable en el modo de recibir Aarón el rudo golpe de la justicia de Dios. "*Y Aarón calló*". Era una escena solemne. Sus dos hijos heridos por la muerte a su lado, heridos por el fuego del juicio divino ¹⁶. Acababa de verlos revestidos de sus vestiduras

¹⁶ Temiendo que a algunos lectores se les presente alguna duda respecto a la salvación de Nadab y Abiú, creemos que nunca debían suscitarse cuestiones de esta naturaleza. En casos como los de Nadab y Abiú (Lev. 10), de Coré y su compañía (Núm. 16), de todo el pueblo cuyos cuerpos cayeron en el desierto, excepto Josué y Caleb (Núm. 14 y Heb. 3), de Achan y su familia (Josué 7), de Ananías y Safira (Hech. 5), de los que fueron juzgados por abusos cometidos en la mesa del Señor (1a. Cor. 11), y en los demás casos semejantes, nada se menciona en cuanto a la salvación del alma. Debemos ver en ellos solamente actos solemnes del gobierno de Dios en medio de su pueblo. Esto libra el espíritu de toda duda. Jehová habitaba entonces sobre el arca, entre los querubines, para juzgar a su pueblo en todos los asuntos; y el Espíritu Santo habita ahora en la Iglesia, a fin de dirigirla y gobernarla en todo, conforme a la perfección de su

de gloria y de belleza, lavados, engalanados y ungidos. Habían estado con él delante de Jehová, para ser consagrados en su oficio sacerdotal. Habían ofrecido, en unión con él, los sacrificios mandados. Habían visto los rayos de la gloria divina radiando del propiciatorio, habían visto caer el fuego de Jehová sobre los sacrificios y consumirlos. Habían oído las exclamaciones de triunfo lanzadas por la congregación. Todo esto acababa de pasar ante sus ojos, y ahora sus dos hijos yacían delante de él heridos de muerte. El fuego de Jehová que había sido alimentado no hacía mucho por un sacrificio aceptable, había caído en juicio sobre ellos, y ¿qué podía decir? Nada. "Y Aarón calló". "Enmudecí, no abrí mi boca, porque tú lo hiciste". Era la mano de Dios, y aunque pudiese parecer muy pesada, a juicio de la carne y de la sangre, no podía, sin embargo, más que bajar la cabeza en silencio y con respetuoso asenso. "Yo enmudecí. . porque *tu* lo hiciste". Era la actitud más apropiada en presencia del juicio divino. Aarón sentía probablemente que los mismos postes de su casa eran sacudidos por el trueno del juicio divino, y por tanto sólo podía permanecer en silenciosa admiración en medio de esta escena aterradora. Privar a un padre de sus dos hijos, y de tal manera y en tales circunstancias, no era un hecho ordinario; era un comentario extraordinariamente admirable a estas palabras del Salmista: "Dios terrible en la gran congregación de los santos, y formidable sobre todos cuantos están alrededor suyo" (Sal. 89). ¿Quién no temerá ¡oh Señor! y quién no glorificará tu nombre? Aprendamos a pisar los atrios de Jehová descalzos los pies y con toda reverencia; que nuestro incensario de sacerdotes contenga solamente el perfume pulverizado de las varias perfecciones de Cristo y sea la llama santa encendida por la potencia del Espíritu divino. Cualquier otra cosa es, no sólo inútil. sino perjudicial. Todo lo que viene de la energía natural; todo lo que resulta del trabajo de la voluntad humana, el incienso más suave imaginado por el hombre, el ardor más intenso de una devoción natural, todo eso tenderá a "fuego extraño" y atraerá los solemnes juicios del Señor Dios Todopoderoso. ¡Oh! tengamos siempre corazones verdaderamente sinceros y un espíritu de adoración en presencia de nuestro Dios y Padre.

Sin embargo, no se desanimen o alarmen los corazones tímidos, si son rectos. Sucede con gran frecuencia que los que realmente debían alarmarse, manifiestan indiferencia, mientras que aquellos para los que el Espíritu de gracia no tendría más que palabras de consuelo y de ánimo, se aplican equivocadamente las severas advertencias de las Santas Escrituras. Sin duda el corazón manso y contrito, que tiembla a la palabra del Señor, está en buen estado; pero debemos recordar que un padre advierte a su hijo, no porque no lo mire como hijo suyo, sino precisamente por lo contrario; y una de las mejores pruebas de esta relación es la disposición a recibir la advertencia y a aprovecharla. La voz del padre, aun cuando sea la voz de grave amonestación, llegará al corazón del hijo, pero no ciertamente para despertar en él dudas acerca de su parentesco con aquel que habla. Si un hijo dudase de sus relaciones de hijo cada vez que su padre le reprende, sería digno de compasión. El juicio que acababa de caer sobre la familia de Aarón no le hacía dudar de que fuese realmente un sacerdote. No tenía otro resultado que enseñarle cómo debía portarse en esta alta y santa posición.

"Entonces Moisés dijo a Aarón y a Eleazar y a Ithamar, sus hijos: No descubráis vuestras cabezas, ni rasguéis vuestros vestidos, porque no muráis, ni se levante la ira sobre toda la congregación, empero vuestros hermanos, toda la casa de Israel, lamentarán el incendio que Jehová

presencia. Está El tan real y personalmente presente que a El mintieron Ananías y Safira, y que El ejecutó el juicio sobre ellos. Era, una manifestación de sus actos de gobierno tan positiva y tan inmediata como la que tenemos en el asunto de Nadab y Abiú, de Achán o de cualquier otro.

Es esta una gran verdad que conviene comprender bien. Dios está no solamente por sus servidores, sino con ellos y *en* ellos. Debemos contar con El para todas las cosas, sean grandes o pequeñas.

Está presente para consolar y para aliviar; para castigar y para juzgar; para contestar a las necesidades de cada momento. Es suficiente para todo. ¡Que la fe cuente con El! "Porque donde están dos o tres congregados en mi nombre, allí estoy yo en medio de ellos" (Mat. 18:20). Y seguramente allí donde El está tenemos todo lo que nos hace falta.

Web Cristiana Evangélica <http://teleline.terra.es/personal/maydal>

Transcripción y Formato Digital: © Manuel Blanco V. 2.000

ha hecho. Ni saldréis de la puerta del tabernáculo del testimonio, porque moriréis; por cuanto el aceite de la unción de Jehová está sobre vosotros. Y ellos hicieron conforme al dicho de Moisés".

Aarón, Eleazar e Ithamar debían permanecer inmóviles en su lugar elevado, en su dignidad sagrada, en su posición de santidad sacerdotal. Ni el pecado, ni el juicio, que había sido su consecuencia, debía afectar a los que llevaban las vestiduras pontificales y que estaban ungidos con el "aceite de Jehová". Este santo óleo les había colocado en un recinto sagrado, donde las influencias del pecado, de la muerte y del juicio no podían alcanzarles. Los que estaban fuera, a distancia del santuario, los que no tenían posición de sacerdotes, aquéllos podían "lamentar el incendio", pero Aarón y sus hijos debían continuar cumpliendo sus santas funciones, como si nada hubiese pasado. Sacerdotes del santuario no debían llorar, como en presencia de la muerte, sino inclinar sus cabezas ungidas en presencia del juicio divino. "El fuego de Jehová" podía salir y hacer su obra solemne de juicio; pero para un sacerdote fiel, poco importaba lo que este fuego había venido a hacer, sea que expresara la aprobación divina, consumiendo un sacrificio, sea que demostrase el desagrado divino, consumiendo a los que ofrecieron "fuego extraño", el sacerdote no tenía más que adorar. Este "fuego" era una manifestación muy conocida de la presencia divina, y ya que obrase "en gracia o en juicio" el deber de todos los sacerdotes era adorar. "Cantaré bondad y juicio, a ti salmearé ¡oh Jehová!"

En todo esto hay una santa y seria lección para el alma. Los que han sido conducidos a Dios, por la eficacia de la sangre y por la unción del Espíritu Santo, deben moverse en una esfera fuera de los alcances de las influencias naturales. La proximidad de Dios da al alma tal conocimiento de todos sus caminos, tal sentimiento de la justicia de todas sus dispensaciones, que podemos dar culto en su presencia aun cuando un golpe de su mano nos ha quitado el objeto de nuestro más tierno afecto. Se dirá tal vez: "¿Debemos ser estoicos?" pero pregunto por mi parte: ¿Es que Aarón y sus hijos eran estoicos? No, eran sacerdotes. ¿No sentían como los otros hombres? Sí; pero adoraban como sacerdotes. Esta es una idea muy profunda que descubre un horizonte de pensamientos, de sentimientos y de experiencias, en el cual el hombre natural no se podrá mover nunca; del cual no conoce absolutamente nada, a pesar de todo el refinamiento, todo el sentimentalismo de que se alaba. Es preciso que andemos con toda la verdadera energía del sacerdote en el santuario de Dios para poder comprender la profundidad, el sentido y la fuerza de estos santos misterios.

El profeta Ezequiel fue llamado antiguamente a aprender esta difícil lección. "Y fue a mi palabra de Jehová, diciendo: hijo del hombre, he aquí que yo te quito de golpe el deseo de tus ojos: no endeches, ni llores, ni corran tus lágrimas. Reprime el suspirar, no hagas luto de mortuorios; ata tu bonete sobre ti, y pon tus zapatos en tus pies, no te encubras con rebozo, ni comas pan de *hombres...* y a la mañana hice como me fue mandado" (Ezeq. 24:15-18). Se dirá que todo esto era "una señal" para Israel. Es verdad, pero esto prueba que en el testimonio profético, igual que en el culto sacerdotal, debemos elevarnos por encima de todas las exigencias y de todas las influencias de la naturaleza y de la tierra. Los hijos de Aarón y la mujer de Ezequiel habían sido juzgados de un solo golpe, y, no obstante, ni el sacerdote ni el profeta debía descubrir su cabeza, ni verter una sola lágrima.

Amado lector, ¿qué progresos hemos hecho nosotros en esta profunda ciencia? El lector y el que escribe tienen, sin duda, la misma humillante confesión que hacer. Muy a menudo "andamos como hombres" y "comemos el pan de los hombres". Muy a menudo nos dejamos despojar de nuestros privilegios de sacerdotes, por los manejos de la naturaleza y las influencias de la tierra. Importa velar para guardarse de estas influencias. Nada, excepto la conciencia de la proximidad de Dios como sacerdotes, puede preservar el corazón del poder del mal, o mantener en él la espiritualidad. Todos los creyentes son sacerdotes, y nada puede quitarles su posición como tales. Pero aunque no pueden perderla, pueden faltar gravemente en el cumplimiento de sus funciones. No se distinguen bastante bien estas dos cosas. Unos no viendo más que la preciosa verdad de la

seguridad del creyente, olvidan la posibilidad de faltar en el cumplimiento de sus funciones sacerdotales. Otros, al contrario, mirando las faltas sobre todo, osan poner en duda la seguridad.

Deseamos que el lector se guarde de estas dos ideas erróneas. Es preciso para esto que esté bien fundado en la doctrina divina de la salud eterna de todo miembro de la verdadera casa sacerdotal; pero también debe recordar que es muy susceptible de faltar, y que tiene, por lo mismo, necesidad de velar y orar constantemente para no caer en tentación. Ojalá que todos los que han sido llevados al conocimiento de la alta posición de sacerdotes de Dios sean preservados, por su gracia, de toda especie de faltas y pecados, que consisten, sea en manchas personales, sea en la presentación de alguna de las variadas formas de "fuego extraño" que tanto abunda en la iglesia profesante.

"Y Jehová habló a Aarón diciendo: Tú y tus hijos contigo, no beberéis vino ni sidra cuando hubiereis de entrar en el tabernáculo del testimonio, porque no muráis; estatuto perpetuo por vuestras generaciones; y para poder discernir entre lo santo y lo profano, y entre lo inmundo y lo limpio; y para enseñar a los hijos de Israel todos los estatutos que Jehová les ha dicho por medio de Moisés" (Vers. 8-11).

El efecto del vino es excitar la carne, y toda excitación de este género perjudica a la serenidad y equilibrio del alma, que es esencial para cumplir convenientemente los oficios sacerdotales. Lejos de emplear medios para excitar la naturaleza, debíamos obrar como si no existiese. Únicamente entonces nos hallaremos en el estado moral que se requiere para servir en el santuario, para formar un juicio imparcial entre lo que es inmundo y lo que es limpio, y para explicar y comunicar el pensamiento de Dios. Cada uno debe juzgar por sí mismo lo que, en su caso particular, obraría como "el vino" o la "bebida fuerte" ¹⁷. Las cosas que excitan nuestra naturaleza son, en verdad, de muy distintos géneros: la fortuna, la ambición, la política, los numerosos objetos de emulación en el mundo que nos rodea. Todas estas cosas obran con potencia excitando nuestra naturaleza, y nos inutilizan por completo para todo servicio sacerdotal. Si el corazón está lleno de sentimientos de orgullo, de codicia o de envidia, es absolutamente imposible gozar el aire puro del santuario, o cumplir las sagradas funciones del sacerdocio. Los hombres hablan de la versatilidad del espíritu humano o de la facilidad con que pasa prontamente de una cosa a otra. Pero por muy versátil que sea el genio de un hombre, no puede hacerle capaz de pasar de un círculo profano de asuntos comerciales, literarios o políticos, al santo retiro del santuario en la presencia divina; ni al ojo ofuscado por aquellas escenas, lo puede hacer capaz de discernir, con la exactitud del sacerdote, la diferencia entre "lo santo y lo profano, y entre lo inmundo y lo limpio". No, queridos lectores, los sacerdotes de Dios deben permanecer alejados "del vino y de las bebidas fuertes". Su camino es un camino de santa separación y de abstracción. Deben estar elevados muy por encima de la influencia de los goces terrenales, así como de los dolores terrenales. Lo único que deben hacer con "bebida fuerte" es "derramar libación de superior vino a Jehová en el santuario" (Núm. 28:7). En otras palabras, la alegría de los sacerdotes de Dios no es la alegría de la tierra sino del cielo, la alegría del santuario. "El gozo de Jehová es su fuerza".

Haga Dios que meditemos más estas santas instrucciones. Tenemos, sin duda, gran necesidad de ellas. Si descuidamos nuestras responsabilidades como sacerdotes, todo se resentirá de ello. Cuando contemplamos el campamento de Israel, vemos que estaba dispuesto en tres círculos,

¹⁷ Algunos piensan que, dado el lugar que ocupa esta orden sobre el vino, Nadab y Abiú estaban, tal vez, bajo la influencia de la bebida cuando ofrecieron "fuego extraño". Sea como fuere, debemos estar agradecidos al encontrar aquí un principio precioso respecto a nuestra conducta como sacerdotes espirituales. Debemos abstenernos de todo lo que produzca en nuestro ser espiritual el mismo efecto que el vino produce sobre el ser físico. Apenas necesitamos decir que el cristiano debe ser de los más vigilantes en cuanto al uso del vino o de las bebidas fuertes. Hace temblar el ver a un cristiano esclavo de un vicio cualquiera que sea. Esto prueba que no mortifica y sujeta su cuerpo, y está en gran peligro de ser "reprobado" (1a. Cor. 9:27).

cuyo centro era el santuario. Había primero el círculo de los guerreros (Núm. 1, 2). Después los círculos de los levitas alrededor del tabernáculo (Num. 3, 4), y, finalmente, había el círculo interior de los sacerdotes, que oficiaban en el lugar santo. Recordemos que el creyente está llamado a moverse en todos estos círculos. El lucha y combate como un guerrero (Efes. 6:11-17; la. Tim. 1:18; 6:12; 2a, Tim. 4:7). Sirve como levita entre sus hermanos, según su capacidad y en su esfera (Mat. 25:14, 15; Luc. 19:12-13). Finalmente, sacrifica y adora, como sacerdote, en el lugar santo (Heb. 13:15-16; la. Pedro 2:5-9). Este último oficio durará para siempre. Comportándonos debidamente en este círculo sagrado, todas las otras relaciones y responsabilidades se habrán cumplido debidamente. Por consiguiente, todo lo que nos incapacita para nuestras funciones sacerdotales, todo lo que nos aleja del centro de este círculo interior, donde tenemos el privilegio de estar, en una palabra; todo lo que tienda a alterar nuestra relación de sacerdotes, o a oscurecer nuestra visión sacerdotal, nos hace inaptos para el servicio que somos llamados a prestar y para la guerra que somos llamados a hacer.

Son importantes estas consideraciones. Fijémonos en ellas seriamente. Tenemos que conservar un corazón recto, una conciencia pura, un ojo sencillo, una visión espiritual no oscurecida. Los intereses del alma en el lugar santo deben buscarse fielmente y con celo; sin esto, todo irá mal. La comunión particular con Dios debe conservarse; sin esto, seremos inútiles como siervos y vencidos como guerreros. Es en vano que nos agitemos y corramos de acá para allá para lo que llamamos servicio, o que hagamos bellas frases sobre la armadura y la lucha del cristiano. Si no conservamos nuestras vestiduras sacerdotales sin manchas, y si no nos guardamos de todo lo que excita nuestra naturaleza, caeremos ciertamente. El *sacerdote* debe guardar su corazón con cuidado, si no, el *levita* flaqueará y el *guerrero* será derrotado.

Lo repetimos: es asunto de cada uno darse cuenta clara de lo que para él constituye "el vino y la bebida fuerte", de lo que le excita, lo que embota sus percepciones espirituales, o turba su visión sacerdotal. Puede ser un mercado, una exposición de animales, un periódico, puede ser la menor bagatela. No importa lo que sea; si tiende a excitar, nos hace inaptos para el ministerio sacerdotal. Y si no tenemos aptitud para el sacerdocio, no la tendremos tampoco para todo lo restante, porque nuestro éxito por todos lados y en todos los detalles de nuestro servicio, dependerá siempre de la medida en que cultivemos un espíritu de culto. Debemos juzgarnos a nosotros mismos y ejercer una vigilancia sobre nuestros hábitos, nuestra conducta, nuestros pensamientos, nuestros gustos, y nuestras compañías; y cuando, por la gracia, descubramos cualquier cosa, sea lo que fuere, que tenga la menor tendencia a apartarnos de los santos ejercicios del santuario, desechémosla, cueste lo que cueste. No nos dejemos esclavizar por un hábito. La comunión con Dios debe ser lo más caro a nuestros corazones; y en la medida que apreciemos esta comunión, velaremos y oraremos y estaremos en guardia contra todo lo que pueda privarnos de ella, contra todo lo que pueda excitarla, turbarla o alterarla ¹⁸.

Y Moisés dijo a Aarón y a Eleazar y a Ithamar, sus hijos que habían quedado: Tomad el presente que queda de las ofrendas encendidas a Jehová, y comedlo sin levadura junto al altar, porque es cosa muy santa. Habéis, pues, de comerlo en el lugar santo, porque esto es fuero para ti y fuero para tus hijos de las ofrendas encendidas a Jehová, pues que así me ha sido mandado" (Vers. 12-13).

¹⁸ Algunos pensarán, tal vez, que el pasaje de Levítico 10:9, permite ocasionalmente el uso de las cosas que tienen que excitar el espíritu natural, porque dice, "no beberás vino de sidra, *cuando* hubieres de entrar en el tabernáculo del testimonio". A esto respondemos que el santuario no es un lugar que el cristiano debe visitar *ocasionalmente*, sino un lugar en el que debe *habitualmente* servir y adorar. Es la esfera en la que debe "vivir, moverse y tener su ser". Cuando más vivimos en la presencia de Dios, menos podemos sufrir el estar alejados de Dios; y ninguno de los que conocen la felicidad que proporciona, se permitirá fácilmente aquello que pueda privarle de su goce. No hay en toda la tierra nada, que a juicio de un cristiano espiritual pueda equivaler a una hora de comunión con Dios.

Hay pocas cosas que nos sean más difíciles que mantenernos a la altura divina, cuando las debilidades humanas se manifiestan. Somos como David cuando Jehová hirió a Uzza, porque había extendido su mano al arca. "Y David temió a Dios aquel día, y dijo: ¿Cómo he de traer a mi casa el arca de Dios?" (1o. Crón. 13:12). Es sumamente difícil doblarse ante el juicio divino y al mismo tiempo mantener los principios divinos. El riesgo está en bajar la medida moral, descender de esta alta región al terreno humano. Debemos guardarnos cuidadosamente de este mal, tanto más peligroso, porque se reviste de las formas de la modestia, de la desconfianza en sí mismo y de la humildad. A pesar de todo lo que había pasado, Aarón y sus hijos debían comer la ofrenda de presente en el lugar santo. Debían comerla, no porque ya había pasado todo debidamente, sino "porque esta es tu parte" y "así me ha sido mandado". Aunque había habido pecado, no obstante, su lugar estaba en el tabernáculo, y los que estaban allí tenían ciertas cosas a ellos "asignadas", según el orden divino. Aunque el hombre hubiera faltado mil y mil veces, la palabra de Jehová no podía faltar, y esta palabra aseguraba a todos los sacerdotes fieles ciertos privilegios de los que podían gozar. Los sacerdotes de Dios, ¿no debían tener nada que comer, ningún alimento sacerdotal, porque se había cometido *una falta*? Los que habían quedado, ¿debían carecer de alimento porque Nadab y Abiú habían ofrecido un "fuego extraño"? No, seguramente; Dios es fiel, y no permitirá nunca que queden hambrientos en su presencia bendita. El hijo pródigo pudo extraviarse, errar, gastar toda su hacienda y llegar a la indigencia, pero será siempre una verdad, que en la casa de su padre había abundancia de pan.

"Comeréis asimismo en lugar limpio, tú y tus hijos y tus hijas contigo, el pecho de la mecida, y la espaldilla elevada, porque por fuero para ti, y fuero para tus hijos, son *dados* de los sacrificios de las paces de los hijos de Israel... por *fuero perpetuo* tuyo, y de tus hijos contigo, *como Jehová lo ha mandado*" (Vers. 14-15). ¡Qué fuerza y qué estabilidad tenemos aquí! Todos los miembros de la familia del sacerdote, "las hijas" igual que "los hijos", todos, cualquiera que fuese la medida de su energía o su capacidad, debían alimentarse del "pecho" y de la espalda, figuras de los afectos y de la fuerza del verdadero Sacrificio de las paces, como resucitado de entre los muertos y presentado ante Dios. Este precioso privilegio les pertenecía ya que les había sido "dado por fuero perpetuo como Jehová lo ha mandado". Esto lo hace todo "seguro y firme", ocurra lo que ocurra. Los hombres pueden faltar y pecar, pueden llegar a ofrecer el "fuego extraño", pero la casa sacerdotal de Dios no puede verse privada de la rica y misericordiosa porción que el amor divino le ha proporcionado y que la fidelidad divina le ha garantizado "por fuero perpetuo".

No obstante, debemos hacer una distinción entre los privilegios que pertenecían a todos los miembros de la familia de Aarón, "hijas" e "hijos", y aquellos de los que sólo podían gozar los varones de esta familia. Ya hemos hecho alusión a este punto al tratar de las ofrendas. Ciertas bendiciones son comunes a todos los creyentes solamente por serlo; y hay otras que piden una mayor medida de conocimiento espiritual y de energía sacerdotal para ser comprendidas y gustadas. Luego, es inútil, es aun culpable, pretender gozar de esta más alta medida, cuando en realidad no la poseemos. Una cosa es tener firmes los privilegios "dados" por Dios, y que nunca pueden faltar, y otra es pretender una capacidad espiritual que nunca hemos alcanzado. Sin duda, debemos desear ardientemente la más alta medida de comunión sacerdotal, el orden más elevado de los privilegios sacerdotales, pero es muy diferente desear una cosa que pretender tenerla.

Este pensamiento aclarará la última parte de este capítulo. "Y Moisés demandó el macho cabrío de la expiación, y hallóse que era quemado; y enojóse contra Eleazar e Ithamar, los hijos de Aarón que habían quedado, diciendo: ¿Por qué no comisteis la expiación en el lugar santo? porque es muy santa, y dióla él a vosotros para llevar la iniquidad de la congregación para que sean reconciliados delante de Jehová. Veis que su sangre no fue metida dentro del santuario, habíais de comerla en el lugar santo, como yo mandé. Y respondió Aarón a Moisés: He aquí hoy han ofrecido su expiación y su holocausto delante de Jehová; pero me han acontecido estas cosas; pues si

comiera yo hoy de la expiación ¿hubiera sido acepto a Jehová? Y cuando Moisés oyó esto, dióse por satisfecho".

Las "hijas" de Aarón no tenían permiso para comer de "la expiación". Este gran privilegio no pertenecía más que a los "hijos", y era figura de la forma más elevada del servicio sacerdotal. Comer de la expiación expresaba el identificarse con el que le ofrecía, y para esto se necesitaba una capacidad sacerdotal y una energía que estaba representada por "los hijos de Aarón". Sin embargo, es evidente que en esta ocasión Aarón y sus hijos no estaban en una condición espiritual para elevarse hasta esa santa altura, aunque debían estarlo. "Me han acontecido estas cosas", dijo Aarón. Sin duda, era una falta deplorable, pero Moisés "lo oyó y dióse por satisfecho". Vale mucho más ser sinceros en la confesión de nuestras culpas y de nuestras negligencias, que tener pretensiones de una fuerza espiritual que de hecho no tenemos.

Así, pues, el décimo capítulo del Levítico comienza por un pecado positivo y termina con un pecado de omisión. Nadab y Abiú ofrecen "fuego extraño" y Eleazar e Ithamar son incapaces de comer de la "expiación". El pecado atrae el juicio divino; la falta se mira con indulgencia divina. No podía haber tolerancia para el "fuego extraño". Era menospreciar abiertamente el mandamiento expreso de Dios. Evidentemente hay gran diferencia entre la transgresión deliberada de un mandamiento positivo, y la simple incapacidad de elevarse a la altura de un privilegio divino. El primer caso es ofender abiertamente a Dios; el segundo es una falta que se comete privándose de una propia bendición. No debiera ocurrir lo uno ni lo otro, pero la diferencia entre los dos es fácil de comprender.

Quiera el Señor, en su gracia infinita, hacernos morar siempre en el oculto retiro de su santa presencia, viviendo en su amor y nutriéndonos de su verdad. Así seremos preservados del "fuego extraño" y de las "bebidas fuertes"; es decir, de todo culto falso, y de la excitación carnal, bajo todas sus formas. Así también seremos capaces de conducirnos rectamente, en todos los detalles del ministerio sacerdotal, y de gozar de todos los privilegios de esta elevada posición. La comunión del cristiano es como la sensitiva: se afecta fácilmente por las influencias de un mundo malvado. Se desarrollará bajo la benéfica acción de la atmósfera del cielo; pero deberá cerrarse resueltamente al soplo glacial del mundo. Recordemos estas cosas y procuremos estar siempre en el recinto sagrado de la presencia divina. Allí todo es puro, seguro y feliz.

CAPITULO 11

El libro del Levítico puede llamarse con razón "Guía del sacerdote", porque este es el carácter que tiene. Está lleno de principios para la dirección de los que desean gozar de la proximidad de Dios ejerciendo el sacerdocio. Si Israel hubiera continuado andando con Jehová, según la gracia por la cual los había sacado de la tierra de Egipto, le hubieran sido "reino de sacerdotes y gente santa" (Exodo 19: 6). Pero no lo hicieron, sino que se alejaron de El. Se colocaron bajo la ley, y no pudieron observarla. Por esto, Jehová tuvo que elegir cierta tribu, y en ella una familia determinada; y en esta familia un hombre, y a él y a su casa fue concedido el gran privilegio de acercarse a Dios como sacerdotes.

Los privilegios de semejante posición eran inmensos; pero tenía también sus graves responsabilidades. Exigía incesantemente el ejercicio de un espíritu de discernimiento. "Porque los labios de los sacerdotes han de guardar la sabiduría; y de su boca buscarán la ley: porque mensajero es de Jehová de los ejércitos" (Mal. 2:7). El sacerdote debía no sólo llevar el juicio de la congregación delante de Jehová, sino también explicar las ordenanzas de Jehová a la congregación. Debía estar siempre dispuesto a ser el intermediario para las comunicaciones entre Jehová y el pueblo. No sólo debía conocer para sí mismo los pensamientos de Dios, sino también interpretarlos

al pueblo. Todo esto requería necesariamente una vigilancia continua, una atención sostenida, un estudio constante, de las páginas inspiradas, a fin de impregnarse bien de todos los preceptos, juicios, estatutos, mandamientos, y de todas las leyes y ordenanzas del Dios de Israel, para ser el instructor de la congregación en cuanto a las cosas que deben ser hechas".

No quedaba ni el lugar más pequeño para los juegos de la imaginación, ni para introducir las plausibles inducciones del hombre, ni para las hábiles invenciones de las conveniencias humanas. Todo estaba prescrito con la precisión divina y la autoridad perentoria de un "así ha dicho Jehová". Minuciosa y completa como era la explicación de los sacrificios, de los ritos y de las ceremonias, no dejaba nada que hacer a la elaboración del cerebro humano. No le estaba permitido, ni aun decidir qué especie de sacrificio debía ofrecerse en ciertas ocasiones, ni de qué manera debía presentarse este sacrificio. Jehová lo había previsto todo. Ni la congregación ni el sacerdote tenía la menor autoridad para decretar, o sugerir un solo detalle en la larga serie de las ordenanzas de la economía mosaica. *La palabra de Jehová lo ordenaba todo; el hombre no tenía más que obedecer.*

Para un corazón obediente esto constituye una gran ventaja. Nunca se apreciará bastante el privilegio de poder recurrir a los oráculos de Dios, y de encontrar en ellos, día por día, las más amplias instrucciones sobre todos los detalles concernientes a la fe y al servicio. Lo que necesitamos es una voluntad sumisa, un espíritu humilde, un corazón sencillo. Las enseñanzas divinas son tan completas como podemos desear; no tenemos necesidad de otra cosa. Creer, aunque sólo sea por un instante, que resta algo que la sabiduría humana pueda o deba suplir, es un insulto hecho a los libros sagrados. No se puede leer el Levítico sin admirar el extremo cuidado que muestra el Dios de Israel para proporcionar a su pueblo las instrucciones más detalladas en cuanto a todo lo que se refiere a su servicio y a su culto. El lector más superficial encontrará, por lo menos, esta interesante lección.

Ahora más que en ninguna otra época necesitan los cristianos aprender esta lección. De todas partes se elevan dudas sobre la divina suficiencia de las Escrituras. En algunos casos estas dudas se expresan abiertamente y con propósito deliberado; en otros, con menos franqueza se insinúan secretamente, y se presentan por medio de alusiones o inferencias. Se dice, directa o indirectamente, al navegante cristiano que el mapa divino no es suficiente para los múltiples y complicados detalles del viaje; que en el océano de la vida se han operado tantos cambios desde la formación de esta carta, que en muchos casos resulta defectuosa para las necesidades de la navegación moderna. Se le dice que las corrientes, las mareas y las costas de este océano son enteramente diferentes ahora de lo que eran hace algunos siglos, y que, por consiguiente, es preciso que haya recursos apropiados a las necesidades de la navegación moderna, a fin de suplir con esto lo que falta en la antigua carta, la cual (se conviene en ello) era perfecta en la época en que fue hecha.

Nuestro vivo deseo es que el lector cristiano pueda contestar con toda seguridad a este grave insulto inferido al precioso volumen inspirado, en el que cada línea viene del seno del Padre, siendo escrito por hombres inspirados por el Espíritu Santo. Deseamos que pueda contestar, ya se le presente bajo la forma de una audaz blasfemia, ya bajo la de una sabia y plausible inducción. Sea cual fuere el manto con que se cubra, debe su origen al enemigo de Cristo, al enemigo de la Biblia, al enemigo del alma. Si, en efecto, la Palabra de Dios no fuera suficiente ¿dónde estamos? ¿a qué lado nos volveremos? ¿A quién nos dirigiremos cuando tengamos necesidad de socorros y de luz, si el libro de nuestro Padre es defectuoso? Dios nos dice que su libro nos hace *"enteramente"* instruidos para toda buena obra" (2a. Tim. 3:17). El hombre sostiene lo contrario, y dice que hay muchas cosas sobre las cuales la Biblia calla, y, no obstante, tenemos necesidad de saber. ¿A quién creeremos? ¿A Dios o al hombre? Nuestra respuesta a los que ponen en duda la divina suficiencia de la Biblia es sencillamente esta: "O no eres hombre de Dios; o aquello para lo que buscas autorización no es una 'buena obra'". Esto es muy claro, y nadie podrá verlo de otro modo

considerando cuidadosamente 2a. Tim. 3:17. ¡Ojalá tengamos un sentimiento más profundo de la plenitud, de la majestad y de la autoridad de la palabra de Dios! Tenemos mucha necesidad de ser corroborados en este asunto. Deseamos un sentimiento tan vivo, tan vigoroso y tan constante de la autoridad suprema del canon sagrado y de su completa suficiencia para todos los tiempos, todos los climas, todas las posiciones, todos los estados personales, sociales y eclesiásticos, que podamos resistir todos los esfuerzos del enemigo para desprestigiar el valor de este inestimable tesoro. Que nuestros corazones estén más al unísono con estas palabras del Salmista: "El principio de tu palabra es verdad: y eterno es todo juicio de tu justicia" (Sal. 119:160).

Estos pensamientos se han despertado en nosotros, examinando el undécimo capítulo del Levítico. En él vemos a Jehová haciendo una descripción maravillosamente detallada de animales, aves, peces y reptiles, y dando a su pueblo distintas señales para que pudieran conocer lo que era limpio y lo que era inmundo. Los dos últimos versículos de este notable capítulo nos dan el resumen completo: "Esta es la ley de los animales, y de las aves, y de todo ser viviente que se mueve en las aguas, y de todo animal que anda arrastrándose sobre la tierra, para hacer diferencia entre inmundo y limpio, y entre los animales que se pueden comer y los animales que no se pueden comer". Respecto a los animales cuadrúpedos, dos cosas eran necesarias para que fuesen limpios: era preciso que rumiasen y que tuvieran la pezuña hendida. "De entre los animales, todo el de pezuña y que tiene las pezuñas hendidas y que rumia, éste comeréis". Una sola de estas señales hubiera sido insuficiente para constituir la pureza ceremonial; las dos debían hallarse reunidas. Aunque estas dos señales bastaban para dirigir al israelita, en cuanto a la distinción de los animales limpios y de los inmundos, independientemente de toda mención del sentido o de los motivos de estos caracteres, el cristiano encuentra verdades del orden espiritual contenidas en estas ordenanzas ceremoniales.

¿Qué nos enseñan, pues, estas dos señales de un animal limpio? La acción de rumiar expresa el acto de "digerir interiormente" lo que se come; mientras que la pezuña hendida representa el carácter de la marcha exterior. Hay, como sabemos, íntima relación entre estas dos cosas en la vida del cristiano. Aquel que padece en los verdes pastos de la palabra de Dios, y digiere lo que allí come; aquel que combina la tranquila meditación del estudio con oración, manifestará también el carácter de una marcha que es a gloria de Aquel que ha querido darnos su palabra para dirigir nuestros caminos y formar nuestros hábitos.

Es de temer que muchos de los que *leen la Biblia no digieran la palabra*. Hay una inmensa diferencia entre estas dos cosas. Se puede leer capítulo tras capítulo, libro tras libro, y no digerir una sola línea. Podemos leer la Biblia, como si cumpliésemos una fría y vana rutina, pero por falta de facultades rumiantes, de órganos digestivos, no sacamos de ello ningún provecho, y debemos guardarnos de ello. El ganado que padece la yerba verde nos puede enseñar una saludable lección. Primero, recoge diligentemente el refrescante pasto, después, se acuesta tranquilo para rumiarlo. Bella y admirable imagen de un cristiano, alimentándose del precioso contenido del volumen inspirado, digiriéndolo después interiormente. ¡Quiera Dios que esto sea más general entre nosotros! Si estuviéramos más habituados a hacer de la Palabra el alimento necesario y diario de nuestras almas, estaríamos seguramente en un estado más vigoroso y más sano. Guardémonos de hacer de la lectura de la Biblia una forma muerta, un frío deber, un trabajo de rutina religiosa. La misma precaución es necesaria en cuanto a la exposición de la Palabra en público. Que los que explican las escrituras a sus semejantes se alimenten de ellas y las digieran primero para sí mismos. Que lean y rumien a sus solas, no sólo para los demás, sino para sí mismos. Es triste ver un hombre continuamente ocupado en procurar alimento a beneficio de otros, mientras que él se muere de hambre. Y que los que asisten al ministerio público de la Palabra, no lo hagan maquinalmente y por hábito, sino con sincero deseo de aprender y digerir interiormente lo que oyen. Entonces los que enseñan y los que son enseñados estarán en buen estado, la vida espiritual será alimentada y sostenida, y se manifestará el verdadero carácter de la conducta cristiana.

Pero recordemos que el precepto exige que además de la acción de rumiar, tenga el animal la pezuña hendida. El que no conociera perfectamente el "Guía del sacerdote", el inexperto en cuanto a las ordenanzas divinas, viendo un rumiante, podía, a la ligera, declararlo limpio, lo cual hubiera sido un grave error. Un estudio más cuidadoso de la fórmula divina, le hubiera enseñado muy pronto que debía observar también la *marcha* del animal; buscar la huella de la pezuña hendida. "Estos empero no comeréis de los que rumian, y de los que tienen pezuña; el camello, porque rumia mas no tiene pezuña hendida; habéis de tenerlo por inmundo, etc". (Vers. 4-6). Igualmente, la pezuña hendida no bastaba para declararlo limpio; tenía que ser rumiante. "También el puerco, porque tiene pezuñas, y es de pezuñas hendidas, mas no rumia, tendréislo por inmundo" (Vers.7).

En una palabra, estas dos cosas eran inseparables en todo animal limpio; y en cuanto a la aplicación espiritual, es de la más alta importancia desde el punto de vista, práctico. La vida interior y la marcha exterior deben estar íntimamente unidas. Se puede hacer profesión de amar la palabra de Dios y de alimentarse de ella, de estudiarla y de rumiarla, de hacer de ella el pasto de su alma, pero si las huellas de su marcha sobre el sendero de la vida no son como pide la Palabra, no está limpio. Y, por otra parte, se puede andar con exactitud farisaica; pero si la marcha no es el resultado de la vida oculta, no vale nada en sí misma. Es preciso que haya dentro el principio divino que toma y digiere el rico pasto de la Palabra de Dios, sin la cual la huella de sus pasos no servirá de nada. El valor de cada uno de estos caracteres depende de su unión inseparable con el otro. Esto nos trae vivamente a la memoria un serio pasaje de la primera epístola de Juan, en el cual el Apóstol nos da las dos señales con las cuales podemos conocer a los que son de Dios: "en esto son manifiestos los hijos de Dios y los hijos del diablo; cualquiera que *no hace justicia y que no ama a su hermano*, no es de Dios" (1a. Juan 3:10). Aquí tenemos los dos grandes rasgos característicos de la vida eterna que poseen todos los verdaderos creyentes, a saber: "la justicia" y "el amor", el signo exterior y el interior. Los dos deben estar juntos. Algunos cristianos abogan sólo para lo que llaman el amor; otros por la justicia. Según Dios, no puede existir lo uno sin lo otro. Si lo que se llama amor existe sin la justicia práctica, no será en realidad más que una disposición del espíritu débil y relajado, que tolerará toda especie de error y de mal. Y si lo que se llama justicia existe sin el amor, sería una disposición del alma severa, orgullosa, farisaica, egoísta, asentada en la miserable base de la reputación personal. Pero allí donde obra con energía la vida divina, se encontrará siempre la caridad interior, unida a una sincera justicia práctica. Estos dos elementos son esenciales para la formación del verdadero carácter cristiano. Es preciso que haya el amor que se muestra por todo lo que es de Dios, y, al mismo tiempo, la santidad que retrocede con horror ante todo lo que es de Satanás.

Veamos ahora lo que el ceremonial levítico enseña en cuanto a "todo lo que está en las aguas". Aun aquí encontramos la doble marca. "Esto comeréis de todas las cosas que están en las aguas: todas las cosas que tienen aletas y escamas en las aguas de la mar, y en los ríos, aquellas comeréis; mas todas las cosas que no tienen aletas ni escamas en la mar y en los ríos, así de todo reptil de agua como de toda cosa viviente que está en las aguas, las tendréis en abominación" (Vers. 9-10). Dos cosas eran necesarias para que un pez fuese limpio, en el sentido ceremonial de la palabra, "las aletas y escamas", que evidentemente representaban cierta aptitud para el elemento en el que debía moverse el animal.

Pero aún había más. Creemos que tenemos el privilegio de poder discernir, por medio de las propiedades naturales con que Dios ha dotado a las criaturas que viven en las aguas, ciertas cualidades espirituales que pertenecen a la vida cristiana. Si al pez le son necesarias las "aletas" para moverse en el agua, y las "escamas" para resistir la acción de este elemento, el cristiano también tiene necesidad de la fuerza espiritual que le hace marchar adelante a través del mundo que le rodea, y al mismo tiempo le hace resistir su influencia. Estas cualidades son muy preciosas para el cristiano. Las aletas y las escamas tienen mucha significación y ofrecen mucha instrucción para el creyente. Nos representan, bajo la forma ceremonial, dos cosas de las que tenemos gran necesidad,

a saber: la energía espiritual para ir adelante a través del elemento que nos rodea, y la fuerza para preservarnos de su acción. De nada serviría una sin la otra. Es inútil poseer la fuerza necesaria para avanzar, si no podemos resistir la influencia del mundo, y aunque fuésemos capaces de resistir la influencia mundana, no obstante, si no tenemos fuerza para avanzar, somos defectuosos.

La conducta de un cristiano debe demostrar que es extranjero y peregrino sobre la tierra. Su divisa debe ser "*adelante*", siempre y únicamente adelante. Cualesquiera que sean sus circunstancias, sus miradas deben dirigirse a una morada más allá de este mundo perecedero. Está dotado, por gracia, de la facultad espiritual de ir adelante, de salvar enérgicamente todos los obstáculos, y de realizar las ardientes aspiraciones de un alma nacida de arriba. Y abriéndose así vigorosamente su camino hacia adelante; "forzando su camino hasta el cielo", es preciso que guarde su hombre interior revestido y cerrado cuidadosamente a todas las influencias de fuera.

¡Oh si tuviéramos más deseos de avanzar, más aspiraciones de lo alto, más santa sujeción del alma a las cosas de arriba y mayor alejamiento de este mundo vano! Si, merced a estas meditaciones sobre las sombras ceremoniales del libro del Levítico, llegamos a desear más ardientemente estos dones, que nos son tan necesarios, tendremos motivo para bendecir al Señor por ello.

Del versículo 13 al 24 de este capítulo encontramos la ley relativa a las aves. Todas las carnívoras eran inmundas. Todas las omnívoras, o las que comían de todo, eran inmundas. Todas las que, aunque dotadas de la facultad de elevarse en los cielos, se arrastraban, no obstante, sobre la tierra, eran inmundas. En cuanto a esta última clase había algunos casos excepcionales (Vers. 21-22), pero la regla general, el principio fijo, la ordenanza inmutable, era tan explícita como es posible. "Todo reptil alado que anduviere sobre cuatro pies, tendréis en abominación" (Vers. 20). Todo esto es de una enseñanza muy sencilla para nosotros. Las aves que podían alimentarse de carne, las que podían tragar todo lo que se presentase, y todas las aves que se arrastraban debían ser inmundas para el Israel de Dios, porque el Dios de Israel las había declarado tales, y el corazón espiritual no tendrá dificultad en reconocer la justicia de semejante ordenanza. No solamente podemos ver en la naturaleza de las tres clases de aves aquí citadas el sabio motivo que las hacía declarar inmundas, sino que vemos también la admirable representación de aquello de que todo cristiano verdadero debe guardarse absolutamente. Debe rechazar todo lo que es de una naturaleza carnal. Además, no puede alimentarse de todo lo que se le presenta. Debe "discernir las cosas que difieren", debe "mirar lo que oye"; es preciso que ejerza juicio espiritual sobre todas las cosas, discerniéndolas según los gustos celestes. Finalmente, es preciso que se sirva de sus alas, es preciso que se eleve por medio de las de la fe y busque su lugar en la esfera celeste a que pertenece. En una palabra, no debe haber nada bajo, nada confuso, nada sucio, en el cristiano.

En cuanto a los reptiles, he aquí la regla general. "Y todo reptil que va arrastrándose sobre la tierra, es abominación, no se comerá" (Vers. 41). ¡Cuán admirable la gracia benévola de Jehová, quien se digna dar instrucciones acerca de un reptil! No quería dejar a su pueblo en indecisión acerca de la cosa más pequeña. El guía del sacerdote contiene las más detalladas instrucciones sobre todos los puntos. Quería Dios que su pueblo se conservase puro de toda inmundicia resultante del contacto con lo sucio. Ellos no se pertenecían a sí mismos, y, por lo tanto, no debían obrar como bien les pareciese. Pertenecían a Jehová, su nombre era llamado sobre ellos; estaban identificados con El. Su palabra debía ser en todas las cosas su regla de conducta. Por ella debían aprender a juzgar del estado ceremonial de los cuadrúpedos, de las aves, de los peces y de los reptiles. No debían, en esta materia, apoyarse en sus propios pensamientos, ejercer su facultad de raciocinio, o dejarse guiar por sus propias imaginaciones. *La palabra de Dios debía ser su única guía.* Los demás pueblos podían comer lo que quisieran, pero Israel gozaba el gran privilegio de no comer más que lo que agradaba a Jehová.

El pueblo de Dios no sólo debía guardarse cuidadosamente de *comer* lo inmundo, sino que aún el simple contacto le estaba prohibido (Véanse los Vers. 8, 24, 26-28, 31-41). Era imposible que un miembro del Israel de Dios tocara lo que era inmundo sin contraer inmundicia. Este principio está ampliamente desarrollado en la ley y los profetas: "Así ha dicho Jehová de los ejércitos: Pregunta ahora a los sacerdotes acerca de la ley, diciendo: si llevare alguno las carnes sagradas en la falda de su ropa, y con el vuelo de ella tocare el pan, o la vianda, o el vino, o el aceite, u otra cualquiera comida, ¿será santificado? Y respondieron los sacerdotes, y dijeron: No. Y dijo Haggeo: Si un inmundo a causa de cuerpo muerto tocare alguna cosa de estas ¿será inmunda? Y respondieron los sacerdotes, y dijeron: Inmunda será" (Hag. 2:11-13). Jehová quería que su pueblo fuese santo por todos conceptos. No debían comer, ni tocar nada que fuera inmundo. "No ensuciéis vuestras personas con ningún reptil que anda arrastrando, ni os contaminéis con ellos, ni seáis inmundos por ellos". Después viene la poderosa razón de esta detallada ordenanza: "*Por que yo soy Jehová vuestro Dios, vosotros por tanto os santificareis, y seréis santos, porque yo soy santo; así que no ensuciéis vuestras personas con ningún reptil que anduviere arrastrando sobre la tierra. Porque yo soy Jehová, que os hago subir de la tierra de Egipto para seros por Dios; seréis, pues, santos, por que yo soy santo*" (Vers. 43-45)

Es conveniente observar que la santidad personal de los siervos de Dios, su entera separación de toda especie de inmundicia, proviene de sus relaciones con El. No se basa en el principio: "retírate, no te acerques a mí, porque yo soy más santo que tú"; sino sencillamente sobre éste: "Dios es santo", por esto todos los que están en relación con El, deben ser santos también. Por todos conceptos es digno de Dios que su pueblo sea santo. "Tus testimonios son firmes; la santidad reside en tu casa, ¡oh Jehová! por largos días". ¿Qué puede convenir a la morada de Jehová sino la santidad? Si se hubiera preguntado a un israelita "¿Por qué retrocedes así ante ese reptil que se arrastra por el sendero? hubiera contestado: "Jehová es santo, y yo le pertenezco: El ha dicho: "No lo toques". Igualmente ahora, si se pregunta a un cristiano por qué se mantiene alejado de tantas cosas en las que los hombres del mundo toman parte, su respuesta debe ser sencillamente: "*Mi Padre es santo*". Esta es la verdadera base de la santidad personal. Cuanto más contemplemos el carácter divino y comprendamos la potencia de nuestras relaciones con Dios en Cristo por la energía del Espíritu Santo, tanto más santos seremos en la práctica. No puede haber progreso en el estado de santidad en que entra el creyente; pero hay y debe haber progreso en la apreciación, en la experiencia y en la manifestación práctica de esta santidad. Estas cosas nunca deberían confundirse. Todos los creyentes están en la misma condición de santidad o de santificación, pero su medida práctica puede variar hasta lo infinito. Esto es fácil de comprender; nuestra condición resulta de que fuimos hechos cerca de Dios por la sangre de la cruz; la santidad práctica depende de la medida en que nos *mantenemos* cerca de Dios, por la potencia del Espíritu. Esto no es pretender un grado de santidad personal más elevado que el de otros, ni ser de algún modo mejor que el prójimo. Tales pretensiones son, desde luego, despreciables a los ojos de toda persona inteligente. Pero si Dios, en su gracia infinita, se baja hasta nosotros y nos eleva a la santa altura de su presencia bendita, en unión con Cristo, ¿no tiene el derecho de prescribirnos cuál ha de ser nuestro carácter? ¿Quién osaría poner en duda una verdad tan evidente? Y por otra parte ¿no debemos procurar conservar este carácter que nos prescribe? ¿Debernos ser acusados de presunción si lo hacemos? ¿Era presunción para un israelita el rehusar tocar "un reptil"? No, pero habría sido una audaz y peligrosa presunción el hacerlo. Podía ser, es verdad, que no pudiera hacer comprender y apreciar a un extranjero incircunciso, el motivo de su conducta, pero lo que importaba era que Jehová había dicho: "No lo toques". No era que un israelita, por si mismo, fuese más santo que un extranjero, sino porque Jehová era santo, e Israel le pertenecía. Eran necesarios el ojo y el corazón de un discípulo circunciso de la ley de Dios, para discernir lo que era limpio y lo que no lo era. Un extranjero no veía en ello ninguna diferencia. Así debe ocurrir siempre: únicamente los hijos de la sabiduría son los que la pueden justificar y aprobar sus celestes enseñanzas.

Antes de dejar el capítulo undécimo de Levítico, nos será útil compararlo con el Cap. 10 de los Hechos, vers. 11-16. Cuán extraño le debió parecer a Pedro, educado desde su infancia en los principios del ritual mosaico, ver un vaso descendiendo del cielo "en el cual había de todos los animales cuadrúpedos de la tierra, y reptiles, y aves del cielo", y no sólo ver el vaso sino aun oír una voz diciendo: "Levántate, Pedro, mata y come". ¡Cosa maravillosa: comer sin ningún examen de las pezuñas y de los instintos! No había necesidad de ello; el vaso y su contenido habían descendido del cielo. Esto era bastante. El judío podía atrincherarse detrás de las estrechas barreras de las ordenanzas judaicas, y exclamar: "No puedo, Señor, porque no he comido jamás nada que sea impuro o inmundado"; pero la ola de la gracia divina se elevaba majestuosamente por encima de estas barreras, a fin de abrazar en su vasto contorno "toda suerte de objetos", y de elevarlos al cielo con la potencia y sobre la autoridad de estas preciosas palabras: "Lo que Dios limpió, no lo llames tú común". Poco importaba lo que había en el vaso, si Dios lo había purificado. El Autor del libro de Levítico iba a elevar los pensamientos de su siervo por encima de las barreras que este libro había erigido, hasta toda la magnificencia de la gracia celestial. Quería enseñarle que la verdadera pureza; la que el cielo pedía, no debía consistir en el acto de rumiar y en el hecho de tener la pezuña hendida o en tal o cual marca ceremonial, sino en estar lavada en la sangre del Cordero, que limpia de todo pecado, y que hace al creyente bastante limpio para pisar el pavimento de zaphiro de los celestes atrios.

Era una hermosa lección dada a un judío. Era una lección divina a cuya luz debían desvanecerse las sombras de la antigua economía. La mano de la gracia soberana ha abierto la puerta del reino, pero no para admitir a aquel que sea impuro. Nada impuro puede entrar en el cielo; luego el criterio de la pureza no podía ser ya una pezuña hendida, sino únicamente esto: "*Lo que Dios ha limpiado*". Cuando Dios purifica a un hombre, debe, ciertamente, estar limpio. Pedro había sido enviado para abrir el reino a los gentiles, como lo había abierto ya a los judíos, y su corazón judío tenía necesidad de ensancharse. Tenía necesidad de elevarse sobre las sombras de un tiempo que ya había pasado, en la luz esplendorosa que irradiaba de un cielo abierto en virtud de un sacrificio cumplido y perfecto. Tenía necesidad de salir de la estrecha corriente de los prejuicios judaicos y de ser llevado en el seno de este océano de gracia que iba a esparcirse sobre todo un mundo perdido. Tenía también que aprender que la medida que debía determinar la verdadera pureza no era carnal, ceremonial y terrestre, sino espiritual, moral y celeste. Podemos, pues, decir que eran grandes lecciones las que recibió el Apóstol de la circuncisión en la azotea de la casa de Simón el curtidor. Eran eminentemente propias para dulcificar, para dilatar y elevar un espíritu que había sido formado en medio de las influencias deprimentes del sistema judaico. Nosotros damos gracias al Señor por estas preciosas lecciones. Le damos gracias por la bella y rica posición en que nos ha colocado, por la sangre de la cruz. Nosotros le bendecimos porque no estamos trabados por los "no tomes, no gustes, no toques, sino que su Palabra nos declara que "todo lo que Dios crió es bueno, y nada hay que desechar, tomándose con hacimiento de gracias; porque por la Palabra de Dios y por la oración es santificado" (la. Tim. 4: 4-5).

CAPITULO 12

Esta corta sección de nuestro libro nos da, a su manera, la doble lección de "la ruina del hombre y del remedio de Dios". Pero aunque la forma sea particular, la lección es de las más claras y de las más propias para impresionar. Es a la vez profundamente humillante y divinamente consoladora. El efecto de toda Escritura directamente explicada y aplicada a nuestra alma por el poder del Espíritu Santo, es conducirnos fuera de nosotros mismos a Cristo. Por allí por donde veamos nuestra naturaleza caída, por cualquier punto de su historia que la consideremos, sea en su concepción, en su nacimiento o en cualquier otra fase a lo largo de su carrera, desde la cuna a la tumba, lleva el doble sello de debilidad e inmundicia. Esto es lo que se olvida muchas veces en medio de la ostentación de las pompas, de las riquezas y de los esplendores de la vida humana. El

corazón del hombre es fértil en medios de cubrir su humillación. Busca de diversas maneras el medio de adornar, de dorar su desnudez y de revestirse con apariencias de fuerza y de gloria; pero todo esto no es más que vanidad. Basta verle a su entrada en el mundo, pobre y débil criatura, o cuando sale de él para tornar a la tierra, para tener la prueba más convincente de la nada de todo su orgullo, de la vanidad de toda su gloria. Aquellos cuyo camino a través de este mundo ha sido iluminado por lo que el hombre llama la gloria, entraron en él en la desnudez y en la debilidad y salieron por la enfermedad y la muerte.

Pero no es sólo esto. La condición del hombre, lo que le caracteriza a su entrada en la vida, no es sólo la debilidad, sino también el pecado. "He aquí, dice el Salmista, en maldad he sido formado, y, en pecado me concibió mi madre" (Sal. 51:5), y "¿cómo será limpio el que nace de mujer?" (Job. 25:4). En el capítulo que tenemos a la vista, aprendemos que la concepción y el nacimiento de un "varón" ocasionaba "siete días" de inmundicia ceremonial para la madre, con treinta y tres días de exclusión del Santuario, y que estos períodos eran dobles en el caso de ser "hembra". Esto ¿no nos enseña algo? ¿no podemos sacar de ello una lección humillante? ¿no se nos declara con un lenguaje fácil de comprender, que el hombre es una "cosa impura", y que necesita la sangre de la expiación para purificarlo? El hombre se imagina que puede hacerse una justicia propia. Ensalza orgullosamente la dignidad de la naturaleza humana. Puede tomar un aire altanero y un andar arrogante, recorriendo la escena de la vida; pero si quiere meditar sobre el corto capítulo del libro que nos ocupa, su orgullo, su vanidad, su dignidad y su propia justicia se desvanecerán prontamente, y en su lugar encontrará la sólida base de toda verdadera dignidad, lo mismo que el fundamento de la divina justicia, en la cruz de nuestro Señor Jesucristo.

La sombra de la cruz pasa ante nosotros en este capítulo, bajo un doble aspecto, primero, en la circuncisión del "varón", por la cual entraba Como miembro en el Israel de Dios; y después, en el holocausto y expiación, por los cuales la madre quedó limpia de toda inmundicia, reintegrada a la congregación y hecha capaz de nuevo de acercarse al santuario y de ponerse en contacto con las cosas santas. Y cuando los días de su purgación fueren cumplidos por hijo y por hija, traerá un cordero de un año para holocausto, y un palomino o una tórtola para expiación, a la puerta del tabernáculo del testimonio, al sacerdote; y él ofrecerá delante de Jehová y hará expiación por ella, y será limpia del flujo de su sangre. Esta es la ley de la que pariere varón o hembra" (Vers. 6-7). La muerte de Cristo, en sus dos grandes aspectos, se presenta aquí a nuestro pensamiento, como la única cosa que podía responder a la necesidad de lavar perfectamente la mancha que el nacimiento natural del hombre producía. El holocausto representa la muerte de Cristo según la apreciación divina; el sacrificio de expiación, por otra parte, representa la muerte de Cristo en relación con las necesidades del pecador.

"Y si no alcanzare su mano lo suficiente para un cordero, tomará entonces dos tórtolas o dos palominos, uno para holocausto y otro para expiación; y el sacerdote hará expiación por ella, y será limpia". Solo el derramamiento de sangre podía purificar. La cruz es el único remedio para la enfermedad y la impureza del hombre. Donde quiera que sea comprendida esta obra gloriosa por la fe, se goza de una purificación completa. Esta percepción puede ser débil; la fe puede ser vacilante; las experiencias pobres; pero recuerde el lector, para regocijo y consolación de su alma, que no es la profundidad de sus experiencias, la estabilidad de su fe, o la fuerza de su comprensión, lo que le purifica, sino únicamente, el valor divino, la inmutable eficacia de la sangre de Jesús. Esto proporciona gran reposo al alma. El sacrificio de la cruz es el mismo para cada miembro del Israel de Dios, cualquiera que sea su posición en la asamblea. Las tiernas consideraciones del Dios de misericordia se veían en el hecho de que la sangre de una tórtola era tan eficaz para el pobre, como la del cordero para el rico. El pleno valor de la obra expiatoria era igualmente demostrado por las dos ofrendas. Si no hubiera sido así, el humilde israelita, comprendido en alguno de los casos en que la ley ceremonial le declaraba inmundo, hubiera podido exclamar, contemplando los numerosos rebaños de algún rico: ¿Qué haré? ¿Cómo me purificaré? ¿Cómo podré recobrar mi lugar y mis

privilegios en la congregación? No tengo ni ganados, ni vacadas; soy pobre y menesteroso. Pero, gracias a Dios, este caso estaba previsto. Un palomino o una tórtola era suficiente. La misma gracia perfecta y admirable se encuentra en el caso del leproso, en el capítulo 14 de nuestro libro. "*Mas si fuere pobre, que no alcanzare su mano a tanto*, entonces tomará, etc... Asimismo ofrecerá la una de las tórtolas o de los palominos lo que alcanzare su mano... Esta es la ley del que hubiere tenido plaga de lepra, cuya mano no alcanzare lo prescrito para purificarse" (Vers. 21, 30-32). La gracia sale al encuentro del menesteroso en cualquier lugar donde esté y tal como es. La sangre expiatoria está puesta al alcance del más humilde, del más pobre y del más débil. Todos los que tienen necesidad de ella pueden alcanzarla. "Si es pobre" ¿qué pues? ¿que sea rechazado? ¡Oh no! El Dios de Israel no podía obrar de esta suerte con los pobres y los indigentes. Hay gran consuelo para estos últimos en la bella expresión "lo que alcanzare su mano"... "Lo que su mano habrá podido alcanzar..." ¡Qué gracia más perfecta! "A los pobres es anunciado el Evangelio". Nadie puede decir: "La sangre de Cristo no está a mi alcance". Se puede preguntar a cada uno: "¿Quisieras que se te acercase?" "Haré que se acerque mi justicia; no se alejará", dice el Señor (Isa. 46:13). ¿Hasta qué punto está cerca? Tan cerca, que es "para el que no obra, pero cree en Aquel que justifica al impío" (Rom. 4:5). Y aún "cercana está la palabra". Tan cerca que "si confesares con tu boca al Señor Jesús y creyeres en tu corazón que Dios le levantó de los muertos, serás salvo" (Rom. 10:8, 9). Lo mismo dice también esta bella y conmovedora invitación: "A todos los sedientos, venid a las aguas, y *los que no tienen dinero*" (Isa. 55:1).

¡Qué gracia incomparable brilla en estas expresiones: "para el que *no obra*" y "los que *no tienen dinero*". Son tan conformes a la naturaleza de Dios, como opuestas a la del hombre. La salud es tan gratuita como el aire que respiramos, y "¿hemos creado nosotros el aire? ¿Acaso hemos combinado nosotros los elementos que lo componen?" No, pero gozamos de él, y gozándolo podemos vivir y obrar por Aquel que lo ha creado. Lo mismo ocurre en el asunto de la salud. La recibimos sin haber hecho nada. Gozamos de las riquezas de otro; descansamos sobre la obra cumplida por otro, y además, alimentándonos y descansando así, es como somos capaces de trabajar por Aquel sobre cuya obra reposamos y de cuyas riquezas gozamos. Es esta una gran paradoja del Evangelio, inexplicable para el legalismo, pero admirablemente sencilla para la fe. La gracia divina se deleita proveyendo a las necesidades de los que no tienen medios de proveerlas ellos mismos.

Pero, encontramos aún otra lección preciosa en este duodécimo capítulo de Levítico. No solamente vemos en él la gracia de Dios hacia los pobres, sino que comparando los últimos versículos con Luc. 2:24, aprendemos hasta qué asombrosa profundidad se bajó Dios para manifestar esta gracia. Nuestro Señor Jesucristo, Dios manifestado en carne, el Cordero puro y sin tacha, el Santo, que no conoció pecado, "nació de mujer", y esta mujer ¡maravilloso misterio! después de haber llevado en su seno y puesto en el mundo este cuerpo humano, puro, perfecto, santo y sin tacha, debió someterse a las ceremonias ordinarias y cumplir los días de su purificación, según la ley de Moisés. Y no sólo vemos la gracia divina en el hecho de que ella debiera purificarse, sino en la forma en que esto se cumplió y para dar la ofrenda conforme a lo que está dicho en la ley del Señor: *un par de tórtolas o dos palominos*". Esta sencilla circunstancia nos enseña que los padres putativos del Señor Jesús eran pobres hasta el punto de estar obligados a aprovechar el bondadoso permiso dado a los que no tenían medio de ofrecer "un cordero para holocausto". El Señor de gloria, el Dios Todopoderoso, poseedor del cielo y de la tierra, Aquel a quien pertenecen "las bestias que están por millares en las montañas" y todas las riquezas del universo, aparece en este mundo, que sus manos habían creado, en las difíciles circunstancias que acompañan a una vida muy humilde. La economía levítica hace concesiones a los pobres, y la madre de Jesús se aprovecha de ellas. Hay en esto una profunda lección para el corazón humano. El Señor Jesús no hizo su entrada en el mundo en medio de los grandes y los nobles. Fue muy especialmente un hombre pobre. "Porque ya sabéis la gracia de nuestro Señor Jesucristo, que por amor de vosotros se hizo pobre siendo rico; para que vosotros con su pobreza fueseis enriquecidos" (2a. Cor. 8:9).

¡Ojalá podamos alimentarnos siempre con alegría de esta preciosa gracia de nuestro Señor Jesucristo, por la cual hemos sido enriquecidos por el tiempo y la eternidad! Él se vació de todo lo que el amor puede dar, para que nosotros fuésemos llenos; se desnudó para que nosotros fuésemos vestidos; murió para que nosotros viviésemos. En la grandeza de su gracia, descendió de lo alto de la gloria divina hasta las profundidades de la humana pobreza, para que pudiéramos ser elevados del estiércol de la ruina natural, para tomar nuestro lugar entre los príncipes de su pueblo para siempre. ¡Oh! ¡Que el sentimiento de esta gracia, producido en nuestros corazones por la potencia del Espíritu Santo, nos constriña a abandonarnos más completamente a Aquel al cual debemos nuestra felicidad presente y eterna, nuestras riquezas, nuestra vida, nuestro todo!

CAPITULOS 13 Y 14

Entre todas las funciones que, según la ley de Moisés, debía desempeñar el sacerdote, ninguna exigía una atención más paciente, una adhesión más estricta a la guía divina, que la comprobación y tratamiento conveniente de la lepra. Este hecho debe ser evidente para aquel que estudie con alguna atención la importante parte de nuestro libro a que hemos llegado.

Dos cosas exigían la solicitud vigilante del sacerdote, a saber: la pureza de la congregación, y la gracia que no podía admitir la exclusión de un miembro cualquiera, a menos de mediar motivos claramente determinados. La santidad no podía permitir que un hombre cualquiera que debía ser excluido, morase en la congregación; y por otra parte, la gracia no quería que ninguno estuviese fuera debiendo estar dentro. Por esto, el sacerdote tenía la más urgente necesidad de practicar la paciencia, la vigilancia, calma, sabiduría y ternura, ciertos síntomas podían parecer de poca importancia, siendo realmente muy graves, y otros podían parecer lepra sin serlo, ni con mucho. Era precisa la mayor atención, y la mayor sangre fría. Un juicio precipitado, una conclusión demasiado pronta, podía entrañar las más serias consecuencias, ya para la congregación, ya para alguno de sus miembros.

Esto explica la frecuente repetición de frases como las siguientes: "Y el sacerdote mirará", "el sacerdote encerrará al llagado por *siete días*" "y al séptimo día el sacerdote lo mirará" "le volverá a encerrar durante *otros siete días*" "el séptimo día el sacerdote *lo reconocerá de nuevo*". No se debía juzgar o decidir de ningún caso precipitadamente. No se debía formar ninguna opinión de oídas. El examen personal, el discernimiento sacerdotal, la tranquila reflexión, la estricta adhesión a la palabra escrita, es a saber al guía santo e infalible; todas estas cosas eran formalmente exigidas del sacerdote, si quería formarse un juicio sano sobre cada caso. No debía dejarse guiar por sus propios pensamientos, sus propios sentimientos, su propia sabiduría, en cualquier caso que fuera. Tenía minuciosas instrucciones en la Palabra, establecidas para que se sometiese a ellas. Cada detalle, cada trazo, cada movimiento, cada variación y cada síntoma particular, todo estaba previsto divinamente, de suerte que el sacerdote no tenía más que conocer bien la Palabra y conformarse a ella en todos sus puntos para evitar millares de errores. Basta con lo dicho en cuanto al sacerdote y sus santas responsabilidades.

Consideremos ahora la enfermedad de la lepra, desarrollada en un individuo, en una vestidura o en una casa. Desde el punto de vista físico no hay nada más asqueroso que esta enfermedad; y, siendo incurable, ofrece una figura de las más vivas y aterradoras del pecado: del pecado en nosotros, del pecado en nuestras circunstancias, del pecado en una asamblea. ¡Qué lección para el alma que una enfermedad tan horrorosa y humillante sea empleada para representar el mal moral, sea en un miembro de la asamblea de Dios, sea en las circunstancias de uno de estos miembros, sea en la asamblea misma!

1. Primeramente, en cuanto a la lepra en un individuo, o en otros términos, en cuanto a la acción del mal moral o a lo que podía parecer mal en algún miembro de la asamblea, es un asunto de grave y seria importancia; un asunto que exige la mayor atención y toda solicitud de parte de los que desean de corazón el bien de las almas y la gloria de Dios, ligada con el bienestar y la pureza de la asamblea como cuerpo, y de cada uno de sus miembros en particular.

Conviene observar que aunque los principios generales de la lepra y de su purificación se aplican, en sentido secundario, a todo pecador, no obstante, en la porción de la Escritura que nos ocupa, el asunto está relacionado con los que eran el pueblo reconocido de Dios. El individuo que aquí se ve sometido al examen del sacerdote, es un miembro de la asamblea de Dios. Importa mucho comprender esto bien. La asamblea de Dios debe conservarse pura porque es su habitación. Ningún leproso puede habitar en el sagrado recinto de la morada de Jehová.

Pero observad el cuidado, la vigilancia, la paciencia perfecta recomendados al sacerdote, por miedo de que alguna cosa que no era lepra fuese tratada como tal, o que alguna cosa que fuera lepra realmente, fuese tolerada. Muchas afecciones podían aparecer "en la piel", que era el lugar de la manifestación, "semejantes a la plaga de lepra", las cuales, después de una paciente investigación del sacerdote, resultarían solamente superficiales. Por esto era necesario poner mucha atención. Cualquier grano podía aparecer en la superficie, el cual, aunque pidiendo los cuidados de aquel que obraba por Dios, no era realmente inmundo: y en cambio, lo que no parecía ser más que un grano superficial, podía ser algo más profundo que la piel, algo que fuese a la vez interno, algo que afectara los elementos ocultos del cuerpo. Todo esto exigía la mayor solicitud de parte del sacerdote. (Véase, Vers. 2-11). Una pequeña negligencia, un ligero olvido, podía tener consecuencias desastrosas. Podía ocasionar la inmundicia de la asamblea por la presencia de un leproso real, o bien, la expulsión, por alguna otra enfermedad, de un verdadero miembro del Israel de Dios.

Hay en todo esto un rico fondo de instrucción para el pueblo de Dios. Hay aquí una diferencia entre las enfermedades personales, y la positiva energía del mal; entre los defectos y las imperfecciones de la conducta y la actividad del pecado en los miembros. Sin duda, importa velar sobre nuestras flaquezas; porque si no nos guardamos respecto a esto y si no las juzgamos, pueden llegar a ser la fuente de un mal positivo (Vers. 14-28). Todo lo que es de nuestra naturaleza debe ser juzgado y rechazado. No debemos ser indulgentes para con las flaquezas personales que están en *nosotros mismos*, aunque debemos ser muy indulgentes para con las que están *en los demás*. Semejante al "tumor blanco", en el caso del israelita (Vers. 19, 20), pueden llegar a ser la fuente de una verdadera inmundicia; la causa de una exclusión de la congregación. Toda debilidad, cualquiera que sea su carácter, debe ser vigilada por temor de que llegue a ser ocasión de pecado. "Una cabeza calva" no era lepra, pero la lepra podía declararse allí y, por consiguiente, era necesario vigilarla. Hay mil cosas que no son malas en sí mismas, pero pueden llegar a ser ocasión de pecado, si no se tiene sobre ellas la debida vigilancia. Y no se trata solamente de lo que, a nuestro parecer, pueden llamarse tachas o defectos y flaquezas personales, sino aún de cosas de las que nuestros corazones están dispuestos a gloriarse. La agudeza de genio, la vivacidad de espíritu, pueden llegar a ser la fuente y el centro de la inmundicia. Cada uno tiene una tendencia de la que debe guardarse, alguna cosa que hace que deba estar en continua observación. ¡Cuán dichosos somos de poder referir a un Padre cariñoso nuestras flaquezas y dolores! Tenemos el precioso privilegio de poder entrar en todo tiempo a la presencia del amor infatigable, siempre accesible, que no descansa jamás y no reprocha, para expresar todo lo que pesa sobre el corazón, obtener gracia para ser ayudados en todas nuestras necesidades y alcanzar completa victoria sobre toda maldad. No tenemos motivos para desanimarnos mientras veamos sobre la puerta de la tesorería de nuestro Padre esta inscripción: "El da mayor gracia". ¡Preciosa inscripción! Su valor no tiene límites, es incalculable, es infinito.

Vamos a ver ahora lo que se hacía en cada uno de los casos en que la plaga de la lepra era indudablemente reconocida. El Dios de Israel podía soportar las enfermedades y los defectos, pero en el momento en que la enfermedad llegaba a ser un caso de inmundicia, ya fuese en la cabeza, en la barba, en la frente o en cualquiera otra parte, no podía ser tolerada en la santa congregación. "Y el leproso en quien hubiere haga, sus vestidos serán deshechos, y su cabeza descubierta, y embozado pregonará ¡inmundo! ¡inmundo! Todo el tiempo que la llaga estuviere en él será inmundo; estará impuro; habitará solo; fuera del real será su morada" (Vers. 45-46). He aquí cuál era la condición, la ocupación y el lugar del leproso. Los vestidos deshechos, la cabeza descubierta, embozado y gritando: ¡inmundo! ¡inmundo! y morando fuera del campo en la soledad del desierto vasto y terrible. ¿Qué podía haber más humillante, más pesado que esto? "Habitará solo". Era indigno de la comunión y de la sociedad de sus semejantes. Estaba excluido del único lugar en el mundo entero donde se conocía y disfrutaba la presencia de Jehová.

Lector, contempla en el pobre y solitario leproso el tipo expresivo de aquel en quien está obrando el pecado. Esto es verdaderamente lo que significa. No es, como pronto veremos, un pecador perdido, impotente, culpable y convencido, en quien el pecado y la miseria están enteramente descubiertos y que, por consiguiente, se siente muy necesitado del amor de Dios y de la sangre de Cristo. No; vemos en el leproso puesto aparte, un hombre en quien el pecado obra con eficacia; un hombre en quien la energía del mal ejerce su dominio. Esto es lo que mancha y excluye del gozo de la presencia de Dios y de la comunión de los santos. Mientras obra el pecado, no puede haber comunión ni con Dios ni con su pueblo. "Habitará solo; fuera del campo será su morada". ¿Hasta cuándo? "Todo el tiempo que la *llaga* estuviere *en él*". Hay aquí una gran verdad práctica. La acción del mal es el golpe de muerte de la comunión. Puede haber apariencias exteriores, el puro formalismo, la fría profesión, pero no puede haber allí comunión mientras obre el mal. No importa el carácter o la cuantía del mal. Aunque no fuera mas que un pensamiento ligero, mientras continúe obrando, impide la comunión y la interrumpe, aunque sólo sea temporalmente. Cuando se forma el grano, cuando sale a la superficie, cuando se descubre enteramente, es cuando puede combatirse y quitarse por la gracia de Dios, y por la sangre del Cordero.

Esto nos lleva a uno de los puntos más interesantes de esta cuestión, a un punto que parecerá una verdadera paradoja a todos los que no comprenden la manera como Dios obra con relación a los pecadores. "Más si brotare la lepra cundiendo por el cutis, y cubriere toda la piel del llagado desde su cabeza hasta sus pies, a toda vista de ojos del sacerdote; entonces el sacerdote le reconocerá; y si la lepra hubiere cubierto toda su carne, entonces dará por limpio al llagado; hase vuelto toda ella blanca, y él es limpio" (Cap. 13:12-13). Desde el momento que un pecador ocupa su verdadero lugar ante Dios, está terminada la cuestión. Desde que manifiesta su verdadero carácter, desaparecen todas las dificultades. Quizá tenga que pasar por penosas experiencias antes de llegar a esto; experiencias resultantes de negarse a ocupar su verdadero lugar, confesando toda la verdad sobre lo que él es; pero desde el instante en que se decide a decir de todo su corazón, "*tal como soy*", la gracia gratuita de Dios llega hasta él. "Mientras callé, envejeciéronse mis huesos en mi gemir todo el día. Porque de día y de noche se agravó sobre mi tu mano; volvióse mi verdor en sequedades del estío" (Sal. 32:3-4). ¿Cuánto tiempo duró este penoso estado? Hasta que el mal oculto en el interior salió abiertamente a la superficie. "Mi pecado te declaré, y no encubrí mi iniquidad. Confesaré, dije, contra mí mis rebeliones a Jehová, y tú perdonaste la maldad de mi pecado" (Vers. 5).

Es interesantísimo observar la serie de ordenanzas dictadas por Dios con relación al leproso, desde el instante en que los primeros síntomas despertaban sospechas respecto a la aparición de la enfermedad, hasta que ésta cubría por completo al hombre "de la cabeza a los pies". No había prisa, ni indiferencia; Dios entra siempre en juicio con paso lento y mesurado; pero cuando entra, es preciso que obre según los derechos de su naturaleza. Puede examinar con paciencia; puede esperar "siete días", y si se muestra la más ligera variación en los síntomas, puede esperar "otros siete días";

pero desde el momento en que está probado que es positivamente la acción de la lepra, no puede tener más tolerancia; "fuera del campo será su morada". ¿Hasta cuándo? Hasta que la enfermedad haya salido enteramente a la superficie. "Si la lepra hubiere cubierto *toda* su carne, dará por limpio al llagado". Este es un punto muy precioso y muy interesante. La más pequeña mancha de lepra era intolerable a los ojos de Dios, y no obstante, cuando, el hombre estaba completamente cubierto de ella desde la cabeza a los pies, entonces era declarado limpio; es decir, era un sujeto que podía tener parte en la gracia de Dios y en la sangre de la expiación.

Así sucede con el pecador. Dios "es muy limpio de ojos para ver el mal y no puede ver el agravio" (Hab. 1: 13), y, sin embargo, desde el momento en que un pecador se pone en su verdadero lugar, como completamente perdido, culpable, e inmundo, no teniendo ningún punto en que la mirada de la santidad divina pueda fijarse con placer, como un ser tan malo que no puede ser peor; desde este instante la cuestión está divinamente resuelta. La gracia de Dios es para los pecadores Y cuando nos reconocemos pecadores, nos contamos entre los que Cristo vino a salvar. Cuanto más claramente se nos demuestre que somos pecadores, más claramente quedará probado nuestro derecho al amor de Dios y a la obra de Cristo. "Porque también Cristo padeció una vez por los pecados, el justo por los injustos para llevarnos a Dios" (1a. Pedro 3: 18). Luego, si somos "injustos", formamos parte de aquellos por los cuales murió Cristo, y tenemos derecho a todos los beneficios de su muerte. "No hay justo alguno sobre la tierra", y como estamos "sobre la tierra", es evidente que somos "injustos", y es asimismo evidente, que Cristo murió por nosotros, que padeció por nuestros pecados, y ya que Cristo murió por nosotros, poseemos el feliz privilegio de poder entrar en el gozo inmediato de los frutos de su sacrificio. No puede ser más evidente, y no exige ningún esfuerzo. No se nos exige que seamos diferentes de lo que somos. No somos llamados a sentir, experimentar o realizar cosa alguna por nosotros mismos. La Palabra de Dios nos asegura que Cristo murió por nosotros, tales como somos, y si murió por nosotros, estamos tan seguros como lo está El mismo. No hay nada contra nosotros; Cristo lo ha satisfecho todo. No sólo sufrió por nuestros "pecados", sino que "ha quitado *el pecado*". Ha abolido todo el sistema en el cual estábamos, como hijos del primer Adán, y nos ha colocado en una nueva posición en su compañía; y allí estamos delante de Dios, libres de toda imputación de pecado y de todo temor de juicio.

Tal como soy, sin una sola excusa,
Porque tu sangre diste en mi provecho,
Porque me mandas que a tu seno vuele,
¡Oh Cordero de Dios! acudo, vengo.

¿Cómo podemos saber que su sangre fue derramada por nosotros? Por las Escrituras, fuente bendita, segura y eterna de conocimiento. Cristo padeció por los pecados. Nosotros somos pecadores. Cristo murió, "el Justo por los injustos". Nosotros somos injustos. Luego, la muerte de Cristo se nos aplica tan completamente, tan inmediatamente, tan divinamente como si cada uno de nosotros fuera el único pecador de la tierra. No se trata de nuestra apropiación, de nuestra realización, de nuestros sentimientos. Muchas almas se atormentan con estas ideas. ¡Cuántas veces oímos expresiones como estas: "Oh, yo creo que Cristo murió por los pecadores, pero no puedo darme cuenta que mis pecados son perdonados; no puedo aplicarme, no puedo apropiarme, no puedo experimentar el beneficio de la muerte de Cristo!" Todo esto es del *yo* y no de Cristo. Es el sentimiento y no la Escritura. Si buscamos de un extremo a otro del santo volumen, no encontraremos en él ni una sola sílaba que diga que somos salvos por la experiencia, o por la apropiación. El Evangelio es eficaz a todos los que se reconocen perdidos. Cristo murió por los pecadores. Esto es precisamente lo que somos. Luego murió por nosotros. ¿Cómo lo sabemos? ¿Es porque lo sentimos? No. ¿Cómo, pues? Por la palabra de Dios. Cristo fue muerto por nuestros pecados conforme a las Escrituras; fue sepultado y resucitó al tercer día conforme a las Escrituras" (1a. Cor. 15:3-4); todo se cumplió "conforme a las Escrituras". Si fuera según nuestros sentimientos, seríamos muy desgraciados, porque nuestros sentimientos rara vez son los mismos durante todo el

día; pero las Escrituras son siempre las mismas. "¡Jehová, tu palabra está establecida para siempre en los cielos! . . . has exaltado tu palabra por encima de tu nombre".

Sin duda es una gran dicha poder sentir y experimentar; pero si ponemos estas cosas en lugar de Cristo, no tendremos ni estas cosas ni el Cristo que las da. Si nos ocupamos de Cristo, seremos felices, pero si ponemos nuestra dicha en lugar de Cristo, no tendremos ni una cosa, ni otra. Esta es la triste condición espiritual de millares de gentes. En lugar de reposar sobre la inquebrantable autoridad de las Escrituras, miran siempre a sus propios corazones, por lo cual siempre vacilan, y, por consiguiente, siempre son desgraciados. Un estado de duda es un estado de tortura. Pero ¿cómo podemos salir de nuestras dudas? Sencillamente creyendo en la divina autoridad de la Palabra. ¿De quién dan testimonio las Escrituras? De Cristo (Juan 5). Declaran que Cristo murió por nuestros pecados y que resucitó para nuestra justificación (Rom. 4). Cristo es el que lo resuelve todo. La misma palabra que nos dice que somos injustos, nos dice también que Cristo murió por nosotros. No puede pedirse mayor claridad. Si no fuéramos injustos, la muerte de Cristo no sería para nosotros; pero siendo injustos, es lo que necesitamos, y se aplica divinamente. Si procuramos mejorarnos nosotros mismos, es porque no nos hemos aplicado espiritualmente lo que dice en Lev. 13:12, 13. No hemos acudido al Cordero de Dios "*tales como somos*". Cuando el leproso está cubierto de llagas desde la cabeza a los pies, es cuando está como debe estar. Entonces y sólo entonces es cuando la gracia puede salir a su encuentro. "El sacerdote lo reconocerá, y si la lepra hubiere cubierto toda la carne, entonces dará por limpio al llagado". ¡Preciosa verdad! "Cuando creció el pecado, sobreabundó la gracia". Mientras creamos que hay en nosotros la más pequeña parte que no esté afectada por la terrible enfermedad, no nos habremos despojado de nosotros mismos. Únicamente cuando nos damos cuenta de nuestro verdadero estado es cuando comprendemos realmente lo que significa la salvación por la gracia.

Cuando consideremos las ordenanzas relativas a la purificación del leproso, en el capítulo 14 de nuestro libro, comprenderemos mejor la fuerza de todo esto. Diremos ahora algunas palabras sobre la cuestión de la lepra en los vestidos, mencionada en el capítulo 13: 47-59.

2. La vestidura o la piel sugiere la idea de las circunstancias o de los hábitos de un hombre. Este es un punto de vista muy importante para la vida práctica. Debemos estar en guardia contra el desarrollo del mal en nuestros caminos lo mismo que contra el mal en nosotros mismos. Vemos la misma investigación paciente con respecto a una vestidura que en el caso de una persona. No hay ninguna precipitación, como tampoco ninguna indiferencia. "Y el sacerdote mirará la plaga, y encerrará la cosa plagada por siete días". No debe haber ni apatía, ni negligencia. El mal puede introducirse de mil maneras en nuestras hábitos y en nuestras circunstancias; por esto, en cuanto percibimos en cualquier cosa algún sistema sospechoso, debemos someterla a una investigación sacerdotal, reflexiva y paciente. Es precisa que esté encerrada durante "siete días", a fin de tener el tiempo necesario para manifestarse completamente. "Y al séptimo día mirará la plaga, y si hubiere cundido la plaga en el vestido, o estambre, o en la trama, o en piel, a en cualquiera obra que se hace de pieles, lepra roedora es la plaga; inmunda será. Será quemado el vestido". El hábito pernicioso debe abandonarse en el instante en que se descubre. Si nos encontramos en una mala posición, tenemos el deber de dejarla. La acción de quemar el vestido expresa el juicio sobre el mal, sea en los hábitos, sea en las circunstancias del hombre. No se debe jugar con el mal. En ciertos casos el vestido debía ser "lavado", lo cual expresa la acción de la palabra de Dios sobre los hábitos de un hombre. "El sacerdote mandará que laven donde está la plaga, y lo encerrará *otra vez* por siete días". Se necesita una paciente atención para asegurarse de los efectos de la Palabra. "Y el sacerdote mirará después que la plaga fuere lavada, y si pareciere que la plaga no ha mudado su aspecto... la quemará al fuego". Cuando hay algo irremediable y absolutamente malo en nuestra posición o en nuestros hábitos, debemos renunciar a ello enteramente. "Mas si el sacerdote la mirare y pareciere que la plaga se ha obscurecido después que fue lavada, la cortará del vestido". La Palabra puede producir bastante efecto para que un hombre abandone lo que sea malo en su conducta, o en su

posición, haciendo que este mal desaparezca; pero si, a pesar de todo, el mal persiste, debe ser condenado juntamente con todo lo que se le relaciona.

Este pasaje encierra grandes y abundantes enseñanzas. Debemos estar en guardia respecto a la posición que ocupamos, las circunstancias en que estamos, los hábitos que contraemos y el carácter que tomamos, porque todas estas cosas exigen una especial vigilancia. Todo síntoma sospechoso debe ser cuidadosamente vigilado, porque no se convierta en "lepra roedora" o "haga erupción", por la cual nosotros mismos y otros muchos seríamos contaminados. Podemos estar en una posición a la cual vayan unidas algunas cosas malas, que puedan abandonarse, sin abandonar la posición; pero podemos también encontrarnos en una posición en la que es imposible "morar con Dios". Si somos íntegros para con Dios, se allanarán todas las dificultades; si el deseo del corazón es gozar de la presencia divina, descubriremos inmediatamente, qué cosas tienden a privarnos de esta gracia inefable. Busquemos una mayor intimidad con Dios, y guardémonos cuidadosamente de toda forma de inmundicia, sea en nuestras personas, sea en nuestros hábitos, sea en nuestras relaciones.

Vamos ahora a considerar las bellas y significativas ordenanzas relativas a la purificación del leproso, que nos ofrecen, en figura, algunas de las verdades más preciosas del Evangelio.

"Y habló Jehová a Moisés, diciendo: Esta será la ley del leproso cuando se limpiare: Será traído al sacerdote, y el sacerdote saldrá fuera del real" (Cap. 14:13). Ya hemos visto cuál era el lugar designado al leproso; estaba fuera del campo, a distancia de Dios, de su santuario y de su congregación. Además, moraba en lúgubre soledad, en condición de inmundo. Estaba fuera del alcance de todo socorro humano, y, en cuanto a sí mismo, no podía hacer más que comunicar inmundicia al que lo tocara. Era, pues, completamente imposible que pudiera hacer cosa alguna para purificarse. Si no podía más que ensuciar con su contacto ¿cómo podría limpiarse a sí mismo? ¿Cómo hubiera podido contribuir o cooperar a su purificación? Imposible. Como leproso inmundo, no podía hacer nada por sí mismo, *todo* debía ser hecho *para* él. No podía abrirse camino hasta Dios, pero Dios podía abrirse camino hasta él. No había ningún socorro para él, ni en sí mismo ni en sus semejantes. Es evidente que un leproso no podía limpiar a otro, y lo es también que si un leproso tocaba a una persona limpia, la hacía inmunda. Su *único* recurso estaba en Dios. Tenía que deberlo todo a la gracia. Por esto leemos: "El sacerdote saldrá fuera del real". No se dice "el leproso irá". Separado por completo de todo trato y de toda relación ¿de qué hubiera servido decir al leproso, has de ir, o has de hacer? Relegado a la soledad del desierto ¿dónde podría ir? Cubierto de manchas incurables ¿qué podía hacer? Podía suspirar por la sociedad de sus semejantes, y desear ser limpio, pero sus suspiros eran los de un leproso aislado e impotente. Podía hacer esfuerzos para limpiarse, pero estos esfuerzos no tenían otro resultado que poner su mal de manifiesto, y contribuir a propagar la inmundicia. Antes de que pudiera ser declarado "limpio", era necesario que se realizase una obra en su favor, obra que no podía ni hacer ni ayudar a hacer, obra que otro debía efectuar por él. El leproso debía "permanecer tranquilo" y ver al sacerdote hacer una obra en cuya virtud podía quedar perfectamente limpio. El sacerdote lo hacía todo; el leproso no hacía nada.

"El sacerdote mandará luego que se tomen para el que se purifica dos avecillas vivas, limpias, y palo de cedro y grana, e hisopo; y mandará el sacerdote matar la una avecilla en un vaso de barro sobre aguas vivas". En la soledad del sacerdote fuera del campo, saliendo de la morada de Dios, vemos al Señor Jesús descendiendo del seno del Padre, su morada eterna, a nuestra tierra manchada, donde nos veía hundidos en la lepra envilecedora del pecado. Semejante al buen Samaritano "vino a nosotros" allí donde estábamos. No se quedó a mitad de camino, no recorrió solamente nueve décimas partes del trayecto hasta llegar a nosotros, sino que anduvo todo el camino. Esto era indispensable. Según las santas exigencias del trono de Dios, no hubiera podido limpiarnos de nuestra lepra, si se hubiera quedado en el seno del Padre. Podía crear mundos por la palabra de su boca; pero cuando se trataba de limpiar a los hombres de la lepra del pecado, era

preciso algo más. "Porque de tal manera amó Dios al mundo que ha dado a Su hijo Unigénito". Cuando se trata de crear mundos, Dios no tiene más que hablar. Cuando se trata de salvar a los pecadores, tiene que dar a su Hijo. "En esto se mostró el amor de Dios para con nosotros; en que Dios envió a su Hijo unigénito al mundo, para que vivamos por él. En esto consiste el amor, no que nosotros hayamos amado a Dios, sino que él nos amo a nosotros, y ha enviado a su Hijo en propiciación por nuestros pecados" (1a. Juan 4: 9-10).

Pero la venida y la encarnación del Hijo estaban lejos de ser todo lo que hacía falta. Si el sacerdote no hubiera hecho más que salir del real y mirar la miserable condición del leproso, esto no le hubiera servido de gran cosa. El derramamiento de sangre era absolutamente necesario para que la lepra fuese quitada. Era necesaria la muerte de una víctima sin tacha "y sin derramamiento de sangre no hay remisión" (Heb. 9:22). Y adviértase que la efusión de sangre era la base real de la purificación del leproso. No era esta una circunstancia accesoria que de acuerdo con otras contribuía a la purificación del leproso. De ningún modo. El sacrificio de la vida era el hecho principal y de la mayor importancia. Esto cumplido, el camino estaba abierto; toda barrera quitada y Dios podía obrar con perfecta gracia en el leproso. Es preciso fijarse en este punto si se quiere comprender bien la gloriosa doctrina de la sangre.

"Y mandará el sacerdote matar la una avecilla en un vaso de barro sobre aguas vivas". Aquí tenemos el reconocido tipo de la muerte de Cristo, "el cual por el Espíritu eterno se ofreció a sí mismo sin mancha a Dios", y "fue crucificado por flaqueza" (Heb. 9; 2a. Cor. 13). La obra más grande, la más importante, la más gloriosa, que jamás se operó en el vasto universo de Dios, fue cumplida "por flaqueza". ¡Oh lectores! ¡cuán terrible debe ser el pecado a juicio de Dios, pues que su Hijo único tuvo que descender y ser clavado en el madero maldito, un espectáculo a los hombres, a los ángeles y a los demonios, para que vosotros y yo pudiéramos ser salvos! ¡Y qué figura del pecado tenemos en la lepra! ¿Quién hubiera pensado que el pequeño "tumor blanco" apareciendo sobre la persona de algún miembro de la congregación fuese de tan graves consecuencias? Pero este pequeño "tumor blanco" no era nada menos que el germen del mal en el lugar de manifestación. Era el indicio de la terrible actividad del pecado en la naturaleza; y antes de que esa persona fuese apta de nuevo para ocupar un lugar en la congregación o de gozar de la comunión con un Dios santo, el Hijo de Dios tuvo que dejar los cielos y descender a los lugares más bajos de la tierra, a fin de hacer una completa expiación por lo que no se mostraba más que bajo la forma de un pequeño "tumor blanco". Recordemos esto: el pecado es una cosa terrible, a juicio de Dios. El no puede tolerar ni un solo pensamiento culpable. Para que este pensamiento pueda ser perdonado, fue necesario que Cristo muriese sobre la cruz. El pecado más pequeño, si algún pecado puede llamarse pequeño, no pidió menos que la muerte del Hijo eterno de Dios. Pero, gracias sean dadas a Dios, lo que el pecado exigía, el amor redentor lo ha dado gratuitamente; y ahora, Dios es glorificado más por el perdón del pecado que lo hubiera podido ser si Adán hubiera conservado su inocencia original. Dios es más glorificado por la salud, el perdón, la justificación, la conservación y la glorificación final de hombres pecadores, que lo hubiera podido ser por una humanidad inocente en el goce de las bendiciones de la creación. Tal es el precioso misterio de la Redención. ¡Que nuestros corazones, por la potencia del Espíritu Santo, comprendan y profundicen este precioso misterio!

"Después tomará la avecilla viva, y el palo de cedro, y la grana, y el hisopo, y lo mojará con la avecilla viva en la sangre de la avecilla muerta sobre las aguas vivas; y rociará siete veces sobre el que se purifica de la lepra, y le dará por limpio; y soltará la avecilla viva sobre la haz del campo". Después que la sangre ha sido derramada, el sacerdote puede entrar inmediata y plenamente en su obra. Hasta aquí, leemos: "El sacerdote mandará"; pero ahora obra por sí mismo. La muerte de Cristo es la base de su servicio sacerdotal. Habiendo entrado en el lugar santo con su propia sangre, obra como nuestro gran Sumo Sacerdote, aplicando a nuestra alma los preciosos resultados de su obra expiatoria y manteniéndonos en la plena y divina integridad de la posición en que su sacrificio nos colocó. "Porque todo pontífice es puesto para ofrecer presentes y sacrificios; por lo cual es

necesario que también este tuviese algo que ofrecer. Así que si estuviese sobre la tierra, ni aun sería sacerdote" (Heb 8:3-4).

No podríamos encontrar una figura más perfecta de la resurrección de Cristo que la que nos ofrece "la avecilla viva, que se soltaba sobre la haz del campo". No se soltaba hasta después de la muerte de su compañera; porque las dos avecillas representan un solo Cristo, en dos momentos de su obra bendita, a saber: su muerte y su resurrección. Diez millares de aves soltadas no hubieran servido de nada al leproso. Esta ave viva, elevándose a los cielos, llevando sobre sus alas la señal que representaba la expiación cumplida, era la que proclamaba el gran hecho de que la obra estaba terminada, el fundamento puesto. Lo mismo sucede en relación con nuestro Señor Jesucristo. Su resurrección declara el glorioso triunfo de la Redención. "Resucitó al tercer día de los muertos, según las Escrituras". "Ha resucitado para nuestra justificación". Esto es lo que alegra el corazón oprimido y alivia la conciencia atormentada. Las Escrituras nos aseguran que Jesús fue clavado sobre la cruz, cargado con nuestros pecados; pero las mismas Escrituras nos aseguran que todos los que ponen su confianza en Jesucristo, están tan exentos de toda imputación de pecado como El; que están tan libres de la ira o de la condenación como lo está El; que son en El, uno con El, aceptados en El, vivificados, resucitados, sentados junto con El. Tal es el bienhechor testimonio de la Palabra de verdad; tal es el testimonio de Dios que no puede mentir. (Véanse Rom. 6:6-11; 8:1-4; 2a. Cor. 5:21; Efes. 2:5-6; Col. 2:10-15; la. Juan 4:17).

Pero otra verdad de las más importantes se nos presenta en el versículo 6 de este capítulo. No sólo vemos nuestra completa liberación de la culpa y de la condenación, admirablemente representada por el avecilla viva y soltada, sino que vemos también nuestra completa liberación de todos los atractivos de la tierra y de todas las influencias de la naturaleza. "La grana" es la expresión que convendría a los primeros, mientras que "el palo de cedro y de hisopo" representarían bien los segundos. En la cruz concluyen todas las glorias del mundo. Dios la presenta como tal, y como tal la reconoce el creyente. "Mas lejos esté de mí gloriarme sino en la cruz de nuestro Señor Jesucristo, por el cual el mundo me es crucificado a mi; y yo al mundo" (Gál. 6:14). En cuanto "al palo de cedro y de hisopo" nos ofrecen, por decirlo así, los dos extremos del vasto dominio de la naturaleza. Salomón "disertó de los árboles desde el cedro del Líbano, hasta el hisopo que nace en la pared" (1o. Reyes 4:33). Desde el cedro majestuoso que corona las laderas del Líbano, hasta el humilde hisopo, los dos extremos y todo lo que está entre ellos, la naturaleza en toda su variedad, todo se coloca bajo la potencia de la cruz; de suerte que el cristiano ve en la muerte de Cristo el fin de su culpabilidad, el fin de toda la gloria terrestre, y el fin de todos los órdenes de la naturaleza, de la vieja creación entera. ¿Y de qué debe ocuparse? De Aquél que es el Antitipo de esta ave viviente, con las plumas teñidas en sangre, elevándose hacia los cielos abiertos. ¡Hermoso asunto que satisface todas las aspiraciones del alma! Un Cristo resucitado que ha subido al cielo, triunfante y glorioso, llevando sobre su Persona sagrada las señales de la expiación cumplida. Es a El que debemos dirigir nuestras miradas; no hay otro; El es el objeto exclusivo del amor de Dios; es el centro de la alegría del cielo, el tema del canto de los ángeles. No tenemos necesidad de ninguna de las glorias de la tierra, de ninguno de los atractivos de la naturaleza. Podemos verlos apartados para siempre, con nuestros pecados, por la muerte de Cristo. Podemos pasar sin la tierra y la naturaleza, porque hemos recibido en su lugar "las insondables riquezas de Cristo".

"Y rociará siete veces sobre el que se purifica de la lepra, y le dará por limpio, y soltará la avecilla viva sobre la haz del campo". Cuanto más estudiemos el contenido del cap. 13, tanto más veremos cuán imposible le era al leproso hacer absolutamente nada para su purificación. Todo lo que podía hacer era "embozarse", y todo lo que podía decir era: ¡Inmundo! ¡inmundo! Correspondía a Dios, y sólo a Dios, buscar un medio y cumplir una obra por la cual el leproso quedara perfectamente limpio: y además, pertenecía a Dios, y solo a El, declarar "limpio" al leproso. Por esto está escrito, "y rociará siete veces" y "le dará por limpio". No dice "el leproso rociará y se declarará limpio o se imaginará estar limpio". Esto no podía hacerse. Dios era el Juez,

Dios era el Médico, Dios era el Purificador. El sólo sabía lo que era la lepra, cómo podía quitarse, y cuándo debía ser declarado limpio el leproso. El leproso hubiera podido pasar toda su vida cubierto de lepra y, no obstante, ignorar completamente cuál era su enfermedad. Era la palabra de Dios; las Escrituras de verdad, el testimonio divino, el que declaraba toda la verdad en cuanto a la lepra, y nadie más que esta misma autoridad podía declarar al leproso limpio, y esto solamente sobre el firme y sólido principio de la muerte y la resurrección. Los tres puntos que encierra el vers. 7 están íntimamente relacionados; la sangre rociada, el leproso declarado limpio, y el ave viva puesta en libertad. No hay ni una sola palabra sobre lo que el leproso debía hacer, pensar, decir o sentir. Bastaba que fuese un leproso, cuya enfermedad se manifestase claramente, juzgado y cubierto de lepra desde la cabeza a los pies. Para él esto era bastante; todo lo demás correspondía a Dios.

Es de la mayor importancia para aquél que busca ansiosamente la paz, comprender bien la verdad desarrollada en esta parte de nuestro asunto. ¡Cuántas almas se inquietan imaginándose u oyendo afirmar que se trata de *sentir, de realizar y de apropiarse*, en lugar de ver, cómo en el caso del leproso, que la aspersion de sangre era tan independiente de él y tan divina, como el derramamiento de esta sangre. No dice "el leproso se aplicará, se apropiará o realizará, y entonces será purificado". De ningún modo. El plan de la liberación era divino, el sacrificio necesario para esto era divino, el derramamiento de sangre era divino, la aspersion de la sangre era divina, el resultado era divino, en una palabra, todo era divino. No quiere esto decir que debemos despreciar la realización o, para hablar más correctamente, la comunión, por el Espíritu Santo, con los preciosos resultados de la obra de Cristo por nosotros. Lejos de esto, muy pronto veremos el lugar que a esto está asignado en la economía divina. Pero así como el leproso no era limpio por la realización, tampoco nosotros somos salvos por ella. El Evangelio que nos salva es que "Cristo murió por nuestros pecados, según las Escrituras; que fue sepultado y que resucitó al tercer día, según las Escrituras". Aquí no hay nada sobre la realización, por nuestra parte, de esta obra salvadora. Sin duda es bueno experimentarla en nosotros mismos. El que ha estado a punto de ahogarse, se alegra de sentir que se encuentra en un barco salvavidas; pero es evidente que es salvo por el barco y no por lo que siente. Lo mismo ocurre con el pecador que cree en el Señor Jesús. Es salvo por la muerte y la resurrección. ¿Es por lo que él experimenta? No; sino porque Dios lo dice. Es "*según las Escrituras*". Cristo ha muerto y ha resucitado, y sobre este principio Dios declara limpio al pecador.

"El mismo Dios me dice,
Que no hay condenación,
Pues Cristo con su sangre,
Hizo mi redención".

He aquí lo que proporciona al alma inmensa paz. Tenemos que fiar en el sencillo testimonio de Dios, que nada puede conmovér. Este testimonio tiene relación con la obra misma de Dios. El mismo ha hecho todo lo necesario a fin de que fuésemos declarados limpios a sus ojos. Nuestro perdón no depende ni de nuestras experiencias ni de ninguna "obra de justicia que hayamos hecho"; porque nuestras obras de justicia no valen para nuestra salvación más que nuestros crímenes. En una palabra, depende exclusivamente de la muerte y la resurrección de Cristo. ¿Cómo lo sabemos? Porque Dios lo dice. Es "conforme a las Escrituras".

Este asunto de la pretendida necesidad de nuestras experiencias y sentimientos para lograr la salvación demuestra, de un modo evidente, el apego de nuestros Corazones a las obras de la ley. Nosotros *queremos* tener algo del *yo*, en el asunto, y así turbamos deplorablemente nuestra paz y nuestra libertad en Cristo. Por esto nos detenemos tanto sobre la bella ordenanza de la purificación del leproso, y especialmente sobre la verdad contenida en el capítulo 14:7. Era el sacerdote que hacía el rociamiento de sangre, y era el sacerdote quien declaraba que el leproso estaba limpio. Lo mismo ocurre en el caso del pecador; desde el instante en que el pecador se coloca en su verdadero

terreno, la sangre de Cristo y el testimonio de Dios se le aplican, sin que se oponga ningún obstáculo, ni haya ninguna dificultad. Pero, desde el momento que se interpone la creencia de que el hombre ha de sentir, experimentar o hacer, la paz se turba, el corazón se abate, el espíritu se ofusca. Cuanto más acabamos con el yo, y nos ocupamos de Cristo, tal como se nos presenta en "las Escrituras", tanto más estable será nuestra paz. Si el leproso hubiera mirado a sí mismo cuando el sacerdote lo declaraba limpio, ¿hubiera encontrado razón alguna para este aserto? Seguramente que no. El rociamiento de sangre era la base de la declaración divina, y nada de lo que había en el leproso o en relación con él. No se preguntaba al leproso como se sentía o lo que pensaba; no se le preguntaba si tenía un profundo sentimiento de la fealdad de su enfermedad. Era manifiestamente leproso, y esto bastaba. Aquella sangre se había derramado para él, y aquella sangre lo limpiaba. ¿Cómo lo sabía? ¿Era porque lo sentía? No, sino porque el sacerdote se lo declaraba de parte de Dios, y con la autoridad de Dios. El leproso era declarado limpio según el mismo principio por el que el ave era puesta en libertad. La misma sangre que teñía las plumas de esta ave viva era rociada sobre el leproso. Así quedaba perfectamente resuelta la cuestión de un modo independiente del leproso, de sus pensamientos, de sus sentimientos y de sus experiencias. Tal es el tipo, y cuando pasamos de él al Antitipo, vemos que nuestro Señor Jesucristo entró en el cielo y puso sobre el trono de Dios la eterna atestación de una obra cumplida, en virtud de la cual, el creyente tiene entrada allí. Es una verdad gloriosa, divinamente inspirada, para disipar de los corazones inquietos toda especie de duda, todo temor, todo pensamiento angustioso. Un Cristo resucitado es el objeto exclusivo de Dios, y en Él ve a todo verdadero creyente. ¡Que toda alma regenerada encuentre una paz durable en esta verdad libertadora! "Y el que se purifica lavará sus vestidos, y raerá todos sus pelos, y se ha de lavar con agua, y será limpio; y después entrará en el real, y morará fuera de su tienda siete días" (Vers. 8). Una vez declarado limpio, el leproso puede empezar a hacer lo que antes no hubiera podido ni siquiera intentar, a saber, lavarse, lavar sus vestidos, rapar todos sus pelos; y habiendo hecho esto, ocupar su lugar en el real, esto es, en manifiesta relación con el Dios de Israel, cuya presencia hacía necesaria la expulsión del leproso. Habiéndole sido aplicada la sangre en su virtud expiatoria, se requiere el lavado con agua, que expresa la acción de la Palabra sobre el carácter, los hábitos, la conducta, para hacer al individuo moral y prácticamente limpio, no sólo a los ojos de Dios sino también a los de la congregación, para ocupar un lugar en la asamblea pública.

Pero es preciso observar que el hombre, aunque rociado con sangre y lavado con agua, y, por consiguiente, teniendo derecho a un lugar en la asamblea pública, no tenía aún permiso para entrar en su propia tienda. No podía entrar en el pleno goce de los privilegios particulares y personales que pertenecían a su posición propia y privada en el real. En otros términos, aunque conociendo la Redención por la efusión y aspersion de sangre y reconociendo la Palabra como regla de su conducta, debía llegar, por la potencia del Espíritu, a un conocimiento pleno y práctico de su lugar especial, de su porción y sus privilegios en Cristo. Hablamos acerca de la doctrina del tipo, y sentimos cuánto importa comprender bien la verdad que encierra. Se la descuida muy a menudo. Hay muchas almas que reconocen la sangre de Cristo como la única base del perdón, y la Palabra de Dios como la única que debe purificar y reglamentar su marcha, sus hábitos y sus asociaciones, y que, no obstante, están lejos de conocer a fondo, por la potencia del Espíritu, el valor y la excelencia de Aquél cuya sangre ha quitado sus pecados y cuya Palabra debe purificar su vida. Están en relaciones visibles y actuales, pero no en la potencia de la comunión personal. Es absolutamente cierto que todos los creyentes están en Cristo y que, como tales, tienen derecho a gozar de las verdades más elevadas. Además, tienen al Espíritu Santo como potencia de la comunión. Aunque es muy cierto lo que hemos dicho, no hay en todos los cristianos este completo alejamiento de todo lo que nos liga a la carne, alejamiento que es absolutamente esencial al poder de la comunión con Cristo, en todos los aspectos de su carácter y de su obra. Esta comunión no será debidamente gozada hasta "el octavo día", día glorioso de la resurrección, cuando "conoceremos como somos conocidos". Entonces cada uno en particular y todos reunidos entraremos en el pleno goce de la comunión con Cristo, en todas las fases preciosas de su Persona y los rasgos de su carácter,

desarrollados en los versículos 10-20 del capítulo que nos ocupa. Tal es nuestra esperanza, pero desde ahora mismo, a medida que realizamos, por la fe y por el poder del Espíritu, que habita en nosotros, la muerte de la carne y de todo lo que la atrae, podemos alimentarnos y gozar de Cristo como la porción de nuestras almas en el lugar de la comunión individual.

"Y será, que al séptimo día raerá todos sus pelos, su cabeza, y su barba y las cejas de sus ojos; finalmente, raerá todo su pelo, y lavará sus vestidos, y lavará su carne en aguas, y será limpio" (Vers. 9). Es claro que el leproso era tan puro, a los ojos de Dios, el primer día, cuando se le había rociado con sangre siete veces, es decir, con perfecta eficacia, como lo era el séptimo día. ¿En qué, pues, consistía la diferencia? No en su condición o posición actual sino en su comunión o inteligencia personal. El séptimo día debía comprender que no sólo tenía que desaparecer la lepra de su carne, sino también debían desaparecer los adornos de la naturaleza, todo lo que pertenecía a su vieja condición. Una cosa es saber en principio que Dios nos ve muertos; y otra muy diferente es "tenernos" como muertos; despojarnos en la práctica del viejo hombre, y de sus concupiscencias, mortificar nuestros miembros que están sobre la tierra. Esto es probablemente lo que entienden muchas personas piadosas cuando hablan de santificación progresiva. La idea es buena, en sí misma, aunque no la comprendan de hecho como la exponen las Escrituras. El leproso era declarado limpio desde el instante en que la sangre era rociada sobre él; y, no obstante, debía limpiarse. ¿Cómo era esto? En el primer caso, era limpio al juicio de Dios; en el segundo, debía estar limpio en práctica, y en su carácter público. Lo mismo ocurre con el creyente. Es identificado con Cristo, y, por lo tanto, está "lavado, santificado y justificado"; "aceptado", "cumplido" (1a. Cor. 6:11; Efes. 1:6; Col. 2:10). Tales son su posición y su estado invariables delante de Dios. Está tan perfectamente santificado como justificado, por que Cristo es la medida de una y otra, según la Palabra de Dios. Pero la realización de todo esto en el alma del creyente y la manifestación que de ello hace en su vida y en su testimonio abren otro horizonte al pensamiento. Por esto se dice: "Así que, amados, pues, tenemos tales promesas, *limpiémonos* de toda inmundicia de carne y de espíritu, perfeccionando la santificación en temor de Dios" (2a. Cor. 7:1). Somos llamados a "*limpiarnos*" aplicándonos la Palabra, por el Espíritu, precisamente porque Cristo nos ha limpiado con su sangre preciosa. "Este es Jesucristo, que vino por agua y sangre; no por agua solamente, sino por agua y sangre. Y el Espíritu es el que da testimonio, porque el Espíritu es la verdad. Y tres son los que dan testimonio, el Espíritu y el agua y la sangre; y estos tres concuerdan en un *testimonio*" (1a. Juan 5:6-8). Aquí tenemos la expiación por la sangre, la purificación por la Palabra y la potencia por el Espíritu, fundadas sobre la muerte de Cristo, y distintamente prefiguradas por las ordenanzas relativas a la purificación del leproso.

"Y el día octavo tomará dos corderos sin defecto, y una cordera de un año sin tacha; y tres décimas de flor de harina para presente, amasada con aceite, y un log de aceite. Y el sacerdote que le purifica, presentará con aquellas cosas al que se ha de limpiar delante de Jehová, a la puerta del tabernáculo del testimonio; y tomará el sacerdote el un cordero, y lo ofrecerá por la culpa, con el log de aceite, y lo mecerá como ofrenda agitada delante de Jehová" (Vers. 10-12). Aquí está representada toda la serie de las ofrendas, pero se degüella primero la víctima por la culpa; porque el leproso se consideraba como un verdadero transgresor. Esto es verdad en todos los casos. Habiendo todos pecado contra Dios, tenemos necesidad de Cristo porque ha expiado nuestras ofensas sobre la cruz. "Llevó nuestros pecados en su cuerpo sobre el madero". El primer aspecto bajo el que se presenta Cristo al pecador, es como Antitipo de la expiación por la culpa.

"Y tomará el sacerdote de la sangre de la víctima por la culpa, y pondrá el sacerdote sobre la ternilla de la oreja derecha del que se purifica, y sobre el pulgar de su mano derecha, y sobre el pulgar de su pie derecho". "*La oreja*", ese miembro culpable que tan a menudo había servido de medio de comunicación para la vanidad, el extravío y aún la impureza, la oreja debía ser purificada por la sangre de la víctima por la culpa. Por ella se perdona la culpabilidad que hemos contraído por este miembro, según la estimación en que tiene Dios la sangre de Cristo. "*La mano derecha*", que

con tanta frecuencia se había extendido para cometer actos de vanidad, de extravío y aun de impureza, debe ser limpiada por la sangre de la víctima expiatoria. Por ella se perdona la culpabilidad que hemos contraído por este miembro, según la estimación en que tiene Dios la sangre de Cristo. "El pie" que había corrido tan a menudo por los caminos de la vanidad, del extravío y aún de la impureza, debe ahora ser limpiado por la sangre de la víctima expiatoria, de suerte que la culpabilidad que hemos contraído por este miembro sea perdonada, según la estimación en que tiene Dios la sangre de Cristo. Si, *todo, todo, todo*, está perdonado, todo está borrado, todo está olvidado, está arrojado y hundido, como el plomo, en el fondo de las aguas del eterno olvido. ¿Quién lo sacara otra vez a la superficie? Los ángeles, los hombres, o los demonios ¿podrán bucear en estas aguas insondables, para sacar estas transgresiones del "pie", de la "mano", o de la oreja que el amor redentor ha arrojado allí? ¡Oh no! ¡gracias a Dios! están borradas y borradas para siempre. Somos mucho más dichosos que si Adán no hubiera pecado nunca. ¡Preciosa verdad! Haber sido lavados por la sangre vale mucho más que estar revestidos de inocencia.

Pero Dios no sólo borra los pecados merced a la sangre expiatoria de Cristo. Esto es ya mucho, pero hay algo mayor todavía. "Asimismo tomará el sacerdote del log de aceite, y echará sobre la palma de su mano izquierda; y mojará su dedo derecho en el aceite que tiene en su mano izquierda, y esparcirá del aceite con su dedo siete veces delante de Jehová: Y de lo que quedare del aceite que tiene en su mano, pondrá el sacerdote sobre la ternilla de la oreja derecha del que se purifica, y sobre el pulgar de su mano derecha, y sobre el pulgar de su pie derecho, sobre la sangre de la expiación por la culpa; y lo que quedare del aceite que tiene en su mano, pondrá sobre la cabeza del que se purifica; y hará el sacerdote expiación por él delante de Jehová" (Vers. 15-18). Así que nuestros miembros no sólo son limpiados por la sangre de Cristo, sino consagrados a Dios por la potencia del Espíritu. La obra de Dios no es solamente negativa sino también positiva. La oreja ya no debe ser el medio de comunicar la inmundicia, sino que debe estar pronta a escuchar "la voz del Buen Pastor". La mano ya no debe usarse más como instrumento de injusticia, sino que debe extenderse para actos de justicia, de gracia y de verdadera santidad. El pie no debe pisar los senderos del extravío, sino correr por el camino de los santos mandamientos de Dios. Finalmente, el hombre entero debe estar consagrado a Dios por la potencia del Espíritu Santo.

Es interesantísimo observar que "el aceite" se ponía sobre "la sangre" de la "expiación de la culpa." La sangre de Cristo es la base de las operaciones del Espíritu Santo. La sangre y el aceite van juntos. Como pecadores no podemos conocer nada del aceite, sino sobre la base de la sangre. El aceite no hubiera podido ponerse sobre el leproso sin que la sangre de la expiación por la culpa se le hubiera aplicado primero. "En quien, también, habiendo creído, habéis sido sellados con el Espíritu Santo de la promesa". La divina exactitud y precisión del tipo despierta la admiración del creyente. Cuanto mas atentamente lo estudiamos, cuanto mas concentramos en el la luz de las Escrituras, más descubrimos su belleza, su fuerza y su fidelidad. Como se puede ver, todo está en perfecto acuerdo con las analogías que se observan en la palabra de Dios. No se necesita ningún esfuerzo para comprenderlo. Tomemos a Cristo como llave para abrir el rico tesoro de los tipos; exploremos el precioso contenido a la luz de la lámpara celestial del Libro inspirado, sea el Espíritu Santo nuestro intérprete, así seremos edificados, iluminados y bendecidos.

"Ofrecerá luego el sacerdote el sacrificio por el pecado, y hará expiación por el que se ha de purificar de su inmundicia". Este pasaje nos ofrece una figura de Cristo, no sólo como el que ha llevado nuestros pecados, sino también como el que ha puesto fin al *pecado* en su raíz, como el que ha destruido todo el sistema del pecado; "el Cordero de Dios que quita el pecado del mundo"; "la propiciación por el mundo entero". Como expiación por la culpa, Cristo ha borrado todas nuestras ofensas. Como sacrificio par el pecado ha destruido la gran raíz de donde procedían estas ofensas, lo ha satisfecho todo; pero nosotros le conocemos primero como ofrenda por la culpa, porque en primer lugar sentimos necesidad de El como tal. Es "la conciencia de nuestros pecados" lo que nos turba primeramente, y a ello ha provisto nuestra preciosa ofrenda por la culpa. Después, a medida

que vamos avanzando, descubrimos que todos estos pecados procedían de una misma raíz o tronco; pero también a esto ha provisto nuestro precioso sacrificio por el pecado. El orden presentado en el caso del leproso es perfecto. Es precisamente el mismo orden que volvemos a encontrar en la experiencia de toda alma. La ofrenda por la culpa viene primero, y luego la expiación por el pecado.

"Después degollará el holocausto". Esta ofrenda nos ofrece el aspecto más elevado de la muerte de Cristo. En ella se nos presenta Cristo ofreciéndose a sí mismo sin tacha a Dios, sin relación especial ni con la culpa, ni con el pecado. Es Cristo yendo hacia la cruz con devoción voluntaria, y ofreciéndose allí a sí mismo en sacrificio de olor suave a Dios.

"Y hará subir el sacerdote el holocausto y el presente sobre el altar. Así hará el sacerdote expiación por él, y será limpio" (Vers. 20). La ofrenda de presente es el tipo de "Jesucristo Hombre", en su perfecta vida humana. En el caso del leproso purificado, está íntimamente ligado con el holocausto; lo mismo encontramos en la experiencia de todo convertido. Cuando sabemos que nuestras *ofensas* están perdonadas y que la raíz o principio de *pecado está* juzgada, es cuando, según nuestra medida, y por la potencia del Espíritu, podemos gozar de la comunión con Dios en lo referente a este Ser bendito que vivió una vida humana perfecta, y se ofreció a sí mismo sin tacha a Dios, sobre la cruz. Las cuatro clases de ofrenda se presentan ante nosotros en su orden divino en la purificación del leproso, a saber la expiación por la culpa, el sacrificio por el pecado, el holocausto y la ofrenda del presente, mostrando cada una un aspecto particular de nuestro muy amado Señor Jesucristo.

Aquí termina el relato de las disposiciones de Jehová respecto del leproso, y ¡cuán maravilloso es este relato! ¡Cuán admirable exposición del carácter extremadamente odioso del pecado; de la gracia y de la santidad de Dios, del valor de la Persona de Cristo, y de la eficacia de su obra! Es sumamente interesante observar los rasgos de la gracia divina saliendo del recinto sagrado del santuario, para ir hasta el lugar inmundo donde estaba el leproso, la cabeza descubierta, embozado, y con los vestidos desgarrados. Dios visitaba al leproso allí donde se encontraba, pero no le dejaba en aquel lugar. Avanzaba hacia él, presto a cumplir una obra en cuya virtud podía conducir al leproso a un lugar más elevado, a una comunión más íntima que la que antes había conocido. En virtud de esta obra, el leproso era conducido de su lugar de inmundicia y de soledad hasta la puerta misma del tabernáculo del testimonio, el lugar de los sacerdotes, para gozar allí de los privilegios sacerdotales (Comp. Ex. 29:20-21, 32). ¿Cómo hubiera podido elevarse a tal altura? Por sí mismo, imposible. Por lo que hubiera podido hacer él, habría podrido y muerto en su lepra, si la soberana gracia del Dios de Israel no hubiera descendido, para elevar del estiércol al miserable y colocarlo entre los príncipes de su pueblo. Si en algún caso queda plenamente probada y resuelta la cuestión de los esfuerzos, de los méritos y de la justicia humana, es incontestablemente en el caso del leproso. Sería perder el tiempo discutir tal cuestión en presencia de un caso semejante. Debe ser evidente aún para el lector más superficial, que nada, excepto la gracia gratuita, reinando por la justicia, podía responder a la condición del leproso y a sus necesidades. ¡Y de qué manera gloriosa y triunfante obraba esta gracia! Descendía hasta las más hondas profundidades, a fin de elevar al leproso a las mayores alturas. Ved lo que éste perdía y ved lo que ganaba. Perdía todo lo que era de su naturaleza, y ganaba la sangre de la expiación y la gracia del Espíritu (típicamente, se entiende). Su ganancia era verdaderamente incalculable. Si nunca hubiera sido puesto fuera del campo, nunca habría alcanzado tan infinita riqueza. Tal es la gracia de Dios, tal es la potencia y el valor, la virtud y la eficacia, de la sangre de Jesús.

¡Cómo nos recuerda todo esto al hijo pródigo! En él, también, la lepra había obrado y salido a la superficie; estaba fuera, en la provincia apartada, en la inmundicia, donde sus propios pecados y el extremado egoísmo de las gentes que le rodeaban habían creado la soledad en torno de él. Pero, como todos sabemos, gracias al amor tierno y profundo de un padre, el hijo pródigo encontró un lugar más alto y gustó una comunión más elevada que la que antes había disfrutado. Nunca antes

habían muerto el "becerro grueso" para él; ni se le había puesto "el principal vestido". Y ¿de dónde procedía esto? ¿era debido a los méritos del hijo pródigo? ¡Oh no! Era debido solamente al amor del padre.

Querido lector, ¿puedes leer la narración de las dispensaciones de Dios hacia el leproso, en Lev. 14, o la de la conducta del Padre con el hijo pródigo, en Luc. 15, sin sentir más intensamente el amor que hay en el seno de Dios, que se manifiesta en la Persona y en la obra de Cristo, que se revela en la Escritura de verdad, y que el Espíritu Santo derrama en el corazón del creyente? ¡Señor, danos una comunión más íntima y más constante contigo mismo!

Del versículo 21 al 32 tenemos "la ley del que hubiere tenido plaga de lepra, cuya mano no alcanzare *lo prescrito* para purificarse". Esta ley se refiere a los sacrificios del "octavo día", y no a las "dos aves vivas y limpias". En ningún caso se podían suprimir éstas, porque representaban la muerte y la resurrección de Cristo, como el único fundamento sobre el cual Dios puede recibir a un pecador que se vuelve a El. Por otra parte, los sacrificios del "octavo día", estando ligados a la comunión del alma deben afectarse hasta cierto punto por el estado del alma. Pero cualquiera que sea este estado, la gracia de Dios se manifiesta, como se ve en estas palabras conmovedoras: "*lo que alcanzare su mano*" y además "las dos tórtolas" conferían "al pobre" los mismos privilegios que los dos corderos al rico, puesto que unas y otros representaban "la preciosa sangre de Cristo", que es de una eficacia infinita, inalterable y eterna al juicio de Dios. Nosotros estamos delante de Dios sobre la base de la muerte y de la resurrección. Hemos sido igualmente reconciliados; pero no todos gozamos del mismo grado de comunión; no todos alcanzamos el mismo grado de conocimiento del valor de Cristo en todas las fases de su obra. Podríamos hacerlo si quisiéramos, pero nos dejamos desviar de diferentes maneras. El mundo y la carne, con sus influencias respectivas, obran sobre nosotros de una manera nociva. El Espíritu es contristado y no gozamos de Cristo como podríamos gozar de El. Es inútil suponer que nos alimentemos de Cristo si vivimos según nuestros deseos naturales. No; si queremos nutrirnos habitualmente de Cristo, es preciso que renunciemos a nosotros mismos, que nos juzguemos y que podamos decir: "Vivo no ya yo mas vive Cristo en mí". No se refiere este pasaje a la salvación; no se refiere al leproso introducido en el real, lugar de las relaciones manifiestas entre Dios y su pueblo; de ningún modo. Se trata solamente de la comunión del alma, de su goce de Cristo. En cuanto a esto, la mayor medida está a nuestro alcance. Podemos conseguir el conocimiento de las verdades más elevadas; pero si nuestra medida es pequeña, la gracia de nuestro Padre, que no reprocha, susurra estas dulces palabras: "*lo que alcanzó su mano*". Todos tenemos los mismos derechos, pero nuestras capacidades pueden variar; mas, gracias a Dios, cuando entramos en su presencia, los deseos más ardientes de la nueva naturaleza son satisfechos. Todas las potencias más intensas de la nueva naturaleza se ponen en acción. ¡Probemos estas cosas día por día en las felices experiencias de nuestras almas!

Terminaremos esta sección tocando brevemente el asunto de la lepra en una casa.

3. El lector observará que un caso de lepra en una persona o en una vestidura podía presentarse en el desierto, pero para que se presentase en una casa, era preciso que fuese en el país de Canaan. "Cuando hubiereis entrado en la tierra de Canaan, la cual yo os doy en posesión, y pusiere yo plaga de lepra en alguna casa de la tierra de vuestra posesión... y mandará el sacerdote y despejarán la casa antes que el sacerdote entre a mirar la plaga, porque no sea contaminado todo lo que estuviere en la casa; y después el sacerdote entrará a reconocer la casa, y mirará la plaga; y si se viesen manchas en las paredes de la casa, cavernillas verdosas o rojas, las cuales parecieren más hundidas que la pared, el sacerdote saldrá de la casa a la puerta de ella, y cerrará la casa por siete días".

Considerando la casa como figura de una asamblea, encontramos en este pasaje las prescripciones divinas sobre el tratamiento del mal moral, o de los síntomas del mal, en una

congregación. Observamos la misma calma, la misma paciencia en cuanto a la casa, que en cuanto a la persona o a los vestidos. No había prisa ni indiferencia, ya se tratase de una casa, de un vestido, o de un individuo. El hombre que observaba algo anormal en su casa, no debía mirar con apatía ningún síntoma sospechoso que se mostrase en las paredes, y tampoco debía pronunciar él mismo un juicio sobre esos síntomas; examinarlos y juzgar era trabajo del sacerdote. Desde el instante en que aparecía algo sospechoso, el sacerdote tomaba una actitud judicial respecto a aquella casa. La casa estaba sometida a juicio, aunque no condenada. Antes de que se pudiera llegar a una decisión, debía transcurrir el término perfecto. Podía ocurrir que los síntomas no fuesen sino superficiales, lo cual no exigía ninguna acción.

"Y al séptimo día volverá el sacerdote y mirará; y si la plaga hubiere crecido en las paredes de la casa, entonces mandará el sacerdote, y arrancarán las piedras en que estuviere la plaga, y las echarán fuera de la ciudad en lugar inmundo". Antes de condenar "toda la casa", debía hacer la prueba arrancando solamente las piedras leprosas.

"Y si la plaga volviere a reverdecer en aquella casa después que hizo arrancar las piedras, y descostrar la casa, y después que fue encostrada, entonces el sacerdote entrará y mirará; y si pareciere haberse extendido la plaga en la casa, lepra roedora está en la casa; inmunda es. Derribará, por tanto, la casa, sus piedras y sus maderos y toda la mezcla de la casa; y lo sacará fuera de la ciudad a lugar inmundo". El caso era desesperado, el mal incurable; todo el edificio tenía que ser demolido.

"Y cualquiera que entrare en aquella casa todos los días que la mandó cerrar, será inmundo hasta la tarde, y el que durmiere en aquella casa, lavará sus vestidos; también el que comiere en la casa, lavará sus vestidos". Esta es una verdad muy seria. *El contacto mancha*. Recordémoslo. Es un principio que encontramos muy repetido en la economía levítica, y seguramente no es ahora menos aplicable.

"Mas si entrare el sacerdote y mirare, y viere que la plaga no se ha extendido en la casa después que fue encostrada, el sacerdote dará la casa por limpia, porque la plaga ha sanado". El quitar las piedras manchadas, etc, había contenido los progresos del mal y hecho innecesario todo juicio ulterior. La casa ya no debía considerarse bajo la acción judicial, y siendo limpia por la aplicación de la sangre, era de nuevo propia para ser habitada. Pasemos ahora a considerar las enseñanzas morales de todo esto. Es a la vez interesante, solemne y práctico. Tomemos como ejemplo la iglesia de Corinto. Era una casa espiritual compuesta de piedras espirituales; pero el ojo de águila del apóstol veía sobre sus muros ciertos síntomas de la naturaleza más sospechosa. ¿Permaneció indiferente? No, por cierto. Estaba tan penetrado del espíritu del Arquitecto, que no podía permanecer indiferente un solo instante ante este estado peligroso. Pero si no fue indiferente, tampoco fue precipitado. Mandó que se arrancase la piedra leprosa y que se desconchase a fondo la casa. Habiendo obrado con esta fidelidad, esperó pacientemente el resultado. Y ¿cuál fue este? Mejor de lo que se podía esperar. "Mas Dios, que consuela a los humildes, nos consoló con la venida de Tito; y no sólo con su venida, sino también con la consolación con que él fue consolado acerca de vosotros, haciéndonos saber vuestro deseo grande, vuestro lloro, vuestro celo por mí, para que así me gozase más... *En todo os habéis mostrado limpios en el negocio* (Comp. la. Cor. 5 con 2a. Cor, 7:6-11). He aquí un hermoso ejemplo. El cuidadoso celo del apóstol fue debidamente recompensado; la plaga estaba detenida y la congregación libre de la influencia corruptora de la enfermedad moral. Tomemos otro ejemplo no menos solemne: "Y escribe al ángel de la iglesia en Pérgamo: El que tiene la espada aguda de dos filos dice estas cosas: Yo sé tus obras y donde moras, donde está la silla de Satanás: y retienes mi nombre y no has negado mi fe, aun en los días en que fue Antipas mi testigo fiel, el cual ha sido muerto entre vosotros, donde Satanás mora. Pero tengo unas pocas cosas contra ti; porque tú tienes ahí los que tienen la doctrina de Balaam, el cual enseñaba a Balac a poner escándalo delante de los hijos de Israel, a comer de cosas sacrificadas a

los ídolos, y a cometer fornicación. Así también tú tienes a los que tienen la doctrina de los Nicolaítas, lo cual yo aborrezco. Arrepíentete, porque de otra manera vendré a ti presto, y pelearé contra ellos con la espada de mi boca" (Apoc. 2:12-16). El divino Sacerdote se mantiene aquí en una actitud judicial respecto a su casa de Pérgamo. No podía permanecer indiferente a la vista de síntomas tan alarmantes; pero usa de gracia y de paciencia, y les da tiempo para arrepentirse. Si las advertencias, las reprimendas y la disciplina no sirven para nada, entonces el juicio deberá seguir su curso.

Estas cosas están llenas de instrucción práctica en cuanto a la doctrina de la asamblea. Las siete iglesias de Asia ofrecen diversas y admirables ilustraciones de la casa bajo el juicio sacerdotal. Deberíamos estudiarlas cuidadosamente y con oración, porque son de inmenso valor. No deberíamos mirar a nuestras conveniencias, cuando se manifiesta algo de naturaleza sospechosa en la asamblea. Muchas veces estamos tentados de decir: "Esto no me corresponde", pero es deber de todos los que aman al Señor cuidar celosa y piadosamente de esta casa: y si retrocedemos ante el ejercicio de este deber, no redundará en nuestro honor y provecho en el día del juicio.

No teniendo que tratar más tal asunto en estas páginas, sólo diremos para terminar esta sección, que creemos firmemente que este asunto de la lepra tiene un gran alcance dispensacional, no sólo sobre la casa de Israel, sino también sobre la Iglesia profesante ¹⁹.

CAPITULO 15

Este capítulo trata de varias impurezas ceremoniales de naturaleza mucho menos grave que la lepra. Esta se nos presenta como expresión de la fuerza corruptora de nuestra naturaleza, mientras que el capítulo 15 enumera ciertas cosas que son sencillamente debilidades inevitables, pero que, como provienen en algún modo de la naturaleza humana, nos manchan y reclaman los remedios de la gracia divina. La presencia de Dios en la congregación exigía un alto grado de santidad y pureza moral. Debían combatirse todos los impulsos de nuestra naturaleza corrompida. Las cosas que en el hombre parecían ser debilidades inevitables tenían un fondo de inmundicia, y requerían la purificación, porque Jehová estaba en el real. Nada nocivo, nada inconveniente, podía permanecer ante el rostro puro y sagrado del Dios de Israel. Las naciones incircuncisas de alrededor no hubieran comprendido tan santas enseñanzas; pero Jehová quería que Israel fuese santo porque El era el Dios de Israel. Si eran distinguidas y privilegiadas hasta el punto de gozar de la presencia de un Dios santo, era necesario que fuesen un pueblo santo.

Una de las cosas que causan la admiración del alma es la celosa solicitud de Jehová en cuanto a los hábitos y prácticas de su pueblo. El los guardaba dentro y fuera, dormidos y despiertos, de día y de noche. El velaba por su alimento, cuidaba de sus vestidos y de los más pequeños detalles de sus quehaceres particulares. Si aparecía alguna ligera mancha sobre una persona, era necesario examinarla al instante cuidadosamente. En una palabra, nada de lo que podía afectar al bienestar o la pureza de aquellos a quienes Jehová se había asociado, y en medio de los cuales habitaba, estaba olvidado. El se interesaba por sus negocios más triviales; velaba cuidadosamente en todo lo que les concernía, fuese pública, social o individualmente.

Para un incircunciso, eso hubiera sido una carga insoportable. Tener un Dios de una santidad infinita en su camino durante el día, y alrededor de su lecho durante la noche, habría sido, para él, una sujeción intolerable; pero para aquel que amaba verdaderamente la santidad, para aquel que amaba a Dios, nada podía ser más delicioso. Este se regocija en la dulce seguridad de que Dios está

¹⁹ Compárese en cuanto a Israel y al templo de Jehová Lev. 14:43-45; Io. Reyes 9:6-9; Jer. 26:18, 52:13; Lam. 4:1 y Mat. 24:2; y en cuanto a la Iglesia como casa, la. Cor. 3:16-17; 2a. Tim. 2:20-21; Apoc. 3:14-16, etc.

siempre cerca; y se complace en la santidad que está a la vez garantizada y exigida por la presencia de Dios.

Lector ¿ocurre así contigo? ¿Amas la presencia divina, y la santidad que esta presencia reclama? ¿Te permites algo que sea incompatible con la santidad de la presencia de Dios? Tus pensamientos, tus sentimientos y tus acciones, ¿están en armonía con la pureza y elevación del santuario? Leyendo este capítulo 15 del Levítico ¿recuerdas que fue escrito para tu enseñanza? Debes leerlo bajo la influencia del Espíritu, porque para ti tiene una aplicación espiritual. Leerlo de otra manera es torcer el sentido en tu perjuicio, o para servirnos de una frase ceremonial es "cocer un cabrito en la leche de su madre".

Tal vez preguntarás, ¿qué instrucción puedo sacar de esta parte de la Escritura? ¿Qué aplicación puede tener para mí? En primer lugar te preguntamos ¿no admites que fue escrita para tu enseñanza? Esperamos que no lo dudes en vista de que el Apóstol inspirado declara tan expresamente que "*todas las cosas que antes fueron escritas, para nuestra enseñanza fueron escritas*" (Rom. 15:4). Muchos parecen olvidar esta importante declaración, a lo menos, en lo concerniente al libro de Levítico. Creen que nada pueden aprender de los ritos y ceremonias de un tiempo que ha pasado, y especialmente de ritos y ceremonias tales como las que contiene el capítulo 15. Pero cuando recordamos que el Espíritu Santo es el que hizo escribir este capítulo, que cada párrafo, cada versículo y cada línea es "divinamente inspirado y útil", esto debe incitarnos a buscar su sentido. Sin duda, el que es hijo de Dios debe leer lo que Dios escribió. Es cierto que se necesita una potencia espiritual para saber cómo, y una sabiduría de lo alto para saber cuando se debe leer un capítulo como este; pero lo mismo puede decirse también de un capítulo cualquiera. Lo cierto es, que si fuéramos suficientemente espirituales; suficientemente elevados por encima de las cosas de la tierra, no deduciríamos más que ideas y principios puramente espirituales de este capítulo y de otros análogos. Si un ángel del cielo leyese esta porción de las Escrituras ¿cómo la consideraría? Solamente bajo una luz espiritual y celeste; solamente como conteniendo la más pura y la más alta moralidad. Y ¿por qué no hacemos nosotros lo mismo? Sin duda, no tenemos idea de la ofensa que inferimos al Volumen Sagrado consintiendo que una porción suya esté tan enteramente descuidada como lo ha estado el libro del Levítico.

Seguramente si este libro no debiera leerse, no habría debido escribirse. Si no fuera "útil", no habría encontrado lugar en el canon de la inspiración divina pero, puesto que ha placido "al solo Dios sabio" dictar ²⁰ este libro, sus hijos deben complacerse en leerlo. Sin duda, se necesita una sabiduría espiritual, un santo discernimiento y este sentido moral exquisito que sólo puede darnos la comunión con Dios para poder juzgar cuándo debe leerse tal capítulo. Dudaríamos de que fuese persona de tacto y de buen juicio, la que se levantase a leer el capítulo 15 del Levítico en una reunión ordinaria. Pero ¿por qué? ¿es porque no es divinamente inspirado, y como tal, "útil"? De ningún modo, sino porque la mayor parte de los oyentes no serían bastante espirituales para comprender sus puras y santas lecciones.

¿Qué es, pues, lo que debemos aprender de este capítulo? En primer lugar nos enseña a velar con santo celo sobre todo lo que proviene de la naturaleza humana. Todo impulso, todo lo que emana de nuestra naturaleza, mancha. La naturaleza humana caída es una fuente impura, y todo lo que procede de ella es inmundo. No puede producir nada puro, santo, o bueno. Es esta una lección frecuentemente repetida en el libro del Levítico, y particularmente enseñada en este capítulo.

²⁰ Puede decirse "dictar" cuando se trata del Levítico, porque desde el principio al fin, excepto uno o dos capítulos históricos (9 y 10:1-7), leemos estas palabras antes de cada subdivisión "Y Jehová habló a Moisés diciendo"; por esto podemos decir que es la porción de la Escritura más directamente inspirada por Dios.

Pero, ¡bendita sea la gracia que ha provisto tan eficaz remedio a las inmundicias de la carne! Los medios de que se vale se nos presentan bajo dos formas distintas en la palabra de Dios, y especialmente en la porción de esta Palabra de la cual nos ocupamos; son "el agua y la sangre". Uno y otro se unen en la muerte de Cristo. La sangre que expía y el agua que purifica salieron del costado herido de Cristo en la cruz (Comp. Juan 19:34 con la. Juan 5:6). "La sangre de Jesucristo su Hijo nos limpia de todo pecado" (la. Juan 1:7). Y la palabra de Dios limpia nuestros hábitos, nuestra conducta y nuestros caminos (Sal. 119:9; Efes. 5:26). Así nos mantenemos en un estado propio a la comunión y al culto, aunque pasando por un mundo donde todo es inmundicia, y llevando en nosotros una naturaleza cuyos impulsos nos contaminan constantemente.

Ya hemos notado que este capítulo trata de una clase de impurezas ceremoniales, de carácter menos grave que la lepra. Por esto la expiación no está prefigurada aquí por un becerro o por un cordero, sino por el menor de los sacrificios, a saber: "por dos tórtolas". Pero, por otra parte, la virtud purificadora de la Palabra está constantemente recordada por los actos ceremoniales de "lavar", "bañar", y "enjuagar". "¿Con qué *limpiará* el joven su camino? Con guardar tu *palabra*". "Maridos, amad a vuestras mujeres, así como Cristo amó a la iglesia, y se entregó a sí mismo por ella, para *santificarla, limpiándola en el lavacro del agua por la palabra*". El agua ocupaba un lugar muy importante en el sistema levítico de purificación, y como tipo de la Palabra, no puede ser más interesante e instructivo.

Podemos, pues, sacar preciosas lecciones del capítulo 15 del Levítico. Aprendemos de una manera admirable la extrema santidad de la presencia divina. Ni una mancha, ni una tacha puede tolerarse un solo instante en esta región tres veces santa. "Así apartaréis los hijos de Israel de sus inmundicias, a fin de que no mueran por sus inmundicias, ensuciando mi tabernáculo que está en medio de ellos" (Vers. 31). Otra vez aprendemos en dicho capítulo que la naturaleza humana es una fuente inagotable de inmundicia; está irremediamente corrompida, y no solamente está corrompida, sino que corrompe. Velando o durmiendo, sentada, derecha, o acostada, nuestra naturaleza es sucia y mancha. Su solo contacto comunica la inmundicia. Esta es una lección profundamente humillante para la orgullosa humanidad, pero es así. El Levítico pone un espejo fiel ante nuestra naturaleza. No deja "a la carne" nada en que pueda gloriarse. Los hombres pueden envanecerse de su civilización, de su sentido moral, de su dignidad; estudien el tercer libro de Moisés, y en él verán lo que todo esto vale realmente a juicio de Dios.

Finalmente, en él aprendemos de nuevo el valor expiatorio de la sangre de Cristo y la virtud purificadora y santificadora de la preciosa palabra de Dios. Cuando, habiendo pensado en la pureza irreprochable del santuario, reflexionamos sobre la inmundicia incurable de nuestra naturaleza, y nos preguntamos ¿cómo podemos entrar y morar *en él?*; la respuesta se encuentra en "la sangre y el agua" que salieron del costado de Cristo crucificado, de un Cristo que entregó su vida a la muerte por nosotros, a fin de que viviésemos por El. "Tres son los que dan testimonio, el Espíritu, el agua y la sangre" y, gracias a Dios, "los tres concuerdan en uno". El Espíritu no nos da un mensaje diferente que el que encontramos en la Palabra, y la Palabra y el Espíritu de acuerdo nos declaran el precio infinito y la eficacia de la sangre.

¿No podemos, pues, decirnos que el capítulo 15 del Levítico fue escrito para nuestra enseñanza? ¿No ocupa un lugar bien definido y útil en el divino canon? Seguramente, y dejaría una laguna si se hubiese omitido. Nos enseña lo que no podríamos aprender de la misma manera en ningún otro sitio. Es cierto que todas las Escrituras nos enseñan la santidad de Dios, la impureza de nuestra naturaleza, la eficacia de la sangre, el valor de la Palabra; pero el capítulo que acabamos de estudiar presenta esas grandes verdades a nuestro espíritu, y las graba sobre nuestro corazón de un modo especial.

Apreciemos como es debido cada *porción* del Volumen de nuestro Padre. Que *cada uno* de sus testimonios nos sea más dulce que la miel y que la que destila del panal, y que *cada uno* de sus "justos juicios" ocupe su debido lugar en nuestras almas.

CAPITULO 16

Este capítulo desarrolla algunos de los principios más importantes que merecen la atención de un alma regenerada. Presenta la doctrina de la expiación con una fuerza y una plenitud admirables. Podemos afirmar que el capítulo 16 del Levítico puede incluirse entre las porciones más preciosas y más importantes de la Inspiración, si es que podemos hacer comparaciones allí donde todo es divino.

Considerado este capítulo históricamente, nos ofrece un relato de las ceremonias del gran día de las expiaciones en Israel, por cuyo medio se establecían y mantenían las relaciones de Jehová con la congregación, y eran expiados los pecados, las faltas y debilidades del pueblo, de suerte que Jehová Dios podía habitar entre ellos. La sangre que era derramada en este día solemne formaba la base del trono de Jehová en medio de la congregación. En virtud de esta sangre, un Dios santo podía hacer su morada en medio del pueblo a pesar de todas sus impurezas. "El décimo día del séptimo mes" era un día único en Israel. No había otro día semejante en todo el año. Los sacrificios de este día eran el fundamento de los caminos de Dios en gracia, en misericordia, en paciencia y en longanimidad.

Aprendemos, además, en este trozo de la historia inspirada, que "el camino de los lugares santos no había sido aun manifestado". Dios estaba oculto detrás de un velo, y el hombre tenía que mantenerse a distancia. "Y habló Jehová a Moisés, después que murieron los dos hijos de Aarón, cuando se llegaron delante de Jehová, y murieron; y Jehová dijo a Moisés: Di a Aarón tu hermano, que no en todo tiempo entre el santuario del velo adentro, delante de la cubierta que está sobre el arca, para que no muera, porque yo apareceré en la nube sobre la cubierta".

El camino no estaba abierto para que el hombre pudiera acercarse en todo tiempo a la presencia divina; no había ningún medio en toda la serie de las ceremonias mosaicas que le permitiese morar allí constantemente. Dios estaba encerrado dentro, lejos del hombre, y el hombre estaba fuera, lejos de Dios; "y la sangre de los toros y de los machos cabríos" no podían proporcionar un lugar donde el hombre pudiera estar siempre en la presencia de Dios. Era preciso para eso un sacrificio de un orden más elevado y de una sangre más preciosa. "Porque la ley teniendo la sombra de los bienes venideros, no la imagen misma de las cosas, nunca puede, por los mismos sacrificios que ofrecen continuamente cada año, hacer perfectos a los que se allegan. De otra manera, cesarían de ofrecerse; porque los que tributan este culto, limpios de una vez, no tendrían más conciencia de pecado. Empero en estos sacrificios cada año se hace conmemoración de los pecados. Porque la sangre de los toros y de los machos cabríos, no puede quitar los pecados" (Heb. 10:1-4). Ni el sacerdocio levítico, ni los sacrificios levíticos podían conducir a la perfección. La insuficiencia estaba grabada sobre los últimos, la debilidad sobre los primeros, la imperfección sobre unos y otros. Un hombre imperfecto no podía ser un sacerdote perfecto, y un sacrificio imperfecto no podía hacer perfecta ninguna conciencia. Aarón no era competente para sentarse dentro del velo, y los sacrificios que ofrecía no podían desgarrarlo.

Basta con lo dicho en cuanto al punto de vista histórico de este capítulo. Considerémoslo ahora bajo el punto de vista típico.

"Con esto entrará Aarón en el santuario; con un becerro por *expiación* y un carnero por *holocausto*." (Vers. 3). Aquí tenemos de nuevo los dos grandes aspectos de la obra expiatoria de

Cristo, poniendo a salvo y manteniendo la gloria divina y respondiendo perfectamente a las mayores necesidades del hombre. No se menciona en todos los servicios de este día único y solemne, ni una ofrenda de *presente*, ni un sacrificio de *paces*. Ni la vida humana perfecta del Señor, ni la comunión del alma con Dios en consecuencia de su obra cumplida, se encuentra aquí presentada. En una palabra, el único objeto de este capítulo es "la expiación", y está en un doble aspecto; primero, satisfaciendo todos los derechos de Dios; derechos de su naturaleza, de su carácter, de su trono; y después, expiando perfectamente la culpabilidad del hombre, y respondiendo a todos sus necesidades. Debemos recordar estos dos puntos si queremos formarnos una idea clara de la verdad presentada en este capítulo, o de la doctrina del gran día de las expiaciones. "Con esto entrará Aarón en el santuario" con la expiación que respondía a la gloria de Dios, bajo todos conceptos, sea en cuanto a sus planes de amor redentor hacia la Iglesia, hacia Israel y hacia la creación entera; sea en cuanto a los derechos del gobierno moral de su pueblo; y con la expiación que respondía perfectamente a la condición perversa y miserable del hombre. Estas dos fases de la expiación se nos presentarán constantemente en el estudio de este capítulo; de modo que por mucha que se les conceda, nunca les daremos demasiada importancia.

"La túnica santa de lino se vestirá y sobre su carne tendrá pañetes de lino, y ceñiráse el cinto de lino; y con la mitra de lino se cubrirá; son las santas vestiduras; con ellas, después de lavar su carne con agua, se ha de vestir". (Ver. 4). Aarón lavado con agua pura, y revestido de los vestidos blancos de lino, nos ofrece un tipo notable y persuasivo de Cristo emprendiendo la obra de la expiación. Se muestra *personal y característicamente* puro y sin tacha. "Y por ellos yo me santifico a mí mismo, para que también ellos sean santificados en verdad". (Juan 17:19). Es para nosotros un precioso privilegio el poder contemplar, por decirlo así, la persona de nuestro divino Sacerdote en toda su santidad esencial. El Espíritu Santo se complace en mostrar a Cristo a los ojos de su pueblo; y bajo cualquier aspecto que le contemplemos, vemos en El el mismo perfecto, puro, glorioso e incomparable Jesús "conocido entre diez mil, y todo El es deseable". El no tenía necesidad de *hacer*, de *llevar*, nada para ser puro y sin tacha; no tenía necesidad ni de agua ni de lino fino. Era en esencia y en práctica "el Santo de Dios". Lo que Aarón *hacía* y lo que *llevaba*, el baño y la investidura de sus hábitos, no son más que débiles sombras de lo que Cristo *es*. La ley no tenía más que "la sombra", y no "la imagen misma de los bienes que tenían que venir". Gracias a Dios, nosotros no tenemos solamente la sombra, sino la eterna y divina realidad Cristo mismo.

"Y de la congregación de los hijos de Israel tomará dos machos de cabrío para expiación y un carnero para holocausto. Y hará allegar Aarón el becerro de la expiación, que es suyo, y hará la expiación por sí y por su casa". (Vers. 5, 6). Aarón y su casa representan la Iglesia, no como "el cuerpo sino como una casa sacerdotal. No es la Iglesia como la vemos representada en las Epístolas a los Efesios y a los Colosenses, sino más bien como la encontramos representada en la 1a. Epístola de Pedro en este pasaje tan conocido. "Vosotros, también, como piedras vivas, sed edificados una casa espiritual y un sacerdocio santo, para ofrecer sacrificios espirituales agradables a Dios por Jesucristo". (Cap. 2:5). Lo mismo encontramos en la Epístola a los Hebreos. "Mas Cristo, como Hijo sobre su casa; la cual casa somos nosotros, si hasta el cabo retuviéremos firme la confianza y la gloria de la esperanza" (Cap. 3:6). Debemos recordar que en el Antiguo Testamento no hay ninguna revelación del misterio de la Iglesia. Hay tipos y figuras, pero ninguna revelación positiva. Este maravilloso misterio de los judíos y de los gentiles formando "un solo cuerpo", "un hombre nuevo", unido a un Cristo glorificado en el cielo, no podía, evidentemente, ser revelado hasta que Cristo hubiera ascendido al cielo. Pablo fue muy especialmente el encargado de declarar este misterio, como nos lo dice en el capítulo 3:1-12 de la Epístola a los Efesios, pasaje que recomendamos a la seria atención del lector cristiano.

"Después tomará los dos machos de cabrío, y los presentará delante de Jehová a la puerta del tabernáculo del testimonio. Y echará suertes Aarón sobre los dos machos de cabrío: la una suerte por Jehová, y la otra suerte por Azazel. Y hará allegar Aarón el macho cabrío sobre el cual cayere la

suerte por Jehová, y ofrecerálo en expiación. Mas el macho cabrío, sobre el cual cayere la suerte por Azazel, lo presentará vivo delante de Jehová, para hacer la reconciliación sobre él, para enviarlo a Azazel al desierto". (Vers. 7-10). Tenemos en estos dos machos de cabrío las dos fases ya mencionadas de la expiación. "La suerte por Jehová" caía sobre uno, y la suerte del pueblo caía sobre el otro. En cuanto al primero, no se trataba de las personas o de los pecados que debían ser perdonados, ni de los planes de gracia de Dios hacia sus elegidos. Estas cosas, casi no necesitamos decirlo, son de una importancia infinita, pero no están comprendidas en el caso del macho cabrío, sobre el que caía la suerte "por Jehová". Este tipifica la muerte de Cristo como aquel en quien Dios ha sido perfectamente glorificado respecto al pecado en general. Esta gran verdad está plenamente expuesta por la notable expresión "La suerte por Jehová". Dios tiene una parte especial en la muerte de Cristo, una parte propia; una parte que no desmerecería aun cuando ningún pecador se salvase. Para concebir la fuerza de este aserto, es preciso recordar cuánto se ha deshonrado a Dios en este mundo. Su verdad ha sido desdeñada, su autoridad despreciada, su majestad desconocida, su ley desobedecida, sus derechos olvidados, su nombre blasfemado, su carácter denigrado.

Pues bien, la muerte de Cristo ha vindicado a Dios en todos sus derechos; ha glorificado a Dios en el mismo lugar donde se le ha ofendido. Ha vindicado perfectamente la majestad, la verdad, la santidad, el carácter de Dios; ha satisfecho divinamente las exigencias de su trono; ha expiado el *pecado*; ha administrado un remedio divino a todo el mal que el pecado ha introducido en el universo; ha puesto la base sobre la cual Dios puede obrar en gracia, en misericordia y en amor hacia la humanidad. Garantiza la expulsión y la perdición eternas del príncipe de este mundo; pone el fundamento imperecedero del gobierno moral de Dios. En virtud de la cruz, Dios puede obrar según su propia soberanía. Puede desplegar las glorias incomparables de su carácter y los atributos adorables de su naturaleza. En el ejercicio de una justicia inflexible hubiera podido destinar la familia humana al lago de fuego con el diablo y sus ángeles; pero en este caso ¿dónde estarían su amor, su gracia, su misericordia, su longanimidad, su compasión, su paciencia y su perfecta bondad?

Y, por otra parte, si Dios hubiera ejercido estos preciosos atributos sin que se realizara la expiación ¿dónde estarían la justicia, la verdad, la majestad, la santidad, los derechos, o, en una palabra, la gloria moral completa de Dios? ¿Cómo hubieran podido "encontrarse la misericordia y la verdad?" o ¿cómo hubieran podido "la justicia y la paz besarse"? ¿Cómo hubiera podido "la verdad brotar de la tierra" o "la justicia mirar desde los cielos"? Imposible. Sólo la expiación de nuestro Señor Jesucristo podía glorificar a Dios, y lo ha hecho plenamente. Ha reflejado toda la gloria del carácter divino como nunca hubiera podido estarlo en medio de los esplendores de una creación inocente. En perspectiva y en recuerdo de este sacrificio, Dios ha sido paciente con este mundo cerca de seis mil años. En virtud de este sacrificio, los más impíos de entre los hijos de los hombres "viven, se mueven y existen", comen, beben y duermen. El bocado que el infiel blasfemo lleva a su boca, lo debe al sacrificio que no conoce, pero que impíamente ridiculiza. El sol y las lluvias que fecundan los campos del ateo, los disfruta en virtud del sacrificio de Cristo. Sí, el mismo aliento que el infiel y el ateo emplean en blasfemar la palabra de Dios o en negar su existencia, lo deben al sacrificio de Cristo. Si no fuera por este precioso sacrificio, en lugar de blasfemar sobre la tierra, estarían en el infierno.

Debemos advertir que no hablamos aquí del perdón o de la salvación de los individuos. Esta es otra cosa muy distinta, y se relaciona, como sabe todo verdadero cristiano, con la confesión del nombre de Jesús y con la firme creencia de que Dios le resucitó de los muertos (Rom. 10). Esto es muy evidente, y creemos está bien comprendido, pero no tiene ninguna relación con el aspecto de la expiación que estamos estudiando, y que está tan admirablemente figurado por el "macho cabrío sobre el que caía la suerte por Jehová". Son dos asuntos distintos; el perdón y la salvación que Dios concede al pecador, por una parte, y por otra, la paciencia que tiene con el hombre y las bendiciones

temporales que le otorgue. Tanto para uno como para otro, se requiere el sacrificio de la cruz; pero cada uno bajo un aspecto completamente distinto.

Esta distinción es muy importante, tanto que cuando se la pierde de vista, es imposible comprender bien la doctrina completa de la expiación. Y no sólo esto, sino que de este punto depende la clara comprensión de los caminos de Dios gobernando el pasado, el presente y el porvenir. Y, finalmente, en él se encuentra la clave de un gran número de pasajes que ofrecen dificultades considerables a muchos cristianos. Citaremos, dos o tres de estos pasajes como ejemplos.

"He aquí el Cordero de Dios, que quita el pecado del mundo". (Juan 1:29), al cual se une un pasaje análogo en la primera epístola de Juan, donde se habla del Señor Jesucristo como "la propiciación por todo ²¹ el mundo" (Cap. 2:2). En estos dos pasajes se habla de Jesucristo como el que ha glorificado perfectamente a Dios con relación al "*pecado*" y al "*mundo*" en la acepción más amplia de estas palabras. Se le ve como el gran Antitipo del "macho cabrío sobre el que caía la suerte por Jehová". Esto nos revela un aspecto de los mas preciosos de la expiación hecha por Cristo, que a menudo es descuidado o poco comprendido. Cuando se aplican estos pasajes de la Escritura, u otros semejantes, a los *individuos* y al perdón de los *pecados*, el espíritu se extravía por insuperables dificultades.

Lo mismo ocurre considerando todos los pasajes en los cuales se presenta la gracia de Dios hacia el mundo en general. Están fundadas en el punto de vista de la expiación de que nos ocupamos ahora. "id por *todo el mundo*, y predicad el Evangelio a *toda criatura*" (Marc. 16:15). "Porque de tal manera amó Dios al *mundo*, que ha dado a su Hijo Unigénito, para que todo aquel que en él cree no se pierda, mas tenga vida eterna. Porque no envió Dios a su Hijo al mundo para que condene al *mundo*, mas para que el mundo sea salvo por él" (Juan 3:16-17). "Amonesto, pues, ante todas cosas que se hagan rogativas, oraciones, peticiones, hacimientos de gracias por *todos los hombres*, por los reyes y por todos los que están en eminencia, para que vivamos quieta y reposadamente en toda piedad y honestidad. Porque esto es bueno y agradable delante de Dios nuestro Salvador, el cual quiere que *todos los hombres* sean salvos y que vengan al conocimiento de la verdad. Porque hay un Dios, asimismo un mediador entre Dios y los hombres, Jesucristo hombre; el cual se dio a sí mismo *en precio del rescate por todos*, para testimonio en sus tiempos". (1a. Tim. 2:1-6). "Porque *la gracia de Dios* que trae salvación a *todos los hombres*, se manifestó". (Tito 2:11). "Empero vemos coronado de gloria y de honra, por el padecimiento de muerte, a aquel Jesús que es hecho un poco menor que los ángeles, para que por *gracia de Dios* gustase la muerte *por todos*". (Heb. 2:9). "El Señor no tarda su promesa como algunos la tienen por tardanza; sino que es paciente para con nosotros, no queriendo que *ninguno* perezca sino que todos procedan al arrepentimiento". (2a. Ped. 3:9). No hay ninguna necesidad de cambiar el sentido tan claro de estos pasajes. Son un testimonio evidente e inequívoco de la gracia divina hacia todos, sin la menor alusión a la responsabilidad del hombre, de una parte; o a los consejos eternos de Dios, de otra. Estas verdades están tan clara, plena e incontestablemente enseñadas, una como otra, en la Palabra. El hombre es responsable, y Dios es soberano. Todos los que se someten a las Escrituras admiten esto. Pero, al mismo tiempo, es de la mayor importancia reconocer toda la extensión de la gracia de Dios y de la cruz de Cristo. Esto glorifica a Dios y quita al hombre toda excusa. El hombre se excusa con los decretos de Dios y la imposibilidad en que está el hombre de creer sin la influencia divina. Estos

²¹ No se trata aquí de "los pecados de todo el mundo", como muchas versiones dicen equivocadamente. La doctrina expuesta es solo ésta: en la primera parte del versículo se presenta a Cristo como la propiciación por los *pecados* de su pueblo; pero en la segunda, no se trata de *pecados* o de *personas* sino del *pecado* y del mundo en general. De hecho el versículo entero presenta a Cristo como el Antitipo de los dos machos cabríos, como el que ha llevado los pecados de su pueblo y como el que ha glorificado perfectamente a Dios con relación al pecado en general, y ha encontrado un medio para obrar con misericordia para con el mundo entero, y para la liberación y la bendición finales de toda la creación.

argumentos prueban que no se hace caso de Dios, porque si se sintiese el deseo de conocer a Dios, El está bastante cerca para que le encuentren los que le buscan. La gracia de Dios y la expiación de Cristo son tan comprensivas como se puede desear. "*Cada uno*"; "*cualquiera*" y "*todos*" son los términos de que Dios mismo se vale, y nadie está excluido. Si Dios manda un mensaje de salvación a un hombre, seguramente se lo destina; y ¿puede haber algo más impío que desechar la gracia de Dios, hacerle mentiroso y, además, dar por excusa de semejante acto, los misteriosos designios de Dios? Sería mejor decir claramente: "No creo la palabra de Dios, y no quiero ni su gracia, ni su salud". Esto sería más franco y más comprensible; pero encubrir su odio a Dios y a su verdad con el manto de una teología falsa, para que no se vea más que una fase de la verdad, es el más alto grado de la hipocresía. Llega hasta el punto de hacernos sentir que Satanás no es nunca más diabólico que cuando aparece con la Biblia en la mano.

Si fuese cierto que los secretos designios y consejos de Dios pueden impedir a los hombres que reciban el Evangelio que El ha mandado anunciarles, entonces ¿según qué principio de justicia sufrirán "el castigo de una destrucción eterna", por no haber obedecido a este Evangelio? (2a. Tes. 1:6-10). ¿Hay en las sombrías regiones de los perdidos una sola alma que pueda arrojar sobre los consejos de Dios la causa de su perdición? ¡Oh, no! Dios ha provisto tan ampliamente por el sacrificio de Cristo, no solamente para la salud de los que creen, sino también para la presentación de su gracia a los que rechazan el Evangelio, que no hay ninguna excusa. No es porque un hombre *no puede*, sino porque *no quiere creer*, que sufrirá el castigo de una destrucción eterna. No hay error más fatal que el que comete el hombre que, so pretexto de los decretos de Dios, rehusa deliberadamente la gracia que Dios le ofrece; y esto es tanto más peligroso cuando viene a constituir un sistema que se apoya sobre los dogmas de una teología unilateral. La gracia de Dios es libre para todos, y si preguntamos ¿Cómo puede ser esto? la contestación es, "la suerte por Jehová" ha caído sobre la verdadera víctima, a fin de que Dios pueda ser perfectamente glorificado en cuanto al pecado bajo su aspecto más amplio, y ser libre de obrar en gracia hacia todos, y de hacer predicar el Evangelio a toda criatura. Esta gracia y esta predicación deben tener una base sólida, y esta base se encuentra en la expiación; y aun cuando el hombre la rechaza, Dios es glorificado por el ejercicio de la gracia, y por el ofrecimiento de salud a causa de la base sobre que reposan una y otra. El *es* glorificado, y lo *será* durante toda la eternidad. "Ahora está turbada mi alma; y ¿qué diré? Padre, sálvame de esta hora. Mas por esto he venido en esta hora. Padre, glorifica tu nombre. Entonces vino una voz del cielo: Y lo he glorificado, y lo glorificaré otra vez... Ahora es el juicio de este mundo; ahora el príncipe de este mundo será echado fuera. Y yo, si fuere levantado de la tierra, a todos traeré a mí mismo". (Juan 12: 27-32).

Hasta aquí no nos hemos ocupado más que de una cosa; "el macho cabrío sobre el que caía la suerte por Jehová", y un lector superficial podría pensar que lo que debe seguir inmediatamente, es lo que tiene relación con el macho cabrío Azazel, que nos presenta el otro gran aspecto de la muerte de Cristo, o su aplicación a los pecados del pueblo. Pero antes de pasar a este asunto, se presenta un pasaje que confirma la preciosa verdad de que nos acabamos de ocupar, esto es, el hecho de que la sangre del macho cabrío degollado, lo mismo que la del becerro, era esparcida encima y ante el trono de Jehová, a fin de mostrar que todas las exigencias de este trono estaban satisfechas por la sangre de la expiación y que esta misma respondía ampliamente a todas las exigencias de la administración moral de Dios.

"Y hará llegar Aarón el becerro que era suyo para expiación, hará la reconciliación por sí y por su casa, y degollará en expiación el becerro que es suyo. Después tomará el incensario lleno de brasas de fuego, del altar de delante de Jehová; y sus puños llenos del perfume aromático molido, y meterálo del velo adentro; y pondrá el perfume sobre el fuego delante de Jehová, y la nube del perfume cubrirá la cubierta que está sobre el testimonio, y no morirá". Aquí tenemos una presentación muy clara y admirable; la sangre de la expiación es llevada dentro del velo, al lugar santísimo, y rociada sobre el trono del Dios de Israel. La nube de la presencia divina estaba allí; y a

fin de que Aarón pudiera comparecer en la presencia inmediata de la gloria y no morir, "la nube del perfume" se eleva y "cubre el propiciatorio", sobre el cual se debía hacer aspersion por "siete veces", con la sangre expiatoria. "El perfume aromático molido" representa el buen olor de la Persona de Cristo, el olor suave de su precioso sacrificio.

"Tomará luego de la sangre del becerro, y rociará con su dedo hacia la cubierta al lado oriental; hacia la cubierta esparcirá siete veces de aquella sangre con su dedo. Después degollará en expiación el macho cabrío, que era del pueblo, y meterá la sangre de él del velo adentro; y hará de su sangre como hizo de la sangre del becerro; y esparcirá sobre la cubierta y delante de la cubierta. (Vers. 14, 15). "Siete" es el número perfecto, y la aspersion de sangre hecha por siete veces delante de la cubierta nos enseña que cualquiera que sea la aplicación del sacrificio de Cristo, sea a las cosas, a los lugares o a los individuos, es perfecta, según la apreciación divina. La sangre que asegura la salvación de la Iglesia, la "casa", del verdadero Aarón; la sangre que asegura la salud de la "congregación" de Israel; la sangre que asegura la restauración y la bendición finales de toda la creación; esta sangre ha sido ofrecida ante Dios, esparcida y aceptada, según toda la perfección, el olor suave y el valor de Cristo. Por la potencia de esta sangre Dios puede cumplir todos sus consejos eternos de gracia; puede salvar la Iglesia y elevarla a las mayores alturas de la gloria, a despecho de toda la potencia del pecado y de Satán; puede traer las dispersas tribus de Israel; puede unir Judá y Ephraim; puede cumplir todas las promesas hechas a Abraham a Isaac y a Jacob; puede salvar y bendecir a millones innumerables de entre los gentiles; puede restablecer y bendecir la vasta creación; puede esparcir los rayos de su gloria para alumbrar el universo para siempre; puede desplegar a la vista de los ángeles, de los hombres y de los demonios su gloria personal y eterna; la gloria de su carácter, la gloria de sus obras, la gloria de su gobierno. Todo esto puede y quiere hacerlo; pero el único pedestal sobre que este inmenso edificio de gloria descansará para siempre, es la sangre de la cruz; esta sangre preciosa, querido lector cristiano, que ha hablado de paz, de una paz divina y eterna a tu alma y a tu conciencia, ante la santidad infinita. La sangre con la que se hace aspersion sobre la conciencia del creyente ha sido esparcida "siete veces" ante el trono de Dios. Cuanto más nos acercamos a Dios, más vemos el valor y la importancia de la sangre de Jesucristo. Si miramos el altar de bronce, encontramos allí la sangre, si miramos el mar de bronce, allí encontramos la sangre; si miramos el altar de oro, allí encontramos la sangre; si miramos el velo del tabernáculo, encontramos allí la sangre; pero en ningún sitio encontramos tan preciosas enseñanzas con relación a la sangre como detrás del velo, ante el trono de Jehová, en la inmediata presencia de la gloria divina.

"Ante nuestro Padre para siempre,
La sangre de Cristo en el cielo habla".

"Y limpiará el santuario, de las inmundicias de los hijos de Israel, y de sus rebeliones, y de todos sus pecados; de la misma manera hará también al tabernáculo del testimonio, el cual reside entre ellos en medio de sus inmundicias". Siempre encontramos la misma verdad. Es preciso atender a los derechos del santuario. Es preciso que los atrios de Jehová, igual que su trono, den testimonio del valor de la sangre. El tabernáculo, en medio de las inmundicias de Israel, debía estar protegido por todos lados por los divinos recursos de la expiación. En todas las cosas Jehová cuida de su propia gloria. Los sacerdotes y su servicio, el lugar del culto y todo lo que en él estaba contenido, substituían en virtud de la sangre. El Santo no hubiera podido morar, ni un instante, en medio de la congregación si no hubiera sido por el poder de la sangre. Era esto lo que le permitía habitar, obrar y reinar en medio de un pueblo culpable.

"Y ningún hombre estará en el tabernáculo del testimonio cuando él entrare a hacer la reconciliación en el santuario, hasta que él salga, y haya hecho la reconciliación por sí, y por su casa, y por toda la congregación de Israel". (Vers. 17). Era necesario que Aarón ofreciese un sacrificio por sus propios pecados igual que por los pecados del pueblo. No podía entrar en el

santuario más que en virtud de la sangre. En el versículo 17 tenemos un tipo de la expiación operada por Cristo en su aplicación a la Iglesia y a la congregación de Israel. La Iglesia entra ahora "en el santuario, por la sangre de Jesús". (Heb. 10). En cuanto a Israel "el velo aun está puesto sobre los corazones de ellos". (2a. Cor. 3). Ellos están aun alejados, aunque mediante la cruz pueden obtener el perdón y ser restablecidos cuando se vuelvan al Señor. Propiamente dicho, todo el período actual es para ellos el día de las expiaciones. El verdadero Aarón ha entrado en el cielo mismo con su propia sangre, para comparecer en la presencia de Dios por nosotros. Pronto saldrá de allí para hacer que la congregación de Israel entre en el pleno goce de todos los resultados de su obra cumplida. Entre tanto, su casa, es decir, todos los verdaderos creyentes, están asociados con El, teniendo libertad para entrar en el santuario, habiendo sido hechos cercanos, por la sangre de Jesús.

"Y saldrá al altar que está delante de Jehová, y lo expiará; y tomará de la sangre del becerro, y de la sangre del macho cabrío y pondrá sobre los cuernos del altar alrededor, y esparcirá sobre él de la sangre con su dedo siete veces, y lo limpiará y lo santificará de las inmundicias de los hijos de Israel". (Vers. 18, 19). Se hacía pues aspersion de sangre en todo, desde el trono de Dios, dentro del velo, hasta el altar que estaba en el atrio del tabernáculo del testimonio.

"Fue, pues, necesario que las figuras de las cosas celestiales fuesen purificadas con estas cosas; pero las mismas cosas celestiales con mejores sacrificios que estos. Porque no entró Cristo en el santuario hecho de mano, figura del verdadero, sino en el mismo cielo, para presentarse ahora por nosotros en la presencia de Dios. Y no para ofrecerse muchas veces a sí mismo, como entra el pontífice en el santuario cada año con sangre ajena; de otra manera fuera necesario que hubiera padecido muchas veces desde el principio del mundo; mas ahora, una vez en la consumación de los siglos, para deshacimiento del pecado, se presentó por el sacrificio de sí mismo. Y de la manera que está establecido a los hombres que mueran una vez; y después el juicio, así también Cristo fue ofrecido una vez para agotar los pecados de muchos; y la segunda vez sin pecado será visto de los que le esperan para salud". (Heb. 9:23-28).

No hay más que un camino para entrar en el lugar santísimo, y es un camino rociado con sangre. Es inútil intentar entrar en él por otro medio cualquiera. Los hombres pueden esforzarse para abrirse una senda por sus obras, orando, haciendo limosnas, etc, en una palabra: tratar de entrar por el camino de las formas y de las ordenanzas, o, tal vez, por un sendero en parte formas y en parte Cristo; pero en vano. Dios habla de *un* camino y de uno solo, y este camino fue abierto a través del velo desgarrado del cuerpo del Salvador. Es por ese camino que han pasado los millones de redimidos, de siglo en siglo. Los patriarcas, los profetas, los apóstoles, los mártires, los santos de toda edad desde Abel hasta nuestros días, han seguido este camino bendito y han encontrado por él acceso seguro y sin reserva. El único sacrificio de la cruz es divinamente suficiente para todos. Dios no pide más ni acepta menos. Añadir algo, sea lo que fuere, es deshonorar a aquél en que Dios ha declarado que tomaba contentamiento; sí; a aquél en que es infinitamente glorificado; quitar, sea lo que fuere, es negar la culpabilidad y la ruina del hombre, y menoscabar la justicia y grandeza de la eterna Trinidad.

"Y cuando hubiere acabado de expiar el santuario, y el tabernáculo del testimonio, y el altar, hará llegar el macho cabrío vivo. Y pondrá Aarón ambas manos suyas sobre la cabeza del macho cabrío vivo, y confesará sobre él todas las iniquidades de los hijos de Israel, y todas sus rebeliones, y todos sus pecados, poniéndolos así sobre la cabeza del macho cabrío, y lo enviará al desierto por mano de un hombre, destinado para esto. Y aquel macho cabrío llevará sobre sí todas las iniquidades de ellos a tierra inhabitada, y dejará ir el macho cabrío por el desierto".

Aquí tenemos el segundo asunto ligado a la muerte de Cristo, a saber: el completo y final perdón de su pueblo. Si la muerte de Cristo constituye la base de la gloria de Dios, constituye, también, la base del perdón perfecto de los pecados de todos los que ponen en ella su confianza.

Este último objeto de la expiación es secundario e inferior, aunque nuestros pobres corazones sean propensos a considerarlo como el aspecto más elevado de la cruz. Esto es un error. La gloria de Dios está en primer lugar; nuestra salvación, en el segundo. Lo primero, lo más caro para Cristo, era la conservación de la gloria de Dios. Esto es lo que persiguió desde el principio hasta el fin sin desviarse jamás de su objeto y con una fidelidad a toda prueba. "Por esto me ama el Padre, porque yo pongo mi vida para volverla a tomar". (Juan 10:17). "Ahora es glorificado el Hijo del hombre, y Dios es glorificado en él. Si Dios es glorificado en él, Dios también le glorificará en sí mismo, y luego le glorificará". (Juan 13:31-32). "Oídme, islas, y escuchad, pueblos lejanos: Jehová me llamó desde el vientre desde las entrañas de mi madre tuvo mi nombre en memoria. Y puso mi boca como espada aguda; cubrióme con la sombra de su mano; y púsome por saeta limpia, guardóme en su aljaba, y díjome, Mi siervo eres, oh Israel, que en ti *seré glorificado*". (Isaías 49:1-3).

La gloria de Dios era, pues, el objeto supremo del Señor Jesucristo, en su vida y en su muerte. Vivió y murió para glorificar el nombre de su Padre. La Iglesia, ¿pierde algo con esto? No. ¿E Israel? No. ¿Y los gentiles? Tampoco. Su salud y su bendición no podían estar mejor aseguradas que estando subordinadas a la gloria de Dios. Escuchad la respuesta divina dada al Cristo, el verdadero Israel, en el pasaje sublime que acabamos de citar. "Poco es que tú me seas siervo para levantar las tribus de Jacob y para que restaures los asolamientos de Israel; también te di por luz de los gentiles, para que seas mi salud hasta lo postrero de la tierra".

¿Y no es muy precioso saber que Dios es glorificado por la abolición de nuestros pecados? Podemos preguntar ¿Dónde están nuestros pecados? Fueron quitados. ¿Cómo? Por el sacrificio de Cristo en la cruz, por el cual Dios fue glorificado por toda la eternidad. Ciertamente; los dos machos cabríos del día de las expiaciones nos presentan dos aspectos de un solo hecho. El primero de estos aspectos se dirige a la gloria de Dios; el segundo al perdón de los pecados. Son tan perfectos, uno como otro. Estamos tan perfectamente perdonados como Dios es perfectamente glorificado por la muerte de Cristo. ¿Hay un solo punto por el cual Dios no haya sido glorificado en la cruz? Ni uno. No hay tampoco un solo punto sobre el cual no estemos perfectamente perdonados. Nos incluimos en esto, porque aunque la congregación de Israel sea el objeto primario contemplado en la bella y admirable ordenanza del macho cabrío, Azazel, no obstante, se pueda decir sin reserva que toda alma que cree en el Señor Jesucristo está tan perfectamente perdonada como Dios está perfectamente glorificado por el sacrificio de la cruz. ¿Qué parte de los pecados de Israel llevaba el macho cabrío, Azazel? Todos. ¡Preciosa palabra! No quedaba ninguno. Y ¿a dónde los llevaba? "A tierra inhabitada"; a una tierra donde no se los podría encontrar nunca porque no habría nadie para buscarlos. ¡Qué figura más perfecta! ¿Es posible hallar una representación más admirable del sacrificio de Cristo bajo estos dos aspectos? Imposible. Podemos contemplar este cuadro con intensa admiración, y contemplándolo exclamar, "En verdad, es el pincel del Maestro".

Lector ¿sabes que *todos* tus pecados están perdonados en virtud de la perfección del sacrificio de Cristo? Si *crees*, sencillamente, en su nombre, están perdonados. Están borrados, y borrados para siempre. No digas como tantas almas inquietas: "Temo no *experimentarlo*". De un extremo a otro del Evangelio no encontraréis ni una sola vez esta palabra "experimentar". No somos salvos por nuestras experiencias, sino por Cristo; y para tener a Cristo en toda su plenitud y todo su valor, es preciso creer *¡solamente creer!* Y ¿cuál será el resultado? "Los adoradores, limpios de una vez, no tendrían más conciencia de pecado". Observad esto, "no tendrían más conciencia de pecado". Este debe ser el resultado, ya que el sacrificio de Cristo es perfecto, tan perfecto que Dios es glorificado en él. Es, pues, evidente que la obra de Cristo no necesita que le añadamos nada para ser perfecta. En este caso también se podría decir que la obra de la creación no fue completa hasta que Adam la disfrutó en el jardín del Edén. Es cierto que experimentó algo, pero ¿qué? Una obra que ya era perfecta. Deseamos que sea ésta desde ahora la experiencia de vuestras almas si no la ha sido antes. Que podáis ahora y siempre reposar con toda sencillez en Aquél que "con una sola

ofrenda hizo perfectos para siempre a los santificados". Y ¿cómo son santificados? ¿Es por su experiencia? No, sino por la obra perfecta de Cristo.

Habiendo tratado de desarrollar la maravillosa doctrina expuesta en este capítulo según las luces que Dios nos ha dado, vamos a estudiar, para concluir, un punto sobre el cual deseamos llamar la atención de nuestros lectores. Está contenido en las palabras siguientes: "Y esto tendréis por estatuto perpetuo: en el mes séptimo, a los diez del mes, afligiréis vuestras almas, y ninguna obra haréis, ni el natural ni el extranjero que peregrina entre vosotros; porque en este día se os reconciliará para limpiaros; y seréis limpios de todos vuestros pecados *delante de Jehová. Sábado de reposo* es para vosotros, y *afligiréis vuestras almas*, por estatuto perpetuo" (Vers. 29-31).

Esto tendrá pronto su completo cumplimiento en el residuo salvado de Israel, como lo predijo el profeta Zacarías: "Y derramaré sobre la casa de David, y sobre los moradores de Jerusalem, espíritu de gracia y de oración; y mirarán a mí, a quien traspasaron, y harán llanto sobre él, como llanto sobre unigénito, afligiéndose sobre él como quien se aflige sobre primogénito. *En aquel día* habrá *gran llanto* en Jerusalén, como el llanto de Adadrimón en el valle de Megiddo... *En aquel tiempo* habrá *manantial* abierto para la casa de David y para los moradores de Jerusalem, para el pecado y la inmundicia... Y acontecerá que *en ese día* no habrá luz clara, ni oscura; y será un día, el cual es conocido de Jehová, que no será día ni noche; mas acontecerá que al tiempo de la tarde habrá luz. Acontecerá también *en aquel día*, que saldrán de Jerusalem aguas vivas; la mitad de ellas hacia la mar oriental, y la otra mitad hacia la mar occidental, en verano y en invierno. *Y Jehová será rey sobre toda la tierra. En aquel día* Jehová será uno, y uno su nombre... En aquel tiempo estará sobre las campanillas de los caballos: *Santidad a Jehová...* y no habrá más Cananeo alguno en la casa de Jehová de los ejércitos *en aquel tiempo*". (Zac. 12 y 14).

¡Qué día más hermoso! No es extraño que se mencione con tanta frecuencia en el pasaje citado arriba. Será un "hermoso sábado de reposo"; cuando el residuo, llevando luto y con el espíritu de la verdadera penitencia, se reunirá alrededor del manantial abierto y entrará en el resultado completo y final del gran día de las expiaciones. Ellos "afligirán sus almas", sin duda; porque ¿cómo podrían obrar de otro modo, cuando fijarán su mirada arrepentida en "Aquel a quien traspasaron"? Jerusalem tendrá una época desbordante de salud, después de su larga y triste noche de dolor. Su desolación anterior será olvidada, y sus hijos, restablecidos en sus antiguas moradas, descolgarán sus arpas de los sauces, y cantarán de nuevo los dulces cánticos de Sión a la apacible sombra de sus viñas y de sus higueras.

Gracias a Dios, este tiempo está cerca. Cada puesta de sol nos acerca a este feliz sábado. Está escrito: "He aquí yo vengo presto", y a nuestro alrededor todo parece decirnos que "se han acercado aquellos días, y la palabra de toda visión". (Eze. 12:23). ¡Ojalá podamos "ser sobrios y velar y orar"! ¡Conservémonos puros del mundo, y así el espíritu de nuestro entendimiento, los afectos de nuestro corazón, y la experiencia de nuestra alma, estén prestos para el encuentro del celestial Esposo! Mientras tanto, nuestro lugar está fuera del campo, y, gracias a Dios por ello. Sería para nosotros una gran pérdida estar en el campo o el real. La misma cruz que nos conduce dentro del velo, nos arroja fuera del real. Cristo, también, fue llevado allí, y allí estamos con El; pero fue recibido en el cielo, y nosotros estamos allí con El. ¿No es una dicha estar fuera de todo lo que rechaza a nuestro Señor y Maestro? Seguramente, y cuanto más conozcamos este presente siglo malvado, más, también, agradeceremos el tener nuestro lugar fuera del mundo *con El*.

CAPITULO 17

El lector encontrará en este capítulo dos puntos especiales: primeramente, que la vida pertenece a Jehová; y después, que el poder de la expiación está en la sangre. Jehová daba una gran

importancia a estas dos cosas. Quería que se grabasen en el espíritu de cada miembro de la congregación.

"Y habló Jehová a Moisés, diciendo: Habla a Aarón y a sus hijos, y a todos los hijos de Israel, y diles: Esto es lo que ha mandado Jehová, diciendo: cualquier varón de la casa de Israel que degollare buey, o cordero, o cabra, en el real, o fuera del real, y no lo trajere a la puerta del tabernáculo del testimonio, para ofrecer ofrenda a Jehová delante del tabernáculo de Jehová, sangre será imputada al tal varón; sangre derramó, cortado será el tal varón de entre su pueblo". Era un asunto de los más solemnes; pero se pudiera preguntar: ¿qué importaba que se ofreciera un sacrificio de una manera diferente de la que estaba prescrita? Era no menos que despojar a Jehová de sus derechos, y ofrecer a Satán lo que se debía a Dios. Alguien podía decir: ¿No se puede ofrecer el sacrificio en un lugar, igual que en otro? La respuesta es: "La vida pertenece a Dios, y los derechos que sobre ella tiene deben ser reconocidos en el lugar que ha designado 'delante del tabernáculo de Jehová'". Este era el único lugar donde se encontraban Dios y el hombre, y el sacrificar en otra parte demostraba que el corazón no quería a Dios.

La enseñanza que encontramos en este pasaje es muy sencilla. Hay un lugar destinado por Dios para encontrar allí al pecador, y es la cruz, antitipo del altar de bronce. Allí y sólo allí es donde fueron debidamente reconocidos los derechos de Dios sobre la vida. Desechar este punto de encuentro, es atraer el juicio sobre sí mismo. Es hollar los justos derechos de Dios y arrogarse un derecho de vida que todos han perdido. Esto es lo que importa reconocer.

"Y el sacerdote esparcirá la sangre sobre el altar de Jehová a la puerta del tabernáculo del testimonio, y quemará el sebo con olor de suavidad a Jehová". La sangre y la grasa pertenecían a Jehová. Esto es lo que Jesús cumplió plenamente. Él entregó su vida a Dios, a quien todas sus fuerzas ocultas estaban igualmente consagradas. Él fue voluntariamente al altar, y allí dejó su preciosa vida, y el buen olor de su excelencia intrínseca subió hasta el trono de Dios. ¡Amado Jesús, nos es muy dulce recordarte a cada paso!

El segundo punto al cual hemos aludido más arriba está claramente indicado en el versículo 11: "Porque la vida de la carne en la sangre está; y yo os la he dado para expiar vuestras personas sobre el altar; por lo cual la misma *sangre expiará la persona*. La relación entre estos dos puntos es de las más interesantes. Cuando el hombre ocupa su lugar como destituido de todo título a la vida; cuando reconoce plenamente los derechos que Dios tiene sobre él, entonces el divino mensaje es: "Yo os he dado la sangre para expiar vuestras personas". Sí; la expiación es el don de Dios al hombre, y observad que esta expiación está en la sangre y *sólo* en la sangre. "La *sangre* expiará la persona". No es la sangre y alguna otra cosa. La palabra no puede ser más explícita. Atribuye la expiación *a la sangre* exclusivamente. "Sin derramamiento de *sangre* no hay remisión" (Heb. 9:22). Fue la *muerte* de Cristo que desgarró el velo. Es "por la *sangre* de Jesús" que tenemos "completa libertad para entrar en el santuario". "En el cual tenemos redención por *su sangre*, la remisión de pecados" (Efe. 1:7; Col. 1:14). "Habiendo hecho la paz por la *sangre* de su cruz". "Vosotros que en otro tiempo erais lejanos, habéis sido hechos cercanos por *la sangre* de Cristo". "La *sangre* de Jesucristo su Hijo nos limpia de todo pecado" (1a. Juan 1:7). "Han lavado sus ropas y las han blanqueado en la sangre del Cordero" (Apoc. 7). "Y ellos le han vencido por la sangre del Cordero" (Apoc. 12).

Quisiéramos llamar seriamente la atención de nuestros lectores sobre la preciosa y vital doctrina de la sangre. Deseamos que le conceda toda la importancia que merece. La sangre de Cristo es la base de todo. Es el principio sobre que descansa la justicia de Dios justificando a un pecador impío que cree en el nombre del Hijo de Dios, y es el principio sobre que descansa la confianza del pecador para acercarse a un Dios Santo, cuyos ojos son tan puros que no pueden tolerar el mal. Dios sería justo condenando al pecador; pero por la muerte de Cristo puede ser justo

y justificar a los que creen; puede ser un Dios justo y, al mismo tiempo, un Salvador. La justicia es un atributo inherente a la esencia divina, en armonía con su carácter revelado. De suerte que si no hubiera habido la cruz, este atributo de Dios hubiera exigido la muerte y el juicio del pecador; pero en la cruz esta muerte y este juicio fueron llevados por el Substituto del pecador, de suerte que Dios, aunque santo y justo, es perfectamente consecuente justificando a un pecador por la fe; *todo esto mediante la sangre de Jesús*; no puede ser con menos, ni hace falta más. "*La sangre es la que expiará la persona*". Es decisivo. Es el plan sencillísimo de Dios para la justificación. El plan del hombre es mucho más complicado; y no sólo es complicado y difícil, sino que atribuye la justificación a alguna cosa diferente de lo que encontramos en la Palabra. Desde el tercer capítulo del Génesis hasta el fin del Apocalipsis, se nos presenta la sangre de Cristo como el único fundamento de la justificación. Por la sangre, y nada más que por la sangre, obtenemos el perdón, la paz, la vida, la justicia. El libro del Levítico entero y particularmente el capítulo de que acabamos de ocuparnos, es un comentario sobre la doctrina de la sangre. Parece extraño tener que insistir sobre un hecho tan evidente para todo lector de las Escrituras imparcial y sin preocupación. Pero es así; nuestros corazones están inclinados a extraviarse del simple testimonio de la Palabra. Somos prontos a adoptar opiniones, a veces sin examinarlas con calma a la luz de los testimonios divinos. De este modo caemos en la confusión, en las tinieblas, en el error.

Aprendamos a dar a la sangre de Cristo el lugar que le es debido. Es tan preciosa a los ojos de Dios que no consiente que se añada o mezcle nada. "Porque la vida de la carne en la sangre está; y yo os la he dado para expiar vuestras personas sobre el altar, por lo cual la misma *sangre expiará la persona*."

CAPITULOS 18-20

Esta porción de Levítico nos enseña muy claramente lo que Jehová exigía en cuanto a santidad y pureza moral en aquellos que había puesto en relación consigo mismo; y, al mismo tiempo, estos capítulos ofrecen un cuadro de los más humillantes de las enormidades de que es capaz la naturaleza humana.

"Y habló Jehová a Moisés, diciendo: habla a los hijos de Israel, y diles: Yo soy *Jehová vuestro Dios*". Aquí tenemos la base de todo el edificio de conducta moral que presentan estos capítulos. Las obras de los Israelitas debían reglamentarse según el principio que Jehová era *su* Dios. Eran llamados a portarse de una manera digna de una posición tan alta y tan santa. Dios tenía derecho a prescribir el carácter especial y la norma de conducta que convenía a un pueblo al cual se había dignado asociar su nombre. De aquí la repetición de estas expresiones: "Yo soy Jehová", "Yo soy Jehová vuestro Dios", "Yo soy santo, yo Jehová vuestro Dios". Jehová era su Dios, y El era santo, por consiguiente ellos también estaban llamados a ser santos. Su nombre estaba asociado a su carácter y a sus costumbres.

Este es el verdadero principio de la santidad para los hijos de Dios de todos los tiempos. Deben regirse y caracterizarse por la revelación que El ha hecho de sí mismo. Su conducta debe depender de lo que El es, y no de lo que ellos son por sí mismos. Esto anula enteramente el principio expresado por estas palabras: "Apártate, yo soy más santo que tú", principio tan justamente desechado por toda alma juiciosa. No se trata de una sencilla comparación de un individuo con otros, se trata de una sencilla declaración de la conducta que espera Dios de los que le pertenecen. "No haréis como hacen en la tierra de Egipto, en la cual morasteis; ni haréis como hacen en la tierra de Canaán, a la cual yo os conduzco; ni andaréis en sus estatutos". Los egipcios y los cananeos estaban sumergidos en el *mal*. Y ¿cómo podían saberlo los israelitas? ¿quién se los había de decir? y ¿cómo podían saber que tenían razón ellos, y los otros no? Son estas preguntas interesantes, y la respuesta es tan sencilla como importantes las preguntas. La palabra de Jehová era

la regla por la cual debían resolverse definitivamente las cuestiones de bien y de mal a juicio de todo miembro del Israel de Dios. No era, de ningún modo, el juicio de un israelita, puesto en oposición al juicio de un egipcio o de un cananeo; pero era el juicio de Dios ante todo. El egipcio y el cananeo podían tener sus propias prácticas y sus propias opiniones, pero Israel debía tener las prácticas y las opiniones prescritas en la Palabra de Dios. "Mis derechos pondréis por obra, y mis estatutos guardaréis andando en ellos. Yo Jehová vuestro Dios. Por tanto mis estatutos y mis derechos guardaréis, los cuales haciendo el hombre vivirá en ellos. Yo Jehová".

Deseamos que nuestros lectores tengan un concepto claro, profundo y completo de esta verdad. La palabra de Dios es la que debe decidir toda cuestión moral y gobernar todas las conciencias. Sus decisiones solemnes deben ser inapelables. Cuando Dios habla, todos los corazones deben someterse. Los hombres pueden formar y sostener sus opiniones; pueden adoptar y defender sus prácticas, pero uno de los rasgos más hermosos del carácter del "Israel de Dios" es un profundo respeto y una sumisión implícita a "toda palabra que sale de la boca del Señor". La manifestación de este rasgo precioso tal vez los exponga a ser acusados de dogmatismo y de presunción por los que nunca han pensado seriamente en este asunto; pero, en realidad, nada se parece menos al dogmatismo que la simple sujeción a la clara verdad de Dios; nada se parece menos a la presunción que el respeto por las enseñanzas de la Palabra; nada se parece menos a la confianza en sí mismo que la sumisión a la autoridad divina de las Santas Escrituras.

Es verdad que siempre habrá necesidad de tener cuidado en cuanto a la manera y al tono con que manifestamos la base de nuestras convicciones y nuestra conducta. Debemos manifestar que somos dirigidos, no por nuestras propias opiniones, sino por la Palabra de Dios. Hay gran peligro de dar importancia a una opinión únicamente porque *nosotros* la hemos adoptado. Conviene guardarse de esto. El yo puede entremeterse y mostrar su fealdad en la defensa de nuestras opiniones, igual que en otra cosa cualquiera; pero debemos desecharlo en todas sus formas, y en todas las cosas regimos por: "Así ha dicho Jehová".

Por otra parte no debemos esperar que todos estén prestos a admitir la autoridad de los estatutos y juicios divinos. A medida que se anda en la integridad y en la energía de la naturaleza divina, se reconoce, aprecia, y reverencia la palabra de Dios. Un egipcio o un cananeo hubiera sido incapaz de comprender el sentido, o de apreciar el valor de los estatutos y de las ordenanzas que debían dirigir la conducta del pueblo circuncidado de Dios; pero esto no afectaba nada a la obediencia de Israel. Jehová había establecido con ellos relaciones especiales, y estas relaciones tenían sus privilegios y sus responsabilidades distintas. "Yo soy Jehová *vuestro* Dios". Esto debía ser la base de su conducta. Debían andar de una manera digna de Aquél que había llegado a ser *su* Dios, y que les había hecho *su* pueblo. No quiere esto decir que fuesen mejores que los otros pueblos. De ningún modo. Los egipcios y los cananeos hubieran podido pensar que los israelitas se consideraban superiores rehusando a adoptar las costumbres de una u otra nación. Pero no, la razón de su proceder y el principio de su moralidad particular estribaba en estas palabras: "Yo soy Jehová, *vuestro* Dios".

En este hecho de tan gran importancia Jehová ponía ante su pueblo una base de conducta que era inquebrantable, y una regla de moralidad que era tan elevada y duradera como el mismo trono eterno. Desde el momento en que entraba en relaciones con su pueblo, era preciso que la ética y las costumbres de este revistieran un carácter digno de El. No se trataba de lo que eran en sí mismos o en relación a los otros, sino de lo que Dios era en relación a todos. Esto establece una diferencia esencial. Hacer del yo el principio de acción o la regla de la moral, es no sólo una loca presunción, sino el medio seguro de hacer descender a un hombre en la escala moral. Si tenemos el yo por objeto, necesariamente descenderemos cada día más y más; pero, por otra parte, si colocamos al Señor ante nuestra vista, nos elevaremos más y más alto, a medida que, por el poder del Espíritu Santo, crezcamos en conformidad con ese modelo perfecto que se muestra a los ojos de

la fe en las páginas sagradas. Ciertamente debíamos postrarnos en el polvo, sintiendo a qué inmensa distancia estamos todavía del modelo que nos es propuesto; pero, sin embargo, no debemos contentarnos nunca con una regla menos elevada, y no estaremos satisfechos hasta que seamos hechos conformes, en todas las cosas, con Aquél que fue nuestro Sustituto sobre la cruz y que es nuestro Modelo en la gloria.

Tal es el gran principio que encontramos en el capítulo que nos ocupa; principio de una importancia inefable para los cristianos desde el punto de vista práctico. Es inútil entrar en una exposición detallada de los estatutos, pues, se explican ellos mismos en los términos más claros. Sólo quisiéramos hacer notar que estos estatutos se dividen en dos clases distintas: los que demuestran hasta qué vergonzosas enormidades puede dejarse llevar el corazón humano, y los que ponen de manifiesto la exquisita ternura y cuidados preventivos del Dios de Israel.

En cuanto a los primeros, es evidente que el Espíritu de Dios nunca hubiera dado leyes con el objeto de prevenir delitos que no existiesen. No se construye un dique allí donde no hay inundación que temer o que combatir. El Espíritu no se ocupa de ideas abstractas, sino positivas realidades. El hombre, en efecto, es capaz de cometer cada uno de los vergonzosos crímenes mencionados en esta fiel parte del libro de Levítico. Si no lo fuera ¿por qué se le diría que se guardase de ello? Un código así no convendría, de ningún modo, a los ángeles, porque son incapaces de cometer tales pecados; pero conviene al hombre. porque tiene en su naturaleza el germen de estos pecados. Esto es profundamente humillante; es una nueva declaración de que el hombre está en completa ruina. Desde la mollera de la cabeza a la planta de sus pies, no hay ni una pequeña parte moralmente sana, cuando se la considera a la luz de la presencia divina. El ser para el cual Jehová juzgó necesario hacer escribir los capítulos 18-20 de Levítico debe ser un abominable pecador; pero este ser es el *hombre*; el escritor y el lector de estas líneas. Es evidente que "los que están en la carne, no pueden agradar a Dios" (Rom. 8). Gracias a Dios, el creyente no "está en la carne sino en el Espíritu". Fue separado completamente de su posición en la vieja creación, y fue introducido en la nueva, donde los pecados morales de que se habla en estos capítulos no podían existir. Es verdad que queda la vieja naturaleza, pero tenemos el feliz privilegio de "contarla" como cosa muerta y de andar en la potencia constante de la nueva creación, donde "todas las cosas son de Dios". En esto consiste la libertad cristiana, libertad de andar, en todos sentidos, en esta bella creación, donde no se podría encontrar ningún rasgo de mal; libertad sagrada de andar en santidad y pureza ante Dios y los hombres; libertad de pisar los elevados senderos de la santidad personal sobre los cuales los rayos de la faz divina vierten su brillante resplandor. He aquí lo que es la libertad cristiana. Es la libertad, no para cometer el pecado, sino para gustar las dulzuras celestes de una vida de verdadera santidad y de elevación moral. Apreciemos más que hasta aquí esta preciosa gracia del cielo, la libertad cristiana.

Ahora, una palabra sobre la segunda clase de estatutos contenidos en esta sección, a saber, los que testifican de un modo tan conmovedor la ternura y solicitud de Dios. "Cuando segareis la mies de vuestra tierra, no acabarás de segar el rincón de tu haza, ni espigarás tu tierra segada, y no rebuscarás tu viña, ni recogerás los granos caídos de tu viña; *para el pobre y para el extranjero los dejarás. Yo Jehová vuestro Dios*" (Cap. 19:9,10). Esta misma ordenanza la volveremos a encontrar en el capítulo 23; pero allí la veremos bajo el punto de vista dispensacional. Aquí la contemplamos en su aspecto moral, manifestando la gracia preciosa del Dios de Israel. El pensaba en "el pobre y en el extranjero" y quería que su pueblo pensase igualmente en ellos. Cuando estaban recogidas las gavillas doradas y los racimos maduros, el Israel de Dios debía acordarse "del pobre y del extranjero", porque Jehová era el Dios de Israel. El segador y el vendimiador no debían dejarse dominar por un espíritu de avaricia, que hubiera despojado los rincones del campo, y los sarmientos de la viña, sino más bien por un espíritu de largueza y sincera beneficencia, que dejaba una gavilla y racimos "para el pobre y para el extranjero", a fin de que ellos también pudieren regocijarse en la bondad sin límites de Aquél a cuya mano abierta todos pueden mirar con confianza.

En el libro de Ruth encontramos el hermoso ejemplo de un hombre que practicaba a la letra esta piadosa ordenanza. "Y Booz le dijo (a Ruth) a la hora de comer: Allégate aquí, y come del pan, y moja tu bocado en el vinagre. Y sentóse ella junto a los segadores, y él le dio del potaje, y comió hasta que se hartó y le sobró. Levantóse luego para espigar. Y Booz mandó a sus criados, diciendo: Coja también espigas entre las gavillas, y no la avergoncéis; *antes echaréis a sabiendas (algunas) espigas de los manojos*, y la dejaréis que coja y no la reprendáis". (Ruth 2:14-16). ¡Qué gracia más admirable! Es conveniente para combatir el egoísmo que domina en nuestros corazones estar en contacto con tales principios y práctica. El deseo de este noble israelita era que la "extranjera" encontrase abundancia de grano, y que no pareciese que era resultado de su benevolencia para con ella sino fruto de su trabajo espigando. Procedió en todo con verdadera delicadeza. Esto era ponerla en relación inmediata con el Dios de Israel, y hacerla depender de Aquél que había provisto a las necesidades del "espigador". Booz cumplía esta ley de misericordia de la que Ruth recogía las ventajas. La misma gracia que había dado el campo a Booz, daba las espigaduras a la joven extranjera. Eran uno y otra deudores a la gracia. Ella era el feliz objeto de la bondad de Jehová. El era el privilegiado administrador de la hermosa institución de Jehová. Todo estaba en el orden moral más admirable. La criatura era bendita y Dios glorificado. ¿Quién no reconocerá que es saludable para nosotros respirar semejante atmósfera?

Veamos ahora otra de las leyes de esta sección: "No oprimirás a tu prójimo, ni le robarás. No se detendrá el trabajo del jornalero en tu casa hasta la mañana" (Cap. 19:13). ¡Qué tierna solicitud encontramos aquí! El Señor Todopoderoso, que mora en la Eternidad, conoce los pensamientos que nacen en el corazón de un pobre obrero. Tiene en cuenta sus esperanzas, respecto al fruto del trabajo de su jornada. Es natural que el obrero espere su salario; cuenta con él, la comida de la familia de él depende. ¡No se le retengáis! ¡no mandéis al obrero a su casa con el corazón oprimido, para apesadumbrar también el corazón de su mujer y de sus hijos; dadle siempre aquello por lo que ha trabajado, aquello a que tiene derecho y a lo que espera! Es marido, es padre, y ha soportado el peso y el calor del día para que su mujer y sus hijos no tengan que acostarse en ayunas; no le contrariéis. Dadle lo que se le debe. Así es como nuestro Dios atiende a los suspiros del trabajador, y provee a que su esperanza no sea defraudada. ¡Qué ternura, qué amor más profundos! La sola contemplación de tales leyes basta para impulsarnos a la beneficencia. ¿Quién podría leer estos pasajes sin conmovirse? ¿Quién podría leerlos y luego despedir a un pobre obrero sin preocuparse de él, sin saber si él y su familia tienen con qué satisfacer su hambre?

Nada es más entristecedor para un corazón tierno que la falta de consideración afectuosa hacia los pobres, que se encuentra tan a menudo en los ricos. Estos pueden sentarse para tomar sus opíparas comidas, después de haber rechazado de su puerta a algún jornalero que había ido a pedir la justa paga de su honrado trabajo. No piensan en la cruel decepción que sufre, y en la que lleva a su familia. Esto es terrible. Tal modo de obrar es abominable a los ojos de Dios y de todos aquellos que en alguna medida participan de su carácter. Si queremos saber lo que Dios piensa de esto, no tenemos más que prestar oído a estos acentos de santa indignación: "He aquí, el jornal de los obreros que han segado vuestras tierras, el cual por engaño no les ha sido pagado de vosotros, clama; y los clamores de los que habían segado, han entrado en los oídos del Señor de los ejércitos". (Sant. 5:4). "El Señor de los ejércitos" oye el clamor del obrero afligido y engañado en su esperanza. Su tierno amor se manifiesta en las instituciones de su gobierno moral, y aun cuando el corazón no se conmoviera por el amor que revelan estas instituciones, su justicia, al menos, debían dirigir la conducta. Dios no puede sufrir que los derechos de los pobres sean cruelmente ultrajados por los que, endurecidos por sus riquezas y estando libres de toda necesidad, son insensibles a los llamamientos de la compasión e incapaces de simpatizar con los que tienen que pasar los días en fatigosos trabajos y en medio de la pobreza. Los pobres son el objeto especial de la solicitud de Dios. El se ocupa de ellos muchas y muchas veces en los estatutos de su administración moral, y he aquí lo que se dice expresamente de Aquél que dentro de poco tomará las riendas del gobierno en su gloria manifiesta. "Porque él librará al menesteroso que clamare, y al afligido que no tuviera quien

lo socorra; tendrá misericordia del pobre y del menesteroso, y salvará las almas de los pobres. De engaño y de violencia redimirá sus almas; y la sangre de ellos será preciosa en sus ojos" (Sal. 72:12-14).

¡Ojalá saquemos algún provecho del estudio de estas verdades tan preciosas y tan aplicables a nuestra vida! Que estas verdades tan preciosas conmuevan nuestros corazones e influyan en nuestra conducta. Vivimos en un mundo sin corazón, y hay en nosotros mucho egoísmo; no somos bastante sensibles a las necesidades de los demás; estamos inclinados a descuidar a los pobres en medio de nuestra abundancia. A menudo olvidamos que aquellos mismos cuyo trabajo contribuye a nuestro bienestar viven, tal vez, en la mayor pobreza. Pensemos en estas cosas y guardémonos de "moler las caras de los pobres" (Isa. 3:15). Si las leyes y las ordenanzas de la economía mosaica despertaban en los judíos los sentimientos afectuosos hacia los pobres y les enseñaban a tratar a los hijos del trabajo con afecto y benevolencia, ¡cuánto más la ética más elevada y más espiritual de la dispensación evangélica debería producir en el corazón y en la vida de cada cristiano sentimientos de generosidad hacia la indigencia en todas sus formas!

Es verdad que se necesita mucha prudencia y precaución para que no saquemos a un hombre de la posición honrosa que ocupe dependiendo de los frutos preciosos y positivos de un honrado trabajo: esto sería un grave error en lugar de un beneficio. El ejemplo de Booz debiera servirnos de modelo respecto a esto. Dejaba que Ruth trabajase espigando, pero cuidaba de que su trabajo fuese productivo. Este es un principio muy útil y muy sencillo. Dios quiere que el hombre trabaje de un modo u otro, y obramos contra su voluntad cuando hacemos que uno de nuestros semejantes deje de vivir de su trabajo, para hacerle depender de una mal entendida beneficencia. El primer género de vida es tan honrado y elevado como inmoral y despreciable es el segundo. No hay pan tan dulce como el que se ha ganado noblemente; pero es preciso que los que ganan su pan tengan bastante. Se alimenta y cuida a los caballos, y con tanta más razón se deberá hacer lo mismo con el que trabaja desde el lunes por la mañana hasta el sábado por la tarde.

Alguien dirá, tal vez, que hay dos lados a esta cuestión, y es verdad. Entre los pobres se encuentran muchas cosas que debilitan los sentimientos benéficos y de verdadera simpatía. Hay muchas cosas que tienden a endurecer el corazón y a cerrar la mano; pero vale más ser engañado noventa y nueve veces por cien, que cerrar las entrañas a la compasión de un sólo desgraciado, digno de ella. Nuestro Padre celestial hace salir su sol sobre los malos y sobre los buenos, y envía su lluvia sobre los justos y sobre los injustos. Los mismos rayos que regocijan el corazón de algún creyente, se esparcen también sobre el sendero de algún impío pecador, y el mismo aguacero que cae en el campo de un verdadero creyente, enriquece también los surcos de algún infiel blasfemo. He aquí lo que debe ser nuestro modelo. "Sed, pues, vosotros perfectos, como vuestro Padre que está en los cielos es perfecto". (Mat. 5:48). Sólo contemplando al Señor y andando en la fuerza de su gracia, podremos ir al encuentro de todas las formas de la miseria humana con corazón compasivo y mano abierta. Sólo cuando bebemos en la fuente inagotable del amor y de la bondad divina podemos continuar aliviando las necesidades de nuestros semejantes sin desanimarnos por las frecuentes manifestaciones de la depravación humana. Nuestras pobres y pequeñas fuentes pronto se agotarían si no estuvieran mantenidas en relación no interrumpida con la fuente que brota siempre.

El estatuto que a continuación se presenta a nuestro examen testimonia también, de un modo conmovedor, la tierna solicitud del Dios de Israel: "No maldigas al sordo, y delante del ciego no pondrás tropiezo; mas tendrás temor de tu Dios, Yo Jehová" (Vers. 14). Dios pone freno a los impulsos de impaciencia que una naturaleza indisciplinada no dejaría de experimentar ante la enfermedad de la sordera. ¡Cuán bien podemos comprender esto! El hombre natural no gusta de tener que repetir sus palabras, como exige la enfermedad del sordo. Jehová había pensado en esto y proporcionaba remedio. ¿Cómo? "Mas tendrán temor de tu Dios". Cuando nuestra paciencia sea

puesta a prueba por una persona sorda, acordémonos del Señor, y miremos a El que nos dará su gracia para dominar la impaciencia.

La segunda parte de este versículo revela un humillante grado de maldad en la naturaleza humana. Poner una piedra de tropiezo en el camino del ciego es casi la crueldad más infame que se puede imaginar, y, no obstante, el hombre es capaz de ella. Si no lo fuese, no sería exhortado de esta manera. Sin duda que este, como otros muchos estatutos, es susceptible de una aplicación espiritual; pero esto no quita nada al sentido literal del principio expuesto. El hombre es capaz de poner una piedra de tropiezo ante uno de sus semejantes afligido de ceguera. ¡Así es el hombre! Seguramente el Señor sabía lo que había en el hombre cuando escribió los estatutos y juicios del libro de Levítico.

Quisiéramos dejar a nuestros lectores meditar solos sobre el final de esta sección. Verán al hacerlo que cada enseñanza contiene una doble lección; lección sobre las perversas tendencias de nuestra naturaleza, y también sobre la tierna solicitud de Jehová ²².

CAPITULOS 21-22

Estos capítulos muestran detalladamente cuales eran las exigencias divinas con relación a los que tenían el privilegio de acercarse como sacerdotes para "ofrecer el pan de su Dios". Aquí, como en la sección anterior, vemos la conducta como *resultado* de sus relaciones con Dios, y no como la causa. Conviene tener esto muy presente. Los hijos de Aarón eran sacerdotes de Dios, en virtud de su nacimiento. Tanto unos como otros gozaban de este privilegio; no era una posición adquirida; no se trataba de un progreso ni de algo que uno tuviera y otro no. Todos los hijos de Aarón eran sacerdotes; lo eran por nacimiento. Su capacidad de comprender esta posición, de gozar de ella, y de los privilegios que de ella dependían, era otra cosa. Uno podía ser un niño, y otro podía haber llegado a la madurez, al vigor de un hombre hecho. El primero era naturalmente incapaz de comer de la comida sacerdotal, siendo un niño, que necesitaba "leche" y no "comida sólida"; pero era tan verdadero miembro de la familia sacerdotal como el hombre que pisaba con pie firme los atrios de la casa de Jehová, y que se alimentaba del "pecho mecido" y de "la espaldilla elevada del sacrificio".

Esta distinción es fácil de comprender en el caso de los hijos de Aarón, y, por consiguiente, servirá para ilustrar con sencillez la verdad relativa a los miembros de la verdadera familia sacerdotal que preside nuestro gran Sumo Sacerdote, y a la cual pertenecen todos los verdaderos creyentes. (Heb. 3:6). Todo hijo de Dios es sacerdote. Está alistado al servicio de la casa sacerdotal de Cristo. Puede ser muy ignorante, pero su posición como sacerdote no descansa en el conocimiento, sino en que tenga vida. Sus experiencias pueden ser muy pobres, pero su lugar como sacerdote no depende de las experiencias, sino de que tenga vida. Su capacidad puede ser muy limitada, pero sus relaciones como sacerdote no proceden de una vasta capacidad, sino de que tenga vida. Es nacido de Dios para la posición y para las relaciones del sacerdote. No se ha introducido por sí mismo en tal estado. No es por sus propios esfuerzos que ha llegado a ser sacerdote. Es sacerdote por nacimiento. El sacerdote espiritual, con todas las funciones espirituales que se le

²² Los versículos 16 y 17 piden una atención especial. "No andarás chismeando en tus pueblos". Es una recomendación que conviene a los hijos de Dios de todos los tiempos. Un chismoso hace un mal incalculable. Se ha dicho con razón que hace mal a tres personas, a sí mismo, a aquél que le escucha, y a aquél de quien habla. Esto es lo que hace de una manera directa, y en cuanto a las consecuencias indirectas ¿quién podrá enumerarlas? Guardémonos cuidadosamente de este horrible pecado. No dejemos nunca escapar un chisme a nuestros labios, ni nos paremos nunca a escucharlo. Rechacemos siempre con rostro airado la lengua detractora, como "el viento del norte ahuyenta la lluvia". (Prov. 25:23).

En el versículo 17 vemos lo que debemos hacer en lugar de chismear: "Ingenuamente reprenderás a tu prójimo, y no consentirás sobre él pecado". En lugar de decir mal del prójimo a otro, somos llamados a ir a él directamente a reprenderle, si hay lugar a ello. Este es el método divino. El método de Satán es ir murmurando.

refieren, es el adjunto necesario del nacimiento espiritual. La facultad de gozar de los privilegios y de cumplir las funciones de una posición, no debe confundirse con la posición misma: deben distinguirse bien las dos cosas. Una cosa es la relación, otra la facultad.

Además, considerando la familia de Aarón, vemos que nada podía romper los vínculos entre él y sus hijos. Muchas cosas podían impedir el pleno goce de los privilegios anejos a estos vínculos de parentesco. Podía ocurrir que un hijo de Aarón se "contaminara por un muerto", que se manchase formando una alianza profana, que tuviese defecto corporal, que fuese "ciego o cojo", o que fuese "enano". Cualquiera de estas enfermedades afectaría necesariamente el goce de sus privilegios y el cumplimiento de las funciones que pertenecían a esta relación de parentesco, porque leemos: "Ningún varón de la simiente de Aarón sacerdote, en el cual hubiere falta, se allegará para ofrecer las ofrendas encendidas de Jehová. Hay falta en él, no se allegará a ofrecer el pan de su Dios; el pan de su Dios, de lo muy santo y las cosas santificadas, comerá". "Empero no entrará del velo adentro, ni se allegará al altar, por cuanto hay falta en él, y no profanará mi santuario, porque yo Jehová soy el que los santifico" (Cap. 21:21-23). Pero ninguna de estas cosas podía menoscabar las relaciones fundadas sobre los principios de la naturaleza humana. Aunque un hijo de Aarón fuese enano, no era por eso menos hijo de Aarón. Es verdad que como enano estaba privado de muchos de los preciosos privilegios, de muchas de las altas dignidades del sacerdocio; pero aunque así fuese, era hijo de Aarón. No podía gozar del mismo grado de comunión, ni desempeñar las mismas funciones del servicio sacerdotal, que el que había llegado a la perfecta estatura del hombre hecho; pero era miembro de la familia sacerdotal, y, por lo tanto, le estaba permitido "comer del pan de su Dios". Las relaciones eran reales, aunque el desarrollo fuese tan defectuoso.

La aplicación espiritual de este pasaje es tan sencilla como práctica. Una cosa es ser hijo de Dios, y otra, estar en el goce de la comunión y del culto sacerdotales. Esta comunión es turbada, a menudo, de diferentes modos. Dejamos que las circunstancias, que nuestros pensamientos y que lo que nos rodea obren sobre nosotros con perniciosa influencia. No todos los cristianos conocen, en práctica, la misma elevación de conducta, la misma intimidad de comunión, la misma proximidad consciente de Cristo. Muchos de entre nosotros tenemos que deplorar nuestros defectos espirituales. Hay los que andan cojeando, los que tienen el sentido de la vista defectuoso, los que no alcanzan el crecimiento debido. A veces nos contaminamos con el mal, nos debilitamos y entorpecemos con relaciones profanas. En una palabra: así como los hijos de Aarón, aunque sacerdotes por nacimiento, estaban, no obstante, privados de muchos privilegios por las impurezas legales, y los defectos físicos, así también nosotros, aunque sacerdotes de Dios por el nacimiento de lo alto, estamos privados de muchos de los grandes y santos privilegios de nuestra posición, por las impurezas morales y las enfermedades espirituales. Estamos despojados de muchos de nuestras dignidades por la falta de desarrollo espiritual. Falta que tengamos el "ojo simple", más vigor espiritual y una consagración sincera y cordial. Somos salvos por la libre gracia de Dios, en virtud del perfecto sacrificio de Cristo. "Somos hijos de Dios por la fe en Cristo Jesús". Pero la salud y la comunión son dos cosas muy diferentes. La relación filial es una cosa, y la obediencia, otra muy distinta.

Conviene distinguir estas cosas cuidadosamente. El capítulo de que nos ocupamos pone de manifiesto muy claramente esta distinción. Porque un hijo de Aarón tuviese "quebradura de pie, o rotura de mano" ¿tenía que estar privado de su relación de hijo? No, ciertamente. ¿Estaba privado de su posición sacerdotal? De ningún modo, Al contrario, he aquí lo que dice la Palabra: "El pan de su Dios, de lo muy santo y de las cosas santificadas, comerá". ¿Qué era, pues, lo que perdía por su enfermedad corporal? No le estaba permitido desempeñar algunas de las funciones más elevadas del culto sacerdotal. "Empero no entrará del velo adentro, no se allegará al altar". Eran graves privaciones, y aunque se podía objetar que el hombre no tenía poder para evitar estos defectos físicos, no por esto varía en nada la cuestión. Jehová no podía tener un sacerdote defectuoso ante su altar, ni un sacrificio defectuoso sobre su altar. Era necesario que sacerdote y sacrificio fuesen

perfectos. "Ningún varón de la simiente de Aarón sacerdote, en el cual hubiere falta, se allegará para ofrecer las ofrendas encendidas de Jehová" (Cap. 21:21). "Ninguna cosa en que haya falta ofreceréis, porque no será acepto por vosotros" (Cap. 22:20).

Pues bien, nosotros tenemos a la vez el sacerdote perfecto, y el sacrificio perfecto, en la persona de nuestro muy amado Salvador Jesucristo. "Habiéndose ofrecido a sí mismo sin mancha a Dios", ha pasado como nuestro gran Sumo Sacerdote a los cielos, donde vive eternamente para interceder por nosotros. La Epístola a los Hebreos trata detalladamente estos dos puntos; pone en admirable contraste el sacrificio y el sacerdocio del sistema mosaico, y el Sacrificio y el Sacerdocio de Cristo. En El tenemos la perfección divina, ya lo consideremos como Víctima, ya como Sacerdote. Tenemos en El todo lo que Dios podía pedir y todo aquello que el hombre necesitaba. Su sangre preciosa ha quitado nuestros pecados, y su poderosa intercesión nos mantiene en toda la perfección del lugar donde su sangre nos ha introducido. "En él estamos cumplidos" (Col. 2), y, no obstante, por nosotros mismos, somos tan débiles, tan vacilantes, son tantas nuestras enfermedades y faltas, estamos tan inclinados a errar y tropezar en nuestro camino, que no podríamos estar en pie ni un sólo instante si no fuera porque "El vive siempre para interceder por nosotros".

Ya nos hemos ocupado de esto en los primeros capítulos del presente libro y, por lo tanto, no creemos necesario insistir en ello. Los que comprenden las grandes verdades fundamentales del cristianismo y tienen alguna experiencia de la vida cristiana, comprenderán como es que aunque "cumplidos en aquél que es el Jefe de todo principado y autoridad", tenemos, sin embargo, necesidad, mientras estamos en este suelo, en medio de las debilidades, de las luchas y de los combates de la tierra, de la poderosa intercesión de nuestro adorable y divino Sumo Sacerdote. El creyente está "lavado, santificado y justificado" (Ia. Cor. 6), es "acepto en el Amado" (Efes. 1:6). En cuanto a su persona no puede venir a juicio (Véase Juan 5:24 donde se debe leer juicio, *krisin*, y no condenación, *katakrisin*). La muerte y el juicio no existen para el creyente, porque está unido a Cristo que lo ha sufrido todo en su lugar. Todas estas cosas son verdad aun para el miembro más débil, más ignorante y más imperfecto de la familia de Dios: pero, sin embargo, como lleva consigo una naturaleza malvada y tan completamente arruinada que ninguna disciplina puede corregirla ni ningún remedio curarla, como habita un cuerpo de pecado y de muerte, que está rodeado de influencias malignas, como está llamado a luchar continuamente con las fuerzas reunidas del mundo, de la carne y del diablo, no podría sostenerse, ni mucho menos progresar, si no estuviese sostenido por la poderosa intercesión de su gran Sumo Sacerdote, que lleva los nombres de su pueblo sobre su pecho y su espalda.

Sabemos que a muchos les es difícil conciliar la idea de la posición perfecta del creyente en Cristo con la necesidad de un sacerdocio. "Si es perfecto", dicen, "¿qué necesidad tiene de un sacerdote?" Las dos cosas están tan claramente demostradas en la Palabra como son compatibles la una con la otra, y comprendidas en la experiencia de todo cristiano bien instruido. Es de la mayor importancia comprender con claridad y exactitud la perfecta armonía de estos dos aspectos de la verdad. El creyente es perfecto en Cristo, pero en sí mismo es una pobre y débil criatura, expuesta siempre a caer. De aquí la inefable dicha de tener, a la diestra de la Majestad en los cielos, Uno que se cuida de todo lo que le concierne; Uno que le sostiene continuamente por la diestra de su justicia; Uno que no le abandonará nunca; Uno que puede salvar perfectamente y hasta el fin; Uno que "es el mismo ayer y hoy, y por los siglos"; Uno que le hará pasar en triunfo a través de todas las dificultades y todos los peligros que le rodean, y Uno que, finalmente, "le presentará delante de su gloria irrepreensible con gran alegría". ¡Bendita por siempre sea la gracia que ha provisto tan ampliamente a todas nuestras necesidades por la sangre de una víctima sin tacha y por la intercesión de un divino Sumo Sacerdote!

Querido lector cristiano; esforcémonos en andar de manera que nos conservemos sin mancha de las inmundicias del mundo y que nos mantengamos apartados de todos los malos

pensamientos y relaciones, a fin de que podamos gozar de los mayores privilegios, y desempeñar las funciones más elevadas de nuestra posición de miembros de la familia sacerdotal, cuya cabeza es Cristo. Tenemos "libertad de entrar en el santuario por la sangre de Jesucristo", "tenemos un gran sacerdote establecido sobre la casa de Dios" (Heb. 10). Nada puede quitarnos estos privilegios. Pero nuestra comunión puede ser turbada, nuestro culto puede ser impedido, nuestras santas funciones descuidadas. Estas cuestiones ceremoniales sobre las que se advierte a los hijos de Aarón, tienen sus antitipos en la economía cristiana. Si se les exhortaba a guardarse de todo contacto inmundo, nosotros lo somos también; si se les exhortaba a guardarse de alianzas profanas, nosotros lo somos igualmente. Si eran exhortados a guardarse de toda impureza ceremonial, nosotros somos exhortados a guardarnos de toda inmundicia de carne y de espíritu" (1a. Cor. 7). Si ellos debían verse privados del goce de sus mayores privilegios sacerdotales por los defectos corporales o crecimiento imperfecto, con nosotros ocurre lo mismo por las imperfecciones morales, y el crecimiento espiritual imperfecto.

¿Quién osará poner en duda la importancia práctica de estos principios? ¿No es evidente que cuanto más apreciamos las bendiciones ligadas a esta casa sacerdotal de la que hemos sido hechos miembros, en virtud de nuestro nuevo nacimiento, más nos guardaremos de todo lo que, de alguna manera, tienda a quitarnos el gozo? Sin duda. Esto es lo que hace el estudio de esta sección tan útil para nuestra vida. ¡Ojalá sintamos su poder por la aplicación del Espíritu Santo! Entonces *gozaremos* de nuestra categoría de sacerdotes. Y así desempeñaremos fielmente nuestras funciones de sacerdotes. Seremos capaces de presentar "nuestros cuerpos en sacrificio vivo, santo, agradable a Dios" (Rom. 12:1). Seremos capaces de "ofrecer siempre a Dios sacrificios de alabanza, es a saber, fruto de labios que confiesen a su nombre" (Heb. 13:15). Como miembros de la "casa espiritual" y del "sacerdocio santo", seremos capaces "de ofrecer sacrificios espirituales, agradables a Dios por Jesucristo" (1a. Ped. 2:5). Seremos capaces de anticipar, en alguna medida, el tiempo feliz cuando los aleluyas de una adoración profunda y ferviente subirán desde la creación rescatada hasta el trono de Dios y del Cordero, durante toda la eternidad.

CAPITULO 23

Hemos llegado a uno de los capítulos más profundos y más extensos, por los asuntos que trata, de los libros santos, y, por lo tanto, requiere un estudio serio y atento. Contiene la descripción de las siete grandes fiestas o solemnidades periódicas que dividían el año en Israel. En otras palabras, nos ofrece un cuadro perfecto de las dispensaciones de Dios hacia Israel durante el tiempo de su tan extraordinaria historia.

Tomando las fiestas por separado, tenemos el Sábado, la Pascua, la fiesta de los ázimos, la fiesta de las primicias, la fiesta de las trompetas, el día de la expiación y la fiesta de los tabernáculos. Entre todas son ocho; pero se puede ver muy bien que el sábado ocupa un lugar único e independiente. Se menciona el primero; su carácter particular y las circunstancias que lo acompañan están explicadas; y en seguida leemos: "Estas son las solemnidades de Jehová; las convocaciones santas a las cuales convocaréis en sus tiempos" (Vers. 4). De suerte que, propiamente hablando, el lector atento observara que la *primera* gran festividad de Israel era la Pascua, y la *séptima*, la fiesta de los tabernáculos. Es decir, y esto teniendo en cuenta su forma típica, tenemos primeramente la redención y finalmente la gloria milenaria. El cordero pascual figuraba la muerte de Cristo (1a. Cor. 5:7), y la fiesta de los tabernáculos representaba "los tiempos de la restauración de todas las cosas que habló Dios por boca de sus santos profetas que han sido desde el siglo" (Hech. 3: 21).

Tales eran las fiestas que abrían y cerraban el año judaico. La expiación es la base, la gloria es la cúspide del edificio, mientras que entre estos dos puntos encontramos prefiguradas la

resurrección de Cristo (Vers. 10-14), la reunión de la Iglesia (Vers. 15-21); el despertar de los israelitas al sentimiento de su gloria perdida (Ver. 24-25) su arrepentimiento y su cordial recepción del Mesías (Vers. 27-32). Y para que ningún trazo falte en esta gran representación típica, encontramos aun un medio para que los gentiles puedan entrar al fin de la cosecha y espigar en los campos de Israel (Vers. 22). Todo esto hace sublime y perfecto este cuadro, y despierta la más profunda admiración en el corazón de todos los que aman las Escrituras. ¿Puede haber algo más completo? La sangre del Cordero y la santidad basada en ella, la resurrección de Cristo de entre los muertos y su ascensión a los cielos; la venida del Espíritu Santo en potencia en Pentecostés para formar la Iglesia, el despertar del residuo, su arrepentimiento y su restauración, la bendición del "pobre y del extranjero", la manifestación de la gloria, el descanso y la felicidad del reino. Tales son las cosas contenidas en este capítulo verdaderamente maravilloso, y del cual vamos a hacer ahora un detenido estudio. Sea el Espíritu Santo nuestro Maestro y nuestro Guía.

"Y habló Jehová a Moisés, diciendo: habla a los hijos de Israel, y diles: Las solemnidades de Jehová, las cuales proclamaréis santas convocaciones, a estas serán mis solemnidades. Seis días se trabajará, y el séptimo día sábado de reposo será, convocación santa; ninguna obra haréis; sábado es de Jehová en todas vuestras habitaciones". Conviene observar el lugar señalado aquí a la festividad del sábado. Jehová iba a dar una figura de todas sus dispensaciones en gracia hacia su pueblo, y antes de empezar, presenta el sábado como la expresión significativa del descanso que queda para el pueblo de Dios. Era una solemnidad real que debía ser observada por Israel; pero era también un tipo de lo que aun tiene que venir, cuando todas las obras grandes y gloriosas prefiguradas en este capítulo hayan sido cumplidas. Es el descanso de Dios en el cual pueden entrar ahora, en espíritu, todos los que creen, pero que aun no ha llegado en cuanto a su verdadero y completo cumplimiento (Heb. 4). Ahora trabajamos, pronto descansaremos. En un sentido el creyente entra en el reposo; en otro sentido trabaja por entrar en él. Ha encontrado su reposo en Cristo, pero trabaja para entrar en su reposo en la gloria. Ha encontrado un completo reposo de espíritu en lo que Cristo ha hecho por él, y su mirada reposa en ese sábado eterno en el cual entrará cuando todos sus trabajos y sus combates en el desierto hayan pasado. No podría descansar en medio de un mundo de trabajos y miserias. Descansa en Cristo el Hijo de Dios que tomó forma de siervo, y reposando así, es llamado a trabajar como obrero con Dios, con la completa seguridad que cuando su labor haya terminado, gozará de un reposo perfecto y eterno, en las moradas de luz inalterable y de completo bienestar, donde no entrarán el trabajo y el dolor. Esperanza bendita! ¡Que brille más y más a los ojos de la fe! ¡Que trabajemos tanto más fielmente cuanto más seguros estamos de este precioso descanso final! Hay, es verdad, gozo anticipado del eterno sábado, pero estos goces anticipados nos hacen desear con más ardor la venturosa realidad, el sábado que nunca será interrumpido, la "santa convocación" que no se disolverá nunca.

Ya hemos observado que en este capítulo el sábado ocupa un lugar aparte e independiente; esto se ve con claridad desde las primeras palabras del versículo 4, donde Jehová parece empezar de nuevo con esta expresión: "Estas son las solemnidades de Jehová", como para dejar el sábado aparte de las siete fiestas que siguen, aunque es en realidad el tipo del reposo, en el cual lo prefigurado por estas fiestas introduce al alma.

"Estas son las solemnidades de Jehová, las convocaciones santas, a las cuales convocaréis en sus tiempos. En el mes primero, a los catorce del mes, entre las dos tardes, pascua es de Jehová" (Vers. 4, 5). Tenemos, pues, aquí la primera de las siete solemnidades periódicas, el sacrificio del cordero pascual cuya sangre había librado al Israel de Dios de la espada del ángel destructor, en la noche terrible cuando murieron los primogénitos de los egipcios. Es el conocido tipo de la muerte de Cristo, y de aquí viene el lugar que ocupa al principio de este capítulo. Es la base, porque no podemos conocer reposo, santidad ni comunión si no es por el principio de la muerte de Cristo. Es muy interesante y admirable observar que después de hablar del reposo de Dios, se nos presenta a continuación la sangre del Cordero pascual, como para decir: "allí está *el reposo*, pero este es

vuestro *derecho al reposo*". Sin duda el trabajo nos *hará capaces* de gozar del reposo, pero es la sangre lo que nos da *derecho* a gozar de él.

"Y a los quince días de este mes es la solemnidad de los ázimos a Jehová; siete días comeréis ázimos. El primer día tendréis santa convocación; ninguna obra servil haréis. Y ofreceréis a Jehová siete días ofrenda encendida; el séptimo día será santa convocación, ninguna obra servil haréis" (Vers. 6-8). El pueblo era convocado alrededor de Jehová, en la santidad práctica basada en una redención cumplida; y mientras estaban así reunidos, el buen olor del sacrificio subía desde el altar de Israel, hasta el trono de su Dios. Esto nos ofrece una bella representación de la santidad que Dios busca en la vida de sus rescatados. Reposa en el sacrificio, y sube íntimamente ligada al suave y agradable olor de la Persona de Cristo. "Ninguna *obra servil* haréis, y ofreceréis a Jehová *ofrenda encendida*". ¡Qué contraste! ¡La obra servil hecha por la mano del hombre, y el buen olor del sacrificio de Cristo! La santidad práctica del pueblo de Dios no es una obra servil. Es la viva manifestación de Cristo en ellos por la potencia del Espíritu Santo. "Para mí el vivir es Cristo". He aquí la verdadera idea. Cristo es nuestra vida, y toda manifestación de esta vida está, a juicio de Dios, impregnada de la fragancia de Cristo. Esto puede parecer poco a juicio del hombre, pero desde el momento que es un reflejo de Cristo, nuestra vida, es infinitamente preciosa a los ojos de Dios. Sube hasta El, y no puede ser olvidada. En la vida del creyente se producen "los frutos de justicia que son por Cristo Jesús", y ningún poder de la tierra o del infierno puede impedir que suban en buen olor hasta el trono de Dios.

Es necesario observar bien el contraste entre "las obras serviles" y la manifestación de la vida de Cristo. El tipo es admirable. Cesaba toda obra servil en la congregación, pero el buen olor del holocausto subía hasta Dios. Estos eran los dos grandes rasgos característicos de la fiesta de los ázimos. El trabajo del hombre cesaba y el perfume del sacrificio subía como tipo de la vida de santidad práctica del creyente. ¡Qué respuesta más convincente hay aquí para el legalista, por un lado, y para el antinomista, por otro! El primero queda reducido al silencio por las palabras: "Ninguna obra servil", y el segundo por la siguiente expresión: "Y ofreceréis a Jehová ofrenda encendida". Las obras más perfectas del hombre son "serviles", pero el menor racimo de los "frutos de justicia" es a la gloria y honra de Dios. Durante toda la vida del creyente no debe haber ninguna obra servil; nada que tenga los elementos odiosos y degradantes del legalismo. No debe haber más que la presentación continua de la vida de Cristo, desarrollada y manifestada por el poder del Espíritu Santo. Durante los "siete días" de la segunda solemnidad de Israel, no debía haber "nada de levadura", pero, en cambio, el buen olor de la "ofrenda encendida" debía presentarse a Jehová. ¡Ojalá podamos comprender por completo la enseñanza práctica de este tipo tan importante!

"Y habló Jehová a Moisés, diciendo: Habla a los hijos de Israel, y diles: Cuando hubiereis entrado en la tierra que yo os doy y segareis su mies, traeréis al sacerdote un omer por primicia de los primeros frutos de vuestra siega, el cual mecerá el omer delante de Jehová, para que seáis aceptos; el siguiente día del sábado lo mecerá el sacerdote. Y el día que ofrezcáis el omer, ofreceréis un cordero de un año sin defecto, en holocausto a Jehová. Y su presente será dos décimas de flor de harina amasada con aceite, ofrenda encendida a Jehová en olor suavísimo; y su libación de vino, la cuarta parte de un hin. Y no comeréis pan, ni grano tostado, ni espiga fresca, hasta este mismo día, hasta que hayáis ofrecido la ofrenda de vuestro Dios; estatuto perpetuo es por vuestras edades en todas vuestras habitaciones" (Vers. 9-14).

"Mas ahora Cristo ha resucitado de los muertos; *primicias* de los que durmieron es hecho" (1a. Cor. 15:20). La bella ordenanza de la presentación de la gavilla de los primeros frutos representaba la resurrección de Cristo, que, en "la víspera del sábado, que amanece para el primer día de la semana", salió triunfante de la tumba, habiendo cumplido la obra gloriosa de la Redención. Su resurrección fue una "resurrección de *entre* los muertos", y en ella tenemos las arras y el tipo de la resurrección de su pueblo. "Cristo, las primicias, después, los que son de Cristo a su venida".

Cuando Cristo aparecerá, su pueblo resucitará "de entre los muertos" (*ek nekron*) es decir, aquellos de su pueblo que duermen en Jesús. "Mas los otros muertos no tornaran a vivir hasta que sean cumplidos mil años" (Apoc. 20:5). Cuando, inmediatamente después de su transfiguración, nuestro Señor habló de su "resurrección de entre los muertos", los discípulos se preguntaron qué quería eso decir. (Véase Marc. 9). Todo judío ortodoxo creía en la doctrina de la "resurrección de los muertos" (*anastasis nekron*). Pero la idea de una "resurrección de entre los muertos" (*anastasis ek nekron*) no podía ser comprendida por los discípulos; y no hay duda que muchos han experimentado grandes dificultades con respecto a un misterio tan profundo.

Sin embargo, si nuestros lectores quieren estudiar y comparar, orando, la. Cor. 15 con la. Tes. 4: 13-18, encontrarán preciosas instrucciones sobre esta verdad tan interesante. Puede también leer Rom. 8:11, "Y si el Espíritu de aquel que levantó de los muertos (*ek nekron*) a Jesús mora en vosotros, el que levantó a Cristo Jesús de los muertos vivificará también vuestros cuerpos mortales por su Espíritu que mora en vosotros". Se ve según estos pasajes que la resurrección de la Iglesia se verificará según los mismos principios que la resurrección de Cristo. La Escritura declara que, sea la cabeza, sea el cuerpo, son resucitados "de entre los muertos"; la primera gavilla y todas las gavillas que siguen están moralmente unidas.

Debe ser evidente, para cualquiera que reflexione sobre este asunto, a la luz de las Escrituras, que hay una diferencia esencialísima entre la resurrección del creyente y la resurrección del incrédulo. Uno y otro resucitarán, pero en Apoc. 20:5 se demuestra que transcurrirá un periodo de mil años entre estos dos acontecimientos, de suerte que difieren tanto en principio como en cuanto a la época. Algunos encuentran dificultad al estudiar este punto, porque nuestro Señor, en Juan 5:28, habla de "la hora cuando todos los que están en los sepulcros oirán su voz". "¿Cómo" preguntan, "puede haber un intermedio de mil años entre las dos resurrecciones, ya que está dicho que las dos ocurrirán en una hora"? La contestación es muy sencilla. En el versículo 25 se habla del despertar de las almas muertas, como teniendo lugar en una "hora"; y esta obra se hace durante un período de mil novecientos años. Si un periodo de cerca de dos mil años puede estar representado por la palabra "hora" ¿qué objeción puede hacerse a la idea de que mil años estén representados de la misma manera? Ninguna, seguramente, sobre todo cuando está positivamente declarado que "el resto de los muertos no resucitará hasta que los mil años fuesen cumplidos".

Además, cuando vemos que se menciona una "primera resurrección" ¿no es evidente que todos no deben resucitarse al mismo tiempo? ¿Por qué hablar de una primera si no hay más que una? Se dirá, tal vez, que "la primera resurrección tiene relación con el alma", pero ¿dónde hay un solo pasaje en la Escritura en apoyo de este aserto? Este hecho solemne se verificará del modo siguiente: "Cuando la voz del arcángel y la trompeta de Dios" se harán oír, los rescatados que duermen en Jesús resucitarán para ir a su encuentro en la gloria. Los pecadores muertos, quienesquiera que sean, desde los días de Cain hasta el fin, permanecerán en sus tumbas durante los mil años de bendiciones milenarias; y, al fin de este periodo glorioso y bendito, saldrán y comparecerán ante "el gran trono blanco", para ser "juzgados cada uno según sus obras" y para pasar del trono del juicio al lago de fuego. ¡Terrible pensamiento!

Lector, ¿en qué estado se encuentra tu alma preciosa? ¿Has visto con los ojos de la fe la sangre del Cordero pascual, vertida para garantizarte abrigo en esa hora terrible? ¿Has visto la gavilla de las primicias recogida en el granero celeste, como señal de que tú también serás recogido así algún día? Son estos asuntos serios; extremadamente serios. No los rechaces. Mira si *ahora* estás bajo el abrigo de la sangre de Jesús. Recuerda que no puedes espigar una sola espiga de los campos de la Redención antes de haber visto la verdadera gavilla mecida ante Dios. "Y no comeréis pan, ni grano tostado, ni espiga fresca hasta *este mismo* día, hasta que hayáis ofrecido la ofrenda de vuestro Dios". No se podía tocar la cosecha hasta que las primicias se hubieran ofrecido y con ellas un holocausto y un presente.

"Y os habéis de contar desde el siguiente día del sábado, desde el día en que ofrecisteis el omer de la ofrenda mecida; siete semanas cumplidas serán; hasta el siguiente día del sábado séptimo, contaréis cincuenta días; entonces ofreceréis nuevo presente a Jehová. De vuestras habitaciones traeréis dos panes para ofrenda mecida, que serán de dos décimas de flor de harina, cocidos con levadura, por primicias a Jehová" (Vers. 15-17). Esta era la fiesta de Pentecostés y representaba el pueblo cristiano reunido por el Espíritu Santo para presentarse ante Dios en virtud de los méritos de Cristo. La Pascua representaba la muerte de Cristo; en las primicias encontramos prefigurada la resurrección de Cristo, y en la fiesta de Pentecostés, el descendimiento del Espíritu Santo para formar la Iglesia. Todo estaba prefigurado de un modo perfecto. La muerte y la resurrección de Cristo debían efectuarse antes de que se pudiese formar la Iglesia. Hasta que no se hubiera ofrecido la gavilla (o puñado) no podían amasarse los panes.

El lector debo fijarse en la expresión "cocidos *con levadura*". ¿Por qué debía cocerse así? Por que representaban a los que, aunque llenos del Espíritu Santo y adornados de sus dones y sus gracias, tenían, no obstante, el mal en sí mismos. La Iglesia, en el día de Pentecostés, disfrutaba por completo de los beneficios de la sangre de Cristo, estaba coronada de los dones del Espíritu Santo, pero aun así había levadura en ella. La potencia del Espíritu Santo no podía evitar que estuviese el mal en los hijos de Dios; podían combatirlo u ocultarlo, pero no por eso desaparecía. Esto está representado en el tipo por la levadura en los dos panes, y encuentra su expresión en la historia de la Iglesia, porque, aunque el Espíritu Santo descendió sobre la congregación, vemos la obra de la carne mintiendo al Espíritu Santo. La carne es carne, y no se hará jamás otra cosa. El Espíritu Santo no descendió, el día de Pentecostés, para mejorar la naturaleza humana o para anular en ella el mal, que es incurable, sino para bautizar a los creyentes en un solo cuerpo y unirlos a su Cabeza que está en el cielo.

Ya hemos dicho, en el capítulo que trata del "sacrificio de las paces", que la levadura estaba en él permitida. Por este medio, Dios reconocía la existencia del mal en el adorador, lo mismo vemos en la ordenanza de los "dos panes mecidos" debían cocerse "con *levadura*", para representar el mal existente en el antitipo.

Pero, gracias sean dadas a Dios, que se ha reconocido la existencia del mal, y también le ha proporcionado remedio. Esto es lo que da paz y consolación al alma. Es consolador saber que Dios conoce lo peor que hay en nosotros, y, además, que ha dado el remedio, según su conocimiento, y no solamente según el *nuestro*. "Y ofreceréis *con el pan* siete corderos de un año *sin defecto*, y un becerro de la vacada y los carneros; serán holocausto a Jehová, con su presente y sus libaciones; ofrenda encendida de olor suave a Jehová" (Vers. 18). Aquí encontramos, en unión de los panes con levadura, la ofrenda de un sacrificio sin defecto, representando la grande e importante verdad de que es la perfección de Cristo, y no nuestra culpabilidad lo que está siempre ante los ojos de Dios. Observemos especialmente estas palabras: "Y ofreceréis con el *pan* siete corderos... *sin defecto*. ¡Preciosa verdad! Eminentemente preciosa, aunque revestida de formas típicas. Que nos sea dado comprenderla, apropiárnosla, hacer de ella el apoyo de nuestra conciencia, el alimento y el refrigerio de nuestro corazón, las delicias de nuestra alma entera. No yo, sino Cristo.

Se objetará, tal vez, que el hecho que Cristo sea un Cordero sin tacha no basta para quitar la culpabilidad de una conciencia manchada; que una ofrenda de olor suave no serviría, por sí sola, de nada a un pecador. A esta objeción posible responde plenamente la misma ordenanza, haciéndola desaparecer por completo. Es muy cierto que un holocausto no hubiera bastado cuando se trataba de lo representado por la "levadura". Por esto añade: "ofreceréis además un macho de cabrío *por expiación*; y dos corderos de un año en sacrificio de paces" (Vers. 19). "La expiación" era la respuesta a lo representado por la levadura en los dos panes; se aseguraba "la paz", de suerte que se podía gozar de la comunión, y todo se elevaba en unión del "olor suave" del holocausto a Jehová.

Igualmente el día de Pentecostés la Iglesia fue presentada en todo el valor y la excelencia de Cristo, por el poder del Espíritu Santo. Aunque teniendo en sí misma la levadura de la vieja naturaleza, esta levadura no era tenida en cuenta, porque la divina Ofrenda expiatoria había respondido perfectamente por ella. La potencia del Espíritu Santo no quitó la levadura, pero el mal que ella representaba ya estaba expiado por la sangre del Cordero. Es esta una distinción de las más interesantes e importantes. La obra del Espíritu en el creyente no quita el mal que en él habita. Le hace capaz de descubrir, de juzgar y de dominar el mal; pero la potencia del Espíritu no puede anular el mal que existe en él, aunque, gracias a Dios, la conciencia esté en una paz perfecta, ya que la sangre de nuestra Ofrenda expiatoria ha resuelto para siempre esta cuestión. De modo que Dios, en lugar de tener presente nuestra maldad, la ha arrojado lejos de su vista para siempre, y le somos aceptados según toda la aceptación de Cristo, que se ofreció a sí mismo en sacrificio de olor agradable a Dios, a fin de poderle glorificar perfectamente en todas las cosas y ser para siempre el alimento de su pueblo.

Después del Pentecostés se desliza un largo período sin que haya ningún movimiento entre el pueblo. Hay, sin embargo, la alusión "al pobre y al extranjero" en esta bella ordenanza que ya hemos considerado en su aspecto moral. Aquí podemos considerarla bajo el punto de vista dispensacional. "Y cuando segareis la mies de vuestra tierra, no acabarás de segar el rincón de tu haza, ni espigarás tu siega; para el pobre y para el extranjero la dejarás. Yo Jehová vuestro Dios" (Vers. 22). Aquí se dispone que el extranjero pueda espigar en los campos de Israel. Los gentiles habrán de ser conducidos a participar de la bondad superabundante de Dios. Cuando los graneros y los lagares de Israel estarán llenos, quedarán preciosas gavillas y ricos racimos para que los gentiles los puedan recoger.

Sin embargo, no debemos suponer que, bajo la figura de un extranjero espigando en los campos de Israel, están representadas las bendiciones espirituales de que la Iglesia está dotada, en los lugares celestes, en Cristo. Estas bendiciones son tan nuevas para la posteridad de Abraham como para los gentiles. Estas bendiciones no son las espigaduras de Canaan, sino las glorias del cielo, las glorias de Cristo. La Iglesia no sólo es bendecida *por* Cristo, sino *con* Cristo y *en* Cristo. La esposa de Cristo no tendrá que ir después de la cosecha a recoger como una extranjera las espigas y los racimos de los campos y viñas de Israel. No, ella tiene mayores bendiciones, gozo más rico, dignidades más elevadas que lo que Israel jamás ha conocido. No tiene que espigar sobre la tierra como una extranjera, sino gozar de la rica y feliz morada del cielo, a la cual pertenece. Esta es la "cosa mejor" que Dios, en su sabiduría y en su gracia, "ha reservado" para ella. Sin duda, será un feliz privilegio para "el extranjero", poder espigar cuando la recolección de Israel haya terminado. Pero la porción de la Iglesia es incomparablemente más bello, ya que es la esposa del Rey de Israel que compartirá su trono, su gozo, sus honores y sus glorias; que le es semejante, y estará con El, para siempre. Las moradas eternas en la mansión del Padre en lo alto, y no los rincones sin espigar de los campos de Israel aquí en la tierra, son la porción de la Iglesia. Tengamos esto siempre presente en el espíritu, para poder vivir de una manera digna de tan noble y tan santo destino.

"Y habló Jehová a Moisés, diciendo: habla a los hijos de Israel y diles: En el mes séptimo, al primero del mes, tendréis sábado, una conmemoración al son de trompetas, y una santa convocación. Ninguna obra servil haréis; y ofreceréis ofrenda encendida a Jehová" (Vers. 23-25). Las palabras: "Y habló Jehová a Moisés" sirven como introducción a otro asunto; y esto, dicho sea de paso, es de gran utilidad para clasificar los asuntos de este capítulo y del libro en general. Así vemos que el sábado, la pascua, y la fiesta de los ázimos constituyen la primera parte. Las primicias, los panes con levadura mecidos para ofrenda, y la ordenanza sobre las espigaduras la segunda.

A continuación tenemos un largo intervalo del que nada se dice; después viene la conmovedora fiesta de las trompetas, el primer día del séptimo mes. Esta solemnidad nos conduce

hasta el tiempo que rápidamente se acerca, cuando el residuo de Israel "tocará la trompeta" para memorial, recordando su gloria largo tiempo perdida, y exhortándose a buscar a Jehová.

La fiesta de las trompetas está íntimamente ligada con otra gran solemnidad, a saber: "el día de las expiaciones". "Empero a los diez de este mes séptimo será el día de las expiaciones; tendréis santa convocación y afligiréis vuestras almas, y ofreceréis ofrenda encendida a Jehová. Ninguna obra haréis en este mismo día, porque es día de expiaciones, para reconciliaros delante de Jehová vuestro Dios... Sábado de reposo será a vosotros, y afligiréis vuestras almas, comenzando a los nueve del mes en la tarde: de tarde a tarde holgaréis vuestro sábado" (Ver. 27-32). Así, después de la conmemoración al son de trompetas, se desliza un intervalo de ocho días; después tenemos el día de las expiaciones, al cual se unen la aflicción del alma, la expiación del pecado y la cesación del trabajo. Todas estas cosas encontrarán pronto su lugar en la historia futura del residuo judío. "Pasóse la siega, acabose el verano, y nosotros no hemos sido salvos" (Jer. 8:20). Tal será la conmovedora lamentación del residuo de Israel cuando el Espíritu de Dios toque sus corazones y sus conciencias. Y mirarán a mí a quien rasparon, y harán llanto sobre él, como llanto sobre unigénito, afligiéndose sobre él como quien se aflige sobre primogénito. En aquel día habrá gran llanto en Jerusalem como el llanto de Adadrimón, en el valle de Megiddo, y la tierra lamentará cada linaje de por sí, etc. (Zac. 12:10-14).

¡Cuán profundo duelo, qué intensa aflicción, qué sincero arrepentimiento habrá bajo la acción poderosa del Espíritu Santo, cuando las conciencias del residuo de Israel recordarán los pecados del pasado, sus descuidos del sábado, sus violaciones de la ley, la matanza de los profetas, la crucifixión del Hijo, su resistencia al Espíritu! Todas estas cosas se presentarán ante la conciencia iluminada y despierta, y producirán una profunda aflicción en el alma. Pero la sangre expiatoria responderá por todo. "En aquel día habrá manantial abierto para la casa de David y para los moradores de Jerusalem, para el pecado y la inmundicia" (Zac. 13:1). Les será dado sentir su culpabilidad y afligirse por ella, y llegarán a comprender, también, la eficacia de la sangre y a encontrar una paz perfecta, un sábado de reposo para sus almas.

Cuando Israel haya llegado a este estado, en el último día, ¿qué tenemos que esperar para ellos? *La gloria* seguramente. Cuando la "ceguera" haya sido quitada, y "el velo" levantado, cuando los corazones de los que forman el residuo de Israel hayan vuelto a Jehová, entonces los brillantes rayos del "Sol de Justicia" resplandecerán trayendo en sus alas salud a un pobre pueblo afligido y penitente. Sería necesario todo un volumen para tratar este asunto detalladamente. Las experiencias, las luchas, las pruebas, las dificultades y las bendiciones finales del residuo judío están ampliamente descritas en los Salmos y los profetas. Es preciso reconocer la existencia del residuo de Israel antes de poder estudiar seriamente los Salmos y los profetas y sacar de ellos un provecho real. No es que nosotros no podamos aprender mucho de estas porciones del Volumen inspirado, porque "todas las Escrituras son útiles", pero la manera más segura de hacer un buen uso de una porción cualquiera de la palabra de Dios, es comprender bien su aplicación primaria. Si, pues, aplicamos a la Iglesia, o cuerpo celestial, los pasajes que se refieren al residuo judío o cuerpo terrestre, nos extraviamos con respecto a uno y a otro. En efecto, ocurre frecuentemente que se ignora por completo la existencia de un cuerpo como el residuo judío, y que se pierde enteramente de vista la verdadera posición y la esperanza de la Iglesia. Son estos graves errores que el lector debe evitar. No crea el lector, por un solo instante, que se trata de teorías inventadas solamente para ocupar la atención de los curiosos y sin ningún provecho práctico. No puede haber suposición más falsa. ¿Qué? ¿No tiene importancia real para nosotros saber si gozaremos del reposo en las moradas de lo alto, o si pasaremos aquí abajo por los juicios apocalípticos? ¿Quién puede admitir una idea tan falsa? El hecho es que no es fácil encontrar verdades más prácticas que las que describen los destinos del residuo terrestre y de la Iglesia celeste. No diremos aquí nada más sobre este asunto, pero el lector lo encontrará muy digno de un estudio profundo y atento. Terminaremos esta sección con una mirada a la fiesta de los tabernáculos, última solemnidad del año judío.

"Y habló Jehová a Moisés, diciendo: habla a los hijos de Israel, y diles: A los quince días de este mes séptimo será la solemnidad de las cabañas a Jehová por siete días... Empero a los quince días del mes séptimo, cuando hubiereis allegado el fruto de la tierra, haréis fiesta a Jehová por siete días; el primer día será sábado: sábado será también el octavo día. Y tomaréis el primer día gajos con fruto de árbol hermoso, ramos de palmas, y ramas de árboles espesos, y sauces de los arroyos; y os regocijaréis delante de Jehová vuestro Dios por siete días. Y le haréis fiesta a Jehová por siete días cada un año; será estatuto perpetuo por vuestras edades; en el mes séptimo la haréis. En cabañas habitaréis siete días; todo natural de Israel habitará en cabañas, para que sepan vuestros descendientes que en cabañas hice habitar yo a los hijos de Israel, cuando los saqué de la tierra de Egipto. Yo Jehová vuestro Dios" (Vers. 33-43).

Esta fiesta nos ofrece por adelantado una imagen de los tiempos de las glorias de Israel en el último día y, por tanto, pone el más bello remate a la serie de las fiestas. La recolección había terminado, los graneros estaban llenos, y Jehová quería que el pueblo expresara su alegría con una fiesta. Pero parece que no quisieron comprender muy bien el pensamiento divino en relación con esta sublime ordenanza. Olvidaron que habían sido extranjeros y peregrinos, y de aquí vino su largo olvido de esta fiesta. Desde los días de Josué, hasta el tiempo de Nehemías, la fiesta de los tabernáculos no se había celebrado una sola vez. Estaba reservado al pequeño residuo que volvió de la cautividad de Babilonia hacer lo que no se había hecho ni en los brillantes días de Salomón. "Y toda la congregación que volvió de la cautividad hicieron cabañas, y en cabañas habitaron; porque desde los días de Josué, hijo de Nun, hasta aquel día, no habían hecho así los hijos de Israel. Y hubo alegría muy grande" (Nehem. 8:17). ¡Cuán alegre debía ser para los que habían suspendido sus arpas en los sauces de Babilonia, encontrarse bajo la sombra de los sauces de Canaan! Era ello una agradable anticipación del tiempo prefigurado por la fiesta de los tabernáculos, cuando las tribus restablecidas de Israel reposarán bajo esas enramadas milenarias que la mano fiel de Jehová levantará para ellos en el país que ha jurado dar a Abraham y a su posteridad para siempre. Dichoso el día cuando los del cielo y los de la tierra se encontrarán, como está dicho, "en el primer día" y el "octavo día" de la fiesta de los tabernáculos. "Yo responderé a los cielos, y ellos responderán a la tierra; y la tierra responderá al trigo y al vino y al aceite, y ellos responderán a Jezreel" (Oseas 2: 21-22).

Hay en el último capítulo de Zacarías un hermoso pasaje que prueba bien claramente que la verdadera celebración de la fiesta de las cabañas pertenece a la gloria que será manifestada en los días finales. "Y todos los que quedaren de las gentes que vinieron contra Jerusalem subirán de año en año a adorar al Rey, Jehová de los ejércitos, y a celebrar la fiesta de las Cabañas" (Cap. 14:16). ¡Qué escena! ¿Por qué quitarle su belleza característica por un vago sistema de interpretación llamado espiritual? Seguramente Jerusalem quiere decir Jerusalem, gentiles quiere decir gentiles, y la fiesta de las Cabañas, quiere decir la fiesta de las Cabañas. ¿Hay en esto algo increíble? Nada, seguramente, salvo para la razón humana que rehusa todo lo que está fuera de su débil alcance. La fiesta de las Cabañas se celebrará de nuevo en el país de Canaan, y los rescatados subirán para tomar parte en estas santas y gloriosas solemnidades. Entonces las guerras de Jerusalem habrán terminado y se habrá puesto fin al estruendo de las batallas. La lanza y la espada serán transformadas en instrumentos de labranza. Israel reposará a la fresca sombra de sus parras y de sus higueras, y toda la tierra se regocijará bajo el reinado del "príncipe de Paz". Tal es la perspectiva que nos ofrecen las inerrables páginas de la inspiración. Las figuras la presentan, los profetas la anuncian, la fe la cree y la esperanza la anticipa. *

* NOTA.- Al fin del capítulo que estudiamos leemos: "Así habló Moisés a los hijos de Israel sobre *las solemnidades de Jehová*". Este era su verdadero carácter, su título primitivo; pero en el Evangelio de Juan son llamadas *"las fiestas de los judíos"*. Durante largo tiempo habían dejado de ser las solemnidades de Jehová, porque El estaba excluido de ellas. Le desearon; por esto, en Juan 7, cuando los hermanos de Jesús le dijeron que subiera a "la fiesta de los judíos, la de los tabernáculos". El responde "mi tiempo aun no ha venido", y cuando subió fue "como en secreto", para ocupar su lugar alejado de las ceremonias oficiales, para invitar a toda alma sedienta a ir a El y beber. Aquí hay

CAPITULO 24

En este corto capítulo hay muchas cosas que deben llamar la atención de todo cristiano espiritual. En el capítulo 23 hemos visto la historia de las dispensaciones de Dios hacia Israel desde el sacrificio del verdadero Cordero pascual hasta el reposo y la gloria en el reino milenar. En el capítulo que tenemos ahora ante nosotros, tenemos dos grandes ideas; primero, el testimonio y el memorial de los doce tribus (mantenidos continuamente ante Dios por la potencia del Espíritu y por la eficacia del sacrificio de Cristo) después, la apostasía de Israel según la carne, y el juicio divino que es la consecuencia. Es preciso comprender bien la primera, para poder comprender la segunda.

"Y habló Jehová a Moisés, diciendo: Manda a los hijos de Israel que te traigan aceite de olivas claro, molido, para la luminaria, para hacer arder las lámparas *de continuo*. Fuera del velo del testimonio, en el tabernáculo del testimonio, las aderezará Aarón *desde la tarde hasta la mañana delante de Jehová* de continuo; estatuto perpetuo por vuestras edades. Sobre el candelero *limpio* pondrá siempre en orden las lámparas delante de Jehová". (Ver. 1-4). El "aceite de olivas claro, molido", representa la gracia del Espíritu Santo, basada sobre la obra de Cristo, representada a su vez por el "candelero de oro puro, labrado a martillo". Era necesario que la "oliva" fuese "*molida*" para dar "el aceite" y que el oro fuese "*labrado*" para formar el candelero. En otros términos la gracia y la luz del Espíritu están basadas en la muerte de Cristo y mantenidas en su luz y potencia por el Sacerdocio de Cristo. La lámpara de oro esparcía su luz en todo el recinto del santuario; durante las largas horas de la noche, cuando las tinieblas reinaba sobre la nación, y todos estaban sumergidos en el sueño. En todo esto tenemos una viva representación de la fidelidad de Dios hacia su pueblo, cualquiera que fuera su condición exterior. Las tinieblas y el sueño podían extenderse sobre ellos, pero la lámpara debía arder "de continuo". El sumo sacerdote tenía la responsabilidad de velar para que la luz constante del testimonio ardiese durante las tristes horas de la noche. "Fuera del velo del testimonio, en el tabernáculo del testimonio las aderezará Aarón desde la tarde hasta la mañana delante de Jehová de continuo". La conservación de esta luz no estaba confiada a los cuidados de Israel. Dios había dispuesto quien velara continuamente.

Más adelante leemos: "Y tomarás flor de harina, y cocerás de ella doce tortas; cada torta será de dos décimas; y has de ponerlas en dos órdenes, seis en cada orden, sobre la mesa limpia delante de Jehová. Pondrás también sobre cada orden incienso limpio; y será para el pan por perfume, ofrenda encendida a Jehová. Cada día de sábado lo pondrá de continuo en orden delante de Jehová, de los hijos de Israel por pacto sempiterno. Y será de Aarón y de sus hijos, los cuales lo comerán en el lugar santo; porque es cosa muy santa para él, de las ofrendas encendidas a Jehová, por fuero perpetuo" (Ver. 5-9). No se menciona la levadura en estos panes, podemos afirmar que representan a Cristo en relación inmediata con "las doce tribus de Israel". Estaban expuestos en el santuario delante de Jehová, sobre la mesa limpia, durante siete días, después de los cuales eran el alimento de Aarón y de sus hijos, ofreciendo una nueva y notable imagen de la condición de Israel a los ojos de Jehová, cualquiera que fuese su aspecto exterior. Las doce tribus están continuamente delante de El. Su memorial jamás puede perecer. Están colocadas en un orden divino en el santuario, cubiertas del puro incienso de Cristo y reflejadas desde la mesa limpia sobre la cual descansan, bajo los rayos resplandecientes de las lámparas de oro que brillan con claridad inalterable durante las horas más sombrías de la noche moral de la nación.

Conviene que nos aseguremos de que no sacrificamos un juicio sano, o la verdad divina, en el altar de la imaginación, cuando osamos interpretar de este modo los utensilios místicos del

una lección muy importante. Las instituciones divinas muy pronto degeneran en manos de los hombres; pero es una gran dicha saber que el alma sedienta que siente la sequedad de un sistema de rutinario formalismo religioso, puede refugiarse cerca de Jesús para saciar su sed gratuitamente, en la fuente inagotable, para llegar a ser, a su vez, medio de bendiciones para los demás.

santuario. En Heb. 9 vemos que todas estas cosas eran "figuras de las cosas celestiales"; y en Heb. 10:1, que eran "la sombra de los bienes venideros". Estamos, pues, autorizados para creer que hay "cosas celestiales" que responden a las "figuras"; que hay una sustancia que responde a "las sombras". En una palabra, estamos autorizados para creer que hay "en los cielos" lo que corresponde a las "siete lámparas", a "la mesa limpia", y a "los doce panes". Esto no es una invención humana, sino una verdad divina de la que la fe se ha alimentado en todo tiempo. ¿Qué significaba el altar de Elías construido con "doce piedras" en la cima del monte Carmelo? No era otra cosa que la expresión de su creencia en la verdad de la que eran "la figura" o "la sombra", los doce panes. Creía en la unidad indisoluble de la nación, mantenida ante Dios en la eterna inmutabilidad de la promesa hecha a Abraham, a Isaac y a Jacob, cualquiera que fuese la condición exterior del pueblo. El hombre hubiera buscado en vano la manifestación de la unidad de las doce tribus, pero la fe podía ver siempre en el recinto sagrado del santuario los doce panes, cubiertos de incienso puro, colocados en un orden perfecto sobre la mesa limpia, y aun cuando fuera todo estaba envuelto en las sombras de media noche, la fe, a la luz de las *siete* lámparas de oro, podía distinguir la gran verdad figurada, a saber: la indisoluble unidad de las doce tribus.

Lo mismo que ocurría entonces, ocurre hoy. La noche es triste y sombría. No hay un solo rayo que pueda hacer distinguir a la vista la unidad de las tribus de Israel. Están dispersas entre las naciones y perdidas a los ojos del hombre. Pero su memorial está delante de Jehová. La fe lo reconoce, porque sabe que todas las promesas de Dios son "sí y amén en Cristo Jesús". Ve por la perfecta luz del Espíritu el memorial de las doce tribus fielmente conservado en el santuario en lo alto. Escuchad estos nobles acentos de la fe: "Y ahora, por la esperanza de la promesa que hizo Dios a nuestros padres, soy llamado en juicio, a la cual promesa nuestras doce tribus, sirviendo constantemente de día y de noche, esperan que han de llegar" (Hech. 26:6-7). Si el rey Agripa hubiera preguntado a Pablo: "¿dónde están las doce tribus?" ¿Hubiera podido enseñárselas? No. Pero ¿es porque no se los podía ver? No, sino porque Agripa no tenía ojos para verlas. Las doce tribus estaban fuera del alcance de la vista de Agripa. Se necesitaba la vista de la fe y la luz del Espíritu de Dios para poder ver los doce panes colocados sobre la mesa limpia en el santuario de Dios. Pero estaban allí, y allí los veía Pablo, aunque el momento en que expresaba su sublime convicción fuese tan sombrío. La fe no se deja gobernar por las apariencias. Se coloca sobre la alta roca de la Palabra eterna de Dios, y con toda la calma y seguridad de esta santa elevación, se nutre de la palabra inmutable de Aquél que no puede mentir. La incredulidad mira estúpidamente a un lado y a otro preguntando: ¿dónde están las doce tribus? o ¿cómo podrán ser encontradas y restablecidas? Es imposible responder. No porque no haya respuesta que dar, sino porque la incredulidad es completamente incapaz de comprender la respuesta. La fe está tan cierta de que el memorial de las doce tribus de Israel está ante los ojos de su Dios, como está cierta de que los doce panes eran expuestos cada sábado sobre la mesa de oro. Pero ¿quién podrá convencer de esto al incrédulo? ¿Quién hará creer semejante verdad a los que se dejan gobernar en todas las cosas por la razón o el sentido común, y que no saben lo que es esperar contra esperanza? La fe encuentra divinas certidumbres y eternas realidades en medio de cosas donde la razón y el sentido común no ven absolutamente nada. ¡Oh! que tengamos una fe más profunda. ¡Comprendamos con un fervor más intenso toda palabra que proceda de la boca del Señor, y alimentémonos de ella con la sencillez de un niño!

Llegamos ahora al segundo punto de este capítulo, a saber: la apostasía de Israel según la carne y el divino juicio que fue su consecuencia.

"El hijo de una mujer israelita, el cual era hijo de un egipcio, salió entre los hijos de Israel; y el hijo de la israelita y un hombre de Israel riñeron en el real; y el hijo de la mujer israelita pronunció el Nombre, y maldijo; entonces lo llevaron a Moisés... y pusieronlo en la cárcel, hasta que les fuese declarado por palabra de Jehová; Y Jehová habló a Moisés, diciendo: Saca al blasfemo fuera del real y todos los que lo oyeron pongan sus manos sobre la cabeza de él, y apedréelo toda la

congregación... Y habló Moisés a los hijos de Israel, y ellos sacaron al blasfemo fuera del real, y apedrearonlo con piedras. Y los hijos de Israel hicieron según lo que Jehová había mandado a Moisés" (Vers. 10-23).

El lugar especial asignado a este relato por el escritor sagrado es significativo e interesante. No dudamos que le ha sido señalado para presentarnos otra fase del cuadro que tenemos en los primeros versículos del capítulo. El Israel según la carne ha pecado gravemente contra Jehová. El nombre de Jehová ha sido blasfemado entre los gentiles. La ira divina ha caído sobre la nación; los juicios de un Dios ofendido pesan sobre ella. Pero se acerca el día cuando la sombría y espesa nube del juicio se disipará y cuando las doce tribus, en su unidad indisoluble, se presentarán ante todas las naciones como el asombroso monumento de la fidelidad y bondad de Jehová. "Y dirás en aquel día: Cantaré a ti, oh Jehová; pues aunque te enojaste contra mí, tu furor se apartó, y me has consolado. He aquí Dios es salud mía, aseguraréme y no temeré, porque mi fortaleza y mi canción es Jah, *Jehová*, el cual ha sido salud para mí. Sacaréis aguas con gozo de la fuente de la salud. Y diréis en aquel día: Cantad a Jehová, aclamad su nombre, haced célebres en los pueblos sus obras, recordad que su nombre es engrandecido. Cantad Salmos a Jehová, porque ha hecho cosas magníficas; sea sabido esto por toda la tierra. Regocíjate y canta, oh moradora de Sión; porque grande es en medio de ti el Santo de Israel" (Isa. 12). "Porque no quiero, hermanos, que ignoréis este misterio, para que no seáis acerca de vosotros mismos arrogantes: que el endurecimiento en parte ha acontecido en Israel, hasta que haya entrado la plenitud de los gentiles; y luego todo Israel será salvo, como está escrito: Vendrá de Sión el Libertador que quitará de Jacob la impiedad; y este es mi pacto con ellos, cuando quitare sus pecados. Así que, cuanto al evangelio, son enemigos por causa de vosotros; mas cuanto a la elección son muy amados por causa de los padres. Porque sin arrepentimiento son las mercedes y la vocación de Dios. Porque como también vosotros en algún tiempo no creísteis a Dios, mas ahora habéis alcanzado misericordia por la incredulidad de ellos, así también éstos ahora no han creído, para que, por la misericordia para con vosotros, ellos también alcancen misericordia. Porque Dios encerró a todos en incredulidad, para tener misericordia de todos. ¡Oh profundidad de las riquezas de la sabiduría y de la ciencia de Dios! ¡Cuán incomprensibles son sus juicios, e inescrutables sus caminos! Porque ¿quién entendió la mente del Señor? o ¿quién fue su consejero? ¿o quién le dio a él primero, para que le sea pagado? Porque de él, y por él, y en él, son todas las cosas. A él sea gloria por siglos. Amén" (Rom. 11:25-36).

Se podrían multiplicar los pasajes para probar que, aunque Israel esté bajo el juicio de Dios a causa del pecado, no obstante, "sin arrepentimiento son las mercedes y la vocación de Dios", que aunque el blasfemo sea apedreado fuera del real, los doce panes permanecen intactos en el santuario. Las voces de los profetas declaran, y las voces de los apóstoles repiten la gloriosa verdad de que "todo Israel será salvo", no porque no hayan pecado, sino porque "sin arrepentimiento son las mercedes y la vocación de Dios". Los cristianos debemos cuidarnos de no desdeñar "las promesas hechas a los padres". Si se olvidan o aplican mal estas promesas, nuestro reconocimiento de la divina integridad y exactitud de las Escrituras se debilitará necesariamente. Si se puede descuidar una parte, lo mismo se puede hacer con otra. Si se puede interpretar vagamente un pasaje, lo mismo se puede hacer con otro; y así perderíamos la certidumbre bendita que constituye el fundamento de nuestro reposo respecto a todo lo que el Señor ha declarado. Algo más diremos acerca de esto al ocuparnos de los últimos capítulos de este libro.

CAPITULO 25

El lector encontrará una íntima relación moral entre este capítulo y el anterior. En el capítulo 24 se pone de manifiesto que a Israel le está reservado morar en el país de Canaan. En el capítulo 25 se pone de manifiesto que el país de Canaan está reservado para morada de Israel. Reuniendo los dos, encontramos la declaración de una verdad que ninguna potencia de la tierra o del infierno

puede destruir: "Todo Israel será salvo, y el país no será destruido a perpetuidad". La primera de estas declaraciones anuncia un principio que ha resistido como una roca en medio de un océano de interpretaciones diversas; mientras que la segunda declara un hecho que muchas naciones incircuncisas han intentado, aunque en vano, ignorar.

El lector observará, sin duda, la frase especial que encabeza este capítulo: "*Y Jehová habló a Moisés en el monte Sinaí*". La mayor parte de las comunicaciones contenidas en el libro de Levítico son características porque emanaban del "tabernáculo del testimonio". Esto se explica fácilmente. Estas comunicaciones tenían una relación especial con el servicio, la comunión y el culto de los sacerdotes o con el estado moral del pueblo, y por esta razón se hacían naturalmente en el "tabernáculo del testimonio", el centro de todo lo que pertenecía, de algún modo, al servicio sacerdotal. Pero la comunicación que encontramos en este capítulo se hace desde un lugar muy diferente. "Y Jehová habló a Moisés en el *monte de Sinaí*". Sabemos que en la Escritura cada expresión tiene un sentido especial y propio, por tanto tenemos motivo para esperar "del monte Sinaí" un género de comunicación diferente del que nos llega desde "el tabernáculo del testimonio". Y, en efecto, el capítulo a que hemos llegado trata de los derechos de Jehová como Señor de toda la tierra. Ya no es el culto y la comunión de una casa sacerdotal o el gobierno interno de la nación, sino los derechos de Dios en su gobierno; el derecho que tiene a dar a determinado pueblo cierta porción de la tierra que deben ocupar como vasallos. En una palabra, no es Jehová en el "tabernáculo", lugar de culto; sino Jehová "en el monte Sinaí", trono de *gobierno*.

"Y Jehová habló a Moisés en el monte de Sinaí, diciendo: Habla a los hijos de Israel, y diles: Cuando hubiereis entrado en la tierra que yo os doy, la tierra hará sábadó a Jehová; seis años sembrarás tu tierra, y seis años podarás tu viña, y cogerás sus frutos; y el séptimo año la tierra tendrá sábadó de holganza, sábadó a Jehová; no sembrarás tu tierra ni podarás tu viña. Lo que de suyo se naciere en tu tierra segada, no lo segarás; y las uvas de tu viñedo no vendimiarás; año de holganza será a la tierra. Mas el sábadó de la tierra os será para comer, a ti y a tu siervo y a tu sierva, y a tu criado, y a tu extranjero que morare contigo; y a tu animal, y a la bestia que hubiere en tu tierra, será todo el fruto de ella para comer" (Ver. 1-7).

Aquí tenemos, pues, el rasgo característico de la tierra de Jehová. Quería que gozase de un año sabático, y en este año debía haber una prueba de la rica profusión con que bendeciría a los que la ocupaban. ¡Dichosos y privilegiados vasallos! ¡Qué honor depender inmediatamente de Jehová! ¡Libres de tributo, sin ningún impuesto ni ninguna tasa! Seguramente se podía decir: "¡dichoso el pueblo que disfruta de tales beneficios! ¡dichoso el pueblo del que Jehová es el Dios!" Sabemos que los israelitas faltaron, no tomando entera posesión de este país afortunado que Jehová les daba. El se lo había dado *entero*; se lo había dado *para siempre*. Ellos no tomaron más que una *parte*, y esto por algún *tiempo*. De todos modos, allí está; allí está la propiedad, aunque hayan sido arrojados de ella por el momento los que la poseían. "Y la tierra no se venderá rematadamente; porque *la tierra mía es*; que vosotros peregrinos y extranjeros sois *para conmigo*". ¿Qué quiere esto decir sino que Canaan pertenece especialmente a Jehová, y que El quiere que las tribus de Israel la ocupen para El? Es verdad que "toda la tierra es del Señor", pero no se trata de esto. Es evidente que le ha placido, en sus insondables consejos, tomar una posesión especial del país de Canaan, y someter este país a un tratamiento particular, separarlo de todos los otros países, llamándolo suyo, y distinguirlo con juicios, ordenanzas, y fiestas solemnes periódicas, cuya sola contemplación esclarece la inteligencia y conmueve el corazón. ¿Dónde leemos que haya en toda la superficie del globo un país que goce de un año de reposo continuo, de un año de la más rica abundancia? El racionalista puede preguntar: "¿Cómo se pueden hacer estas cosas?" El escéptico puede dudar que sean posibles, pero la fe recibe una respuesta satisfactoria de la misma boca de Jehová. "Y si dijereis: ¿qué comeremos el séptimo año? he aquí no hemos de sembrar, ni hemos de coger nuestros frutos; entonces yo os enviaré mi bendición el sexto año, y hará fruto por tres años. Y sembraréis el año octavo, y comeréis del fruto añejo hasta el año noveno, hasta que venga su fruto comeréis del

añejo" (Ver. 20-22). El hombre natural podía decir: ¿qué haremos para *nuestras siembras*?" La respuesta de Dios era: "Yo os enviaré *mi bendición*". La "bendición" de Dios vale mil veces mas que las "siembras" del hombre (Prov. 10:22). No quería dejarles padecer hambre en su año sabático. Debían alimentarse de los frutos de su bendición mientras celebraban su año de reposo, año que representaba el sábado eterno que queda para el pueblo de Dios.

"Y te has de contar siete semanas de años, siete veces siete años; de modo que los días de las siete semanas de años vendrán a serte cuarenta y nueve años. Entonces harás pasar la trompeta de jubilación en el mes séptimo a los diez del mes; el día de la expiación haréis pasar la trompeta por toda vuestra tierra" (Vers. 8-9). Es muy interesante observar de cuantas maneras diversas estaba prefigurado en la economía judaica el reposo milenar. Cada séptimo día era un día sabático; cada séptimo año era un año sabático, y al cabo de siete veces siete años había un jubileo. Cada una de estas solemnidades típicas presentaba a la mirada de la fe la perspectiva bendita de un tiempo cuando el trabajo y la pena cesarán, cuando el "sudor del rostro" no será necesario para satisfacer el hambre; sino cuando una tierra milenaria, enriquecida por las abundantes lluvias de la gracia divina y fertilizada por los brillantes rayos del sol de justicia, verterá su abundancia en los graneros y lagares del pueblo de Dios. ¡Dichoso tiempo! ¡Pueblo feliz! ¡Cuán dulce es estar seguro de que estas cosas no son cuadros pintados por la fantasía o juegos de la imaginación, sino verdades reales de la revelación divina, de las cuales debe gozar la fe, que es "la sustancia de las cosas que se esperan, la demostración de las cosas que no se ven.

Entre todas las solemnidades judaicas el jubileo parece haber sido la más conmovedora y la más alegre. Estaba íntimamente ligada al gran día de las expiaciones. Cuando la sangre de la víctima había sido derramada, el son libertador de la trompeta del jubileo se hacía oír en las colinas y valles del país de Canaan. Este sonido tan deseado tenía por objeto despertar la nación en el centro mismo de su ser moral, conmover el alma hasta sus mayores profundidades y hacer correr un río de alegría divina e inefable por toda la extensión del país. "El día de la expiación haréis pasar la trompeta por toda vuestra tierra". No debía quedar ni un rincón sin ser visitado por el alegre sonido de la trompeta. El aspecto del jubileo era tan vasto como el aspecto de la expiación sobre la cual se basaba.

"Y santificaréis el año cincuenta, y pregonaréis libertad en la tierra a todos sus moradores; éste os será jubileo; y volveréis cada uno a su posesión, y cada cual volverá a su familia. El año de los cincuenta años os será jubileo; no sembraréis, ni segaréis lo que naciere de suyo en la tierra, ni vendimiareis sus viñedos; porque es jubileo, santo será a vosotros: el producto de la tierra comeréis. En este año de jubileo volveréis cada uno a su posesión" (Vers. 10-13). En todas las clases y en todas las condiciones el pueblo podía sentir la santa y bienhechora influencia de esta noble institución. El desterrado volvía a su país, el cautivo era emancipado, el deudor perdonado, cada familia abría su seno para recibir de nuevo a los miembros largo tiempo alejados; cada heredad o posesión encontraba su antiguo propietario. Al son de la trompeta, señal tan deseada, el cautivo se escapaba; el esclavo arrojaba lejos de sí sus cadenas, el homicida involuntario volvía a su casa; los pobres y los arruinados entraban en posesión de las heredades que habían perdido. En seguida que el vibrante sonido de la trompeta se dejaba oír, la ola poderosa de las bendiciones se crecía majestuosamente, y extendía sus ondas bienhechoras hasta los lugares más apartados del país favorecido por Jehová.

"Y cuando vendiereis algo a vuestro prójimo, o comprareis de mano de vuestro prójimo, no engañe ninguno a su hermano, conforme al número de los años después del jubileo comprarás de tu prójimo; conforme al número de los años de los frutos te venderá él a ti; conforme a la multitud de los años aumentarás el precio, y conforme a la disminución de los años disminuirás el precio; porque según el número de los rendimientos te ha de vender él. Y no engañe ninguno a su prójimo; mas tendrás temor de tu Dios; porque yo soy Jehová vuestro Dios" (Vers. 14-17). El año del jubileo

recordaba al comprador y al vendedor que el país pertenecía a Jehová, y no se podía vender. Le podían vender "las cosechas", pero nada más. Jehová no podía ceder el país a nadie. Es muy importante que se grabe bien este pensamiento en nuestra mente, porque abre un vasto horizonte a nuestro pensamiento. Si el país de Canaan no debe ser vendido, si Jehová declara que le pertenece para siempre, ¿para qué lo quiere? ¿Quiénes deben ser sus poseedores? Aquellos a quienes lo dio por alianza eterna, para poseerlo mientras dure la luna, a saber, de edad en edad.

No hay en toda la tierra, a juicio de Dios, un lugar semejante al país de Canaan. Allí estableció Jehová su trono y su santuario, allí oficiaban sus sacerdotes continuamente ante El; allí se hizo oír la voz de sus profetas anunciando la ruina actual y la restauración y la gloria futuras; allí comenzó, continuó y terminó su carrera de precursor del Mesías, Juan el Bautista; allí nació de mujer el Salvador; allí fue bautizado; allí predicó y enseñó; allí trabajó y murió, desde allí, también, subió triunfante a la diestra de Dios; allí descendió el Espíritu Santo con potencia en Pentecostés; desde allí se extendió el Evangelio hasta los extremos de la tierra; allí descenderá muy pronto el Señor de gloria, y pondrá su pie en "el monte de las Olivas"; allí será restablecido su trono y restaurado su culto. En una palabra sus miradas y su corazón están siempre allí; el polvo de Jerusalem es precioso para El; es el centro de sus pensamientos y de sus operaciones en cuanto a esta tierra, y es su propósito hacerla una joya de excelencia eterna, la alegría de muchas generaciones.

Lo repetimos, es sumamente importante comprender bien estas Interesantes verdades en cuanto al país de Canaan: Jehová ha dicho de este país: "*Mío es*". ¿Quién se lo tomará? ¿Dónde está el rey o el emperador, dónde la potencia humana o diabólica que podrá arrancar "esa tierra agradable" del poderoso brazo de Jehová? Es verdad que ha sido un motivo de debates, una manzana de discordias para todas las naciones. Ha sido, y lo será todavía, el teatro y el centro de guerras crueles y sangrientas. Pero por encima del estruendo de las batallas y de las querellas de las naciones, el oído de la fe percibe con claridad y potencia divinas estas palabras: "*Esta tierra mía es*". Jehová no puede renunciar a este país ni a sus "doce tribus" mediante las cuales debe heredarlo para siempre. Piensen en esto los lectores y reflexionen en ello seriamente. Guardémonos de todo raciocinio vago y de toda interpretación errada en cuanto a esto. Dios no ha rechazado a su pueblo ni al país que ha jurado darle en posesión perpetua. Los "doce panes" del capítulo 24 de Levítico testifican la verdad de este aserto; y "el jubileo" de Levítico 25 da testimonio de la verdad del otro. El memorial de las "doce tribus de Israel" está siempre delante del Señor, y se acerca rápidamente el momento cuando la trompeta del jubileo resonara en las montañas de Palestina. Entonces, en realidad, el cautivo arrojará lejos de sí las cadenas ignominiosas que ha llevado tan largo tiempo. Entonces el desterrado volverá a su feliz país del que ha estado alejado. Entonces toda deuda será anulada, desaparecerá toda carga, y será enjugada toda lágrima. "Porque así dice Jehová:

He aquí que yo extiendo sobre ella (Jerusalem) paz como un río, y la gloria de las gentes como un arroyo que sale de madre; y mamaréis, y sobre el lado seréis traídos, y sobre las rodillas seréis regalados. Como aquél a quien consuela su madre, así os consolaré yo a vosotros, y en Jerusalem tomaréis consuelo. Y veréis, y alegraráse vuestro corazón, y vuestros huesos reverdecerán como la hierba; y la mano de Jehová para con sus siervos será conocida, y se airará contra sus enemigos. Porque he aquí que Jehová vendrá con fuego, y sus carros como torbellino, para tornar su ira en furor, y su reprensión en llama de fuego. Porque Jehová juzgará con fuego y con su espada a toda carne; y los muertos de Jehová serán multiplicados... Y yo... sus obras y sus pensamientos (están delante de mí). Tiempo vendrá para juntar todas las gentes y lenguas; y vendrán, y verán mi gloria. Y pondré entre ellos señal, y enviaré de los escapados de ellos a las gentes, a Tarsis, a Pul y Lud, que disparan arco, a Tubal y a Javán, a las islas apartadas que no oyeron de mi, ni vieron mi gloria; y publicarán mi gloria entre las gentes. Y traerán a todos vuestros hermanos de entre todas las naciones, por presente a Jehová, en caballos, en carros, en literas, y en mulos, y en camellos, a mi santo monte de Jerusalem, dice Jehová, al modo que los hijos de Israel traen el presente en vasos limpios a la casa de Jehová. Y tomaré también de ellos para sacerdotes y levitas, dice Jehová.

Porque como los cielos nuevos y la nueva tierra, que yo hago, permanecen delante de mí, dice Jehová, así permanecerá vuestra simiente y vuestro nombre. Y será que de mes en mes, y de sábado en sábado, vendrá toda carne a adorar delante de mí, dijo Jehová" (Isa. 66:12-23).

Ahora consideremos por un momento el efecto práctico del jubileo, su influencia en las transacciones de hombre a hombre. "Y cuando vendiereis algo a vuestro prójimo o comprareis de mano de vuestro prójimo, no engañe ninguno a su hermano; conforme al número de los años después del jubileo comprarás de tu prójimo; conforme al número de los años de los frutos te venderá él a ti". La escala de los precios debía reglamentarse por el jubileo. Si este glorioso acontecimiento estaba cerca, el precio era bajo; si estaba lejos, elevado. Todos los contratos humanos en cuanto a las tierras eran anulados desde el instante en que sonaba la trompeta del jubileo, porque la tierra era de Jehová, y el jubileo lo volvía todo a su condición primera.

Esto nos enseña una hermosa lección. Si nuestros corazones conservan la esperanza constante de la venida del Señor, pondremos poco precio a todas las cosas terrestres. Es moralmente imposible que estemos esperando al Hijo viniendo del cielo, sin ser desligados de las cosas de este mundo. "Vuestra modestia sea conocida de todos los hombres: El Señor está cerca" (Fil. 4:5). Se puede adoptar "la doctrina del milenio", como se la llama, o la doctrina "de la segunda venida" y seguir siendo un hombre del mundo; pero aquel que vive en la espera habitual de la aparición de Cristo, debe alejarse de lo que será juzgado y destruido cuando El venga. No se trata aquí de la brevedad e incertidumbre de la vida humana, que es tan cierta, ni del carácter breve y poco satisfactorio de las cosas de aquí abajo, que son igualmente ciertas. Se trata de algo mucho más poderoso y de mayor influencia que todo esto: "*El Señor está cerca*". Que nuestros corazones sean conmovidos y nuestra conducta en todas las cosas inspirada por esta preciosa y purificadora verdad.

CAPITULO 26

Este capítulo requiere algunas breves explicaciones. Contiene una narración solemne y conmovedora de las bendiciones unidas a la obediencia, por un lado, y de las consecuencias terribles de la desobediencia, por otro. Si Israel hubiera andado en obediencia, hubiera sido invencible. "Y yo daré paz en la tierra, y dormiréis, y no habrá quien os espante; y haré quitar las malas bestias de vuestra tierra, y no pasará por vuestro país la espada; y perseguiréis a vuestros enemigos, y caerán a cuchillo delante de vosotros; y cinco de vosotros perseguirán a ciento, y ciento de vosotros perseguirán a diez mil, y vuestros enemigos caerán a cuchillo delante de vosotros. Porque yo me volveré a vosotros, y os haré crecer, y os multiplicaré, y afirmaré mi pacto con vosotros: y comeréis lo añejo de mucho tiempo, y sacaréis fuera lo añejo a causa de lo nuevo; y pondré mi morada en medio de vosotros, y mi alma no os abominará: y andaré entre vosotros, y yo seré vuestro Dios, y vosotros seréis mi pueblo. Yo Jehová vuestro Dios, que os saqué de la tierra de Egipto, para que no fueseis sus siervos; y rompí las coyundas de vuestro yugo, y os he hecho andar el rostro alto" (Vers. 6-13).

La presencia de Dios debía haber sido siempre su escudo y su broquel. Ninguna arma forjada contra ellos hubiera prosperado. Pero la presencia divina no podía proteger más que a un pueblo obediente; Jehová no podía sancionar con su presencia la desobediencia y la maldad. Las naciones idólatras de alrededor podían fiar en su valor y sus recursos militares. Israel no podía reposar más que en el brazo de Jehová, y este brazo nunca podía extenderse para proteger la impiedad y la rebelión. Su fuerza era andar con Dios en un espíritu de dependencia y obediencia. Mientras marchaban de esta suerte, tenían a su alrededor una muralla de fuego para protegerles contra todo enemigo y todo peligro.

Pero Israel cayó. A pesar del cuadro solemne y horroroso puesto ante sus ojos, en los versículos 14-33 de este capítulo, abandonaron a Jehová y sirvieron a otros dioses, y así trajeron sobre si mismos los terribles juicios con que habían sido amenazados, y cuya sola lectura basta para hacer temblar. Están aun a la hora presente bajo el peso de estos juicios. Desterrados, dispersos y hollados, son el monumento de la inflexible justicia y verdad de Jehová. Dan a todas las naciones de la tierra una grave lección sobre el objeto del gobierno moral de Dios; lección que estas naciones harían bien en estudiar atentamente; lección que nuestros mismos corazones deberían también profundizar.

Estamos muy propensos a confundir dos cosas que están claramente separadas en la Palabra, a saber: el *gobierno* de Dios y la *gracia* de Dios. Esta confusión conduce a malos resultados. Debilita en nosotros el sentimiento de la majestad y de la solemnidad de su gobierno, así como el de la pureza, de la plenitud y de la elevación de su gracia. Es verdad que en su gobierno Dios se reserva el derecho soberano de obrar en paciencia, en longanimidad y en misericordia; pero el ejercicio de estos atributos en relación con su trono de gobierno, no debe confundirse jamás con los actos incondicionales de la gracia pura y absoluta.

El capítulo que tenemos delante es una exposición del gobierno divino, y sin embargo, encontramos en él cláusulas como esta: "Y confesarán su iniquidad, y la iniquidad de sus padres, por su prevaricación con que prevaricaron contra mí y también porque anduvieron conmigo en oposición, yo también habré andado con ellos en contra, y los habré metido en la tierra de sus enemigos; y entonces se humillará su corazón incircunciso, y reconocerán su pecado; y yo me acordaré de mi pacto con Jacob, y asimismo de mi pacto con Isaac, y también de mi pacto con Abraham me acordaré; y haré memoria de la tierra. Que la tierra estará desamparada de ellos, y holgará sus sábados, estando yerma a causa de ellos; mas entretanto se someterán al castigo de sus iniquidades; por cuanto menospreciaron mis derechos, y tuvo el alma de ellos fastidio de mis estatutos. Y aun con todo esto, estando ellos en tierra de sus enemigos, yo no los desecharé, ni los abominaré para consumirlos, invalidando mi pacto con ellos; porque yo Jehová soy su Dios; antes me acordaré de ellos por el pacto antiguo, cuando los saqué de la tierra de Egipto a los ojos de las gentes, para ser su Dios; Yo Jehová" (Vers. 40-45).

Este pasaje nos presenta a Dios gobernando y respondiendo en su paciente misericordia a los más débiles suspiros de un corazón herido y arrepentido. La historia de los jueces y de los reyes ofrece numerosos ejemplos del ejercicio de este atributo bendito del gobierno divino. Muchas y muchas veces el alma de Jehová "fue afligida a causa de Israel" (Jueces 10:16), y les envió libertador tras libertador, hasta que al fin no pudo soportarles más tiempo, y el honor de su trono exigía su expulsión de un país que eran indignos de poseer.

Todo esto se relaciona con el gobierno. Pero pronto Israel será puesto en posesión del país de Canaan en virtud de la *gracia* incondicional e inmutable; gracia ejercida en justicia divina, por la sangre de la cruz. No será por las obras de la ley, ni por las instituciones de una economía pasajera, sino por la gracia que "reina por justicia, por Cristo Jesús, Señor nuestro". Por esto, no volverán a ser expulsados de sus posesiones. Ningún enemigo les turbará, gozarán de un reposo perfecto protegidos por el escudo del favor de Jehová. Su posesión del país será según la eterna estabilidad de la gracia divina y la eficacia de la sangre de la alianza eterna. "Serán salvos en Jehová con salud eterna" (Isa. 45:17).

El Espíritu de Dios nos conduzca a un conocimiento más profundo de la verdad divina, y nos dé mayor capacidad para juzgar las cosas que difieren la una de la otra, y exponer la palabra de verdad (2a. Tim. 2:15).

CAPITULO 27

Esta última porción de nuestro libro trata del "voto", o del acto voluntario por el cual una persona se consagraba a sí misma, o lo que le pertenecía, a Jehová. "Y habló Jehová a Moisés, diciendo; habla a los hijos de Israel, y diles: Cuando alguno hiciere especial voto a Jehová, según la estimación de las personas que se hayan de redimir, así será tu estimación... según el ciclo del santuario".

En el caso de una persona que se ofreciese a sí misma, o su bestia, o su casa, o su campo, a Jehová, se presentaba una cuestión de capacidad o de valor; por eso, había cierta escala de estimación, según la edad. Moisés, como representante de los derechos de Dios, era llamado a estimar, en cada caso, según la regla del santuario. Si un hombre hace un voto, es preciso que sea probado por la medida de la justicia, y, además, debemos establecer diferencia entre la *capacidad* y el *derecho*. En Exodo 30:15 leemos en cuanto al dinero del santuario: "Ni el rico aumentará, ni el pobre disminuirá, de medio ciclo, cuando dieren la ofrenda a Jehová para hacer expiación por vuestras personas". Cuando se trataba de expiación todos estaban al mismo nivel. Siempre debe ser así. Nobles y plebeyos, ricos y pobres, sabios e ignorantes, viejos y jóvenes, todos tienen un título común. "No hay diferencia". Todos subsisten igualmente sobre el principio del valor infinito de la sangre de Cristo. Puede haber una inmensa diferencia en cuanto a la capacidad, en cuanto al título no la hay. Puede haber una inmensa diferencia en cuanto al conocimiento, en cuanto a los dones y los frutos, en cuanto al título no la hay. El retoño y el árbol, el hijo y el padre, el convertido de ayer y el creyente establecido, están todos sobre el mismo terreno. "Ni el rico aumentará, ni el pobre disminuirá". No se podía dar nada de más ni se podía admitir menos. "tenemos libertad para entrar en el santuario por la sangre de Jesucristo". He aquí nuestro título. Una vez dentro, nuestra capacidad de rendir culto dependerá de nuestra energía espiritual. Cristo es nuestro título, el Espíritu Santo nuestra capacidad. El yo no interviene ni en uno ni en otro. ¡Qué gracia más perfecta! Entramos por la sangre de Jesús; gozamos por el Espíritu Santo de lo que allí encontramos. La sangre de Jesús abre la puerta; el Espíritu Santo nos guía por la casa. La sangre de Jesucristo abre el estuche; el Espíritu Santo despliega el precioso contenido. La sangre de Jesucristo nos da el joyero, el Espíritu Santo nos hace capaces de apreciar las raras y preciosas joyas que contiene.

El presente capítulo trata únicamente de la capacidad o el valor. Moisés tenía cierta medida que no podía rebajar; tenía cierta regla de la que no se podía salir. Si uno podía alcanzar, bien; si no, tenía que ocupar el lugar que le correspondía.

¿Qué era necesario, pues, hacer con la persona que no alcanzaba la altura de los derechos expresados por el representante de la justicia divina? Escuchad la consoladora respuesta "Pero si fuese más pobre que tu estimación, entonces comparecerá ante el sacerdote, y el sacerdote le pondrá tasa; conforme a la voluntad del votante le impondrá tasa el sacerdote" (Ver. 8). En otros términos, si se trata de los esfuerzos por parte del hombre para satisfacer las exigencias de la *justicia*, entonces es necesario que los satisfaga. Pero si un hombre se siente totalmente incapaz de satisfacer estas exigencias, no le resta más que recurrir a la gracia, que lo recibirá tal como es. Moisés es el representante de los derechos de la justicia divina. El sacerdote es el exponente de los recursos de la gracia divina. El pobre que era incapaz de presentarse ante Moisés caía en los brazos del sacerdote. Siempre encontramos lo mismo. Si no podemos "cavar la tierra", podemos "mendigar", y desde el momento que nos ponemos en el lugar de mendigos, ya no se trata de lo que somos capaces de *ganar* sino de lo que Dios nos quiere *dar*. La gracia coronará la obra de Cristo durante toda la eternidad. ¡Cuán dichoso es ser deudor a la gracia! ¡Qué dicha recibir cuando Dios se glorificaba dando! Cuando se trata del hombre, vale infinitamente más cavar la tierra que pedir, pero cuando se trata de Dios, es precisamente lo contrario.

Queremos aun añadir otra idea, y es que, según nos parece, este capítulo entero se refiere de un modo especial a la nación de Israel. Está íntimamente ligado con los dos capítulos precedentes. Los israelitas habían hecho un "voto" al pie del monte de Horeb; pero fueron incapaces de responder a las exigencias de la ley; eran mucho más pobres que "la estimación de Moisés". Pero, gracias a Dios, participarán de las ricas provisiones de la gracia divina. Habiendo reconocido su absoluta incapacidad para "cavar la tierra", no tendrán vergüenza de mendigar, y entonces experimentarán la inmensa dicha de depender de la gracia soberana de Jehová, la cual se extiende como una cadena de oro "de eternidad en eternidad". Es bueno ser pobre, cuando el conocimiento de nuestra pobreza sirve para desplegar ante nuestra vista las riquezas inagotables de la gracia divina. Esta gracia no se niega nunca a favorecer al desvalido: no rechaza a nadie por ser demasiado pobre. Puede satisfacer las mayores necesidades del hombre, y, al mismo tiempo, glorificarse con ello. Esto es verdad en todos los casos. Es verdad para todo pecador individual, y es verdad en cuanto a Israel que, habiendo sido estimado por el legislador, ha sido encontrado "más pobre que su estimación". La gracia es el grande y único remedio para todos; es la base de nuestra salud, la base de una vida de piedad práctica, y la base de las esperanzas imperecederas que nos animan en medio de las pruebas y de las luchas de este mundo de pecado. Tengamos un sentimiento muy profundo de la gracia, y un deseo más ardiente de la gloria.

Terminamos aquí nuestras meditaciones sobre este libro tan importante y precioso. Si Dios se sirve de las páginas que preceden para despertar interés en algún lector en esta porción de la Escritura, en todo tiempo demasiado descuidada por la Iglesia, no habrán sido escritas en vano.

ESTE LIBRO SE ACABÓ DE IMPRIMIR
EN LOS TALLERES DE TIPOGRÁFICA
INDÍGENA, DOMINGO DÍEZ 77,
CUERNAVACA, MOR., EL 15
DE DICIEMBRE DE 1956